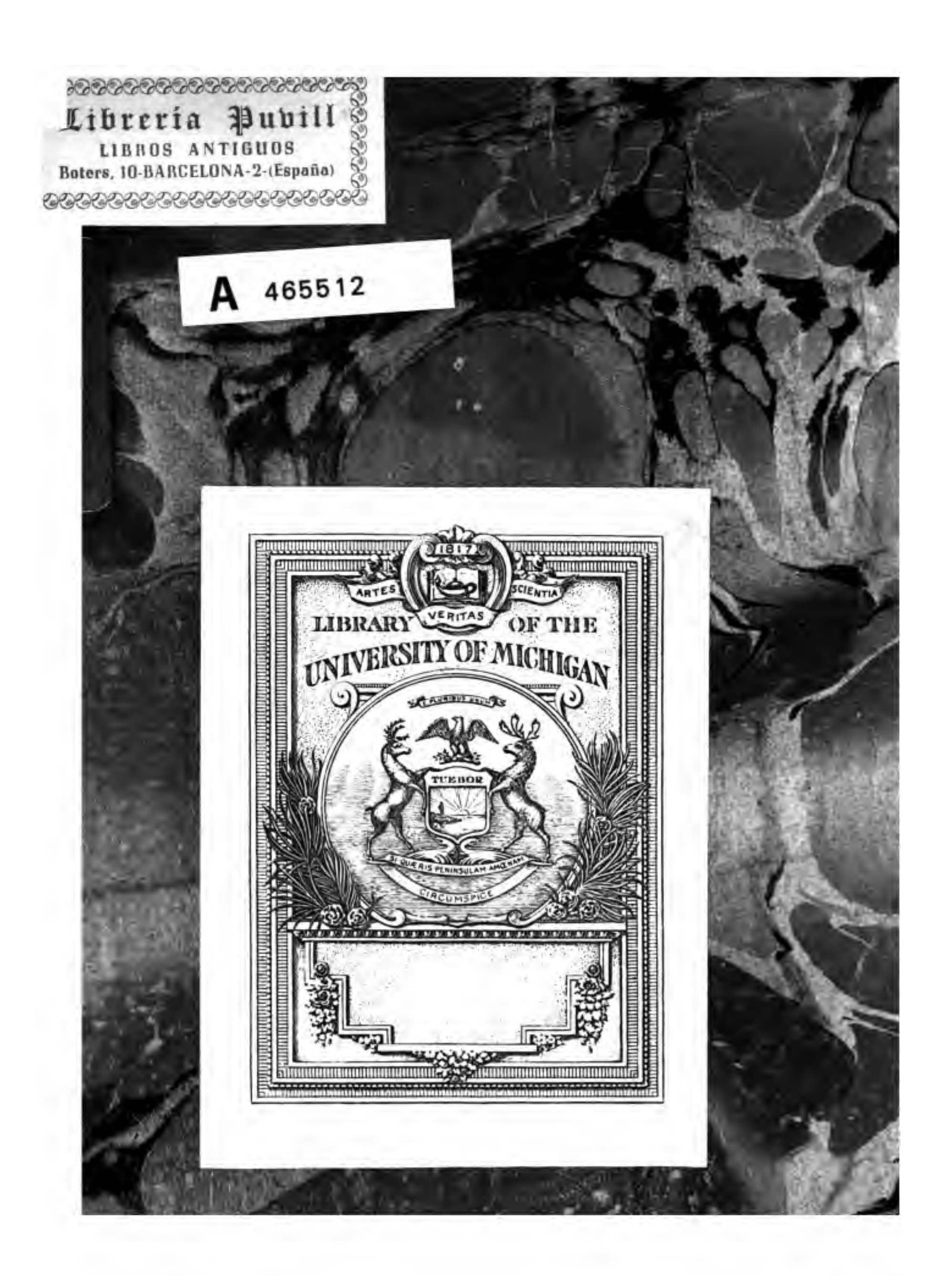
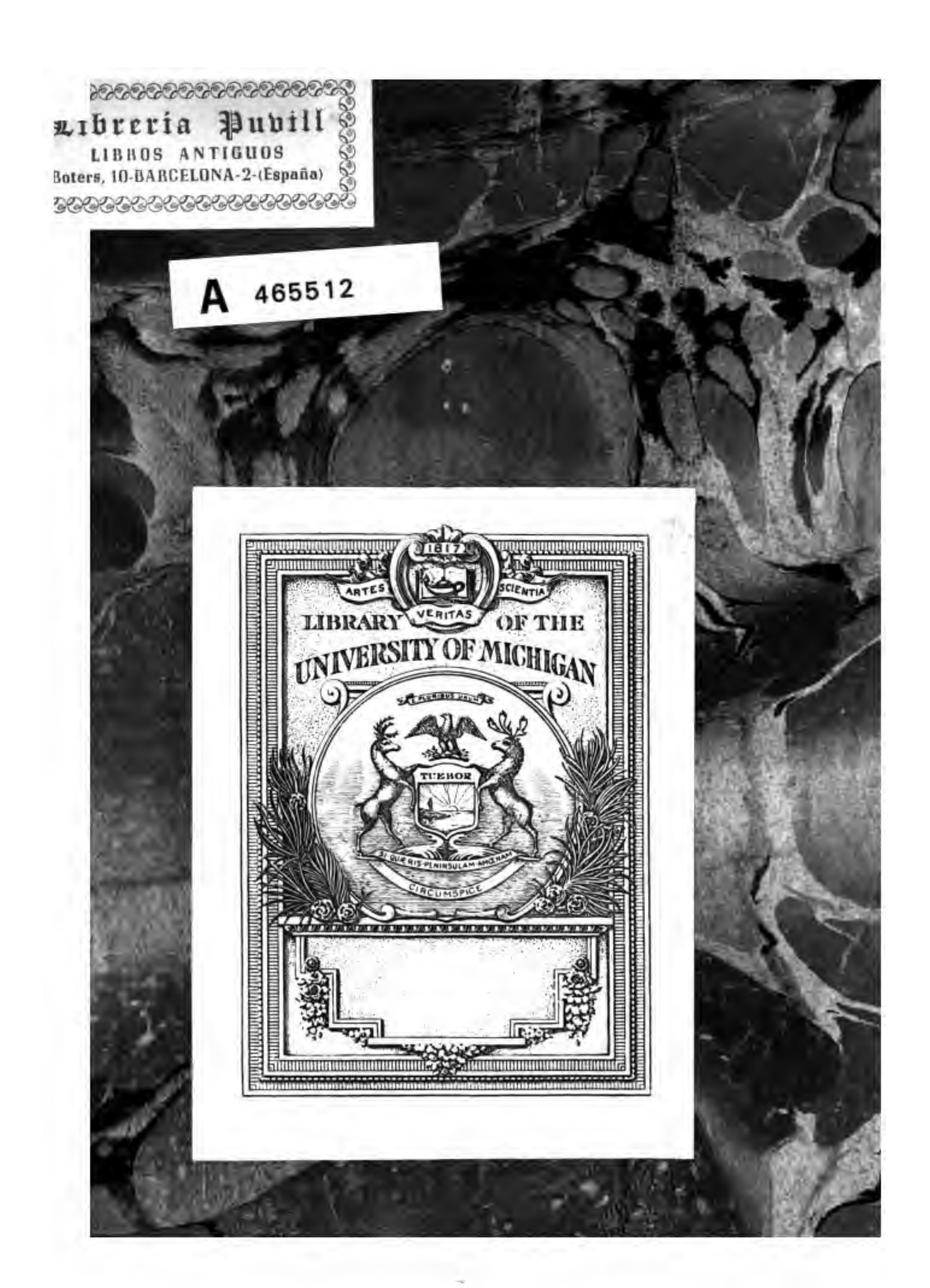




Librería Puvill
LIBROS ANTIGUOS
Boters, 10-BARCELONA-2-(España)
A 465512
1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE





Libreria Puvill
LIBROS ANTIGUOS
Boters, 10-BARCELONA-2-(España)
A 465512
1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

HISTORIA DE HIPOLITO,

Soy de D.ª Juana de Dios del Castillo

Y

Salazar y Narvaez.

AMINTA.

POR

EL DOCTOR DON FRANCISCO DE *Quintana, natural de Madrid.*

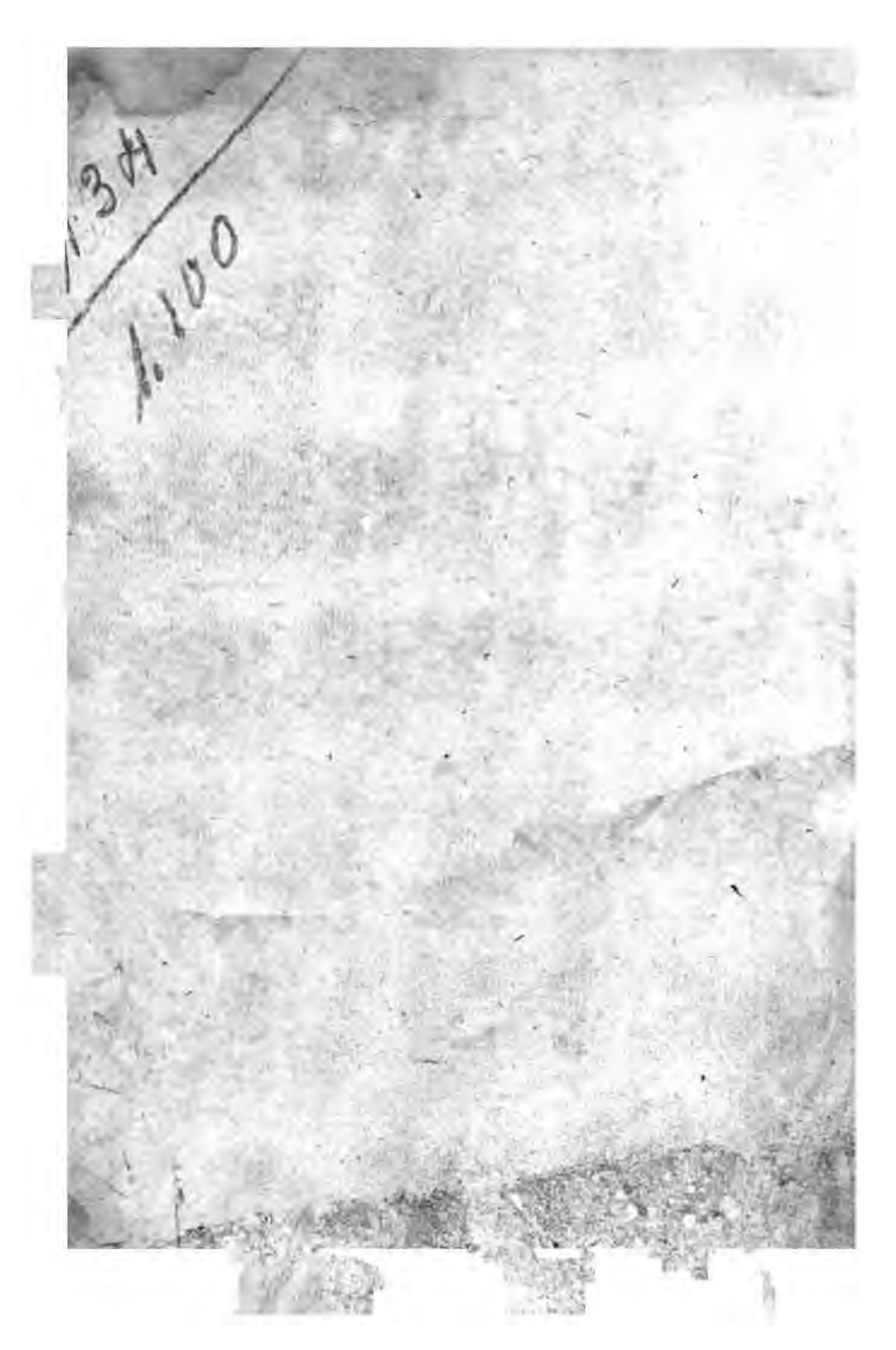
Pliegos. 38.



Año de 1729.

CON LICENCIA:

EN MADRID: A costa de Don Pedro Joseph Alonso Padilla, ... llano su Imprenta, y Libreria, en la calle de Santo Thomas, junto al Contraste.



HISTORIA DE HIPOLITO, Y AMINTA:

Soy de D.ª Juana de Dios del Castillo Salazar y Narvaez.

POR

EL DOCTOR DON FRANCISCO DE Quintana, natural de Madrid.

Pliegos 38.



Año de 1729.

CON LICENCIA:

EN MADRID: A costa de Don Pedro Joseph Alonso Padilla. Hallarase en su Imprenta, y Libreria, en la calle de Santo Thomas, junto al Contraste.

APROBACION DEL DOCTOR JUAN PEREZ D *Montalvan, Notario del Santo Oficio de la Inquisicion.*

POR comiſsion del ſeñor Don Juan de Mendieta, V cario General de la Villa de Madrid, y ſu partid he viſto eſte Libro, eſcrito por el Doctor Franciſco (Quintana, que fuera de no tener coſa, que repugne à verdad Catolica, y educacion de las buenas coſtumbr hallaràn en èl los Filoſofos doctrina, y los Politicos pre ceptos, los Corteſanos aviſos, los ocioſos fabulas, y lo ocupados vn breve divertimiento para afloxar el arco (el martyrio de los negocios. Eſtà oy el mundo tan eſtra gado, y divertido, que ha meneſter, que los aviſos, conſejos ſe los embuelvan en ſutilezas, y donayre, pa que lo eſcabroſo de la reprehenſion ſe ablande con l aſſeado de lo eſcrito. Eſto ſe pretende, y conſigue con ſu ma felicidad, y eſtudio de todas letras en el preſente Li bro, à cuyo Autor hiciera debidos elogios, à penſar, qu cupiera lo mucho que merece en mi entendimiento, co mo cabe en mi voluntad. Y aſsi por la parte que me toca digo, que es digno muchas veces de la licencia que pide ojalà que pidiera muchas, para que tuviera Eſpaña u mejorado Heliodoro en Manzanares. Aſsi lo ſiento. E Madrid 7. de Junio de 1627. años.

El Doct. Juan Perez de Montalvan.

SUMA DE LA LICENCIA.

TIene licencia de los Señores de el Real Consej[o] Don Pedro Padilla, para poder imprimir est[e] libro, intitulado: *Historia de Hipolito, y Aminta*, escrit[o] por el Doctor Don Francisco de Quintana, como m[as] largamente consta de su original.

FEE DE ERRATAS.

HE visto este libro, intitulado: *Historia de Hipolito* [y] *Aminta*, y corresponde al que le sirve de origin[al]. Madrid, y Octubre 10. de 1729.

Lic. D. Benito de Rio Cao de Cordido.

Corrector General por su M.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Consejo este libro, intitu[la]do: *Historia de Hipolito, y Aminta*, à seis mara[ve]*dis cada pliego*, como consta de su original.

PF

PROLOGO.

PROCURA el docto Artifice con la valentia de un quadro, dexar, ò enseñada, ò corrida à la naturaleza, y para esto en lienzo mas escaso, ò menos costoso, corren algunas lineas, cuyos matices previene el pincèl, disponen la mano, y à un mismo tiempo con la variedad divierten, y con la hermosura recrean. Esto, aunque en diversa materia, me sucede, pues antes de dàr à luz, como otros assumptos mas graves, el que aora doy, no es otra cosa, que aver cortado la pluma, ò aver corrido algunas lineas en estos discursos, si tal vez incultos, nunca faltos de sentencias, y avisos con que prevenir los riesgos, à que la juventud desbocada se ocasiona, y ciega se determina. Bien sè, que dàr los titulos de Historia no ha de ser universalmente bien recibido, por el inutil escrupulo de ciertos Historiadores, que tienen puesto el logro de sus libros en que aya falta destos, sin advertir, à que tales daños nunca se causan de la bondad agena, y siempre nacen de la inutilidad propia. Queria yo persuadir à quantos hacen mal rostro à este genero de escritos, que si lo estàn con atencion, y cuydado, son tan provechosos, como las Historias verdaderas, y mucho mas que algunas, que solamente sirven à unos de cansancio, à otros de risa, y à todos de embarazo, y estorvo. Para desempeño desto serà fuerza advertir, que las Historias verdaderas se distinguen de las imaginadas, en que estas refieren imaginaciones, que todos tienen por tales; y assi les dàn dudoso el credito; y aquellas no dicen verdades (este es necessario precepto en la Historia) y assi se les debe cuydadoso credito. Siendo, pues, cosa cierta, que las personas de quien muchas hablan, no fueron nobles, y otras procedieron injustas, forzoso es que sea mas fuerte el exemplo, y mas dañosa la imitacion. Quando considero que las Historias nos refieren casos, en que vnos hermanos se quitaron à otros las possessiones, los Reynos, y las vidas: quando veo que algunos vassallos negaron la obediencia à sus naturales señores; quando atiendo à que muchas mugeres quitaron con lascivos brazos el honor à sus maridos; y quando advierto, que nos proponè hijos que movieron las armas contra sus mismos padres: digo, y atentamente pienso, que si las Historias verdaderas no se leen con cuydado, *y con deseo* de aprovechar, son alientos para alg[illegible] males, y exemplares que animan à muchas cosas ilicitas. Yo se

pre venero lo que tiene adquirida veneracion, siempre afirmo, que siendo vistas para imitar los hechos heroycos, son de singular estimacion, como muestras de las costumbres: mas esto no falta à las Historias imaginadas, si se leen con el mismo intento. Con que quedarà adquirido, que en esta parte no se diferencian mas, que en aver sucedido assi las verdades, ò aver podido suceder las fingidas.

Aviendome introducido à tratar de las Historias, forzoso parece no ocultar mi sentimiento, acerca de las prendas, que deben concurrir en el perfecto Historiador, y esto sin dàr preceptos, porque yo mas me precio de discipulo de los doctos, que de Maestro de los ignorantes; y porque no querria parecerme à muchos que dàn preceptos tan prodigamente, que dando quantos tienen, se quedan sin ellos para lo que escriven. Supuesto que no dexo de pexar en esta parte; digo, que muchas vezes importa tanto al Principe tener buenos Historiadores, como valerosos Capitanes; porque si bien estos ocasionan con su valor la gloria de sus dueños, aquellos con la pluma la continuan, y conservan en los sucessores; si estos con su resolucion acaban felizmente las acciones que emprehenden, aquellos con sus escritos hacen que permanezca su memoria inmortalmente. Y al fin, si estos pierden con aliento las vidas, aquellos se las dàn eternas en la memoria de las gentes. De aqui nace, que si el Historiador es indocto, ò remisso, por su omission, ò por ignorancia, quedan los hechos grandes sin aquel lustre, aquella hermosura, y aquel decoro, que se les debe, y lo que peor es, sepultados tal vez en lastimoso olvido. Yo à lo menos hiciera que precediesse riguroso examen, no solo à la eleccion, sino à la permision de las personas que huviessen de tener tal exercicio, porque no me sucediera lo que suele à quien se mira en un espejo, donde si el cristal es impuro, de remissa claridad, ò toca en alguna color estraña, quanto vè tiene la misma color, quitando à lo perfecto su hermosura. Tuviera para vèr acciones ilustres con lucimiento, y decoro (este solo es consejo, no malicia) espejo claro, limpio, y perfecto, hombre de buenas prendas, loables costumbres, conocida virtud, acreditada ciencia, prudente resolucion, piadosa verdad, y desapasionada intencion. Estas son partes de buen Historiador, no el ser detractores reformadores de lo que no les toca (porque en nada convienen Historias, y memoriales de arbitrios) de inconstantes resoluciones, mal intencionados, de escusar costumbres, y de animos desapacibles, no memos necios, que censuren lo mismo que yerran, yerren lo mismo que censuran; no presumptuosos, de infelices

ela

escritos de vidas inimitables; porque como las escrivirà buenas, quien las hace malas? No hombres que aborrezcan su estado, porque dificultosamente diràn bien, quando se ofrezca de lo mismo que aborrecen; y finalmente, no gente que introduzca en la ciencia hipocresias. Assi juzgo que lo hacen quantos en diciendo que saben vna lengua, se introducen en diversas facultades, menos doctos que atrevidos.

Dilatadamente se ha divertido la pluma à tratar esta materia; si bien no de todo punto agena de mi assumpto, por ser esta Historia dictada en mi idèa, y escrita en los ratos, que la juventud permite ocio al descanso de mayores estudios. Confiesso, que estuve determinado à darla nombre supuesto, como à otra que escrivì en mis tiernos años: mas viendo que à otros no se le negaron à escritos, que ocuparon los ratos de su diversion, entre los quales me basten Alciato, y Heliodoro, y atendiendo juntamente à que mi deseo solo ha sido proponer vnos sucessos, que deleytando, enseñen, y enseñando diviertan, y vnos discursos adornados de sentencias, entre consejos, que tal vez sirvan de avisos; me resolvì (aunque temeroso) à que no saliesse expòsito al mundo. Las obras del ingenio jamàs deslucen, y siendo buenas, siempre acreditan; si estas por su rudeza no merecieren credito, disculpelas el deseo, à quien justamente acredito. Avrè con esto cortado dichosamente la pluma, y corrido con felicidad lineas, que me ocasionaràn à mas valientes assumptos, sirviendo solo el presente de mostrar los matices, que en otras ocasiones levantaràn el dibuxo à mayor agrado de la vista.

DE LOPE DE VEGA Carpio.

AL AUTOR.

ESTE de Apolo singular tesoro,
Selva de Amores en florido Mayo;
Que de la embidia Historica desmayo;
Ilustra el Genio del Castalio Coro.
Alma interior, en laberintos de oro
Sombra vistiò, como la nube al rayo;
Argenis Castellana de Berclayo,
Y Fenix de la pluma de Heliodoro:
Tan dulce, honesta, clara, y docta suma;
Francisco ilustre, no de verde rama,
De esmeralda inmortal laurèl presuma:
Que à quien para escrivir su hermosa llama;
De sus alas Amor le diò la pluma,
Seguras tiene yà las de la Fama.

DEL MAESTRO JOSEPH DE VALDIVIELSO, Capellàn del Serenissimo Señor Infante Cardenal.

SONETO.

HEliodoro Español, que al venerable
Griego apostaste, ingenio, estudio, alteza;
Invencion, suspension, arte, pureza,
Ossado solo al solo inimitable.
El laurèl, que con pompa perdurable;
Premiò à verdores Griega sutileza;
Traduces, no vsurpado à tu cabeza;
Y à tus plantas pudieras no culpable:
Vive à las honras que te merecíste
De las plumas, y voces aplaudido.
Con que cantaste (ò Joben) y escriviste;
Que si compites solo al no vencido,
Y al que ninguno compitiò venciste,
De ninguno podràs ser competido.

HISTORIA DE HIPOLITO, Y AMINT[A]

DISCVRSO PRIMERO.

ES la soledad fuerte aliento de la tristeza ; daño cruel del pensamiento , impio enemigo del regocijo, è insufrible tormento del animo; de donde infiero , que los que la desean, ò se cansan de la vida, ò nunca tuvieron temor al formidable rostro de la muerte. Diversas veces me he puesto à averiguar, si ay soledad en el mundo, y muchas me he reducido à pensar , que no es possible, viendo, que con ella vienen de ordinario variedad de pensamientos, copia de discursos, memoria de sucessos , y tal vez no pequeño numero de temores , con que queda el entendimiento acompañado de penas , combatido de indecisos pareceres , anegado entre diferentes conceptos , menos ignorante de sus daños , y mas colmado de desvelos. Haciendo experiencia destas passiones , y confessando estas verdades , se hallò un peregrino , llamado Hipolito, en el camino , que desde Madrid, Corte de España, se dirige à la Ciudad de Salamanca , distante della poco mas de nueve leguas. Enderezaba su viage à la Peña de Francia, Lugar, que por Religioso, por *devoto, por milagroso,* è ilustre , es digno de grandes discursos (à este nuestro principal assumpt[o] de la Christiana piedad, con qu[e] visitado de convecinos , y Estr[an]geros Fieles. A los efectos que [es]tes comunicaba la soledad al no[ble] peregrino añadian pesados aum[en]tos , la obscuridad de la noc[he] la ignorancia del camino ; el c[an]sancio de la peregrinacion, y el [te]mor de una tempestad con [que] segunda vez parecia amenaza[r al] mundo el Cielo. Apresurab[a] sus cansadas plantas el deseo [de] hallar donde recogerse , y daba [es]fuerzo à sus desalentados pa[ssos] el justo miedo de verle enoja[do] que ni ay mayor valor, que tem[er]le, ni mayor temeridad, que no [re]celar sus castigos. Aconsejad[o] pues, de su animo , y perseveran[cia] en su invencible corazon , lleg[ò à] un Lugar pequeño , y apartado [del] el Real camino media legua , [el] qual eligiò por parecerle mas ce[r]ca , y mas aproposito para h[uir] el riesgo , que en la noche , y en [la] tempestad le amenazaba. Era [una] poblacion de gente tosca en [el] trage , y maliciosa en las costun[m]bres : mas què mucho, si son h[i]jas de un villano , y una Aldea malicicia, la rusticidad , y [...]

norancia. Preguntò por la caſa en que ſe ſolian recoger los paſſageros; pidiò en ella poſada, y fue apaciblemente recibido. Dieronle un apoſento, aunque pobremente aderezado, alegremente admitido, que la neceſsidad nunca atiende à circunſtancias de pobreza, y deſaliño. Entròſe en èl à perſuaſion de ſu canſancio, juntò la puerta, limpiò la luz de los eſcrementos que deſecha el fuego, y para comenzar à deſnudarſe, ſe ſentò en una ſilla. Deſpues de aver eſtado un rato en ella, oyò, que cerca de ſu miſera habitacion avia un ruido de bayle, fieſta, y regocijo. Aplicò el cuydado à la novedad, y los ojos à la parte donde la muſica ſe oìa, y advirtiò, que era en otra caſa, que confinaba por ſu apoſento, con la que entonces le acogia. La curioſidad (grave liſonja del deſeo) le combidò, para que intentaſſe ſaber, ſi fueſſe poſsible, à què fin ſe ordenaba, què cauſa daba principio à la ruſtica fieſta. Reparò en un reſquicio, que el tabique tenia, capàz de que la luz que ayudaba à celebrar el referido contento, ſe comunicaſſe à el lugar donde èl eſtaba: y pareciòle, que poniendo ſobre la cama la ſilla, que antes era inſtrumento de ſu deſcanſo, entonces lo podria ſer de la ſatisfacion de ſu deſeo. Con facil diligencia la puſo, y llegò igualmente con el roſtro al hueco del tabique, y con la viſta à participar del referido regocijo. Como l: ſa era vieja, y labrada con m gaſtos, que en las grandes Ci des ſuele edificar la obſtenta tenia la diviſion, por donde eſ mirando tan dilatado eſpacio, ſolamente por una parte eſ unido el tabique à lo demàs. atendiò Hipolito à eſto, por vertir à lo particular del conte y por vèr, que apartada de la màs eſtaba una muger, aunqu llana en el trage, tan exceſsivar te hermoſa, que dudaba la deſde ſu roſtro à ſu habito, ſi diſtintos los ſugetos, y ſi aquell lleza era de aquellos paños. A parte gran copia de aldeana todo deſiguales à la primera, y to à ellas buen numero de lab res mancebos, que acompañ à uno de razonable deſpejo, mal talle. La muſica ſe cauſab algunos ruſticos inſtrumentos que brindaba la juventud: l variedad de mudanzas, ayud ſu parte las mugeres, que c ſuelen ſer compañeras en la nas, ſaben ſer aumento en los cijos. Al labrador, que en el tr aventajaba à los demàs, trax à eſte tiempo un inſtrumen ſeis cuerdas, con que olvida la ocaſion, en que ſe hallaba, mintiendo al veſtido con la vo acreditando à la voz con la d za, cantò ſuave, y ſuſpendiò do los animos preſentes, co Cancion en alabanza de la vi una Aldea.

Dichoso aquel, que passa
En una humilde Aldea
Las horas, sin cuydar de humanas le-
yes,
Y aunque en fortuna escasa,
Todo su gusto emplea
En olvidar las Cortes de los Reyes:
Pone à los rudos bueyes
Tosca, y ruda coyunda,
Y luego atentamente
Limpiando el corbo diente
Abre la tierra, y sus aumentos funda,
No en ocio, à quien se niega,
Sino en sudor, con que la ablanda, y
riega.

Buelve à su casa luego,
Quando la noche negra
Al campo cubre de confuso luto,
Halla à su esposa al fuego,
Y de verla se alegra
Dàr al hijuelo candido tributo:
Quando no llega enjuto
Al voràz elemento
El seco leño arrima,
Con que su llama anima,
Cena, y logrando su primer intento
Sobre la misma mesa
El sueño admite, y el cansancio cessa.

En el Octubre viste
Las desnudas paredes
Del sabroso animal, que à Baco incita:
Si su gusto consiste
En cazar con las redes,
Su facil vuelo al pajaro limita:
Luego que se acredita,
La verde vid no inculta
Con fruto sazonado,
En el lagar echado
Tere al racimo, y al humor sepulta
Hasta que en tosco velo
Muda el sabor obedeciendo al yelo.

Republicas de trigo
El Julio caluroso
Mira en las tierras, que poblò villa[...]
Y quando mas amigo
Se llega cauteloso,
Y el pie las corta con violenta mano:
Saca el dorado grano
De su rubia mortaja
Con el aspero trillo,
Y luego mas sencillo
Limpio lo encierra, y quando mas tr[a-]
baja.
Dà por bien empleado
El Sol, pena, y sudor que le ha costa[do.]

Yo, pues, que tal ventura
Alegre he conocido,
Celebrarè mi amado desengaño,
Gozarè la hermosura
De mi dueño querido,
Sin pesar, sin rezelo, y sin engaño,
Passarè todo el año
En dichoso sossiego,
Mirarè su luz bella,
Serà mi amor mi estrella,
Serà al salir el Sol, mi aurora, y lue[go]
Dirè: Què alegres horas?
Viendome amanecer con dos Aur[o-]
ras.

Bien advirtiò Hipolito, que [la] fiesta se ordenaba à celebrar l[as] bodas de aquella hermosa Aldean[a,] costumbre muy recibida en tod[as] naciones, y puede ser que introd[u-]cida por algun zeloso, mas no p[or] esso dexò de continuar su ate[n-]cion, combidado de las novedad[es] que advertia, y gustoso de vèr [à] unas alegres, à otras melancolic[as,] desdeñosas à algunas, y zelosas [à] muchas, que ni ay apartado lu[gar] donde no llegue amor, ni ru[...]

mor à quien nò atormenten zelos.

Enmedio de esta alegria viò, que en su aposento se avia acabado la luz, y que à la agena habitacion llegaban quatro hombres embozados, y cubiertos los rostros: acercòse el uno à las luces, y matandolas, diò lugar à los demàs, para que parte acudiesse à coger à la hermosa labradora, y parte se previniesse para ofender al crecido numero de mancebos, que si antes celebraban la boda, yà intentaban su libertad, y su defensa. Admirado quedò el noble peregrino de este sucesso, y como con la falta de luz estaba impedido, para vèr el fin se determinò à baxar de el lugar en que avia hallado tan brevemente tantas confusiones para su imaginacion; mas al tiempo de ponerlo en efecto, sintiò, que por aver hecho alguna fuerza, y estàr el tabique, como diximos, desviado de todas partes, se iba irremediablemente al suelo. No pudo determinarse, ni prevenirse, y assi cayò con èl dentro de la casa, que primero fue habitacion de aquella alegria, y yà era confuso abismo de obscuridad, voces, y llanto. El golpe fue tan grande, y el estruendo tan espantoso, que todos presumieron, que se venia à tierra el edificio. Quedaron por esta causa las mugeres de todo punto temerosas, los hombres espantosamente assombrados, y los que avian entrado *encubiertos, tan excessivamente confusos, que trataron* de salirse à toda *priessa, si bien con* el feliz robo en los brazos. No lo consiguieron tan facilmente como lo intentaron, pues hallando la puerta por donde entraron impedida con los fragmentos del deshecho tabique, fue forzoso dilatar la salida, y poner con la dilacion duda en la felicidad de el sucesso. Levantòse Hipolito de entre las toscas ruinas, que lo pudieron ser de su persona, y hallò, que no se avia hecho daño alguno. A este tiempo uno de los Labradores (que acaso seria el dueño de la casa) entrò à otro mas interior aposento, de donde presuroso saliò con unas teas encendidas. Sirviò su claridad à los forasteros, para que viessen por donde podrian salir; à la bellissima Aldeana, para que esforzasse las voces, provocando à su defensa; à Hipolito, para que reparasse en las personas que la llevaban, y advirtiesse, que eran de no mal porte; y para que cuydasse de librarse de los alentados villanos, que con la diversidad de armas, à que suele obligar una defensa impensada, procuraban tomar venganza de quien les quitaba tan preciosa prenda. Sacaronla hasta el aposento de Hipolito, por el espacio que permitiò el derribado tabique; mas viendo, que no podrian escapar con la vida, si hacian mas resistencia; porque con espadas, piedras, y otros instrumentos, en los villanos se aumentaba la fuerza, y en ellos el riesgo, la dexaron y pusieron en retirarse el desvelo que avian tenido en robarla. Con

la impaciencia atiende poco, la colera ciega al discurso, y la passion entorpece à la vista; temiò Hipolito, que viendole forastero, no juzgassen, que era complice en el delito, y que el habito de peregrino era disfràz malicioso, para llegar encubierto, y seguro. Atento à esta imaginacion, tuvo por medio mas cuerdo ausentarse de su presencia para escusar su furia, que esperar su cordura para huìr tan conocido riesgo. Saliòse para esto à la calle por la puerta de la posada, donde se juntaron la tempestad del Cielo, y la de los colericos aldeanos; aquella con diluvios de agua, y esta con abundancia de piedras. Echaron los forasteros para burlar su indignacion, unos por una, y otros por otra parte, siguiendo Hipolito la que le pareciò mas segura. El que nace à ser infelìz, nunca dexan de acompañarle sus desdichas; y assi se viò en èl con evidencia esta verdad, pues por ausentarse del rigor de los toscos villanos, se acercò al peligro de un alentado arroyo, que aviendo, con ayuda de la copiosa lluvia, cobrado poderosas fuerzas, mostraba su baxeza en usar de ellas con toda violencia, que es muy ordinario en los humildes valerse del poder que alcanzaron, para grangear la autoridad, que no merecieron.

Enmedio de la corriente de sus aguas se hallò tan impensadamente, que ni se pudo prevenir para escusar el daño, ni se pudo recobrar para evitar el peligro. Mas haciendo de la ocasion impensada oste tacion cuerda de su valor, hizo peligro crisol de su alentado fuerzo. . Tendiò los brazos pa conducirse de la otra parte, fia en que tambien el agua se sabe d xar obligar, pues tal vez, quien lisonjea con ellos, halla entre s cristales diafano camino. Avia en distancia del espacioso arroyo u isleta pequeña, que por ser par superior no se dexaba ocultar el agua. Llegò à ella Hipolito, pareciòle pisar alli la tierra; a porque las obscuras sombras de noche no le permitian assegura se de mejor esperanza, como p descansar, para proseguir en su f ga, quando el Sol le diesse con s luces mas seguro atrevimiento, para que cessando la violencia d arroyo, y la fuerza de la tempe tad, se moderasse la repentina f ria de tan impensada corrient Torciò con las manos lo mejor q pudo sus mojados vestidos, y esc piendo el agua que se le avia e trado en la boca, regaba segund vez los hombros con las reliqui que se avian ocultado en el cab llo. No se lamentaba de estas pen que padecia, antes creyendo q eran castigo de su curiosidad, deci Quien curiosamente desea mas d lo que le importe saber, justame te llega à saber lo que le importà ignorar. Enmedio de estas ad vertencias (que no ay mayor c dura, que buscar à los trab principio en los passados defe sintiò no estàr de todo punto

lo, pues oye entre claros suspiros algunas mal formadas razones. Diò mas que pensar à su admirada imaginacion (mejor dixera à su admiracion no imaginada) el parecer segun era dèbil el sonido de la voz, que seria muger la que afligida suspiraba, y lastimada se afligia. Llegòse mas cerca, y visto por èl su negro bulto, tan lexos estuvo de espantarse de verle, que se adelantò à recibirle; repitiendo à pedazos, como antes impedida de las lagrimas, ahora de copioso aliento, estas razones. Vilmente quiere asseguràr sus desdichas, quien desespera del remedio de ellas, y justamente carece de remedio, quien no dexa en la esperanza puerta por donde puedan acometerle sus dichas. Quan pesarosa estuviera de averme arrojado (ò noble Don Enrique!) al furioso curso de las aguas, pues huviera sido mi perdicion, como es mi remedio cierto. Alegre estoy de aver sido cobarde, pues assi avrè conservado mi vida. Decia estas razones segun despues se advirtiò, sintiendo lo contrario, porque tal vez importa, que diga la lengua lo que el corazon no siente.

Dudaba en responder à Hipolito à estas razones, por no la quitar con el desengaño de que no era quien pensaba, el contento que con su engaño tenia; mas viendose obligado de las demonstraciones que hacia, y de lo que estrañaba el *no responderla, la dixo:* Quanto *he dilatado la respuesta*, debeis, ò señora, à mi cortesìa; pues prei miendo que aveis de perder el g to que mostrais, con el conocimi to de que no soy quien juzgast me he detenido hasta aora, que era bien, que tan presto perdiei des triste el alegria que buscat codiciosa. Mas aunque ha f fuerza responderos, no será viol cia el ofrecerme à ampararos, p que quedeis satisfecha, de qu no hallasteis la persona que bu bais, aveis hallado, por lo mer quien sabrà aventurarse por vo quanto se ordene à serviros. M trò la antes infelice muger, no queño consuelo entre mas que diana alegria, oyendo los cort ofrecimientos de Hipolito, conociendo en su necessida aceptacion de sus promessas, pr guiò en ellas, hasta reducirl efecto. Quiso preguntarla mu veces; quien era, y què ocasic avia traido à tan estraño lugar siempre lo dexaba de hacer, a diendo à que aquella ocasior era apropòsito, para informarse rioso de la causa, sino de reme cuidadoso el peligro. Passòse e tas, y otras razones un largo cio de tiempo, y faltando co la tempestad, y sobresalto, se mentò el piadoso esfuerzo de polito.

La luz del Sol comenzò ap à dàr recien nacido lustre campos, quando reparò en qu eran mas dèbiles las fuerzas rigurosò arroyo, por faltarle c lluvia el alimento, y tratò

cer las prendas con que es-
adornada la persona à quien
prometido su ayuda. Bolviò
esto cuydadosamente los ojos,
ò una muger de estas señas.
stro, como marfil blanco; los
los, en un medio, ni como la
e obscuros, ni como el Sol do-
; los ojos negros, à quien por
les cubrian las pestañas, ellas
recidas, que muchas veces
ieron defensa de sus niñas, ò
iciones de evano à su ima-
as cejas, aunque pobladas, ni
ntas como si no fueran diver-
ni tan apartadas, como si no
n distintas; la nariz tan per-
, que ni faltaba en lo neces-
, ni sobraba en lo superfluo;
exillas, y la frente, adorna-
retorcidos rizos, que cayen-
ualmente sobre ellas, mos-
a avaras poco carmin en mu-
nieve; la boca pequeña, y
ada de blancos, menudos, y
es dientes; las manos abulta-
y cortas; el vestido conserva-
lucimiento, à beneficio de
ltro, que le defendia de la tem-
d, y era superiormente cos-
porque el jubon con que cu-
y adornaba el pecho era en-
ido, guarnecido, y quaxado de
idas trenzas de oro; el falde-
le tela de la misma color, el
permitia prodigamente la vis-
los pies; presos por pequeños
o si fuera delito) en dos pri-
de oloroso ambar; la ropa,
il, con muchos alamares, y
ones de plata, el capoti-
llo, de la misma color, y guarnicion
de la ropa, aunque con esta dife-
rencia, que èl estaba bordado à
trechos, y ella picada, y cogida con
unos lazos. La voz, que no suele
ser el menor adorno de la belleza;
era blanda, dulce, y sonora; y el
entendimiento tan claro, que mu-
chas veces se passaba de los limi-
tes de Cortesano, al que suele te-
ner quien professa, ò graves nego-
gocios, ò sèrias, y agudas cien-
cias. Quien viendo tan hermoso
sugeto no quedàra enamorado?
Quien à tan superior belleza no se
viera rendido, sin que le faltàra el
alma, ò corriera peligro de insen-
sible?

Nunca tuvo el amor tan limita-
do poder, que se reduzga à leyes,
pues como dixo Boecio: Para el
amor, èl es la mayor ley de sì mis-
mo; por cuya causa comenzò Hi-
polito à amar en un instante, con
tan crecido amor, que à no ser tan
digno el objeto, mas que amor pa-
reciera desatino. Tuvo dicha en que
no fuesse infelìz su nacimiento,
pues reparando en èl la hermosa
dama, hallò un hombre, como le
pudiera pintar en su imaginacion:
alto, corpulento, de agradable
persona; ni tan blanco que pudies-
se tener à nadie embidioso, ni tan
moreno, que excediesse de robus-
to; proporcionado en las faccio-
nes, ayroso en el brio, modesto en
el despejo, grave en la vista, pru-
dente en el ingenio; y aunque cu-
bierto de una tunica corta de s-
yal, havito de su exercicio, tan

ado, que no le hacian falta las Milanesas telas, si bien la passada tempestad, y desdicha, no le dexaba lucir con la excelencia que solia. Dixe, que el amor de Hipolito no fue infelìz en su principio, porque aunque la hermosa dama no comenzò à quererle al mismo punto igualmente; con todo esso, ni le desagradò la persona, ni le negò en quanto le daban lugar sus cuydados justa correspondiencia: demàs de que felìz se debe llamar amor que nace, quando sobre no desagradar, ay ocasiones de servir, y merecer. Atendiò à esto el noble peregrino, quiso averiguar, si es verdad, que es principio de querer, dexarse obligar las mugeres, y vèr si tenia su amor entrada por esta parte. Consultò de la hermosa dama el deseo, y aviendo tenido su beneplacito, determinò llevarla à lugar donde quedasse obligada de su cortesia, y le dixesse quien era, y què novedad avia causado el estraño peligro en que la avia hallado. Cogiòla en los brazos para passarla el referido arroyo, y esperando à que ella recogiesse bien sus vestidos, bolviò à mojar segunda vez los suyos. Passòla tan despacio, como quien temia la salida, donde era fuerza dexar el dulce peso; pusola sobre la mojada orilla, y saliendo despues pensaron algunas yervas, que bolvia de nuevo la tempestad passada; torciò como primero los vestidos, y aliviado algun tanto de las molestias del agua, comenzò à caminar en compañia de la hermosa dama. Esforzaba su temor con razones, y con la esperanza de remedio à su cansancio, si bien no eran menester demasiados esfuerzos, porque el que ella tenia pudiera dàr admiracion à quien primero la mirara con lastima. Breve rato, aunque con grande aliento avian caminado, quando llegaron à un prado deleytoso, donde se repastaba gran copia de ganado mayor, entre el qual avia un buen numero de furiosos, y alentados toros. Bien se recelaba Hipolito de algun peligro, viendo que algunos dexaban el necessario pasto, y los seguian cuydadosamente con la vista; mas à su imaginado peligro hizo riesgo manifiesto uno de los referidos animales, que con partidas, y maliciosas plantas se desviaba de los demàs, y se acercaba à sus personas. Veìa Hipolito, que defenderse era dificil, por faltarle instrumento con que hacer daño al contrario. Atendia à que huir serìa afrentoso, y en tal ocasion, infame, dexando en ella una muger, que quando por su hermosura, y por el amor que la confessaba no merecia su amparo, por averse valido de èl, y averse assegurado en su ayuda, era digna de mas cortès intento.

Llevado de estos pensamientos se afligia el noble peregrino, y sin hallar lugar à ninguna determinacion, elaba à sus venas el temor y impedia à su discurso la grave dificultad de remedio. La infe-

lâz dāma ; presurosa se adelantaba à este tiempo, y Hipolito la seguia. Ella con la afliccion huìa descompuesta, y èl con el recelo caminaba cuydadoso. Ella perdido el color, bolvia de quando en quando el rostro à la temida fiera, que à no serlo, pudiera quedar rendida à su hermosura, y èl casi se holgaba de su temor, porque gozaba assi mas amenudo de su vista. Quien no atendiere à la diversidad de nuestros afectos, podrà admirarse de lo que à esta dama sucedia, y à todos de ordinario sucede, quando esperamos algun daño, que es bolver los ojos à verle, como si nos importasse alcanzarle: mas mirado à buena luz, hallarà, que esta natural accion de la vista, mas es para assegurarnos de que le huimos, que por certificarnos de que le tenemos. Con esta suspension, y estas penas bolvieron al mismo arroyo de donde avian salido, aunque mas abaxo, no mucha distancia. Quiso Hipolito arrojarse tercera vez al agua, para coger à la afligida dama en los brazos, y librarla de este riesgo, mas no lo pudo hacer tan brevemente, que no llegasse antes el ferôz animal à imposibilitarle sus intentos. Acudiò la misera señora à ampararse de un tronco, adonde en su mayor violencia avia dexado el arroyo algunas reliquias de su passada creciente, y Hipolito por no dexarla sola, acudiò en su seguimiento à defenderla, aunque fuesse dexando hacer en su misma persona el golpe. M la fortuna, que tan penosa o sion les avia embiado, no les d tituyò de todo punto de remed pues entre las demàs cosas q avia traìdo la fuerza del agua, quedò asida de una rama del s tronco una espada tan hermo mente guarnecida, que pare prenda de alguna persona, n que medianamente ilustre: giòla Hipolito alegre, y desnud do el blanco acero, ella qued parecer gloriosa de que la gov nasse tal brazo, y èl con ella alentado, que aun mas pelig puesto junto à su aliento, le pa ciera corto. No se descuydab fuerte animal en procurar el ño del prevenido mozo, com le importàra buscarsele, manif co exemplar de un embidioso, no solo procura el daño quan vè el provecho ageno, sino a quando teme la desdicha prop Paròse cauteloso el que antes gaba ligero, y Hipolito, co antes le huìa ligero tambien esperaba cauteloso. La fiera rancaba con las manos la men yerva, para cubrir los pies en se sustentaba el cuerpo, y polito cubria con el capotill oro, y seda, que la dama co turbacion se avia dexado, el des do acero con que le pensaba pojar de la vida. Acometiòle toro finalmente, mas retirand Hipolito àzia su lado izquier le dexò passar un poco. Co hermosa dama estaba tan

viendo que avia errado el primer golpe, intentò desquitar con el segundo en ella su rigor, y fiereza; mas à este tiempo le asiò Hipolito del siniestro instrumento de su ira, y descargò sobre su arrugado cuello tan alentado un golpe, que las vecinas yervas vestidas de granates se enriquecieron à costa de una herida, y celebraron la venganza de su passada injuria. Assegundò con otro tan violento, que à pocos quedò en el blando suelo tendido, haciendo pronostico, quando primero escarvaba de su futuro sucesso, pues aquello era no peynar la arena, sino hacer sepulcro à su vida.

Agradeciò la dama desuerte este beneficio, que casi pareciò mayor el agradecimiento. Hipolito escusaba à su valor, diciendo, que todo se debia à su presencia, y à la dicha de aver hallado aquel instrumento de su defensa. Puso en èl la hermosa dama los ojos, y despues de averle reconocido, y pedido à Hipolito, dixo: Principio de buena fortuna es el que yà imagino en la mia, porque entonces comienzan excelentemente los bienes, que se advierte la pèrdida de los males. Mientras se admiraba atenta la noble dama, viò Hipolito un pequeño bulto, que reluciendo entre la asquerosa lama del arroyo, con diferentes visos engañaba, y se burlaba de la vista: llegòse mas cerca, y hallò, que era un aderezo de cavallo bordado, con unas flores de oro. Sacòle del lugar en que estaba, y bolviò adonde la hermosa dama avia c[...] dado, confirmò en ella sus pri[...] ras sospechas, y aun no sè, si su[...] sado deseo. Bien advertia el [...] creto peregrino por las señ[...] exteriores, parte de la interior c[...] sa de estas novedades, pues t[...] para testigos de su presumpcion correspondientes despojos del [...] vallo, y espada, y el aver oìdo q[...] do llegò desconocido à la pres[...] cia de la dama, el nombre de [...] Enrique. Inferia que se llamaba algun cavallero, que la acompa[...] ba: y si bien en sus razones, ella [...] tes mostraba averle tenido abo[...] cimiento que amor, con todo recibia increible desassossi[...] quando llegaba à pensar, que [...] ria su esposo, ò su amante, y q[...] quiera de estas cosas grave esto de su recien nacido deseo.

O lo que puedes amor! O lo [...] piensas! Què vario eres en [...] discursos, què impio en tus ob[...] què barbaro en tus concep[...] què embidioso de agenos bie[...] y què digno de propios males! [...] llegas à tener rendido el pecho [...] noble Hipolito, y oy llegas à [...] cerle que tema en la hermosur[...] su nuevo objeto, los favores [...] no conocido D. Enrique. Obli[...] le à que se huelgue de sus daño[...] à que se alegre de pensar, qu[...] perdiò la vida, sin mas interès, inferir de su muerte, que p[...] proseguir sus afectos sin comp[...] dor. Viendo, pues, que galt[...] tiempo, y esperar mas entre

llos humedos pantanos, no seria aproposito, asi por la incomodidad que tenian, como por el peligro que corria su salud, si se detuviessen, cortesmente la rogò, que dexasse la suspension un rato, disponiendose al remedio de tan precisa necessidad como los oprimia. Cuerda, y atentamente le respondiò la dama: No penseis, ò piadoso amparo mio! (que desde oy mereceis justamente este nombre) que nace mi suspension de mi desconsuelo, pues como algun dia sabreis, estas prendas son de un Cavallero, à quien primero debì corteses correspondencias, y despues villano termino; y aunque me presumo vengada, y por esta parte me alegro, me suspendo piadosa, viendo, que parece que degenera de nuestro sèr la muger, en quien se sienten defectos de piedad. Bolviò desde esta conversacion Hipolito à la que primero avia propuesto, que era salir de aquel Lugar, por no dàr en su respuesta indicio de sus zelos, manifestandolos à ellos primero que à su amor: necio modo de introducirse de algunos amantes, pues si la persona à quien los piden es cuerda, viendo el enfado que esperan, la necedad que averiguan, y el fin que ha de tener tal amor, se le suelen dàr en el principio, acabandolo al mismo tiempo que comienza. Mirò à todas partes curioso, para conseguir su intento, y à largo trecho viò un cavallo de *campo*, que acaso se*ria de alguno de los baqueros* que cuydaban de todo aquel ganad Como en necessidad estrema t dos los bienes, por ley natural, s comunes; en esta, que era tan gr ve, no le pareciò delito cogerle, llevar en èl à la hermosa señor hasta el primer Lugar, donde t mando otro medio, pudiessen d xar encargado à alguna perso que le bolviesse, mientras ell proseguian su viage. Puso en ex cucion su pensamiento, y hacie do de un tosco cordèl blando fr no, à rigor de dos piedras, le qui unos grillos, con que andaba l bremente preso. Truxole adon la Dama esperaba, echòle liber mente la silla, que poco antes av hallado, y pusola cuidadosamer sobre ella. Quisose quedar èl à p ò por no desdecir de el habito q traìa, ò por no desacomodar quien llevaba, mas que en el cav llo, en el pecho. Caminaron de e suerte dos leguas, en cuyo espaci por hacer con la novedad lug à la diversion, la contò el fund mento de su viage, el fin de su p regrinacion, el principio de su n bleza, el amor que avia comenz do à tenerla, si bien tan hones que parecia mas passion natur que desordenado afecto, y ultim mente el estado de su perso Mostròse la noble Dama par consolada, por tener tal alivio su necessidad, y parte alegre vie dole; no sè, si porque la condici de las mugeres facilmente se co suela, ò porque el valor de H lito la tenia justamente obliga

sus prendas la llevaban gustosamente rendida. Por esto, y porque para ser la paga en todo igual, ha de ser en la misma especie, que la deuda, comenzò à pagarle su relacion en otra de su vida, diciendo de esta suerte.

Bien sè yo (ò ilustre, ò agradable, y noble Hipolito!) que mi historia no os ha de ser desapacible, si atendeis, à que demàs de ser estraña, es verdadera, que como las verdades son objeto del entendimiento, tambien se ajusta mas con ellas el gusto. Si alguna vez os pareciere, que salgo en la narracion de los limites, que no en otras suele tener el discurso, no os admireis; porque ni somos de diferente naturaleza que los hombres, ni son menos perfectas (en quanto à la perfeccion substancial) nuestras almas, como se advierte en tres Coricas, dos Aspasias, una Hortensia, una Sapho, una Cenobia, una Cornelia, una Praxila, sin otras, como Arete, Proba, Eudoxia, Istrina, y Casandra, que pudiera dexar, por no ocupar demasiado tiempo en cosa por sì tan manifiesta. En nuestra España he tenido yo noticia (dixo Hipolito) de otra, que ha excedido à todas essas, à quien por excelencia llamaron la Latina. No me ha faltado de ella noticia (dixo Aminta) pues su cordura, su prudencia, su santidad, y sus letras, fueron à la Catolica Reyna Doña Isabèl, siendo su Camarera de tanta importancia, que ninguna cosa intentò, que no se la consultasse, y ninguna consultò, que no tuviesse dichoso acierto. De suerte, que mereciendo nombre de tan docta, para si adquirio credito, para su nacion gloria, y para nosotros un exemplo, con que quedan convencidos quantos no sienten, que es facil à una muger conseguir quanto intenta, y que muchas los han podido exceder, y aun enseñar, como Aspasia à Pericles, primero su discipulo, luego sabio, y ultimamente su Esposo. Con esto no parecerà impropio en mi, lo que ha sido en muchas cierto, y quedarè segura de que no se estrañarà en el sugeto lo que me ha costado tantos desvelos, como en este discurso de mi vida os han de hacer mis razones patente. Comenzarè desde el principio de ella, para que supuesto que tratais de quererme, sepais à quien estimais, y con què muger os aventurais; cosa que avian de hacer todos los hombres, si no quieren despues de verse empeñados, hallarse arrepentidos. Nacì en Bolonia, ilustre Universidad de Italia cuyo credito tiene bastantemente dilatado su nombre, y el proprio mio es AMINTA, yà feliz, pues he debido à mi suerte, el aver salido de los peligros que sabeis, y de los que aora escuchareis brevemente.

Quisiera proseguir la discreta dama su historia; mas descubriò Hipolito à este tiempo un pequeño lugar, ò poblacion, y pareciendole que estaba cerca, la dixo: Her-

señora mià, bien creo, que
is satisfecha de el gusto con
escucho, si advertis à las mu-
is que hace mi rostro, mani-
indicio de las passiones de el
), y de los afectos con que en
: tiempo se ha aumentado el
de mi amor, cosa de que yo
e admiro, porque se engaña
piensa, que se ha de regular
ndeza por la distancia que
e naciò, y no por la excelen-
: quien le ha dado principio.
esta, pues, esta verdad, y que
rumpir vuestra historia, no es
arme de oìrla, sino dilatarla
mejor ocasion, os ruego, que
està tan cerca esta aldea, la de-
hasta que aviendo tomado al-
alivio, vos la refirais mas des-
), y yo la escuche mas atento.
deme à mi (ò Aminta bella!)
e sucede à quien ha comen-
à gustar un manjar sabroso,
emiendo que se le acabe, se
ne, y èl mismo huye la posses-
para que no le falte la esperan-
Despues sabrè las novedades
prometeis, tan lastimado de las
ichas, como alegre de vuestras
ias, y tan inclinado à vuestra
nosura, como à vuestro enten-
iento, que esta es la mayor que
: tener el alma, hablando en los
tes naturales.

ntieron à este tiempo ruido de
e, que presurosa se les acerca-
ran seis, ò siete hombres rusti-
n la apariencia, *y el trage*, y as-
hizo demasiado caso Hipolito,
iendole, que serian de aquel
lugar adonde hacian su viage. Mas brevemente se hallò engañado en su pensamiento, pues quando llegaron à igualar con èl, le cogieron todos juntos por los brazos, y hicieron imposible su defensa. Ataronle con un gruesso cordèl, y tratandole de infame, de traydor, y otros viles renombres echaron à Aminta de el cavallo, y lo mejor que pudieron atravessaron en èl à Hipolito, asseguràndole con lo que del cordèl avia sobrado, para que no se echasse abaxo, y se les fuesse. Con esto dieron traza de bolver à su aldea, diciendo à la cuydadosa dama (que lastimosamente les obligaba con su piedad à que le dexassen) que agradeciesse, que no la llevaban à ella, y advirtiesse, que si la dexaban era por parecerles, que no seria culpada en el hurto de aquel cavallo. Aqui comenzò la noble señora à afligirse mas apretadamente, viendo que por traerla con descanso, llevaban à su bienhechor tan injustamente preso. Por mas que los persuadia con ruegos, y los obligaba con razones, la dexaron sola, siempre firmes en su primer intento. O bàrbara rusticidad, bastantemente quedas acreditada de intratable, è insufrible; pues ni contigo vale la razon, ni adquiere veneracion la hermosura! Viendose la miserable señora llena de mayor desconsuelo, que hasta entonces, por mas destituida de amparo; y atendiendo à la priessa con que llevaban Hipolito los referidos villan-

desesperaba de poder seguirlos, no obstante, que lo procuraban sus delicadas plantas. Tal vez le parecia conveniente irse à aquella cercana Aldea, para pedir favor à sus moradores, y en comenzando à andar con este intento, se paraba para bolver à mirar à Hipolito, y embiarle (yà que no podia otra cosa) mil suspiros. Bolvia algunas veces à desandar parte de el camino, hasta que la detenia la dificultad de alcanzarle. Ella indiferente no sabia que hacerse, y sus passos, siguiendo à sus deseos, daban indicios de su indeliberado pensamiento. Ponderaba brevemente en su imaginacion, lo que debia al valor de Hipolito, la correspondencia de que era digno su termino. Proponia su discurso à su voluntad mil exemplos, probando lo que degeneraba nuestra naturaleza, y el lustre que pierde quando se niega injusta, y olvida ingrata el beneficio. Acordabasele, que aun en los animales ha sido loable el agradecimiento, como consta del Perro de Jason, el Cavallo de Antioco, el Aguila Sixta, y el Aspid Egypcio.

Llevada, pues, de estos discursos, acabò de resolverse à seguirle; y yà que no pudiesse alcanzarle, determinò llegar al mismo lugar que le llevaban, lo qual, puesta en el camino, no seria muy dificil. Pareciòle, que asi podria su diligencia procurarle libertad, satisfaciendo à la Justicia, de que no avia tenido intento de hurtar el cavallo, sino

de valerse de èl en ocasion t[illegible] cisa, para redimirse por est[illegible] de tan grave trabajo. Alen[illegible] mejor que pudo, y si bien yà perdido de vista, caminaba juzgando, que no podria [illegible] viage. Nunca se tarda el dese[illegible] quando le ha de estàr mal le tiene; y asi presto llegò à mosa Aminta la experiencia ta verdad, y de su yerro. A el discurso de el camino una donde se dividia en tres di[illegible] y como la noticia que teni[illegible] tierra era tan corta, despues [illegible] llegado à ellos, no supo qual para tener efecto en su dese[illegible] no hacer el error grave, y [illegible] sancio infelice, yendo por d[illegible] te parte que à Hipolito avi[illegible] vado, se puso à esperar, que passagero la informasse, si a[illegible] contrado à un hombre de ñas. Sentòse en el repecho cuesta, para cobrar aliento e[illegible] breve descanso, si le podi[illegible] quien en tan limitado tiem[illegible] hecho à su alma deposito [illegible] tas penas. Haciase cada ins[illegible] su esperanza un siglo: ate[illegible] que el tiempo se passaba, y impossibilitaba con la tard[illegible] favor que el noble preso p[illegible] llevar en su diligencia, y cui[illegible] al cabo de un largo espacio, [illegible] nir un caminante à cavallo [illegible] disposicion en la persona, y roso en el passo: el vestido qu[illegible] parecia aver sido costoso, estaba por muchas partes [illegible] do. Levantòle para pre[illegible]

ı noticia de lo que le costaba
desassossiego , y al tiempo
larle , conociò, que era Don
ıe , causa de sus estrañas for-
Alegròse de verle , mas por
, que avia hallado un eficàz
ɔ de librar à Hipolito,que por
ɔr que le tenia. Apeòse D.En-
, y si bien con su acostumbra-
licia,pareciò celebrar tan in-
lo hallazgo. Admirabase de
ibre de aquella tempestad, y
ı su estrella parabienes por la
de ofrecersela, en lugar don-
lrian proseguir sus intentos.
icabala quanto pesar llevaba
ı ausencia,y que era entonces
:o, como primero avia sido la
En Aminta era el placer cor-
ıdiente à algunas fingidas
ıstraciones que hacia. Afir-
e , que le avia llorado muer-
entre los demàs sucessos refe-
obligaciones que tenia à Hi-
, las deudas en que la avian
ɔ su valor, y cortesia , y el
ecimiento que pensaba te-
tan superiores empeños. Po-
ıces ha menester la verdad,
er conocida , y pocos encare-
ntos la lengua para manifes-
sentimiento del alma , y assi
a claramente en el modo de
ecerlos, la verdad con que es.
ıa en Hipolito los beneficios.
to mas fuerza ponia en mos-
ı s afectos , deseosa de que D.
ue pagasse las deudas que ella
ocia , tanto mas se aumenta-
èl , sobre la aspereza de su
condicion , unas sospechas viles,
que poco antes avian tenido origen
en su corazon de alabanzas agenas.
El se escusaba de bolver por el ren-
cor,que sin conocerle le tenia,y ella
pareciendole falta de conocimien-
to de su obligacion,se las bolvia à
referir mas fervorosa. El se mostra-
ba con esto mas remiso , y ella le
acusaba de descuydado , perezoso,
desagradecido , è impiò. Todo lo
qual hacia tan diversos efectos en
los dos,que era en uno rebeldia , y
dureza , lo que en otro era lastima,
agradecimiento,y piedad,acompa-
ñada de algunos principios de amor
los quales llegan mas seguros siem-
pre debaxo del titulo de compas-
siones. No culpàra yo aqui à Enrique,
si èl supiera la verdad del pecho de
Aminta : mas juzgando que aquel
solo era agradecimiento, como ella
le afirmaba. Quien no se lastima
de vèr en animos bien nacidos na-
turales ingratos ? Quien no se ad-
mira de vèr algunos hombres juz-
gando por lo que les dicta el te-
mor , y tal vez su malicia , sin dàr
credito en nada à los ojos , ni sin
consultar à los oìdos , tan pagados
de lo que piensan , que no creen
mas de aquello que presumen?
Considero yo aqui à D. Enrique,
oyendo las piadosas razones de
Aminta , los beneficios de Hipoli-
to , y no obstante que las tiene ...
piedades , y beneficios , de ...
divierte , aquellas le cansan , y ...
tos le molestan ; de ...
que las buenas obras ...

delicadissimo, à quien cada uno convierte en su substancia; y como un mismo mātenimiento en el pecho de una serpiente es veneno, y en el de otros animales, triaca; y una misma flor en la boca de la abeja miel, y en la de una araña pōzoña; assi tambien el beneficio, para unos es mortal veneno, y ponzoña, y para otros sabrosa miel.

Al tiempo que Don Enrique, y Aminta estaban en la oposicion de pareceres, que queda referida, vieron passar à toda priessa una tropa de labradores, de los quales el que pareciò mas alentado decia: Yo le bolverè à la aldea, ò costarà el desassossiego, que otras vezes ha costado el atrevimiento, de querer estender la suya al termino de otras jurisdiciones. Quando oyò la noble Aminta estas palabras, pareciendola, que se ordenaban à la materia, que la estaba dando tal desvelo, se llegò à ellos, y les preguntò: Si iban en seguimiento de un preso, que ciertos hombres llevaban; respondieronla, que si; y en el fin de su respuesta, tuvo principio una exortacion à la venganza de tan injusta prision, y una relacion de toda la verdad, moviendo de quando en quando con los afectos que mostraba, y con los malos tratamientos, que referia averle hecho, los animos de los labradores, para que no desistiessen del proposito con que avian salido. Ellos dobladamente persuadidos, yà del motivo que primero les avia sacado de su [illegible] y yà de los retoricos colores narracion de Aminta, sin re[illegible] der con las razones, dieron in[illegible] de obedecerla con las plātas. A[illegible] quedado atràs un labrador, qu[illegible] en seguimiento de los demà[illegible] qual detuvo, y preguntò: Po[illegible] avian salido à quitar aquel pr[illegible] si era verdad, que iban con es[illegible] tento? El la respondiò, que si, la casa era averle sacado de [illegible] risdicion de su aldea, y que to[illegible] avian visto algunos naturales [illegible] y avian dado aviso al Alcalde [illegible] era el que iba adelante, acomp[illegible] do de los demàs labradores, y [illegible] èl no le detuviesse, porque pu[illegible] alcanzarlos. Bolviò en esto An[illegible] à Don Enrique, rogandole, que [illegible] se tambien en su seguimiento, [illegible] favorecer à Hipolito en la oc[illegible] que se ofreciesse: mas com[illegible] una parte le desobligaban su[illegible] los, y por otra era de su natura[illegible] mal intencionado, tan aspero, [illegible] insufrible, ni la quiso concede[illegible] te gusto, ni esperar un instante. [illegible] maba, que supuesto que le a[illegible] de bolver à aquella aldea, serì[illegible] jor aguardarle en ella con [illegible] nos regalos, y persuadiòla, à [illegible] subiesse à las ancas de su alen[illegible] cavallo. No quiso Aminta [illegible] tradecirle en todo, por no [illegible] cer mas sospechosa, y porqu[illegible] Don Enrique, neciamente co[illegible] zaba à hacer demonstraciones [illegible] zelos. Bolvieronse con esto à [illegible] aldea, desviandose, bien co[illegible]

gusto de Aminta, del infelize Hipolito à quien la villana esquadra iba haciendo mil injurias, y diciendo mil afrentas. Iba el prudente Cavallero midiendo con el tiempo las razones, hablandoles cortesmente, por vèr si podrian ellas acabar lo que la violencia era impossible conseguir, que es cruel genero de locura desesperada, ò desesperacion loca, usar en la afliccion de terminos tan sobervios, que en lugar de lastimas, y compassiones provoque à enojos, y afrentas de quien las oye; y lo que mas se debe ponderar, à daños, y à pesares de quien padece. No podia vencerlos con buenas palabras, assi porque la indignacion nunca dà blandos oìdos à la lisonja, como porque ha de alentar sangre ilustre à un corazon, para que llegue à sus puertas la piedad, la liberalidad, la modestia, y la cortesia. Què es vèr à un villano interessado, avariento, y descortès? Què es verle atrevido, ignorante, necio, y porfiado? Tengo por cosa de las que no admiten duda, que tal sugeto es de los monstruos mas horribles que la naturaleza conoce, y de las fieras mas crueles, y feroces, que en la aspereza de los montes habitan. Monstruos de crueldad, y fieras de rigor eran estos villanos en las costumbres que tenian, y termino que usaban con el afligido peregrino: mas no les durò mucho el contento, y alegria; y llamo contento al que llevaban, siendo injusta crueldad, porque entonces le llega à tener cumplido un malo, que se halla en las ocasiones de serlo.

No se descuydaba estotra esquadra que iba en su seguimiento, y assi con brevedad los alcanzaron: hicieronlos detener, apearon del cavallo al noble Hipolito, apeòse tambien el Alcalde, llegò el Escrivano, y preguntòles, adonde llevaban à aquel hombre? Ellos viendo, que los que venian con el referido Juez eran mas en numero, no se atrevieron à intentar la defensa, que oprime facilmente el temor à los pechos que por su nacimiento son viles, y por sus costumbres infames; antes le respondieron, que le llevaban preso. Preguntòles, que de donde le llevaban? Y à esto, dos de los que dieron el aviso, comenzaron à decir, que ellos se le avian visto sacar de el termino de su aldea. Los otros se defendian diciendo, que era engaño, y que à ellos les pertenecia el conocimiento de la causa, por ser de su lugar la prenda que llevaban hurtada. Unos levantaban las voces, y otros procuraban excederlos en ellas, con que todo se iba bolviendo confusion. Solo Hipolito à este tiempo oìa la porfia de los que le llevaban, y la resolucion de los que le querian bolver à su lugar alegre: à estos daba toda el alma de agradecimiento, y à aquellos todo

deseo de venganza. Quedaba entre tanta oposicion absorto, entre tantas desdichas impaciente, entre tan porfiada dureza, ignorante del fin que tendria tan impensado suceso. A la alteracion de los unos, à la resolucion de los otros, à la dudosa imaginacion de Hipolito, y à la porfiada confusion de todos, puso en silencio el Alcalde, diciendo: Que quanto se huviesse de hacer, avia de ser solamente lo que dispusiesse la razon, y la justicia. O soberana imitacion de Dios, quan poderosa eres, pues no solo los delinquentes tiemblan de tu nombre, mas aun los barbaros se reconocen de tu fuerza vencidos! O Justicia, de todos venerada, de ninguno oprimida, que no halle en mas superior tribunal el castigo! Tu conservas las Republicas, tu las alientas, tu las guardas, tu pesas igualmente los meritos, para repartir el premio, y mides sabiamente los delitos, para executar el castigo. Como pueden dexar de ser iguales tus balanzas, si es tu fiel la razon? Oy se nos descubren en este suceso algunas sombras de tus luces, pues las voces, que barbaramente herian el ayre, oyendo que tu llegas cessan al punto, y en su lugar llegan la quietud, la conformidad, y el silencio.

En las razones del Alcalde, prosiguiò el Escrivano, diciendo: *Pues se reduce à tan cuerdo termino nuestra resolucion, serà conveniente, que v. m. aunque el* gar es menos grave de lo qu oficio permite, por la necessi haga luego una Audiencia en den à lo que se debe determ deste preso. Aceptòlo el Alca aunque bien contra el gusto Hipolito, porque le parecia, poner en juyzio su negocio, era ner en duda su deseo: y es tan sufrida nuestra passion, que ni q riamos el mal cierto, ni el dudoso. Comenzòse à pone execucion al punto, hizose la beza del processo, juraron los en esta parte podian, que a visto sacàr aquel preso de sus minos; oyòseles el descargo, aguardar à mas, se les notificò le dexassen. Los otros por no meter algun delito, con que sionassen la colera del Juez, que executasse su rigor, le e garon, y trataron de partirs èl: mas no lo consiguieron porque atendiendo à que si se sentaban, podrian llamar de dea gente, con que, como otr zes avia sucedido, se aventu la salud de muchos, la vida d gunos, y la quietud de todos detuvieron à titulo de que j sen en el delito del preso, que daba en su poder para execu castigo. Traza llevaba el al do Alcalde, segun los advertin tos tenia, segun prudente h ba, y cuerdo discurria, de l que el Illustre peregrino pad se, si la informacion fuesse

y los testigos jurassen mas
ionados; que verdaderos, y
emia justamente, sino su equi-
con ser tan grande, la passion
os que podian deponer en su
uyzio. Mas estos temores se
anecieron levemente, pues
lo preguntados en la causa
primero le imputaban, por-
el Alcalde no usasse de juris-
on, que à ellos les parecia ser
a, ni castigasse reo, que en su
ion pertenecia á su districo,
ron, que no sabian nada en
l'articulo, ni à aquel peregri-
tenian por delinquente. Vis-
to por el advertido Juez, des-
de aver hecho ratificar en
confessiones, los hizo perder à
s, diciendo, que aquel pere-
era razon que se ausentasse,
, como à persona à quien el
o de aver hurtado el cavallo,
ia impuesto falsamente; mas
llos avian de ocupar sus pri-
s, y sobstituir el castigo, por-
adelante no se atreviesse na-
levantar tan infame testimo-
Quisieron defenderse al prin-
, mas sin que les valiesse re-
cia, prevenciones, ni aliento,
l mismo instrumento que lle-
n à Hipolito, dexandole à èl
, los bolvieron presos à su al-
Dixeronle los piadosos labra-
s, que si por el cansancio no
seguirlos, se viniesse por su
o camino poco à poco, para
menos rendido llegasse à re-
algun alivio en su humilde

poblacion. El les respondiò cor-
tès, les estimò el consejo, y se que-
dò atràs; de unos vengado, y à
otros agradecido.

Entre la soledad llegò à las puer-
tas de su entendimiento la consi-
deracion de las mercedes que de-
bia reconocer al Cielo en la liber-
tad de tantos peligros. Dabale gra-
cias por el beneficio de averle sa-
cado bien de tan estraño sucesso,
y ponderaba el justo acuerdo con
que parece que Dios avia orde-
nado el castigo de aquellos igno-
rantes, siendo uno mismo el gene-
ro de pena que à èl le avian dado,
y ellos avian substituido. Bolvia à
considerarse sin prisiones, y atri-
buia su libertad à la paciencia con
que avia tolerado tan infames in-
jurias. Poniase à considerar à aquel
rustico Juez tan atentamente ad-
vertido, y decia: Què se cansa
nuestra naturaleza maliciosa en
hablar del descuydo de los Juezes!
Si vemos de parte de Dios tan-
tas luces en su entendimiento,
para determinar qualquier duda.
Aqui este rustico apenas sabia ha-
blar, y puesto en un Tribunal que
èl eligiò para que lo fuesse, dis-
curre, cumple con su obligacion,
tiene traza para librar al inocen-
te, y dàr su justa pena al culpado.
A mi que venia preso me libra, y
à aquellos que estaban libres, los
prende. O como si todos los hom-
bres se acordassen del temor con
que parecen delante de un Juez,
se detendrian para no ocasionar

le à rigor, si es que se puede dàr este nombre à la accion, que es justicia. Considerome yo, respecto de aquel hombre; por el nacimiento, mas grande; por la hacienda, mas rico; por el estado, mas alto; por el valor, mas fuerte; por la persona, mas bizarro; por el vestido, mas honroso; por el entendimiento mas prudente; y llevandole tan conocidas ventajas, solo porque le vì Juez: delante de èl hallè mi grandeza humilde, mi riqueza pobre, mi estado corto, mi valor cobarde, mi bizarria encogida, mi honor reconocido, y mi entendimiento embarazado. Mas si he de decir verdad, no me pesa, antes vengo à estàr muy alegre, porque quando no supiera quien soy, en solo verme temeroso de la Justicia, quedàra para conmigo mismo satisfecho de que soy ilustremente nacido. Llegò con esto al lugar, donde le pareciò que podria hallar à Aminta, nuevo empleo de su gusto, y justo assumpto de su empleo. Hizo quantas diligencias se deben presumir de un cuydado, à quien prevenia la voluntad, para que solicitasse tan importante negocio; mas ellas fueron inutiles, su esperanza vana, y su fortuna corta, pues no pudo hallar nuevas, de que alli huviesse llegado muger de las señas que èl decia. Si consideramos al noble peregrino en este estado, le hallarèmos de la suerte que quien *perdiò una joya*, el qual despues

de averla buscado, y avèr h[...] experiencias de la cortedad [...] dicha, buelve à una misma [...] muchas veces, y sin alejars[...] el lugar de su pèrdida, pier[...] tiempo, por no perder de [...] punto la esperanza de hallarl[...] por no castigarse à sì mismo los escrupulos de que se le oc[...] porque se apartò de inqui[...] No obstante, pues, que el des[...] suelo le pudiera impedir el v[...] (tal era el que à su noble ar[...] oprimia) se determinò à p[...] adelante, por vèr si con la [...] danza de el lugar era diver[...] fortuna, como si la tierra, q[...] todos nos hace miserables, [...] diesse apartarse de nosotros, [...] es perdiendo la vida, y con [...] este material estorvo, si [...] amada prision de el alma, [...] cuerpo, vaso, que siempre [...] à su principio. Alentò à su [...] mayada naturaleza con el [...] alimento que pudo hallar e[...] ces, y caminò con su prime[...] ledad, si aora podia llevarla [...] un instante no dividia de su [...] zon à Aminta. Recogiòse a[...] lla noche en la Aldea que est[...] vecina à Salamanca, à la [...] por donde èl caminaba, y o[...] gran rato de el tiempo, con q[...] quietud le ocasionaba el des[...] en sus enamorados pensami[...] que quando vela el alma c[...] cuydado, duermen los ser[...] dificultosamente. Levantòse [...] que saliesse el Alva (quizà

que saldria Aminta con ella)
pues de aver caminado un
trecho, oyò una voz, que
mente lastimada, y lastimo-
nte suave cantaba, haciendo
nas veces à los suspiros acen-
Acercòse con la quietud que
quien desea no estorvar: y
pudo percebir las estancias
entes à imitacion del Petrar-
la Cancion, que comienza:

oduxo jamàs cosa mas bella:
quando fortuna grave mia
dudar mi daño
passo todo el año,
nocer el rostro à mi alegria;
rda un poco, espera,
s mal es que muera,
siquiera de descanso un dia;
e cobrando aliento,
esperarte mas mi sufrimien-
o.
ido al principio à Feliciana
naba,
luz de sus ojos
ban mis enojos;
en tal gloria temeroso estaba,
mi inhumana estrella
erte me atropella,
aun teniendo los bienes los
aba.
oso perdia
sumo bien, que amante possèia.
se aqueste tiempo, y juntamente,
en tan dura ausencia
i mal la inclemencia,
le el pecho sus dolores siente;
mejor me fuera,
la dicha,

Quando nacì, descanso providente,
Que no piadosa cuna,
Expuesto à tal rigor de mi fortuna.
Diversas veces à inquirir me obli-
go,
Porque mi dura suerte
Tal vez feliz se advierte;
Y yo tambien mi grave mal mi-
tigo:
Mas despues que el cuydado
Variamente he pensado,
Llego à juzgar, y atentamente digo;
Agora dicha estraña
Me ha tenido por otro, pues se en-
gaña.
Lleguè una vez al talamo dichoso,
Y quando mi deseo
Alentaba Himeneo,
Y de mi dueño pude ser esposo;
Del bien me siento lexos,
Faltanme sus reflexos,
Ausente quedo de su rostro hermoso;
Y pues quedo con vida,
Bien tengo tanta pena merecida.
Nunca en las [illegible]
necio
El sentimiento grave,
Y pues mis daños sabe,
Mas nacidos de embidia, que des-
precio,
Tantas lagrimas vierta,
Que mi fortuna incierta
Sepan que son de mi descanso el precio
Si bien en daño tanto, (llanto
Aun temo que tambien me falte el
Que al que el gusto le falta
Si sus daños previene,
Quando los ojos con cristal esmalta
A ser dichoso viene,
Pues para descansar lagrimas

Acabò la voz tan sonora, aunque acompañada de suspiros, que juntamente provocaba à atencion, y combidaba à lastima. Quando yo advierto, que para descansar canta el triste, y para celebrar su alegria vsa del mismo medio el que està alegre, no sè si alabar la musica, en unos regocijo, y en otros medicina, ò si ponderar nuestra flaqueza, pues lo mismo nos celebra, que lastima; ò si inferir, que en nuestra miseria andan tan juntas las tristezas, y las alegrias, que como si fuessen una cosa misma, no hacemos distincion del remedio. Quisiera Hipolito llegar para divertirse en sus penas, ò para saber las que afligian à aquel lastimado pecho. Y pareciendole que seria buena traza provocarle à que llegasse con el mismo medio, diestra, dulce, y advertidamente, dando alma à su voz con [illegible] versos, que à otro proposito, aunque muy al de sus penas, avia hecho, cantò assi.

De suerte, en dura ausencia
Lagrimas vierten estos ojos,
Que sin resistencia
Se apropian nombre, y presumpcion de rios;
Mas que mucho si llora
Quien viò la luz, y està sin ella aora.
Quanto miran solìa
Eran de Cloris dulces prendas bellas,
Desde que el Alva fria
Borraba ilustre exercito de Es-
trellas,
Hasta que el Sol dormido
Les mejoraba su explendor j
dido.
Mas lo que aora veo,
Todo es pena, tristezas, y ri
res.
Padece mi deseo,
Y enseñando à mi amor que
amores,
Tan tristes horas passo,
Que he llegado à dudar, si
acaso.
Para tener consuelo
Tal vez en soledades me retiro
Donde corriendo el velo
A mi imaginacion, su im
miro,
Y en su beldad absorto,
Pienso que ha de ausentarse,
reporto.
Llego à hablarla juzgando,
Que me ha de responder, y au
confuso,
De que assi estè callando,
Casi al tiempo la culpa, que le
escuso
Voy à tocarla, y veo,
Que todo ha sido fuerza del d
Quando miro las flores
En presencia del Sol vivir con
tentas,
Vestirse de colores,
Y decir à mi amor mudas af
tas,
Digo entre injurias tales:
Irase el Sol, y sentireis mis
les.
Estos montes, que altivos
Le dàn al Tajo casi [illegible]

Parece que estàn vivos,
Pues repiten mis quexas por el viento,
Que en pena tan crecida,
Para sentir, los montes tienen vida.
Y al fin todo à mi quexa,
Aunque niega el remedio dà el oìdo,
Solo de mi se alexa
Mi misma suerte, y en tyrano olvido
Confusa mi memoria,
Sueño llamo al placer, pena à su gloria.

A un mismo tiempo llegò Hipolito al fin de estas canciones, y à su presencia quien primero avia ocasionado à su voz, que era un mancebo bien dispuesto. Conociò ser quien dos dias antes avia cantado otra cancion en aquella aldea, que aviendo dado con la novedad entrada à su admiracion, la diò luego à su desdicha, y à nosotros para el principio desta historia. Advirtiò, que era el que entre los demàs labradores estaba mas lucido; y por quien parecia celebrarse aquella rustica fiesta. Saludaronse cortesmente, y despues de averse preguntado el uno al otro, adonde se enderezaba su viage, viendo que hasta Salamanca era uno mismo, le prosiguieron juntos.

Descubria Leonardo (que assi se llamaba el desconocido mancebo) gallardo discurso, y alma mas noble, que mostraba su exterior, y rustico adorno; y como el camino es gran tercero de las voluntades, y en Hipolito a capacidad mas digna de embidia que de aborrecimiento, comenzaron à disponerse con la conversacion las suyas; de suerte, que quando se hallaron en Salamanca, no le permitiò Leonardo que se apartasse de su compañia para posar en otra parte, manifestandole por entonces, que èl tenia casa con mas que medianos bienes de fortuna, adonde poder aposentarle, y servirle. Estuvo Hipolito aquella noche en ella, viò otro dia parte de la Ciudad, y al siguiente partiò à poner fin à su peregrinacion, dexando para la buelta el detenerse mas despacio en la atencion de grandezas. Gastò algunos dias en el cumplimiento de su deseo, visitando en su dichoso Templo aquella sagrada Imagen, à quien diò nombre una Peña, siendo ella el medio, con que en Dios se ablanda la ira, y en nosotros la dureza. Bolviò al cabo de ellos à la casa de su nuevo amigo Leonardo, y desde alli dispuso que hiciesse diligencia por las posadas, para saber si avian llegado dos criados suyos, à los quales avia dexado en Madrid, con orden de que se fuessen à aquella Ciudad, y prevenidos de dineros, vestidos, y lo demàs, que su regalo, ò su necessidad huviessen menester, le esperassen hasta que bolviesse à ella. Hallaronlos, y que avia dos di-

que eſperaban; dieronles noticia de donde eſtaba ſu dueño; llegaron à ſu preſencia, y fueron apaciblemente recibidos. Pareciòle à Hipolito, que ſupueſto que yà avia cumplido con ſu obligacion, ſeria bien que le vieſſen mas lucido, y deſnudandoſe el paſſado habito, trocò por la delgada tunica de picote un veſtido de terciopelo liſo noguerado, guarnecido de menudos hilos de plata. A Leonardo tenian en caſa lo mas de el tiempo ſus melancolias, en cuyo conocimiento no avia tenido parte Hipolito, por no le obligar à mas de lo que èl quiſieſſe decirle. Saliòſe por eſta cauſa aquella tarde ſin èl, acompañado de ſus criados. Fueronſe à las Eſcuelas, tan juſtamente dignas del credito que poſſeen por tan iluſtres hijos como han tenido en todas facultades, en tan dilatados ſiglos. Eſtaban, entre los demàs, en ellas dos mancebos Eſtudiantes, que llevados de la curioſidad, repararon en èl, y deſpues de averle conocido, llegaron à abrazarle afectuoſamente. Bolviò Hipolito para ſaber quien fueſſen los que celebraban ſu viſta con tales demonſtraciones de alegria, y acudiendo à ſu memoria, para que manifeſtaſſe las eſpecies que de ellos tenia, acabò de conocer, que eran dos Cavalleros, à quien èl avia viſto en Italia, y de quien avia recibido algunos beneficios en tiempo de menor fortuna.

No pudo llegar à ſu voluntad mas ſazonado guſto, ni à ſu ſuerte mas dichoſo hallazgo (ſi hacemos excepcion de Aminta) que el que entonces poſſeìa; y aſsi con los brazos, y con los afectos declarò quan juſtamente los correſpondia. Trataron varias coſas de las que no ſon à nueſtro propoſito importantes; y deſpues de averſe paſſeado gran rato juntos, llegaron à ſu caſa de Alexandro, y Carlos (que aſsi ſe llamaban los dos Eſtudiantes amigos.) Rogaron à Hipolito muchas veces, que la honraſſe con ſu perſona; mas nunca quiſo aceptarla para quedarſe en ella, diciendo, que èl eſtaba yà apoſentado, y eſtimaba en mucho el deſeo. Preguntaronle adonde, para viſitarle à otro dia; mas èl cortès Cavallero, por no obligarles à que ſe anticipaſſen à verle, no quiſo decirſela, ni manifeſtarles el noble acogimiento que Leonardo le hacia. Ellos por parecer diſcretos, no porfiando, le obedecieron, y èl dexandolos en ſu poſada, diò à la ſuya brevemente la buelta.

Hallò con ſus continuos peſares à ſu nuevo amigo, y yà mas alentado con la comunicacion que entre los dos avia, le rogò, que refirieſſe la cauſa de ſus penas, para que ſe procuraſſe remedio, atendiendo à que es ignorante modo de carecer de los males, padecerlos ſin manifeſtarlos, y callarlos ſin prevenirlos. Haſta aora me he ler

il, y ellos son tantos, respon-
eonardo, que me ha pareci-
ienos dificultoso ocultarlos,
ifrirlos. Mas pues que me veo
ligado de vuestro ruego, le
o anteponer à mi silencio, si
es necessario, que os preven-
i oir los principios, porque su-
o, que para mi fueron alegres,
ı memoria de ellos cobrarè
to para proseguir con menos
o en las penas que tengo de
gear con los fines. Hipolito
ino el oìdo, su recato en la so-
l, Leonardo la atencion, y
lo un suspiro el exordio, prosi-
de esta suerte.

ı lo que yo advierto, (ò amigo!)
nuestra miseria es comun, y
nuestras desdichas nacen quã-
acemos, es, en que por todas
es ay infelices, y que al que lo
lesde luego comienza à perse-
e su estrella. De esto ultimo
o exemplar manifiesto, pues
as vi esta luz universal en Bar-
na, Ciudad (como yà avreis te-
noticia) insigne, quando me
huerfano de madre, porque
os dolores que de mi parto tu-
indiendo el alma à su partida)
lè heredero de no poca rique-
que en su muerte me dexò mi
e; el qual siguiò tan breve-
teà su consorte, que muchos
eron por cierto, que me mo-
le pesar, y de llanto; de don-
fiero, que no todos los hom-
olvidan con facilidad, y que
os sucten, tienen memoria,
y reconocen, yà el amor que les
tuvieron, yà los regalos que les
procuraron, yà los trabajos, que
por ellos padecieron, y yà los pe-
sares, y disgustos de que tal vez los
escusaron. Crecì encomendado à
un pariente mio; el qual tenia cre-
dito de hombre poderoso, y un hi-
jo à quien dexar la possession de
tan abundante hacienda. El mozo
era bien nacido, pero muy mal
inclinado; era rico, pero mucho
mas que rico necio. O naturale-
za! en tus obras algunas veces im-
perfecta, y siempre providente,
como sabes repartir de tus dones;
como sabes repartir de tus gra-
cias, como sabes ser à todos ma-
dre, como sabes quando niegas ri-
queza, dàr entendimiento, y sa-
tisfacer la falta de entendimien-
to con la abundancia de riquezas.
Andabamos siempre los dos jun-
tos, ò yà jugando como niños en
la puericia, ò yà divirtiendonos,
como mancebos en la adolescen-
cia, y juventud. Cansabame de èl
algunas veces, y otras, por la amis-
tad, y parentesco, le sufria. Gran
prueba es esta de lo que puede el
amor, que crece con los años, por-
que en mi opinion no queda à un
hombre entendido que hacer por
otro, en llegando à comunicar-
le mas de una vez, si es igno-
rante.

Avia en la misma Ciudad otra
familia, que se componia de qua-
tro notables sugetos, que eran u
padre ciego, y prudente, una

-dre vieja, y loca, un hijo mancebo, y valiente, y una hija moza, y hermosa. Ruegoos con todo quanto encarecimiento puedo, ò Hipolito amigo, que atendais con cuydado à mis sucessos, porque si no me engaño, creo, que os tendràn este rato divertido, y os dexaràn, como divertido, enseñado en muchas cosas de las que cada dia importa saber; porque se engaña, quien piensa que se oponen entretenimiento, y doctrina, y acierta quien juzga, que no ay historia verdadera, ò yà profana, que no pueda ser ocasion de muchos provechos, supuesto que cada sucesso es para los cuerdos un aviso. Llamabase el viejo Lupercio, su indiscreta muger Teodora, el mancebo Fulgencio, y Feliciana su hermana. Aunque estaba ciego el discreto Lupercio, ò yà con la experiencia de los años, ò yà con los ojos de su prudencia, veìa los yerros à que andaba expuesta su hija, por la divertida condicion de su muger: y si bien advertia el poco fruto que hacian sus razones, con todo esso nunca desistia de aconsejarlas, y advertirlas de todo lo que su atento juyzio alcanzaba. Feliciana tenia sa inclinacion recogida, y vergonzosa; mas como nuestra naturaleza es facil de pervertirse por sus flacas fuerzas, no solo con las ocasiones en que su madre la ponia, mas aun con las licencias que la daba, iba perdiendo aquel recato, y com-

postura à que su mismo nat
llamaba. Tal vez la sucediò
graves pesadumbres con ella
no querer obedecerla en ad
se el rostro con los infames
les, que por darla mayor bor
mas perfecta hermosura, ni
rer salir de casa à passearse
Ciudad. O madre necia, co
advierte tu ignorancia en no
siderar los daños à que una
mosura se expone, quando
adonde todos la vean! O cor
atiendes à que es la herm
una joya preciosissima cuyo
se aumenta guardada, y cuy
malte, traìda entre las man
desluze! Sin duda no te acu
de que es una pared blanca, d
qualquiera escrive atrevid
que piensa imprudente; y
mente te olvidas, de que qu
se comunica à muchos, es
estraños deseo; en los vecin
pechas; en los mayores viole
en los menores, embidia;
parientes infamia; y en la
persona que la tiene, pelig
quan facilmente se consume
jar que muchos apetecen, y
dificultosamente se guarda
que muchos desean! Lla
pues, necia, quien teniendo
gacion no te guarda, y infeliz
te possee, ò hermosura; pue
màs de tantos daños eres un
que haces mal; un adorno
juntas à mas fama mayor
de infamias; una flor, que qual
ra viento te marchita; un

ıde muchos tiran; un brocado, ,onde las lenguas maldicien- :ortan pedazos de opinion ; y novedad, en que todos ha- ı.

alià, pues, la hermosa Felicia- algunas veces, por escusarse su madre tantas pesadumbres, ıa dellas entre muchos à quien rindiendo su belleza, yo, ò ɔolito, fuì uno, aunque mas di- so que los demàs, pues quedò bien al mismo punto Felicia- vencida. Lleguè à decirla mi relo, porque en mas corto or, es siempre mayor el atrevi- :nto, y ni se escusò de oirme, ni ı le debiò de pesar, porque à ie pesò de que se pagassen, y segun supe despues, yà la debia iquella ocasion correspondien- ı justas. Entre las demàs cosas, ue su madre nos diò con su des- 'do lugar entonces, me dixo, : si queria saber su casa, la si- esse. Hizelo como me dispu- , porque siempre me ha sido y obediente el deseo; y despues averla sabido, me informè des- :io de la persona de sus pa- :s, de sus costumbres, su cali- ł, y sus prendas. Hallè en ella, : esta informacion, nobleza, ɔdura, y entendimiento, porque su madre yà era conocida la- licia, costumbres, y vida. Mu- a pesar adquiria mi amor, y mu- ɔs temores mi pecho, viendo el l lado que Feliciana tenia; y ı me iba empeñando limitada- mente por tener menos dificul- tad en retirarme, si fuesse, ò ne- cessario, ò conveniente, cosa, que avian de hacer quantos hombres se dexan llevar de estas passiones, para ser tenidos por cuerdos. Mas como la hermosura grangea, el amor merece, el entendimiento provoca, y en Feliciana avia her- mosura, amor, y entendimiento, por mas que me detenia en amar- la, me iba grangeando, obligan- do, y provocando à que hiciesse de tantas prendas debida estima- cion.

A este tiempo, que comenzaba yo à empeñarme D. Luis (que as- si se llama el necio hijo del pa- riente, à quien dixe, que por muer- te de mi padre quedè encomenda- do) se hallò tambien sin el suyo, y dueño de copiosissimos bienes: Sucediò, pues, que viendo à Feli- ciana un dia, se enamorò de su ros- tro, y su despejo, que aunque el amor no perdona à los ignorantes, es con esta diferencia, que à los discretos los vence con la hermo- sura del alma, y à estos con el va- no lustre de el cuerpo. Finalmente Don Luis enamorado comenzò à parecer cuerdo en callarme sus deseos, si bien èl mas lo hizo de te- meroso, pensando que yo tambien me enamoraria, que de adverti- do, porque no le desviasse de aquel intento. De suerte, que yo amaba à Feliciana sin que èl lo supiesse, y èl tan ocultamente, que yo ignoraba su amor. Pareciòle, qu

que el mas breve camino de reducir sus pensamientos à efecto, seria casarse; y assi hablò à Teodora, y le manifestò su nuevo intento. A ella le pareciò, que era gran dicha de su hija ser muger de un hombre tan rico, por los bienes de fortuna, tan noble por la sangre, y tan aproposito para su libertad, por el poco discurso que en èl conocia; y tratò luego de disponer las cosas de manera, que llegasse à execucion su buena suerte. Diò noticia de todo á Feliciana, y como estaba puesta mas en atender à su gusto, que à la obediencia de sus padres (que esto es lo que se negocia con permitir à los hijos cosas menores) la respondiò libremente, y me avisò de lo que passaba. No obstante su contradicion, y mis trazas (tal era la condicion, y tan fuerte la resolucion de su madre) que no se pudieron impedir las bodas. Quando Don Luis se atreviò à decirme sus intētos fue despues de tener hechas escrituras, por parecerle que yà estaba seguro. Yo aunque sentia entonces el daño que mi voluntad padecia, à nadie le manifestaba, antes me consolaba, esperando que el tiempo borràra las señales que avia hecho en mi alma aquel primer accidente, y aun tal vez me alegraba pensando, que dexaria tantos disgustos, y desvelos como trae consigo un necio amor, y esto con buen titulo, pues casandose Feliciana, no me podria culpar de desconocido; è ingrato. Nunca supo Don Luis el fuego que en mi corazon se escondia; cosa que despues me fue tan importante, como, sino os veo cansado, oireis brevemente en mi discurso. Tan alegre os escucho (dixo Hipolito) que solo me pesarà de que sea breve. A vuestra cortesia (respondiò Leonardo) debo esta atencion, no à mi eloquencia; pero olvidando cumplimientos, por proseguir en mis desdichas, digo, que uno de los dias, en que à Don Luis por esposo, que presto avia de ser de Feliciana, y à mi por conocido, y à entrambos por la condicion de su madre, no se nos negaba licencia de entrar en su casa: lleguè algo tarde à ella, oì estàr hablando en voz alta à Lupercio; detuveme por saber la materia, que le ocasionaba à perder su cordura, y sentì, que ya con voz mas baxa decia à su muger, y à su hijo (porque Feliciana debia de estàr ocupada en otras cosas) estas razones: por vuestra vida Hipolito, que las escucheis, y culpad mi ignorancia, sino mereciere vuestra atencion.

Pocas veces (ò Teodora, y Fulgencio) tienen buenos fines los casamientos que se hacen con desigual gusto en las personas, ò no se efectuan con iguales riquezas, porque qualquiera desigualdad haze pesado el yugo del matrimonio; puesto que la conformidad es quien le suele hacer leve

verla; nacen ordinariamente issensiones, los pesares, el arntimiento, y tal vez las dilicias para deshacer nudo, que techo, perjudica las concien, y continuado acaba desdichamente las vidas. Yo veo en Fena poca inclinacion à este ma, y es terrible genero de cruelquerer, que ella la que se caya de ser nuestra la voluntad, yo el consentimiento. A esto podreis responder, que pocas es, ò ninguna se ha de dexar à hijos la eleccion, porque ellos la corta luz que dàn los pocos s, estàn mas proximos à errar; o respondo, que aunque no se ha de permitir en todo, se ha consultar su gusto en parte. ando en los casamientos no e contradicion la voluntad, dese esperar, que el tiempo, y trato engendràran amor; mas ndo ay repugnancia, debese ier continuo aborrecimiento. ne dices, (ò Teodora!) que este n Luis es noble; pregunto yo: siendo noble sangre tu hija, què rrias que fuesse el marido que rocuras? Si me dices, que es, tambien me debes confessar, es necio, y yo mas querria pobre, que supiesse adquirir, un rico, acostumbrado à desdiciar, porque aquel de misele llegàra à ser poderoso, y esle poderoso, ha de venir forramente à estado miserable. màs, de que no ay riqueza como el gusto, porque menos rico es el que teniendo bienes, ò no los sabe posseer, ò le falta el alegria; que el que sobrado de alegria se contenta con poco, y sabe usar de ello, como si fuera mucho. Quiero que adviertas aora, que los casamientos que se hacen con hombres cuerdos, se goviernan por cordura, y con los ricos por fortuna; Juzgue, pues, qualquiera en este caso, que por apassionado que sea, sentirà, que es forzoso, que acierte mejor quien tiene por ojos la prudencia, y por luz la razon, que no quien reparte ignorantemente, y con la vista vendada. (assi pintaba la Antiguedad à la Fortuna.) No niego yo. (ò Teodora!) que es bien casar à tu hija, antes advierto, que la hermosura es peligrosa, y terrible atrevimiento tener pendiente de los deseos agenos la fama propria, y aventurar el cuydado de uno solo à las diligencias de tantos. Tambien sè, que desde que nace à sus padres una hija, se hàn de dàr un nudo al corazon, para que apretado vele en su remedio, y que no lo han de desatar, hasta que la tengan casada. Mas juntamente advierto, que esto no ha de ser arrojandose facilmente; pues no es bien, que por descargarse de essa obligacion, la dèn à ella el insufrible peso de un disgusto tan dilatado como la vida. Antiguamẽte solian los Etruscos, gente barbara, para castigar los delitos en que intervenian dos

matar al uno, y atar al yà frio cadaver al otro para que el mal olor le acabasse, haciendo instrumento de su castigo al mismo que fue su compañero en los yerros: y oy hallo pòr mas cruel genero de muerte un matrimonio à disgusto, y mas con un hombre necio, que muerto para el discurso, necessariamente ha de matar à su consorte con el mal olor del entendimiento. (permitaseme, que llame assi à la necedad de un ignorante) Atentos, pues, à todas estas cosas, determinèmos con mas cuerda atencion aqueste caso, no sea nuestra inadvertencia, y precipitacion causa, de que quando la deseamos rica, la veamos pobre; quando dichosa, infelize, quando alegre, triste; quando bien empleada, mal tratada; quando hermosa, desdichada: y finalmente, quando procuramos esposo que la regale, no la dèmos enemigo que la acabe.

Estas razones decia el cuydadoso Lupercio, à las quales respondiò asperamente Theodora, què èl era el mayor enemigo de su hija, pues la desviaba toda la importancia de su felicidad, y su remedio, y còn dura aspereza se saliò de donde estaba, diciendo: que se cansaria en vano, quien tratasse de impedir, que Don Luis fuesse esposo de su hija. De la misma suerte, que la cordura de Lupercio me consolaba, me desconsolò *la resolucion de* Theodora. Quedòse Fulgencio solo con su padre, y tomando el viejo su parecer, oyò què estaba de la parte de su madre, y que la respondia de esta suerte: Señor, todo el fundamento de nuestras dudas consiste en que mi hermana no tiene gusto, yo lo confiesso assi: mas por què ha de tener gusto una muger pobre? Si Don Luis es necio, es rico, y para una hora que le ha de escuchar, quatro ha de estàr regalada, y servida: junte, pues, las necedades à los regalos, y le pareceràn menores, que tambien por la salud se suele disfrazar, la amarga confeccion con la plata lucida: reciba la amargura de su conversacion embuelta en la plata de su hacienda, y evacuarà el humor de su pobreza, què tambien es enfermedad miserable. De manera, respondiò el noble viejo, que se ha de anteponer al mantenimiento del alma, esto es, à las razones discretas, el manjar corporal. Y que os parece justo, que porque vuestra hermana naciò pobre, no aya nacido libre, aora sabreis, que ni aun Dios hace fuerza à nadie en su alvedrio? Aora estais por atender, que como suele ser natural el amor lo puede ser tambien el aborrecimiento? Quantas veces aveis deseado mal à quien no os hace daño, y quantas avreis procurado bien à quien no os ha hecho beneficio? Quereis vos, quando no os importa ser libre para responderme à mi, y no quereis (en lo

puede ir tanto) que ella lo
ıra elegir marido ? Dexad,
ı yà persuadiros, à que no es
, que lo que Dios no hace,
n hombre lo intente. Callò
ncio, y obediente pidiò à su
la mano para besarsela, èl se
, y su bendicion con ella:
no puedo negaros, que le
e embidioso, porque hacen
hijos dichosos las bendicio-
le los padres, y me admirè
iendo aquel mozo de animo
ruel, que le temian aun los
prodigos, estuviesse alli tan
iente, tan ajustado al gusto
padre, y tan rendido à sus dis-
iones. O quan cierto cami-
llegar à prospera fortuna es
'dixo à este tiempo Hipoli-
) quan seguro medio de te-
elices sucessos en todo! Yo
:reverè afirmar, sin saber mas
a accion de Fulgencio, que
neracion de su padre le sir-
e aliento para tener estima-
, y que este respecto levantò
tado à dichosa veneracion.
ɔs exemplos (dixo Leonardo)
ıemos tenido en otros, bien
:be presumir, que èl tendria
dante premio, porque la Di-
piedad, como desea nuestras
ras, apenas ha visto el
cimiento, quando dà la re-
cion. A lo menos en quanto
canzè à saber de la vida de
ncio; bien sè, que se le pre-
esta obediencia en sacarle de
ares peligros. Bolviendo,
pues, à la prosecucion de mi dis-
curso, passarè por lo que entonces
hice, que fue bolverme à salir,
sin que me viessen, y dexarè otros
lances que huvo en aquellos dias,
por no añadir à las que aora pa-
dezco, las penas que tuve, y los
temores que me costaron las bo-
das de Feliciana. Finalmente, ella
se casò sin gusto suyo, atendiendo
solo à las persuasiones, y impor-
tunos ruegos de su madre. Llevò-
la Don Luis à su casa, que yà por
su condicion era distinta de la mia,
y yo quedè muy lleno de melan-
colia, lleno de tormento de ze-
los, cargado de fatigas, y quanto
mas zeloso, mas rendido, y mas
firmemente amante.

Desde luego quiero confessar in-
genuamente mis yerros, porque
presuma, que es prudente acuer-
do confessarlos, para deshacerlos;
y afirmo, que mi imprudencia, y
mi amor fueron causa de los da-
ños que despues se siguieron. A
pocos dias de casada me embiò
Feliciana à llamar, y me dixo el
sentimiento que tenia, la fuerza
que la avia hecho el disgusto con
que vivia, el amor con que me
amaba; y ultimamente, que si yo
me retiraba por vengarme, y no
proseguia en el que la avia mos-
trado, ella la tomaria mayor de sì
misma, quitandose la vida. Bien
yo, y qualquiera debe saber,
que estos son necios encarecimien-
tos de los que aman; y assi aten-
diendo mas à mi amor, que à le

riesgos, y crueldad con que ella se amenazaba, la respondi, que se assegurasse de que nunca mas amante la avia querido, ni mas firme perseverado en mi voluntad la memoria de su hermosura, su donayre, y sus gracias. Dixe en orden à encarecer estas verdades, algunos de los hiperboles, que en tales ocasiones suele aconsejar esta passion amorosa; y despedime contento del sucesso, porque lo que mas pena me avia dado, y lo que mas avia temido, era pensar, que Feliciana me olvidaria: y lo cierto es, que yo avia temido lo que ella avia de aver hecho, porque en la muger que se casa, si es advertida, todas las inclinaciones que ha tenido, han de cessar, y solamente han de servir de averse enseñado à tener amor à su marido. En este delito no avrè yo sido el primero, si bien deseàra ser el ultimo, y que todos anduviessemos tan ajustados à la razon, que no fuessemos unos exemplos de otros, sino es lo que à todos nos ha de ser mas provechoso. O quien pudiera manifestar à quantos ignoran el peligro à que se ponen en querer quitar à nadie el honor, los temores que se padecen, los sobresaltos con que se vive, el riesgo con que se anda, y el cuydado con que se ha de velar en tan importante ocasion, para que con esta noticia, ninguno se pusiera à comprar tan leves gustos, por tan cortos interesses, y para que quedàran escarmentados en mi desengaño, y sucesso.

Entraba, pues, en casa de Feliciana muchas vezes de dia, à titulo de pariente de su marido, y de noche, como amante de su hermosura; à todo lo qual daba lugar Don Luis con diversiones de mozo, porque à pocos dias de casado yà traìa como criada à Feliciana, y pareciendole, que por pobre no avia merecido igualarle, la trataba como inferior, en que se comenzaron à vèr experiencias de lo que Lupercio, providente considerába, y atento prevenia. Juntòse à esto el distraerse con una muger de baxa suerte, llamada Celia, gastando assi la hacienda, la salud, y el tiempo, que no cuestan menos gastos las costumbres lascivas.

Aunque me culpeis esta digression, no puedo dexar de reprehender à algunos hombres, que preciandose de muy honrados, y teniendo buen parecer sus mugeres, se divierten con otras, tal vez muchissimo mas feas. Necio, ignorante, loco, escuchame: no adviertes, que tu mismo te destruyes? No consideras, que muchas veces hacen las mugeres ofendidas, lo que no hicieran solicitadas? No atiendes à que si tu dàs exemplar à tu muger en lo que haces, de lo que ella puede hacer por vengarse ha de hacer, lo que no podràs remediar, y ha de imitar lo que la enseñas con tu

in-

to proceder? Dexa, pues, la
accion, sino quieres ocasio-
:on tu ofensa, tu deshonra, y
ıor cierto, que si à muchas
a vencido la ocasion, mas se
temer en ellas la venganza,
ue las ocasiones le suelen ve-
caso, y las venganzas las bus-
le proposito. Muy lexos anda-
: estas advertencias D. Luis,
onderaba estas cosas; y assi
toda la atencion à los entre-
ıientos, y los regalos de Ce-
nas una noche, viniendose à
;er à deshora, no pudo escu-
conocimiento de su desdi-
por averme visto salir de su
si bien no conociò mas de
ra un hombre el què avia sa-
Callè por entonces, y à la si-
te noche bolviò à venir al
o tiempo, y bolviò à verme
primero, siempre fuera de
r, que seria yo quien salia de
a à tales horas. En lo que tu-
ınde dicha, fue, en que me
desde lexos; y assi, aunque
ez lo procurò, no pudo sa-
ıien era el atrevido, ayudan-
ue no lo supiesse la costum-
ıe yo tenia de andar à buen
:n saliendo, y apresurarle à
lta de una esquina, para que
me hallasse por alli tan tar-
ıese à otro dia à mi casa, con-
su pena, refiriòme el sucesso;
ıme su cuydado, cosa que
ò con estremo, por los in-
ıientes, que se me podrian
le que èl anduviesse yà con
sospecha. Procurè por esta cau-
sa deslumbrarle, diciendo, que
pues lo avia visto de lexos, de-
bia presumir, que el hombre avia
salido de otra casa de las que esta-
ban cerca; à cuya duda me res-
pondiò, que no la podia aver en
que huviesse salido de la suya, por-
que en lo que percibe la vista, no
la suele aver facilmente. Deciale
yo, que pensasse, que podria ser al-
guna criada la que huviesse hecho
tal desacierto; mas aqui, aunque
ignorante, hizo cuerdo discurso,
diciendo, que el trage que llevaba
quien avia salido, no parecia ser
de amante de criada, porque à la
luz que daba (aunque limitada-
mente) la Luna avia visto relucir
en el ferreruelo algunos passama-
nos de plata.

Viendo, que no podia divertirle
de su cierta presumpcion, tomè
otro camino de assegurarle, y per-
suadirle à que los dos juntos, y so-
los esperassemos à que el atrevi-
do saliesse, y le quitassemos la vi-
da. Pareciòle buen medio de satis-
facerse, y con prevencion espera-
mos muchas noches, en todas las
quales no vimos cosa alguna, cla-
ro està que no la avria, supuesto q̃
era yo el que pudiera salir, y que à
un mismo tiempo, no podia estàr
en su favor, y en su ofensa. La ul-
tima noche, que de esta suerte pas-
samos, le roguè, que dexasse yà la
sospecha, pues se desengañaba de
que avia sido vana ilusion de su
fantasia, la que le avia obligado à

pensar en su muger tal baxeza. Antes (me respondiò) estoy determinado, si vos, como hasta aqui en lo demàs me dais ayuda, à no dexar esto sin castigo, pues basta que yo aya presumido mi agravio, para que como ofendido me vengue. Tratè de afear justamente aqueste necio parecer, con diversidad de exemplos, y razones: mas (ò yà porque tienen fuerte aprehension los ignorantes, ò yà por el consejo de Celia, que no solo la ofendia, mas aun deseaba la muerte à Feliciana, para que no tuviesse su gusto aqueste estorvo) èl permaneciò en su porfia, diciendo, que estaba resuelto à matarla, y que no me opusiesse à su parecer, sino queria que pensasse que le negaba la amistad, y el parentesco. Yo, pues, que como he dicho, tenia tanta parte en los aumentos, ò los daños de su desgraciada, y hermosa muger, viendo que era impossible reducirle, tomè otro camino de librarla; y lo primero que hice fue, encarecerle lo que le estimaba, lo que sentia sus pesares, y lo que por su pariente, y amigo le debia. Luego le dixe, que hacia muy cuerdamente en querer acabar de una vez con sus recelos; y que si yo le avia procurado divertir de que lo hiciesse, era de compassivo, mas que supuesta su honrada determinacion, para hacer mas cuer-*da la venganza*, yo queria dàr el *modo, y ser el instrumento* de ella. Oyòme con atencion el impru-

dente Don Luis, y proseguì, di[...] do: Grave perjuyzio se os [...] seguir, si vos executais esse i[...] to, porque si llega à saberse, [...] aveis hecho (fuera de que s[...] mano es hombre de tan acr[...] do valor, como todos saben[...] justicia ha de castigar riguro[...] te este delito, por no estàr e[...] ciana manifiesta la culpa; as[...] para evitar estos inconveni[...] me parece que mañana, q[...] caigan las sombras de la noc[...] vais à alguna conversacion d[...] gos, para que en esse tiem[...] pueda executar la crueld[...] deseais, vos podiais fingir e[...] que se debia tener por su m[...] y probar que no sois quie[...] muerto, si huviere alguno t[...] intencionado, que de los [...] tratamientos que la aveis [...] lo presuma. Pareciòle exc[...] la traza, diòme muchas g[...] por ella, y conformes en e[...] despedimos. Partime aquel[...] ras à mi casa lleno de pens[...] tos, combatido de imagina[...] y cuydadoso de hallar me[...] librar de tanto peligro à Fel[...] sin que se entendiesse, que [...] revelado este secreto. No l[...] por entonces, mas al siguie[...] la contè quanto avia passad[...] niendo por menos inconve[...] descubrirla los pensamie[...] su marido, que verla pade[...] mi causa. Ultimamente la [...] como para aquella noche [...] determinada la execucio[...]

; y que convenia que se pre-
:sse luego de su remedio, el
se ocultaba à mi corto ta-
, por tenerle lleno de turba-
, y pesares. Ella, ò porque las
:res nos llevan grande ven-
en discurrir brevemente, ò
ue la ocasion la representò
ле deseaba, me alentò di-
lo, que el remedio era fa-
muy en nuestro provecho.
ıela me le dixesse, y prosi-
, que fingiesse mi cordura, ò
ıgaño, que iba à matarla, y
ues Don Luis no avia de es-
ınde pudiesse verlo, la sa-
de aquel prolixo cautiverio,
masse, que quando lleguè, no
la hallado, que aunque se
miesse, que la avia sacado
ante que èl avia visto, no sa-
lo quien era, no se aventu-
nada; antes se conseguia su
ad, mi deseo de escusarla tal
, y el castigo de su marido,
:an necia determinacion en
:tecia tan ossada resolucion
a. No me desagradò la tra-
antes me ausentè con gran
a, porque si venia no me ha-
hablando con Feliciana, y
sse en su presuncion algunas
de nuestro intento. Fuime à
nir donde llevarlo, y con fa-
d lo negociè en casa de una
da muger anciana, y pobre,
e nunca falta al dinero lu-
i al oro dexa de ser obedien-
ecreto.
ı esta prevencion à la prime-
ra obscuridad de la noche busquè à Don Luis, y quando nos pareciò tiempo àproposito, le dexè con otros amigos jugando, y me partì à su casa con el referido pensamiẽto. Vos Hipolito juzgareis el sucesso conforme à nuestras disposiciones, y à la traza de Feliciana presumireis, que à otro dia se hicieron grandes diligencias por todas partes para hallarla, pensareis, que yo temeroso me recelaba no la encontrassen, y cuydadoso procuraba que no la viessen, mas engañarase vuestra imaginacion; porque aunque yo confiesso que ello avia de ser assi, la suerte lo dispuso mejor que pensamos. El caso fue, que como Fulgencio era de corazon tan cruel, y su hermana se le avia quexado muchas veces de lo mal que Don Luis la trataba, dando por causa de estos efectos à Celia, que le traìa divertido, se fue aquella noche à su casa, y despues de averla dado de puñaladas, ò porque Feliciana se viesse vengada, ò porque D. Luis escarmentasse, la cogiò; y embuelta en su misma sangre la truxo à los umbrales de su puerta, para que el uno, y el otro tomassen, ò satisfacion, ò temor del castigo que podria esperar quien olvidasse el cumplimiento de sus obligaciones. Quando yo lleguè, y desprevenido vì aquel sangriento cadaver, al principio recelè alguna desdicha, y despues me desengañe de que era vano mi temor, pues

entrando dentro de su casa, hallè, que Feliciana me estaba aguardando cuydadosa, y que sossegaba quieta toda la familia. Referila con las razones à que daba lugar la brevedad del tiempo, y el aprieto en que nos hallabamos, lo que al entrar avia hallado à la puerta. Mientras ella se admirò, y me dixo, que nunca avia pensado que Fulgencio pusiera en execucion tal crueldad, aunque muchas veces se lo afirmaba, me diò lugar à que pensasse, que si faltaba Feliciana, y no se sabia con quien avia hecho ausencia, seria fuerza que se hiciessen diligencias para que pareciesse, entre las quales tambien seria peligroso el secreto, y que supuesto que se ofrecia tan buena ocasion, era conveniente impedir los peligros que por esta parte nos amenazaban. O ingegenio, lo que oprimido discurres! O lo que apretado adviertes! Y ò quan justamente debe estàr glorioso el que llega à posseerte capàz, atento, y agudo! Baxè sin mover los labios à la puerta, y creyendo que arrepentido del riesgo à que me ponia, me ausentaba sin ella, baxò tràs mi la infeliz dama presurosa: advertì en su sobresalto, y en algunas palabras, que turbada me decia su pensamiento, y bolviendo à ella la sosseguè, la detuve, y la persuadì à que esperasse; porque en aquella diligencia consistia toda la dicha de nuestras imaginaciones, de su libertad, y mi sossiego. Previnela de que desnudasse el vestido que traìa, y se pusiesse otro qualquiera, por tener adelantado esto en ocasion adonde podria, quando no faltasse el valor, faltar el tiempo. Cogì lo mejor que pude à la difunta Celia, y subila adonde Don [illegible] pudiesse verla luego. Desnudè todos los vestidos que traìa, y puse la aquellos que Feliciana se avia quitado, saquè la daga que llevaba en la cinta, y dila algunas heridas en el rostro con que la misera Celia, si primero muerta, quedò desconocida, y horrible. Esto assi efectuado, llevè à Feliciana al lugar que tenia prevenido, que como yà os dixe, era la casa de una pobre muger, mayor en la edad, el nombre era Viol[illegible]. Dexèla alli mas alentada, y bolvì à buscar à Don Luis, hablèle en secreto, y salimos los dos solos de la conversacion en que estaba, dixele con la cautela de mis razones, y con la hermosura de mis palabras, que yà quedaba reducido à efecto su deseo; y exortèle à que supiesse fingir sentimiento por la pèrdida. No ignoraba yo que no lo avia de hacer, porque el ultimo quilate donde se descubre el entendimiento, es fingir gusto de lo que dà pena, y pena de lo que causa gusto.

Ultimamente, por escusar vuestra suspension el cuydado que espera el fin de tantas circunstancias, dixo, que yo le persua-

fingiesse, sino porque èl lo avia de saber conseguir por lo que à mi me podia importar. Dìle para señas, y mayor credito de ló que afirmaba alguna sangre que me avia quedado en las manos, y en losbrazos,desde quando avia mudado al yerto cadaver de Celia los vestidos, con que acabò de quedar de todo punto alegre. Fuesse satisfecho à su casa,y yo me recogì en la mia,para esperar lo que de estas novedades resultaria, y aquella noche passaba, que segun despues supe,fue grande alboroto en la familia. Dieron cuenta à sus padres de Feliciana, y sintieronla perdida, como se debe presumir de su amor, y de la lastima à que obligaba à todos la malograda hermosura de su hija. Fulgencio estaba retirado por la muerte de Celia, y assi no supo tan presto la desdicha de su hermana(llamola desdicha, porque assi lo presumieron ellos) mas Don Luis à otro dia supo claramente la de Celia, porque unas amigas suyas le informaron de quien la avia muerto. Quedò con estas nuevas tan pesaroso, que no le pareciò bastante venganza la muerte de Feliciana, y se determinò matar à Fulgencio en satisfaccion de averse quitado el medio de sus entretenimientos. Quando llegò à noticia de el animoso mancebo, la presumida muerte de su querida hermana, *trayendo à la memoria* los consejos *de su padre*, se arrepentia de no averlos seguido; y acordandose de la crueldad deDon Luis,juzgaba que en venganza del homicidio de Celia se avia atrevido à la vida de su misma muger. Muchas veces no ponderaba tanto el atrevimiento de su enemigo en lo que avia intentado como el poco temor que à èl le avia tenido porque ordinariamente los que se precian de aliento, mas se cansan de que no les teman, que se injurian de que les afrenten. Con este enojo se le hacia cada instante en que dilataba la execucion de su muerte, mil siglos. Don Luis lo buscaba con el mismo deseo, y yo que era el mas culpado (gracias à mi industria) andaba el menos peligroso.

Viendo, pues, que aunque no buscaban à la fingida muerta estaba en aquella Ciudad con mucho riesgo, y que yo tambien le tendria, si se descubriessen tantos engaños, me determinè, aunque careciesse de su vista, à carecer de tan grandes temores, y para esto en compañia de Violante, persona de quien yo tenia satisfaccion una noche la saquè de Barcelona y la embiè al lugar que della està mas cerca. Por la muerte de mi madre, que era natural desta Ciudad, heredè gran cantidad de hacienda, y heredades en una aldea que està de aqui doce leguas.Cuydaba destos bienes un hombre que yo tenia puesto con titulo de Mayoral; escrivile algunas veces

aconsejandome por cartas lo bien que estaria en aquel lugar Feliciana, y la seguridad con que la tendria, me resolvì à disponerla el viage. Ella estaba en todo obediente à mi gusto; y asi en nada puso dificultad, sino es en sufrir à Violante su condicion, que por los muchos años era desapacible. Partiose finalmente, y quedème yo en la Ciudad, por no dàr con mi ausencia algunas sospechas; que à quien està comprehendido en algun delito, todo parece que le sobresalta. En este tiempo, como Fulgencio, y Don Luis se deseaban encontrar, no obstante, que sus amigos lo estorvamos quanto fue posible, lo vinieron à conseguir una tarde, que me llevaba Don Luis en su compañia, desnudò su animoso acero, y aunque hizo quanto debia à buen Hidalgo, quedò herido de una estocada, con que dentro de seis dias muriò. Fulgencio se ausentò, y yo quedè preso por otra herida que dì à uno, que le acompañaba, de que por no ser peligrosa, estuvo luego bueno. Comenzaronse con estos principios terribles vandos entre los parientes de todos, saliendose muchos de ellos à campaña, para satisfacerse con mas libertad, y sustentarse de lo que tal vez les hacia la necessidad quitar à los passageros. El Juez que me tenia preso estaba persuadido à que yo podria ser el medio de las amistades, y reconciliacion de mis parientes, y los de Fulgencio, sin advertir à que alli se heredan con la sangre, y la hacienda los agravios. Comunicaba por cartas à Feliciana en esta distancia; y por una la ordenè que viniesse à esta Ciudad, y en ella pusiesse casa conforme à nuestro estado porque esperaba, que yà serìa muy breve mi buen sucesso; añadì, que luego se bolviesse à la aldea donde avia estado, porque sino es en mi compañia, no gustaba que estuviesse en Ciudad tan grande, pues una muger sola, con galas, criados, y adorno, se hace sospechosa de deshonesta, y con la sospecha suele nacer en algunos atrevimientos, y en otros desverguenza. Hizo todo quanto la dispuse puntualmente; en cuyo tiempo atendiò el Juez à que yo tenia demasiada culpa, y que quando la tuviesse, tres meses de prision bastaban à averla purgado abundantemente. Viò que con ella no se efectuaba su intento, ni se remediaba nada; y asi me diò por libre. Apenas me vì fuera de la carcel, quando dispuse el viage, y alentado de su amor, lleguè à los ojos de mi querida prenda, echè menos à Violante, y respondiòme, que no avia querido vivir en tan corta aldea, y que se avia venido à Salamanca, donde le avian dicho que servia. Pesòme de que aviendola sacado de su tierra, y debiendola tan buenas obras, se le correspondiesse tan mal: pero advirtiendo, que presto

la

la veriamos, dexè de embiarla à llamar, y tratè de lo que mas importaba, que era la quietud de mi conciencia, y la seguridad de Feliciana. Para esto avia yo traido testimonio de la muerte de Don Luis; con el qual sin dificultad nos dieron licencia para celebrar los desposorios, y para que en legitimos, y honestos lazos gozassemos el fruto de tantos desvelos. Mas como la fortuna se cansa de permanecer mucho tiempo en favor de el que nace desdichado, se cansò de mis bienes, y la noche de la boda, quando enmedio de el regocijo era Mayo el rustico aplauso de los Aldeanos que la celebraban, entraron quatro, ò seis hombres encubiertos. Pensando, que era algun disfràz para hacer mayor la fiesta, me descuidè en poner remedio, y dì lugar à que uno matasse las luces, y los otros cogiessen à Feliciana, que solamente con voces, y suspiros se defendia. Hicieronse diligencias para cogerlos, y no obstante, que la Justicia prendiò à algunos, no pareciò lo que importaba mas, que era el robo, y quien le llevaba. Finalmente, ni ellos sabian dàr razon de sì, ni yo sè mas en este caso de que desde entonces no la he visto. De suerte, que lo que llego à saber es mi desdicha, y lo que llego à ignorar es, quien me pudo intentar tales daños. Esto es lo que *me aflige justamente*, esta la causa *de mis pesares*, este el fundamento de mis tristezas; y esta la ocasion de que me hallassedes tan melancolico, divirtiendo mis penas quando la vez primera lleguè à veros. Vos (ò amigo!) juzgareis ahora, si mi afliccion es imprudente, mis pesares necios, mis penas leves, y mis tristezas injustas.

Supuesto que teneis (respondiò Hipolito) satisfacion cuerda de vuestra amada esposa, no debe ser tanta la pena de averla perdido, como la esperanza de cobrarla: pues si bien se puede temer (quando alguno la llevasse violenta) falta que harà à vuestro amor, no se debe pensar, que ella faltarà à su honor, y à sus obligaciones. Assi que concediendo, que no es el pesar injusto, os advierto, que es sobrado, y os espero vèr en possession de vuestras primeras alegrias. Querria yo, que entendiessedes, que todos los sobresaltos que padeceis, no son otra cosa que castigos de la voluntad ilicita que tuvisteis à Feliciana, y de los medios que pusisteis hasta llegar al termino de vuestras bodas: pues aunque de vuestra parte fueron con la menor aspereza possible, por ordenarse à librar una vida de las manos de la muerte, con todo esso, ni vos la dexais de confessar, ni yo puedo disculpar vuestra injusticia. No juzgueis que digo esto para aumentaros el desconsuelo, sino para que veais, que muy ordinariamente se parecen las penas à los delitos; y para

estimeis mucho que no se dilaten, antes bien esteis reconocido à Dios, que en esta vida suele dàr mas leves los castigos.

Recogieronse aquella noche, y à la tarde de el siguiente dia, despues de aver andado por la Ciudad, llegò Hipolito à su posada, y casa de Leonardo, donde le hallò confuso, prevenido de armas, y la color perdida: rogòle, que dixesse la causa de aquel nuevo accidente, y èl cuidadosamente atento le respondiò. Noble Hipolito, aunque veo què es atrevimiento persuadiros, quando os he servido tan poco à que por mi aventureis lo mucho que vale vuestra persona, viendo que si me falta la vida en el peligro que esta noche he de verme, à vos os faltarà en mi un esclavo: he querido, que como à cosa propia me ampareis, y aconsejeis lo que debo hacer en el caso que os propondrè brevemente. Quando esta mañana os apartasteis de mi, llegò un criado, y lleno de turbacion me dixo, que avia visto salir de una casa à Feliciana en compañia de otra muger, à quien èl no avia conocido. Alegrème de oìr novedad, que tanto deseaba, y llevado de el efecto, hice que me enseñasse la calle, y familia de donde avia salido. Mas aqui se me doblaron los pesares, pues siendo antes dudosos, yà comencè à temerlos ciertos, *atendiendo à que era la casa de dos hombres mozos*, y galanes à quien, si unos los tenemos por valientes, otros los juzgamos por divertidos. Acometiòme luego la presumpcion de que ellos la robarian aquella noche de la aldea, pues era facil averla visto, quando yo la embiè à decir, que previniesse el adorno de esta casa, y tan facil como verla, quedar qualquiera de ellos enamorado, y rendido à su hermosura. Yà sabeis (ò amigo Hipolito!) quan fragil es el honor, y quan atrevidos los zelos; y assi debeis persuadiros à que yo dudoso en èl, y cierto en ellos, estimarè en poco todo quanto no fuere satisfacion de mi agravio. Para esto, fiado en vuestro valor, los escrivì un papel de desafio, con animo de que los matemos esta noche en la campaña à entrambos, puesto que assi no errarè el que me tiene ofendido. La hora del plazo se llegarà con brevedad, ved lo que conforme à esto determinais, porque aunque yendo solo piense perder la vida, yo no tengo de faltar à las obligaciones que professo, que menos mal serà morir en defensa de mi honor, que vivir sin èl à manos de tan dilatadas penas. Yo Leonardo (respondiò Hipolito) estoy tan lexos de huìr las ocasiones precisas en que puedo perder reputacion, que en otro tiempo las procuraba à costa de muchas temeridades, y de algunas sinrazones. Ni esto quiero que penseis, que es alabar aquella inclin-

ci

tion; sin deseo de manifestaros, quan seguro podeis estàr, de que no faltarè de vuestro lado en quantos peligros me ocurrieren, hasta dexar la vida. Agradeciòle Leonardo estas razones, y para mayor seguridad cubrieron los pechos de duras jacerinas, sobre blandos coletos tomaron espadas, y rodelas, prevenciones las mas veces cuerdas, y alli hijas del disgusto, engendradas en la colera, y nietas del agravio. Cargados de tantos instrumentos de su ira, llegaron al assignado lugar del desafio, hallaron yà esperando à los valientes Cavalleros à quien Leonardo avia provocado à salir, que eran Alexandro, y Carlos, y por quien Hipolito avia tenido tanta alegria, quando los encontrò en aquella Universidad, còmo poco antes queda referido. Informaronse, si eran ellos, y à este tiempo los unos, y los otros, dexando caer las capas, pusieron mano à las espadas, y rodelas; y viendo Alexandro, que yà estaban presentes sus enemigos levantò un poco la voz, y dixo: No querria que alguno presumiesse, que esto es dilatar la pendencia sino justificarla de nuestra parte. Carlos, y yo hemos sido llamados à esta soledad, para averiguar con las armas, cosa, que nosotros ignoramos. Y supuesto, que ni escusamos el venir, ni faltarèmos à nuestras obligaciones, querria que nos refiriessedes la causa de aquesta question, para assegurarnos de el peso que tiene, y satisfacernos si es justa. Leonardo respondiò entonces: No quiero negar à vuestro deseo lo que es tan licito, y à mi tan necessario antes me alegro de que ayais dado lugar à que mi enojo se reporte os diga primero vuestro yerro, y luego intente el castigo. Para lo que os he sacado à esta campaña (ò Carlos, y Alexandro!) es, ò para que sea esta tierra deposito de todas nuestras vidas, ò para que me assegureis, de que ninguno de vosotros fue quien la noche de mis desposorios me quitò à Feliciana la mas estimada prenda de mi alma, y yà entonces de mi honor. Mas como serà possible este ultimo medio, si la aveis tenido muchos dias en vuestra misma casa, ha llegado el poco recato à tan desdichado termino, que la ha visto salir de ella algunas veces. Estas son las razones que tiene de su parte mi enojo, y estos los motivos que me han obligado à procurar, que (si quedais castigados unos formen à mi determinacion honradas disculpas, y los otros saquen de vuestra muerte provechosos escarmientos.

Pesòle à Hipolito de aver oido aquellos nombres, y conocer que entonces tenia por contrarios sus mayores amigos. Estaba tan dudoso, que no sabia què remedio poner à tan apretada ocasion. Por una parte, si se descubria, y trataba de amistades, se hallaba des

ditado para con Leonardo, y no cumplia lo que primero le avia prometido. Por otra, si permanecia oculto, y les procuraba ofender, temia en ellos el daño que podia hacerlos su valor, y su azero. Si no se defendia, y procuraba el riesgo de Alexandro, que era quien avia de pelear con èl, temia su mismo peligro. Y finalmente, en la respuesta de Carlos, que yà comenzaba à hablar, dudaba si avria algun medio con que escusar el rompimiento. De tantas confusiones le sacò el noble mancebo, diciendo: Mucho pesar tengo de que se ayan presumido de nosotros acciones tan infames, y yà debemos estàr mas injuriados de vuestra presuncion, que vos de vuestra determinacion (à ser, como aveis pensado, cierta) mas porque à nuestra misma reputacion importa responder, quiero, no daros satisfacion, que à la verdad no es bien darla este titulo, sino asseguraros de que vivìs engañado. Esto constarà patentemente, si os persuadìs à creer, que ni Alexandro, ni yo hemos salido dos meses ha de la Ciudad, sino es en la ocasion presente, ni en nuestra casa ay mas que una muger anciana, (que se llama Violante) y cuyda de nuestro alimento, ni jamàs ha llegado tal reparo à nuestra noticia, ni del lugar que decia la tenemos mayor que la que aora *confusamente nos aveis dado;* *ñado, que no se dexarà* de engañar el que pensàre otrà cosa, ni ay ultimamente, supuesta esta verdad, y que sabemos, que la razon està de nuestra parte, escusarèmos pesadumbre, de donde la misma inocencia nos ha de sacar con victoria. Levantaron animosamente las espadas, pusieron en debida proporcion las rodelas, y dieron indicios de acometer; mas Hipòlito, que avia deseado tan honrada respuesta, y tan en favor de Leonardo, sin que perdiesse de su parte Carlos, levantò la voz, y los detuvo, diciendo: Vuestro valor ha dado en otras ocasiones bastantes muestras de la nobleza de essos pechos, de que yo he sido alguna vez testigo; y assi me persuado à juzgar, que lo que decìs es cierto; y si antes huviera sabido (ò Leonardo!) que eran Carlos, y Alexandro los que avian dado fundamento à vuestra sospecha, yo huviera escusado este disgusto, y los medios de llegar à tal estado, afirmando, què su valor, su nobleza, y su cordura, no avian de dàr lugar à cosa tan infame, porque siempre siguen las costumbres al nacimiento, como es dificil, que un hombre mal nacido sea honrado, parece imposible, que el que naciò ilustremente, dexe de ser en sus acciones noble.

Conocido Hipolito por los dos, cessò el passado rigor, y todos juntos volvieron à la Ciudad. En el camino disculpò Leonardo su de

te

terminacion con el dicho de su criado, y aun presumiò, que no avia sido engaño, si bien podia en su culpa de los dos, por averlos oìdo decir, que tenian en ella à Violante, pues serìa muy possible, que Feliciana se huviesse recogido con ella temerosa de mas cruel fortuna. Manifestòles esse pensamiento, y pareciòle bien el discurso. Conformes llegaron todos à su casa de los nobles mancebos: los quales, para que fuesse mas cautelosa la informacion de el caso, hicieron que Leonardo, y Hipolito se escondiessen en un retrete que la sala tenia. Llamaron luego à Violante, y Alexandro comenzò à hacerla preguntas. Ultimamente la rogò, que manifestasse quien era una muger que èl avia visto en su compañia; porque supuesto que tuviesse merecimientos, hallasse tambien en sus personas amparo, pues à ser de las comunes, no era justo que se hospedasse en su familia. Decia esto Alexandro, para que no pudiesse negarlo, si acaso tenia à Feliciana consigo. En nada se engañò el cuerdo mancebo; pues le respondiò de esta suerte: No pagàra yo justamente el amor que me teneis, si os ocultàra la verdad de este caso, ni aun tuviera noble termino, si no fiàra este negocio de vuestra cordura, y prudencia; mas porque no podrè satisfaceros cumplidamente, si no es teniendo à la misma persona, que decìs delante; con vuestra li cencia quiero traerla, pues demà de que ella informarà mejor de s su presencia dexarà disculpad mi atrevimiento, si le he tenido e averla dado lugar en mi com ñia. Saliòse con esto Violante, despues de un largo espacio, e que se escusaba de obedecerl entrò la noble dama, vergonzos recatada, y honesta, adonde Car los, y Alexandro, y aun mas qu todos Leonardo (si bien encubier to) la esperaba. Hicieronla con a pa cible rostro la debida cortesia, animandola con la esperanza d favor, que desde luego prometiar la rogaron, que no les ocultasse l causa de averse valido una mug de sus prendas, de la possibilida corta de Violante. Ella à un mi mo punto, cubriendo de color el rostro, de suspiros el ayre, y d razones la lengua, comenzò à in formarles discreta, y brevemen de lo mas essencial de su vida, lo mas estraño de su fortuna. Re firiò el aprieto, con que sin pe sar se hallò aquella noche de l boda en las manos de los desc nocidos embidiosos de Leonard y de los crueles estorvos de s dichas, de donde prosigiò en es forma.

Como por averse caìdo el fr gil tabique, quedò impossibilit da de abrirse la puerta, y viero que serian vanos sus intentos si y elegia otro medio, me sacaron p el hueco, que de su ruina

quedado. Hallème en el meson del Lugar; porque (como dixe) por su parte se avia caìdo aquel pedazo que le dividia de nuestra familia. Mis voces eran muchas, y sus temores aun mucho mas crecidos, que mis voces, pues trataron de dexarme. Acudiò en este tiempo alguna gente de la que estaba alli recogida, y entre los demàs parecia aventajarse en mi favor un hombre, què acaso saliò con un broquel, y una espada desnuda. Reparè en el rostro, ayudada de la luz, que de un aposento salia, y conocì (para mayores penas) à Fulgencio mi hermano, entre cuya resolucion, yà dexo referida la temeridad de sus costumbres.

Atendiendo, pues, (aunque en tal ocasion debia atender à muchas cosas) à que no me conociesse, y temiendo de que no executasse en mi el castigo, que avia presumido de la crueldad de Don Luis mi primero esposo, me salì huyendo de su presencia, mejor fuera de mi misma, porque quien es desdichada, entonces estarà mas segura, de que se halle de sì mas apartada. Recogìme por el rigor de una tempestad, que entonces avia en una casa, que en el mismo lugar (por muerte de sus dueños) estaba inhabitable; y consultãdo con mis temores mi poca seguridad, à otro dia, que amaneciò hermoso, y sereno, lo mas oculta que pude me partì à esta Ciudad. Busquè à Violante, pareciendome, que quien nunca me avia negado el amparo, menos lo haria en tan apretado tiempo: y no me engañè en la presumpcion, pues con amor me recibiò, y hospedò con caricia.

Lo que en este caso siento con mayor fuerza, es el pesar que tendrà mi amado Leonardo, y que no sè qual serà el medio mas eficàz de satisfacerse, assi porque yo lo deseo, como porque para conseguir una cosa, no ay mas fuerte estorvo, que el deseo de quien ha nacido infelice.

No serà menester mucho para conseguirle, y satisfacer à vuestro amante, y esposo. O hermosa Feliciana (dixo Hipolito saliendo de donde estaba) porque yo sè, que èl està satisfecho de vuestro amor, veisle aqui tan lastimado de vuestras penas, como alegre de averos hallado à tiempo, que por medio de tan precisa relacion, ha quedado seguro de que fue inculpable vuestra ausencia. No pudo Feliciana verle, y reportar los afectos de su pecho; y assi acudiò à darle los brazos. Leonardo la recibiò en los suyos, contento de imaginar, que al tiempo que pudo vèr en la campaña desnudos los aceros de dos contrarios, hallò en su casa lo favores de dos nobles amigos, que quando temiò su deshonor, sus penas, grangeò su seguridad, los brazos de su querida esposa. De tan superior alegria participaron todos igualmente, solo Hipoli-

), acordandose por los bienes
os de su desdicha propria ; y
os amores de Feliciana , del
, y de la hermosura de Amin-
uedaba suspenso , divertido, y
al passo que à los demàs mi-
atentos , satisfechos , y ale-

Querian ausentarse el yà felìz
aardo con su querido dueño,
ompañia de Hipolito ; mas no
consintieron Alexandro , y
os, hasta despues de aver ayu-
o à la celebridad de la fiesta,
una explendida cena, que con
edad se previno ; acompaña-
os luego hasta su casa , que-
dando entre todos unida ; noble
comunicacion , y firmè amistad.
Acudian à visitarse muy familiar-
mente , con cuya ocasion , una de
las noches que se vieron juntos en
casa de Leonardo , les persuadiò
Feliciana , à que supuesto que
avian sabido los sucessos de su vida
no escusassen la eloquente relacion
de los suyos , por aver tenido no-
ticia de que eran prodigiosos. Aun-
que al principio se escusaba Ale-
xandro , despues se resolviò à re-
ferirlos , y nosotros à dexarlos (por
no dilatar tanto el presente)
para el siguiente
discurso.

HISTORIA
DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO SEGUNDO.

A Un animo fuerte , invenci-
cible , y atrevido, nunca
le desmayan los peli-
gros , antes està tan le-
de dexarse vencer , que con
dificultades se aumenta , y con
riesgos se mejora. Es el cora-
de algunos hombres tan cons-
en lo que proponen , que no
mente *se mueven à* dexar lo
una vez emprehendieron: pero
hase de acompañar esta firme re-
solucion con tal cordura, que con-
forme al precepto de el Principe
de la eloquencia , no se aparte de
la determinacion de la razon , ni
de las empressas , la prudencia;
porque siguiendo contrario pare-
cer , es forzoso que se passe à ser
temerario aliento , el que pudiera
ser fuerte , y cuerdo valor. Quan-
tos hemos visto no tener may-

contrario que ſu dureza, ni mas permanente enemigo, que ſu miſma porfia? Y quantos eſcuſarſe prudentes de empeños donde era neceſſaria ſu prudencia? De ſuerte, que el valor viene à ſer un genero de inſtrumento de la felicidad humana, muy parecido à aquellos de que ſuele uſar el enojo. Pues como una eſpada en manos del enemigo mata, y de el amigo defiende, aſsi el valor acompañado de la temeridad perjudica, y en manos de la prudencia, defiende, aprovecha, y ſe mejora. Bien atiendo à que ſuele ſer tan apretada la ocaſion, que no ſe pueden regular por tan eſtrecha doctrina las acciones de un animo valeroſo; y aſsi diſculpo las de Alexandro, el qual viendo, que todos eſtaban atentos, comenzò la relacion de ſus ſucceſſos, con eſte exordio.

Quando no os obligàra nueſtra amiſtad, y el deſeo de oìr mas accidentes, la curioſidad de ſaber coſas eſtrañas, os pudiera obligar à que pagaſſedes en atencion los empeños de mi corta eloquencia. De la de mi amigo Don Carlos ſe pudiera fiar con mas ſeguridad es acierto; mas por eſcuſarle eſte canſancio (ſi ſe puede llamar aſsi à lo que ſe ordena à ſerviros) y porque me debais la memoria de tantas novedades, viſta *en vueſtro aplauſo* la licencia, me *diſpondrè à referirlas*; lo que de *ſu parte*, os puedo aſſegurar, es

grande eſtrañez, y de mia [
verdad. Paſſan, pues, ò Hi[
ò Leonardo, ò hermoſa Feli[
de eſta ſuerte.

Es Bolonia en el Reyno d[
lia, Ciudad bien conocida [
grandeza, y en los eſtraños [
fama de iluſtre Univerſidad [
las letras no ſolo iluſtran a[
las tiene, mas adornan d anc[
ble credito, y dilatan glori[
ma el nombre de los Lugares [
de ſe aprenden, Fue mi naci[
to en ella, por ſa parte que [
à la fortuna excelente; por l[
naturaleza pudo ayudarme [
ve tantos favores (gracias [
Autor, y de todos los bienes [
ninguno pudo penſar que [
mayor que la mia ſu nobleza [
mi padre Eſpañol, à quien [
ron en ſu mecedad de ſu pat[
gunas traveſuras, à que [
dàr licencia los pocos añ[
madre era natural de Faenz[
Ciudad del miſmo Reyno. [
moròſe de ſus muchas pr[
Don Gregorio (eſte era el n[
de mi padre) y deſpues de [
unido mediante el Matrin[
licitamente las almas, elig[
para ſu habitacion à Bo[
donde ſe aumentò copioſa[
ſu hacienda, y tuvieron par[
la heredaſſe conmigo una [
cuyo nombre era Aminta. [
comenzò à imaginar Hi[
que era hermana de Alex[
el dueño de ſu voluntad: m[
no divertirle de ſucceſſos,

à tener tanta parte, por
e de su bellissima hermana,
ò que prosiguiesse, y èl sin
el discurso, añadiò: Era mi
ana de inclinacion travies-
niga de vèr, poco escrupulo-
hablar, y demasiado aguda
sponder, que sobre hermosa,
, y bien nacida daba graves
vos à la juventud, y era in-
a fabula de la Ciudad. Lla-
sse mi madre Hortensia, y
n parecida en la eloquencia,
en el nombre, à aquella que
iguedad celebrò cuydadosa,
zmente. Tenia eminente no-
de todas ciencias, por aver-
tudiado en menor edad, con
o de aventajar à muchos, y
inuir à todos quantos pien-
que la ciencia està vinculada
à los ingenios de los hom-
, como si las mugeres fueran
versa naturaleza. Valiendo-
su cordura, encaminaba mi
re à Aminta, y procuraba,
la imitasse en los estudios; co-
ue ella hacia con mucho gus-
epitiendo aquellas palabras
iceron, que dicen: Los estu-
alimentan en la mocedad, de-
an en la vejez, adornan en la
peridad, y ayudan en la ad-
idad; anochecen con noso-
, peregrinan en nuestra com-
ia, y aun entre la rusticidad
campo no nos desamparan.
no obstante, este entreteni-
ito, *era tan libre que ni basta-*
zones, ni le detenian ame-
nazas, ni la obligaban ruegos, à
que moderasse su intencion. Cier-
ta cosa es, que su libertad no se es-
tendia mas, que à las palabras, ni
passaba en ella el pensamiento los
terminos de honesta conversacion;
(como alguna vez nos constò de
experiencia) mas en una muger
noble, y aunque no lo sea, en una
muger conocida, y celebrada de
hermosa, es notable defecto el de-
xarse comunicar facilmẽte. Acuer-
dome de aver oìdo à mi madre
reprehender sus diversiones, con
tanta variedad de sentencias, tan-
ta hermosura de palabras, y tal
adorno de razones, que parecia
impossible dexar de reducirse con
ellas, quien no tuviesse ciega la ra-
zon, y inhabil el entendimiento, à
quien Aminta respondia con tal
cautela en el discurso, y tal reso-
lucion en la lengua, que inclinada
al bien, pudiera ser embidia en los
enemigos, como entonces era las-
tima en los propios. Llamòla un
dia al fin de otras muchas cosas,
con que procuraba su escarmien-
to vanagloriosa. Mas oìd por vues-
tra vida la respuesta de Amin-
ta, y assi conocereis la verdad de
quanto en favor de su agudeza he
dicho.

La vanagloria, si yo no me en-
gaño, ò señor, es variedad de un
animo que juntamente tiene al-
gun bien, y ignora el modo de pos-
seerle, es un afecto enfermo con
ciertas inchazones de excelencia:
es torbellino de presuncion, que

fifte en animos leves; es una imaginacion, para las cosas mal fundadas apacible, y para las adversas inutil. Esta es la vanagloria brevemente, y sus dinificiones. Los vanagloriosos son aquellos à quien el viento de la jactancia levanta sobre sì mismos; los que desean que todos los alaben; los que procuran, que injustamente los veneren; los que favorecen à los aduladores; los que quieren enseñar, quando para si no saben; los que intentan ser tenidos por doctos en lo que no entienden; los que se huelgan de que se crean de ellos cosas grandes; los que en las palabras son tan graves, que se escuchan; los que son en prometer veloces, y en dàr limitados; los que para los sucessos prosperos son alegres, y en los adversos fragiles; en los oprobrios cuidadosos, en los regocijos inmoderados, y para lo honesto dificiles. Estos son vanagloriosos; dichosa yo, que ni la tengo, ni por essa parte la conozco.

Tales como este eran los coloquios, que entre los dos passaban, dando embidia à otras señoras, que las oìan, y enseñando à las que lo procuraban. Yo andaba con estas inquietudes de mi hermana confuso, sin saber què medio escoger para su sossiego. Advertia, que no era possible, que su condicion dexasse de traerme à algun infelice *termino; porque en un hombre noble, qualquiera cosa de honor le pone en apretadas ocasiones de* aventurarse, por no perderle. que de tantos como la preten alguno forzosamente podria dominio en su voluntad, y a mia, que avia de ser quien p estimasse; porque suele ser ca de la demasiada libertad, e trar siempre con lo peor. Avi tre los demàs mancebos de la dad dos Cavalleros, que se a tajaban à todos, y se señalaba mas atencion en este emple uno se llamaba Valerio, y el D. Enrique, cuyos apellidos to, por no ser à nuestro inten importancia. Andaba Don I que mas favorecido, si bien nestamente, y con los favores nos. Valerio tan zeloso, que el amor que tenía à Amint odio para su competidor ordi accidente en los que juntan al precio propio la competenci la felicidad àgena.

Aconsejabanle sus amigos, dexasse de atormentarse con desassossiego; assi porque Do rique era mas poderoso, como que era insufrible la pena, q mismo se procuraba, viendo contrario favorecido, y à su a tan injustamente despreci Deciànle, que los desprecios en el ignorante incentivos, el cuerdo desengaños; y qu puesta esta verdad, fuesse cu y atendiesse à que no ay ho tan perdido de amor, que si e re procurarlo, no se remedi cilmente en sus passiones, ò

Iolê de vèr la caufa de ellas, ntrando en el confejo de fu lo, para tomar refidencia à ıfamientos, haciendo à la ncia abogado, à los defaffof- teftigos, à la voluntad reo, ,nrazones fifcales, y à la ra- uez atento. Afirmabanle, cuerdo Medico no cuyda fto, y comodidad del enfer- lé defea falud, y que afsi èl a de atender al gufto de fu , fi queria mejorar en fu en- lad. Perfuadianle à que to- cuenta à fu defeo, y halla- ue el recibo de los difguftos illares; y el defcuento de los es, que dà amor à unidades; fiendo todo efto afsi, no ef- : efta confideracion, ni fe editaffe de entendidò, pro- ido en empleo tan à fu cof- ıe le avia de traer aun à mas eftado. A efto refpondia o, que èl no tenia amor à a, fino aborrecimiento à fu rio, y que no la procuraba gufto fuyo, fino por el pefar Afsi que tuvieffen por cier- e fus perfuafiones eran va- que ferian fus diligencias s, porque èl avia de procu- erdicion de muchos en la ıza de uno folo. Defta fuer- feguia Don Enrique, pade- lerio, y yo vivìa ignorante ompetencia; porque aun- laba mi cuidado en la guar- ni hermana, fu induftria era ide, que mejor que Mer- curio à Argos, quando guardaba à la transformada hija de Inaco, me dexàra ciego, aunque tuviera cien ojos.

Uno de èftos dias, en que Valerio andaba trazando la venganza de fus zelos, fe llegò à mi con mas que nunca fingida amiftad, y me dixo mil engaños acerca de un difgufto que fingiò con otro Ca- vallero, en el qual queria que le acompañaffe, con intento, fin duda de que no faltaffe mi prefencia de adonde defpues fabreis. Yo, que en la Ciudad era conocido por hombre de razonable valor, aun- que naturalmente le aborrecia por fu infame lengua, y maliciofas coftumbres, quife que no fe atri- buyeffe à cortedad de animo el parecer remiffo, y le dixe, que def- de luego determinaffe lo que avia de eftàr mas bien à fu reputacion; y à la confervacion de fu honor; porque yo prometia acompañar- le apercibido à qualquier riefgo. El lo eftimò por entonces, y yo fentìa interiormente un fobrefal- to tan vivo, que me obligaba à decir dudofo aquellas razones, en que profeticamente el alma me afirmaba los futuros fucef- fos. Efperòme aquella mifma no- che mientras que prevenia algu- nas armas en mi defenfa, y los dos juntos nos fuimos adonde èl cau- telofo me llevaba, y yo inocente me avia dexado perfuadir, que ef- taba fu enemigo. Hallamos folo en una calle à D. Enrique, y eftal

corredad de los que se alargan demasiado de lengua, que viẽdo presente à quien aborrecia;.y yendo à su lado un hombre de confianza, aun no se atreviò à acometerle. Llegò à èl, reconociòle, y diciendole lo mismo que à mi primero me avia dicho, nos llevò con titulo de que procuraba hacer hora à una casa de conversacion; lugar, en que algunos de los Cavalleros de la Ciudad nos soliamos juntar, ò yà à saber novedades de otros Reynos antes que sucediessen, ò yà divertirnos, y comunicarnos, tomando por ocasion el juego.

Estaba aquella noche junto lo mas escogido de la juventud, que solia acudir à entretenerse; y mientras unos jugaban, tomaron otros por assumpto decir mal de las mugeres en comun, y referir lo que cada uno supiesse de las damas de la Ciudad. Yo no sè si diò principio à esta conversacion Valerio; si bien conozco, que no podia dexar de ser infame quien tal propuso, porque decir mal de las mugeres, hace à un hombre averiguada informacion de mal nacido. Perdonad la digression, y antes que passe à los demàs sucessos, permitid, que me ponga à discurrir un rato en la maldad que comete, quien no las venera, y en lugar de darlas justa estimacion, las deshonra. Quanto à lo primero, es ingrato, *pues aviendo nacido de sus entrañas, las desprecia*, y paga el sèr que le dieron, quitandoles el sèr con

el honor, porque las mugei
pueden preciarse del sèr, si l
ta el ser honestas. Demàs d
dà por el liquido, y blanc
mor de sus pechos, con que
mentaron, la ponzoña vil, co
las ofende: y finalmente, à l
tidos con que le abrigaron, c
ponde en libertad con que
bre sus defectos. Es tambien
vio, pues desprecia sus prin
y mordàz, pues no se mod
la lengua. Es injusto, pues e
de dàr lo que puede, niega
por tantos titulos debe. Y
solucion, à mal nacido, è i
junta los renombres de i
sobervio, maldiciente, y i
Don Carlos, que aora està
narracion presente, lo estab
bien entonces, y con r
quiso impedir, que no p
adelante aquella conver
Yo tratè de salirme, y n
charlos; mas llegando à de
me, à èl, y à mi nos trata
escrupulosos, y otros titul
la desbocada juventud suel
los moderados en sus acero
cuerdos en sus palabras. I
ellos discurriendo en las c
bres de algunas, y yo en la
sa de todas, hasta que llegò
blar Valerio por su orden.
ta vil ocasion tuvo el c
miento de su imaginada v
za, puede ser, que con an
que yo la tomasse. Don E
pues, comenzò à decir, qu
cia una dama (sin referir

bre por entonces) de tales costumbres, que se podia temer por ellas, no solo la pèrdida de una Ciudad, sino la ruina, y destruicion de muchos Reynos, y que era de condicion tan atrevida, y resolucion tan libre, que no se contentaba facilmente, antes teniendo amor à uno solo, se le mostraba à todos para tenerlos perdidos. Que era en el rostro hermosa, en el cuerpo bizarra, en los vestidos curiosa, en la sangre noble, en la riqueza abundante en publico despejada, y en secreto deshonesta.

Poco avia importado, que Valerio huviesse dicho tantas infamias de muger de tales prendas, sino añadiera. Permitaseme, que calle el nombre de esta dama, por estàr delante el tio de dos hijos, q̃ ocultamente ha tenido. Avia entre los demàs otros dos, que como yo, tenian hermanas, los quales comenzaron à alterarse, y conferir entre sì mismos lo que avian oido: cuyos semblantes, y turbacion, vista por el infame Valerio le hicieron proseguir, diciendo: Nadie se inquiete, ni murmure lo que hè dicho, que el nombre de la dama es Aminta, el tio de los niños Alexandro, y aun si me aprietan mucho, dirè que su padre es Don Enrique. O traydor Valerio, y como rompiste mis entrañas de dolor, haciendo balas tus alevosas razones! *O como pusiste el alma tan colmada de penas!* O como quedò la vista falta de luz: y quitando rostro su ordinario color, dexa el pecho lleno de turbacion, y co fusiones! Mas esperad, ò nob amigos, y oireis como hasta aq mi deshonra, mis pesares, y sus r zones, desde este punto mi sati facion, mi venganza, y su castig Apenas pudo proferir la ultin silava, que diò fin à mi afrenta, qu do comenzò en su muerte el e carmiento de otros maldiciente pues sacando una daga, por est desviado de mi, se la tirè tan die tramente, que entrò à sacarle de corazon la injusta sangre. Do Carlos que estaba mas cerca pro siguiò dandole tantas heridas, qu no pudo quedar duda en su muer te. Yo à este tiempo procurab hacer igual à la suerte de Valeri la desdicha de Don Enrique, po que aunque como despues supe era mentira, que mi hermana l dexasse llegar à tan familiare brazos, con todo esso por la dud que entonces podrian engendra las razones de Valerio, quedàr mas segura mi opinion, si quedàr muerto quien avia tenido nom bre de mi ofensor. Fue tanta s dicha, que se escapò huyendo, mientras unos acudieron à dete nerme, porque no le matasse, otro procuraron impedir que no m fuesse, para entregarme à la Jus ticia, y quedar assi disculpados e la muerte de Valerio, con ent gar el homicida. Yo entonces vertido de su imaginacion

salì de entre todos, metiendo mano à la espada, les obliguè à que hiciessen otro tanto, y à que dexassen à Don Carlos, con quien procuraban lo mismo. El quando se viò libre, y à mi persona en tal aprieto, se puso con atrevida resolucion, y noble aliento à mi lado, y tanto pudieron su valor, y mi enojo, que los hicimos retirar hasta la puerta de la calle.

Bien quisieramos poder escaparnos de tan conocido peligro, mas el ruido de las armas, la confusion de todos, y las voces de algunos diò lugar à que la Justicia llegasse en este tiempo. De suerte nos comenzaron à apretar de una, y otra parte, que fue forzoso el retirarnos, y bolvernos adentro, despues de aver muerto en la refriega à uno de los que avian llegado con la Justicia. Quando nos vimos segunda vez encerrados, y que aumentando delitos à delitos, haciamos peor nuestro negocio, y casi impossible la huìda, tomamos otro medio, que fue entre la defensa, y la resistencia que haciamos, procurar cerrar las puertas de la casa, en que avia tenido principio nuestro disgusto, y quedarnos dentro: pues aunque no fuesse esta segura traza de escusar aquel riesgo, lo seria de dilatar la prision, y el castigo, hasta que la colera se moderasse en los unos, y el *enojo en los otros*. Aunque este me*dio era dificultoso, por* la multitud *de los muchos* contrarios que teniamos, viendo lo que nos importaria conseguirle, pusimos tal cuydado, tal fuerza, y tal diligencia, que con brevedad nos hallamos defendidos de la invencible fortaleza de dos muy grandes puertas. Pusimos (para mayor seguridad) todas las cerraduras en el estado que nos pareciò mas aproposito. No se puede encarecer el contento con que nos hallamos, viendo que à la referida habitacion acompañaban en nuestro favor notables circunstancias, puesto que era alta, fuerte, y hermosa, y por esta parte segura de que no pudiessen vencer nuestra porfia, subiendo por las altas paredes. Tenia todas las fachadas de piedra, con que el rompimiento era impossible. Dilatabase tan espaciosamente, que hacia frente à quatro distantes calles; cosa, que si bien no daba lugar à que por otras casas entrassen, con todo esso nos daba algun desconsuelo, viendo que nosotros tampoco podiamos huìr por ellas. Finalmente tenia gran cantidad de ventanas, todas estaban prevenidas de tan fuertes cerraduras, que parecian averse hecho con atencion à este peligro, y con deseo de nuestra defensa. Reparemos en que avian dexado por todas partes mucha gente que nos guardasse; y para satisfacernos, cogimos al ya muerto Valerio, descolgamosle con unas cuerdas, y vimos el cuydado con q velaban, en la presen-

jue llegaron à vèr si era algu-
e nosotros el que baxaba de
lla suerte.

penas comenzò el Alva à dàr
nedia luz indicio de la veni-
el Sol, quando trataron de
os un assalto por diversas par-
para que no pudiendo acudir
defensa de tantas, nos impos-
itassemos en ella: mas D. Car-
e una parte, y yo de otra tira-
os desde un terrado, que en lo
altò avia copiosa cantidad de
ras, y otras cosas, que con las
s atravessabamos, haciendo
ble daño en los que atrevidos
e procuraban. No se niega à
iscurso (ò nobles amigos) que
esta defensa era injusta, y que
usticia se debe respetar, quan-
ucho huir, y en ningun caso
der: mas como entonces es-
mos empeñados, y no mira-
os la verdad à la luz que aora
mos, no obramos como aora
pasionadamente. En el es-
o que durò su porfia, adverti-
notables ventajas; porque si
nuestra diligencia era gran-
ambien el cansancio era mu-
y la multitud de los contra-
mayor, pero quando el valor
ulta, todos los peligros son
os. Atendiendo, pues, Don
òs al nuestro, y que algu-
on escaleras, que avian arri-
o, estaban dando golpes à las
anas para romperlas, baxò
imer *quarto*, *por aver visto*
*una escopeta; quitò*la del lu-
gar en que estaba; y hallandola
prevenida, se llegò à una de las
ventanas, por la qual con una ha-
cha avian comenzado à saltar frag-
mentos, y se veia buena parte de
luz. Metiò por el hueco la boca
del domestico rayo, apretò la lla-
ve, y el que poco antes daba en la
ventana golpes, cayò muy furio-
so, y diò uno tan grande en el sue-
lo, que quando no lo fuera con la
herida del derretido plomo, pu-
diera quedar con su propria vio-
lencia muerto.

Visto este sucesso, y oìda la re-
petida voz del referido instrumen-
to, concibieron los que antes pro-
curaban ofendernos, tan grandis-
simo temor, que muy conformes
se baxaron de donde estaban, di-
ciendo: Quanto menos importa
cogerlos, que ponernos nosotros
à un tan grande peligro de perder
la vida? Estos hombres estàn yà
perdidos, y han de vender bien sus
vidas con riesgo de las nuestras; pa-
ra que queremos empeñarlas por
tan corto precio, sino dexarlos, has-
ta que la hambre (enemigo tan fa-
miliar) les haga à ellos dentro de
muy pocos dias venir à nuestras
manos, y nosotros conseguir lo que
aora no podemos, sino es poniendo-
nos à un gran peligro. Corriò este
parecer por todos, y parte por el
escarmiento q̃ avian tenido en su
amigo, aunque por razon de otros
respetos parecia moverse en nues-
tro daño, estaban de nuestra par-
te, consintieron à la traza. Dieronla

los parientes de Valerio, en que ninguna persona no pudiesse llegar en quatro calles al rededor, para quitar que nadie les pudiesse llevar ningun sustento. Con esta prevencion, y muchas guardas, nos dexaron à un mismo tiempo cansados, y consolados, esperando algun remedio de parte de nuestros amigos. O como tiene muchos la felicidad, ò quan pocos la necessidad! Aqui conocia yo los que eran verdaderos, y decia: Dichoso es el que tiene una desdicha, sino dura mucho tiempo, pues con ella se desengaña de muchas cosas, y advierte, de quien puede fiarse, y quien sabe ser amigo: antes solia permanecer la amistad hasta las aras, esto es en las cosas que no se oponian al culto de Dios: mas agora las amistades duran hasta los trabajos, pues en teniendolos un hombre, le faltan los amigos. O infeliz tiempo, donde son todos tan leves, que apenas corre el viento de una tribulacion, quando desaparecen. O mil veces dichoso el que llega à tener uno solo, que sepa en las leyes de amistad las obligaciones que tiene, y entre quantos lo han sido! O mas que todos dichosissimo yo, que me satisfice, de que tengo tan crecido bien en el noble Don Carlos, y à quien como despues vereis, debo por tantos titulos este agradecimiento.

En el aprieto que acabè de referiros, estabamos continuando los desvelos de nuestra defe[nsa,] limitando la hambre con la [pre]vencion, que dentro de la es[tre]sa habitacion avia. Dilataba[se] to mas que los parientes, y [ami]gos de Valerio quisieran. [Asis]tian con grande vigilancia à [guar]darnos, temerosos de que su [des]cuydo podria dàr lugar à n[uestra] fuga, y con el tiempo nos v[ini]mos à desengañar, de que la [cautela] suya avia sido prudente, [pues] nosotros teniamos nuestra [ma]yor ruina en nuestra mism[a de]fensa, y huyendo de ser pres[os,] acercabamos à la misera pè[rdida] de nuestra vida, la qual por [irse]nos acabando la comida, av[ia de] ser forzosa. No dexaban de [a]saltarnos con subitos aco[meti]mientos, en que siempre lle[vaban] la peor parte. Otras veces p[rocu]raban entrar rompiendo l[os ci]mientos, mas con este medi[o po]co se aumentaban nuestra[s pe]nas, viendo que era inexp[ugna]ble la fortaleza en ellos, y te[mo]ria la violencia con que imp[edia]mos, que ninguno se llegas[se de]masiado cerca. No obstante este valor, nos iban faltand[o las] fuerzas. Tal fue la necessidad [à que] llegamos, que nos pesò de [aver] echado por la ventana à V[alerio,] pareciendonos, que pudie[ra] satisfacer nuestra hambre, c[on al]guna parte de sus viles mien[bros.] Quien creyera, ò amigos, [que] dos hombres dentro de su n[ativa] patria, à la vista de sus p

de tenian sus parientes, donde ban regalados, y servidos, y de les sobraba todo tan abun- temente, les avia de suceder tan nuevo, avian de padecer o tan penoso, y avian de lle- à verse con necessidad tan gra- que los obligasse à quitar à al- os libros, que hallaron los per- iinos, y à cocerlos con la lum- que cuidadosamente no avian ido acabar, para remediar esta rable pension, à que nacimos tos.

lamè un dia (que se avia subi- l mas alto aposento de la casa) on Carlos, y lleno de afectos el amor con que yo le estima- ò colmado de dolores, por lo èl padecia, le dixe: Amigo, eis el infelìz estado en que yo e puesto à vos, à mi una her- a que me diò el Cielo para or desdicha de mi juventud, y a, ò su libre condicion, ò la in- detraccion de el justamente gado Valerio, yà no tenemos ide acudir: yà la esperanza, nos pudiera dàr el valor de tros deudos, aviendolos he- prender, y puesto tantas pe- si nos dieren ayuda es forzoso alte. Yà no ay adonde aspi- idonde espirar si, pues nos so- tan dilatado espacio en tan es pesares. Yà las fuerzas son is, el mantenimiento ningu- el delito atròz, los enemigos es, *la justicia* suya, el Cielo *nojado*, todo se conjura en nuestro daño, todo se opone à nuestro remedio, y nada se decla- ra en nuestro favor. Bien sè, que se contentaràn conmigo, si me pren- den. Bien sè, que cessaràn tan apre- tadas diligencias, si me vèn en su poder. No quiera, pues, nuestra amistad, que supuesto que yo he tenido la culpa, passeis vos tan fie- ra pena. Basta en abono de vuestra fidelidad (ò amigo Carlos!) lo que por mi causa aveis sufrido; bas- ta para testigo de mis obligacio- nes, la tolerancia con que aveis padecido, y la paciencia con que aveis tolerado tantos dias de tra- bajo. Justamente os correspondie- ra mi amor, si no cuidàra de vues- tra libertad, aviendo carecido de ella por mi ocasion tanto tiempo. Es la libertad con que el Cielo adornò nuestra naturaleza, una de las cosas mas amables que tiene, una de las joyas con que mas se enriquece, y aun de las que mas desea. Hagamos, pues, de suerte, que vos quedeis con ella. A mi me parece, que serà eficàz medio, que llegueis adonde os puedan oìr essos parientes de Valerio, y los digais, fingiendo cuydado, y secre- to, que me entregareis à mi, si os dexan à vos libre; y supuesto que yo pienso que ellos lo haràn gus- tosos, veis aqui este cordèl, y aqui mis manos, ataldas, querido ami- go, y quede preso quien es tan des- dichado, muera afrentosamente quien tiene tan infelìz estrella, por lo menos no podrà desta suer

te quitarme la fortuna el contento que tendrè con veros libre. Fuerza es, que yo no lo quede, de qualquier suerte que se disponga; y pues ha de ser fuerza, no me quiteis el gusto que podrè grangear con veros sin tantas penas, ni me deis las penas, que podrè tener con vuestros disgustos. Haced lo que os ruego, y fiad de mi, que os estarè tan reconocido por ello, como aora lo estoy por las demàs razones con que me teneis obligado.

A estas palabras, que como veis eran hijas de un animo piadoso, respondiò Don Carlos tan asperamente, y mostrò semblante tan fiero, que le temia mas à èl enojado, que al peso de las demàs desdichas. Injustamente, dixo, correspondeis à mi amor, mal pagais à mis deseos, pues me persuadìs à què sea yo hombre infame. Vos, sin duda, pusierades en execucion conmigo el consejo que me dais, pues os pareciò, que yo lo podria executar facilmente. Mas no, Alexandro, no amigo, yo lo he sabido ser hasta aora, y lo sabrè ser, hasta que al cuerpo falte la respiracion, y al alma la union de aqueste cuerpo. Yo sè las obligaciones que tienen los amigos; yo sè la fidelidad, que deben tener à los que lo son verdaderos; yo sè, que el amigo es un refugio contra la infelicidad; *una dicha, que no falta; y un nombre, que se desea* mucho, y apenas *se consigue con perfeccion*; sè, que es tanta la fuerza de l[...] tad, y que excede tanto à naturaleza, que el verdad[...] go, para serlo, ha de passar [...] tes de humano. Sin duda, ignorais sus leyes, pues [...] que se ha de anteponer à t[...] cosas del siglo, de donde juntamente, que hasta [...] aveis sabido serlo. Mas pc[...] aqui adelante lo sepais, at[...] do à lo que yo grangeo [...] vuestro, oìd estos prece[...] aunque os parezcan de n[...] pensad, que se los oìs à Tulio, y Quintiliano, c[...] en su origen.

La muchedumbre suel[...] drar cansancio, y assi p[...] en la brevedad escusar el [...] que en èl pudieran adqui[...] tros sentidos, reduciendo solos; los quales como [...] mos Polos, sustentan, tien[...] servan la amistad. La pri[...] mas importante observan[...] ha de tener el amigo, es [...] dir à su amigo cosas inju[...] hacerlas, aunque se las a[...] do; porque no es disculpa bre cuerdo el decir: este [...] metì por mi amigo, princi[...] te, quando la prudencia à la prevencion para re[...] ò à lo menos para conoc[...] aqui queda respondida, vuestra peticion, pues buena disculpa de averc[...] tregado, decir, que vos [...] gasteis; pues què dà à

rè prudente lugar, de que ue, y diga, què importa, que ndro lo pidiesse, si de parte on Carlos estaba la obliga- le no hacerlo, y mas tenien- su mismo amigo un exem- pue le decia: Alexandro lo r, que deseò à costa de su ibrarte: tu no, vil Don Car- es quisiste tu libertad à cos- u vida. La segunda obser- , ò precepto es, que el amigo para su amigo lo que para sì, aperecible, y à su sèr, à su , ò su salud es conveniente. s la mas alta fineza de la d, en esto muestra su caudal, erza, la qual moderada con lencia, que en el primer pre- advertimos, hace las cosas ras, mas grandes; y las ad- , mas leves. Què cosa ay tan como tener un hombre à igo con quien puede hablar, consigo mismo? Què cosa de imaginar tan felìz, co- ner con quien atreverse à ì quien creer en todo, de recibirlo (siendo justo) to- à quien negar (prevista la circunstancia) nada? Què y mas fuerte contra las pe- Què auxilio mas cierto con- adversa fortuna? Què ayu- as segura en las adversida- Què consuelo mas cuerdo afliciones? Què prevencion entada en los riesgos? Què la *mas util en los daños?* Y *mente, què auxilio*, què ayuda, què consuelo, què aliento, què prevencion, què defensa en la adversidad, en la afliccion, en el riesgo, en el daño, ni en el peli- gro mas fuerte, mas segura, mas cierta, mas alertada, ni mas util, que la amistad? Pues como la san- gre en el cuerpo, hace parentesco en los animos. Siendo todo esto as- si, y siendo la amistad sangre del alma (permitase esta tosca lo- cucion por la singular semejanza) culpada queda la vuestra en pe- dirme lo que no os ha de estàr bien; y disculpada la mia, en no hacer lo que pedìs, quando la ha de estàr tan mal.

Confuso, enseñado, y reprehen- dido con la respuesta de D. Car- los, le quedè mas deudor, y mas reconocido, que las reprehensio- nes siempre tienen su efecto, con- forme al animo del que las dà, ò lastimando, si proceden de malo, ò enseñando, y persuadiendo, si na- cen de bueno. Cada dia se iba ha- ciendo nuestro peligro mayor, y nuestra muerte mas cierta; y assi me resolvì à que abriessemos la puerta, y saliessemos, puesto que entre el ruido de las armas, y el ri- gor de la pesadumbre seria possi- ble escaparnos, y que para esto se- rìa cuerda traza que lo intentasse- mos de noche, pues la obscuridad nos daria lugar mas aproposito. Antes hemos de intentar otra co- sa (me respondiò Don Carlos) y para ella es fuerza, que me ha- gais aora. Yo le obedecì al punto.

en su seguimiento lleguè al quarto donde estaba, quando le llamè, que como yà dexo dicho, era el mas alto de la casa. Dixome, que esperasse un rato, y con esto se llegò à una ventana, que el quarto tenia à la calle. Brevemente bolviò el rostro, y me persuadiò à que llegasse adonde èl estaba: yo lo puse en execucion, y vì lo que os referirè en suponiendo, para mayor inteligencia de nuestro sucesso, que avia frontero otra casa principal, y muy noble, de la qual salian las ventanas al peso de la nuestra. Era la espaciosa morada de una señora, que por muerte de su marido, avia quedado con la administracion de grande cantidad de riquezas, y el cuydado de dos hijas, en las costumbres virtuosas, y en el estado doncellas. Velaba en su guarda con tan notable estremo, que siendo D. Carlos, y yo de los mancebos que en toda la Ciudad mas trataban de vèr, y ser vistos, nunca aviamos llegado à conocer de ninguna de ellas el rostro. Tenian sus ventanas, y la nuestra fuertes balcones de hierro, que servia de comodidad, y adorno. Supuesta yà esta noticia, digo, que me lleguè adonde D. Carlos estaba, à tiempo que se ofreciò à mis ojos dentro de las ventanas de enfrente, una dama en todo estremo hermosa, y *bien adornada.* Vì que agradecia *à Don Carlos el* averme traìdo *alli, y que se lastimaba* de vernos

de aquella suerte. Luego à
que sin duda era alguna de l
cerradas hijas de aquella
señora, si bien por la razon
ni la conocìa, ni sabìa su no
Con voces baxas (por no se
en su familia, las quales no
podiamos oìr, por no ser n
la distancia que avia) nos dix
si teniamos necessidad de a
cosa de las que ella pudiesse
venir, la diessemos aviso, par
viessemos su puntualidad, y
dado. En tal aprieto, tan
ocasion, y tan necessaria desd
viendo que nos ofrecia amp
nos prometia favor una n
tan bizarra, y hermosa, du
mos si era muger, ò algun
embiado para nuestro con
Respondimosla; que la fal
sustento era nuestro mayor
trario, y que solamente à es
mia nuestro esforzado val
cuyas razones respondiò ell
espero, que si aliento no os
no ha de faltaros por essa
remedio. Venian con toda
las sombras de la perezosa n
y diciendonos, que previn
mos un cordel se ausentò de
y nosotros à buscarle. Casi
mismo tiempo bolvimos uno
otros, yo en compañia de
Carlos, y la piadosa dama co
criada, à quien para tene
ocasiones diò cuenta de este
so. La obscuridad que hacia
estàr tan altas las ventanas n
ba lugar à que los que desd

guardaban, oyessen nues-
municacion, ni viessen lo
ra refiero con tanto gusto,
entonces temor. Nos di-
, que arrojassemos el cor-
obedecimos con facilidad,
o en èl algo que hiciesse pe-
liò la criada al balcon, cogiò
o que aviamos arrojado, y
ndole por el hierro superior,
bolviò à echar, para que
ros hiciessemos otro tanto,
lemos el cabo que nos avian
lo, con el otro que tenia-
lexando assi el cordel dobla-
libre para que tirando de la
arte, pudiesse correr sin im-
nento ha otra. Todo se efec-
el modo que nos dispuso: y
de que yà aviamos execu-
su intento, hizo que la criada
tasse en el un lado del cor-
a cestica, que en la passada
cia que hizo de nuestra vis-
ia hecho prevenir. Tirò la
a dama del otro, y como por
na parte no avia estorvo, lle-
nosotros con felicidad el ins-
nto de nuestro remedio;
amoslo, y el cordel, para que
dia no se viesse el medio,
ue se dilataba su deseo, y se
uaba nuestra conservacion,
, procurassen impedirlo, ha-
lo que quedassemos assi fal-
todo humano socorro.
espidiòse la hermosa señora,
amos de mirar lo que la ces-
la, que *eran bien superiores*
à los que aviamos pensa-
do por la mañana tener, y aun à
los que bastàran à dexar conten-
ta à nuestra necessidad. Venia en-
tre ellos un papel, y atendiendo
mas à la comida, que à la curiosi-
dad de passarle por los ojos (por-
que era mayor la hambre que nos
oprimia) cenamos limitadamen-
te, porque la destemplanza no hi-
ciesse daño à nuestra importante
salud. Despues de avernos en par-
te satisfecho, para tener mas sa-
zonado el postre, leimos el papel,
y hallamos que decia, sino estas
razones formales, que no me avia
de poner à estudiarlas de proposi-
to, otras parecidas à estas.

No os parezca libertad, lo que
es compassion, ni deis titulo de
atrevimiento, à lo que merece
nombre de piedad, sino quereis ser
ingrato à este beneficio, y à la in-
clinacion que yo os tengo despues
que supe vuestro aprieto, por aver
muerto à Valerio, y ser la ocasion
tan honrosa. Vivid, pues, y procu-
rad defenderos, que en todo quan-
to yo pudiere, antes faltarè à mis
obligaciones, que à vuestra neces-
sidad, y à vuestra persona; à aque-
lla para socorrerla, y à esta para
estimarla. Decia luego aparte es-
tas palabras.

Hacedme gusto (que serà muy
grande) de decir à Don Carlos,
que no se agravie de mi eleccion,
pues las mas veces se funda amor
en estrellas, sin atender à mere-
cimientos. Aunque ves por esta
parte bien advertido, à nadie de

beis reconocer ventaja. *Doña Victoria.*

Esto era en suma lo que el papel contenia. Juzgue aora qualquiera de los que me escuchan, como se hallaria en ocasion semejante, no solo quando era digna de toda correspondiencia Doña Victoria, pero aun siendo la mas vil esclava del mundo. Confiesso, que yo me vì de suerte, que para estrado de sus pies juzgaba indigna mi boca, y que todo quanto no era imaginar sus gracias, y acordarme de su belleza, era cansancio de mi imaginacion, y pena de mi memoria. Don Carlos me ayudaba à celebrar sus galas, à venerar su hermosura, y à agradecer tan grande beneficio. Leìa muchas veces sus piadosas letras, y con todo esso dudaba el credito de tantas dichas, quando las deseaba mas, y las esperaba menos. Preguntaba à Don Carlos muchas veces: Noble, y querido amigo, asseguradme si es sueño lo que nos sucede, respondeme, si es delirio de nuestra fantasia, ò si es verdadero el hallazgo de tan no pensada fortuna? Decidme por vuestra vida, podrè creer lo que veo? Veo lo que me sucede? Sucedeme lo que imagino? O vengo à imaginar lo que quisiera mi deseo que le sucediesse? Entre estas preguntas mias, y admiraciones suyas passabamos gran parte de la noche, y al cabo de ella tratamos de responder al pliego de nuestra bienhechora, y comen[illegible] mos à padecer con mas consu[illegible] principalmente yo, que come[illegible] menzaba à amar, y veìa que aquellos males me avian ve[illegible] tantos bienes, todos los daño[illegible] pesares, y los temores los ju[illegible] ba mas leves; y aun no sè, si a[illegible] na vez me parecieron suaves.[illegible] camos recado de escrivir, que fue muy dificultoso de hallar [illegible] averlo visto Don Carlos sobr[illegible] escritorio: y al fin por no ca[illegible] ros con la formalidad de ta[illegible] como escrivimos en respuest[illegible] sus papeles, los passarè en si[illegible] cio: si bien el primero por se[illegible] verso, y hacer mi discurso [illegible] agradable con la variedad m[illegible] parecido no escusar aora. Yà [illegible] parece, que os veo dudar de n[illegible] tra cordura, y sentir que era [illegible] dente diversion en tan apret[illegible] penas el escrivir versos: mas q[illegible] deseaba agradar de todas sue[illegible] à Victoria, què mucho que in[illegible] tasse esta, que no suele ser de gracias menos estimables. [illegible] cian, pues, de esta suerte.

No puede ser yà prudente,
Victoria, mi nuevo amor,
Pues tu nombre, y tu favor,
Se compiten igualmente.
De tres maneras has sido
Victoria en esta ocasion,
Supuesto que à mi afliccion,
Y à mi mismo me has vencido.
Mas aunque està la victoria
Conocida de tu parte,
Amor los bienes reparte,

uè ha dado la gloria.
tan estraño,
filos fia,
mayor alegria,
s suele hacer mas daño?
e aquestos cuydados,
, y contento vivo,
r su causa recibo
s bienes doblados;
e el instrumento.
mi libertad rindiò;
nque me la quitò,
i agradecimiento!
veces alabo
ma pena en que estoy;
que por ella soy
emente tu esclavo.
y mas este nombre
a le quitarè,
es pena la que fue
te à dàr gloria à un hombre.
uede pesar
os bienes que arguyo,
, como soy tan tuyo,
erte yo que dàr.
ue solo me veo,
u tanto mereces,
idirme muchas veces,
rè mi deseo.

amos de dia à verla, y en con la traza referida de- mantenimiento, quita- n todo cuydado, como el cordel, evitando asi ra sospecha. Durò este comunicarnos distancia a dias, en los quales se de- on nuestros contratos, ue se dilataba à tan largos su esperanza, à que la casa se rompiesse, ò à que se pusies- se fuego à sus puertas. El dueño por su interès, lo contradecia, has- ta que saliendo ellos à pagar to- dos los daños que de alli se siguies- sen, ni huvo lugar à otras respues- tas, ni tuvo fuerza la contradi- cion. O como nunca viene sola una desdicha, ni la fortuna perma- nece en un mismo estado mucho tiempo! O quan presto nos qui- tò en los futuros sobresaltos, los passados regocijos! Tanto era el deseo que tenian los ofendidos parientes de Valerio, de vengar, y satisfacer con la mia su vertida sangre, que al instante que tu- vieron licencia para poner fuego à la casa que nos defendia, y ha- cer todas las diligencias possibles de prendernos: comenzaron à prevenir todos los instrumentos que les parecieron necessarios pa- ra efectuar nuestra prision, y su in- tento. Procurabamos nosotros des- de arriba, visto lo que intentaban, defender que ninguno se llegas- se cerca despidiendo de nuestros alentados brazos, fuertes pie- dras: pero arrimando de noche unos maderos, y cubriendolos con tablas, cosa que pudo, aunque con notable riesgo, emprehender, y conseguir su porfia; nos impossi- bilitaron de poder hacerles da- ño. Quando vimos tan apretado lance del rigor de nuestra desdi- cha tan rigurosa experiencia de la crueldad de aquella gente, y que era fuerza, ò morir barbaramente

en-

entre el incendio, y las llamas, ò rendirnos, olvidando el passado valor, hice à Don Carlos que los hablasse, y dixesse, que yo estaba determinado à padecer todos quantos males me pudiessen venir antes que llegar à sus manos, que èl me persuadia lo contrario, diciendo, que unas veces se ha de resistir, y otras obedecer lo que las estrellas disponen, que pues de los sabios era mudar consejo, esperassen; que yo le mudaria, viendo tan patentemente mi perdicion, y que para que èl me representasse todas estas cosas, nos diessen de termino hasta el siguiente dia. Pareciòles que quien avia esperado tantos, bien podria esperar uno mas; tuvieron por razon de conveniencia el darnos tan breve plazo, por vèr si nos dabamos, escusando assi los daños que se avian de seguir à la casa con el fuego, y aun à sus vidas, quãdo entrassen, si se empeñaba nuestro valor en la defensa de las nuestras. Puesto en efecto este partido, nos pusimos à imaginar algunas trazas, todas en orden à huir su rigor, y todas tan dificultosas, que merecieran mejor nombre de impossibles. A Doña Victoria no se le ocultaban estos pesares nuestros, antes le cabian de ellos mas que mediana parte. No hacia mas de afligirse; pero què avia de hacer una muger encerrada, vergonzosa, y naturalmente dèbil, en caso, adonde dos hombres de-

terminados por el peligro
tados con el valor; no
modo de ausentarse, ni ha
que afligir el discurso co
los, la voluntad con temo
memoria con imagines de
turos castigos? En cosa q
importaba, viendose apr
mi ingenio, discurriò en u
estraño, escuchadle con a
porque dudo que aya ll
vuestra noticia semejan
fiesso, que quando aora m
à considerar lo que ento
ze, me tiemblan las entr
me dexo persuadir à que
hombre loco, cuyas acci
inculpables, ò quien teni
da la vida pudiera tener

Al punto, que como di
ginè modo de librarnos,
nada à Don Carlos, baxè
que nuestra habitacion t
el qual estaba una marom
ñamo muy gruessa, cogi
los ombros, y bolvì ado
sativo me esperaba. Qu
viò entrar de aquella sue
trañò el instrumento, y p
me, que para què le lleva
à ser para descolgarnos
la calle, mas facil seria
puerta, como antes avia
sado, y salir juntos, defe
nos el uno al otro, que
cada uno de por sì, adond
mos cogidos de los que p
partes nos guardaban. M
bis, le respondì mi intenc
mi discurso mas cuerda

esto al quarto por donde
itoria solia comunicarnos,
arnos el sustento. Llegò
irlos tràs mi, y viendo la
on con que esperaba, le
Amigo, grandes enferme-
piden asperas medicinas, y
desdichas no se pueden
; sino es con alentado va-
peligrosas dificultades. Lo
intento es, passar en casa
ia Vitoria, seguro de que
s darà su favor, y cierto de
drà assi nuestra vida segu-
vos, pues, en lo demàs me
echo compañia, no falteis
ias fuerte ocasion de todas,
je pues ha sido una misma
vida, sea tambien igual
fortuna. Lleguème à la
a, sentì que mi querido
estaba à la suya, y con voz
espues de averme certifica-
la seña que teniamos, de
ella, la advertì, de que yà
en mejor termino nuestro
o. Como no sabia de nues-
sares mas de lo que yo la
ne creyò facilmente, y mos-
las palabras el regocijo, que
e tan grande la obscuridad
noche, pudiera vèr en su
nte. Preguntòme el mo-
avia tenido de mejorarse;
respondì, que no era enton-
mpo de gastarle en dàr tan
relacion de todo, por el
que avia de ser oìdos de
persona de su casa, mas que
tenerla brevemente de

todo. Ella pensò que avia de ser como otras veces por escrito: y assi me rogò que echasse el cordel para embiarme el continuo estipendio con que nosotros se le pagabamos à la naturaleza, y para que à la buelta pudiesse tener la relacion de tan buenas nuevas. Atè el mas delgado à la punta de la gruessa maroma. Llegò à este punto Bernarda su referida criada, y visto que yo le avia yà tirado, saliò como otras veces à cogerle: dixela que tirasse dèl no obstante que sintiesse peso: lo qual hizo ayudada de su señora, y mi prenda, hasta que cogieron la punta del gruesso cañamo, entonces la previne de que no le bolviesse à echar, sino que le asseguras fuertemente en el hierro del balcon. Como no sabian lo que yo intentaba, creyendo que era algun modo mas facil de comunicarnos, obedecieron; y quãdo estuvo bien assegurada, me avisaron de que yà lo avian reducido à efecto. Entonces tirè yo con toda la fuerza de mis brazos del gruesso cordèl, ò maroma, y despues de averla afirmado à mi satisfacion, pues me importaba tanto, con un madero pequeño, le dì dos bueltas, con que quedò mas fuerte, y mas sin peligro de aflojarse. Reparaba Don Carlos en el riesgo en que queria mi atrevimiento ponerme, y decia: Quanto mejor es morir (ò Alexandro!) à las manos de nuestros enemigos, que no à las

mente, que tal vez me dexaban corrido sus finezas, admirado su amor, agradecido sus caricias, y mas amàre sus gracias. Doña Marcela era de condicion mas presumida. Andaba siempre muy preciada de no rendirse à nadie, cosa à que si bien la podian dàr atrevimiento sus prendas, con todo esso parecia mas insensibilidad que libertad, y mas falta de conocimiento, que sobra de presuncion, aunque muy de ordinario suele andar todo esto junto. Alababase de no aver tenido amor, y preciabase de que se le tuviessen. Era de las que quieren rendirlo todo, y se asseguran en su misma vanidad, para no quedar rendidas. No sabìa cosa alguna de nuestros sucessos, ni Doña Victoria se atrevia à comunicarselos, temerosa de que no los descubriesse. Por esso se avia fiado de sola Bernarda su criada, que satisfecha de su razonable disposicion, y rostro, alentada de la ocasion que se le ofrecia, y determinada, por parecerle que todos la aviamos menester, se atreviò à dàr muestras en algunas ocasiones, de que tenia amor à D. Carlos. El la divertia cuerdamente, y fingiendo que no la entendia, ni la desconsolaba de todo punto, ni la respondia à su proposito, con que ella andaba siempre mas cuydadosa de explicarle sus deseos, y nunca lo conseguia felizmente. Cansabase de buscar modos diferentes, y al fin este cansancio la

vino à reducir à que dexasse [...] samientos, que aun solo el m[...] festarlos tenian tanta costa: a[...] de se nos descubre, que q[...] procuraba quedar libre en las [...] respondiencias que otro int[...] no tiene remedio mas cuerdo [...] no oìr, ò no pudiendo diver[...] oìdo, no entender sus razone[...] vidar sus palabras, y escus[...] beneficios.

En el tiempo que nos suc[...] esto à nosotros, nuestros co[...] rios andaban cuydadosos de l[...] puesta que Don Carlos les [...] prometido: mas viendo que e[...] dilataba, y èl no parecia, se [...] vieron à poner en execuci[...] primer intento. Pusieron fu[...] las puertas principales de la [...] que por fuerte avia sido el [...] de nuestra defensa, y com[...] fuerza del voràz elemento, [...] avia, ni pudiera aver resiste[...] facilmente se apoderò de los [...] leños, y atajandole para qu[...] passasse adelãte, les diò segu[...] trada. No hallaban quien se l[...] fendiesse, ni les diesse ocasi[...] emplear el apercibimiento [...] que iban. Anduvieron todo[...] quartos de aquella espaciosa [...] da; no se olvidarõ de los mas [...] tos retretes, ni se escusaron [...] cuydado los mas altos desv[...] pues todo lo mirò su dilige[...] quedãdo tan estrañamente c[...] sos, como aviã entrado dicho[...] te contẽtos. De todo se infor[...] Doña Victoria cõ secretos y [...]

s que echaban à todas partes gnorantes juicios. Unos de- que avriamos desesperado, y eria bien mirar, si la profun- l de algun pozo avria sido :ro sepulcro. A otros les pa- ; que Dios milagrosamente ivia castigado con tanta seve- l, que aun no avia querido que lassen de nosotros señales. A (què necio discurso!) se le pu- la imaginacion, que el uno ro nos avriamos comido de ote, mas desmentian à su pen- ento los demàs, replicàdo, que de avia señales del otro para : fundamento en tan nueva ncion. Miraban las ventanas, ndian à que no podiamos aver o por ellas, ò yà por no aver ios de tal cosa (gracias à mi ado) ò yà por el q̃ ellos avian o en guardar las calles en que i aver este riesgo. Tornaban à r las quadras que primero i andado, y hallabanse, como ero, admirados. Engañaba el : de Valerio sus esperanzas o desistir de su porfia; mas lolas burladas, y que era im- ple dexar de pensar, que nos tragado la tierra, sin hallar estra venganza su consuelo, determinar què nos avria su- lo, se ausentò confuso, y los s descontentos.

letaronse dentro de pocos s escandalos, que traìan à la rebuelta, y otras noveda- sucedieron, hicieron olvi- dar las que avian nacido por nues- tra causa. Yà con esto nos hallaba- mos algo seguros, menos cuyda- dosos, y mas alegres. Passabamos una vida gustosa, porque Doña Vitoria acudia con toda puntua- lidad à nuestro regalo. Tenia la lla- ve de la sala adonde estabamos, y tan atentamente se guardaba de darla à nadie, que ni aun de Ber- narda (que asi era el nombre de la Doncella) la fiaba, pues quando avia de entrar à prevenir las cosas necessarias al asseo, y limpieza de nuestras personas, siempre era en su presencia. Gastabamos el tiem- po parte en escrivir versos, y par- te en leer algunos libros, que la misma Doña Vitoria me llevaba, yà Toscanos, y yà Españoles nue- vos, de los que se dilatan en mate- rias entretenidas, asi porque noso- tros tratabamos de aplicar las me- dicinas, que eran mas saludables à nuestra enfermedad, como porque en ellos (quando se escrive con al- guna doctrina) se hallan muchos exemplos dignos de imitacion, mu- chas sentencias que encomendar à la memoria, y muchas cosas de que apartarnos. Esta, pues, ò no- bles amigos, fue la causa, porque pediamos este genero de libros, adquiriendo con ellos igual pro- vecho, y mayor gusto. Yo estaba muy enamorado, y por esta parte alegre, Don Carlos libre, y conso- lado; èl sentia el encerramiento, y yo tal vez la soledad, porque Do- ña Vitoria, aviendo de assistir à

la presencia de su madre, y hermana, no podia estàr mucho tiempo en nuestra compañia. Este sentimiento se limitaba con la consideracion del aprieto en que aviamos estado, y que fuera mucho mas cruel fortuna hallarnos en poder de nuestros enemigos, expuestos à su enojo, y sujetos à su voluntad: que no ay tan cuerdo discurso para consolarse en los males, como atender à que pudieran ser mayores.

Avia Doña Marcela deseado muchas veces entrar en la sala à donde estabamos, y por aver hallado cerrada la puerta, se avia buelto à embiar una criada, para q̃ se truxesse las niñerias que avia deseado sacar della. Pedian à Doña Victoria la llave, y no fiandola de quien se la pedia, se levantaba, y llevaba consigo à Bernarda, y traìa lo que su hermana avia pedido. Sucediò esto mismo en tantas ocasiones, q̃ Doña Marcela concibiò sospechas, juzgò mal de su recato. Las mugeres siempre se dexan vencer facilmente de la curiosidad; y assi determinò averiguar, què serìa la causa de que Doña Victoria hiciesse particular lo que solia ser à todas comun. Para esto trazò en su imaginacion varias cosas, y consultando à la eleccion començò à disponer medios para seguir la que le pareciò mas aproposito. Atendia mi noble dueño à las diligencias que su hermana hacia, y viendo providamente, q̃ convenia remediarlo, porque no lleg[...] decir à su madre las ocasiones [...] presumpcion, y con esso ella [...] dasse mal opinada, nuestro [...] impedido, y todos los su[...] descubiertos: nos llamò c[...] dia, y haciendo que subiess[...] à otra sala, esperò que se [...] ciesse ocasion en que llevar à [...] ña Marcela para que se des[...] ñasse de que avian sido justa[...] sospechas. No tenia la sala a[...] de nos llevò llave en la puerta[...] assi fue forzoso dexarnos en [...] fianza de lo que quisiesse d[...] ner la suerte. Vino à visitarla a[...] lla misma tarde otra señora, [...] ga suya, y por esto no pudo [...] facer à su hermana, ni bol[...] ocultarnos, como primero. E[...] diòse la conversacion demasi[...] con harto disgusto suyo, y as[...] do Doña Marcela, parecier[...] que entonces no podria escu[...] el cumplimiento de su deseo [...] dir à Doña Victoria la llave. [...] sela al punto gustosa de qu[...] prevencion se lograsse. La cu[...] dama partiò alegre, llegò à l[...] presurosa, abriò la puerta dili[...] te, y quedò satisfecha de e[...] gaño de su imaginacion. Br[...] mente por la culpa nuestra se [...] à hallar mas dudosa, pues si[...] vertir en que serìa de impo[...] cia, ni avria quien reparasse e[...] nos dexamos sobre la mesa [...] nos versos: los primeros con [...] encontrò, fueron unas deci[...] que yo avia hecho à su b[...]

nã; haciendo sugeto de ellas el averla visto labrar una vanda leonada con matices negros. El ser mi padre Español, me tuvo siempre aficionado à vuestra nacion, y lengua; y assi casi todos los versos que hacia eran Españoles. Esto digo, para responder à vuestro cuydado, si se le hiciere novedad, de que los refiera en este abundante idioma. Leyòlas Doña Marcela, y viò que decian de esta suerte.

Entre diversas labores
Bordabas flores un dia,
Y dixe: El Alva serìa
Quien pudo matizar flores.
Quando atendì à los colores,
Temì mi infelice suerte;
Pues lo leonado me advierte,
De que puedes ser cruel,
Y lo negro que yà aquel
Es el luto de mi muerte.
De esto vè experiencias luego,
O Victoria! mi cuydado;
Pues dando luces al prado,
A mi me has dexado ciego.
Quando à mi memoria niego,
Que es dicha tener perdida
La vida, y està advertida,
De que este injusto desprecio
Suele preguntarme: Necio,
Para què quieres la vida?
Adonde puedes ganar
Tal gloria, como ofrecer
Con gusto la vida, y sèr,
Que te han podido quitar.
Desde el perder, hasta el dàr,
Distancia no se limita;
Y assi necio se acredita
El que dando no obligò;
Pues lo mismo que negò
Es lo que el amor le quita.
Tomè su consejo yo,
Y la vida te ofrecì:
Pero como la rendì,
Hallò, que no se perdiò.
A tus ojos se le diò
El triunfo de aquesta gloria;
Tuvo el amor la victoria,
Yo fui su humilde trofeo,
Quedòse en ti mi deseo,
Y llevè en mi tu memoria.

Pareciòle à la noble dama, que no era ignorante el Poeta, ni indigno el sugeto, que luego conociò ser su hermana. Embidiosa, pues (quien viò nacer amor de embidia) pareciendole, que Doña Victoria le merecia menos que ella, comenzò à desear para sì el empleo de aquella pluma. Atendiò con mas cuydado à los papeles, que en la mesa avia, y viò otros versos, aunque tambien Españoles de diferente letra. Reparò en esta circunstancia, y llevada segunda vez de la curiosidad, y aora de el deseo, leyò de aquesta suerte.

Yà no mata amor zagales,
Con arco, y dorado harpon,
Que por matar con dos rayos
De unos ojos se valiò.
Si antes mataba atrevido,
Yà no muestra su rigor;
Porque quien muere con ellos,
Glorias siente, dolor no.
Aunque mas le pinten ciego,
Al corazon me acertò,
Que los ojos que son flechas,
Se vàn luego al corazon.

Porque no faltasse luz
Haciendo el tiro menor,
A la luz de dos estrellas
Las mismas luces tirò.
Si el amor quiso mis daños,
Solamente en esto errò,
Que no se ha de llamar muerte
La que dà vida mejor.
A lo menos no podrà
Quitarme en esta ocasion,
La gloria de estar rendido,
Yà que el alma me quitò.
A un mismo tiempo confiesso,
Que muerto, y que vivo estoy,
Todo mi amor es prodigios,
Pues un muerto tiene voz.
Zagales de aquestos prados,
Tomad escarmientos oy
En mi muerte, y mi sucesso,
Para andar con atencion.
No seràn menester señas,
Porque segun pienso yo,
Ningunas ha visto el valle
Mas parecidas al Sol.
Mas por si ocultar quisiere
De industria su resplandor,
O por quedar mas segura,
O por matar mas veloz.
Los que mas graves miraren
Su negra luz, y color,
Han de ser, en esto he dicho,
Que los de Marcela son.

Viendo que en este segundo se avia satisfecho su presumpcion, de la embidia que concibiò con el primero. Y viendo que segun se inferia de la letra, el que avia empleado su ingenio en alabarla, era distinto del primero. Comenzò à ensar quien seria, y à pintar en su imaginacion el sugeto. Fo[...] ba un hombre bizarro, bien e[...] dido, prudente, de lindo r[...] (porque raras veces la herm[...] del alma està depositada e[...] cuerpo) de amables prendas apacible condicion, y de fi[...] deseos. De este conocimient[...] sò à amar à un hombre que [...] se de aquella suerte, y à desv[...] por un objeto imaginado. Q[...] no advierte en este sucesso e[...] to castigo que ordinariamen[...] sigue à la presuncion, y un e[...] plar vivo de los medios con[...] tal vez se postra la vanidad? Q[...] no viò à Marcela libre à mu[...] amores verdaderos, y la vè [...] à una imaginacion? Quien [...] viò blasonar de rendir à tod[...] la vè no avergonzarse de [...] rendida à una imagen de su [...] Despues de aver estado un [...] espacio ocupada en este p[...] miento, discurriò en que fin[...] estaban dentro de casa los [...] avian escrito aquellos versos, el modo que tenian quando [...] à leerlos, manifestaba, que l[...] taban entonces escriviendo. [...] adelante en el discurso, y [...] suadiòse à que si aquello era [...] to, tambien lo era, el no estàr [...] lexos de aquella sala. Com[...] à andar las que estaban mas [...] ca (que por ser habitacio[...] espaciosa, no eran pocas) fi[...] llar lo que su pensamiento le[...] taba. Subiò despues à otra, à [...] una pequeña escalera daba

ſta en la que noſotros eſtaba-
: y aſsi entrò tan de improvi-
ue ni tuvimos lugar de ocul-
os, ni ella ſe pudo eſcuſar de
la vieſſemos. Comenzò à
er con el ſobreſalto las colo-
ie el roſtro, y noſotros, que yà
ociamos quien era, viendo
convenia aſſegurar ſus temo-
tratamos de hablarla corteſ-
te, y en particular Don Car-
que como menos culpado, ſe
ò con lengua mas libre. Dixo-
ie eſtuvieſſe cierta, de que no
mos ido à intentar ſu daño, ni
ninguno de ſu iluſtre fami-
pues ſolo deſdichas nueſtras
ivian llevado à aquel lugar, ſi
yà no merecian tal nombre
los, que nos avian pueſto en
eſencia. Añadiò, que de ani-
nobles era favorecer à los
os afligidos; y que aſsi del ſu-
y de ſu piedad fiabamos nueſ-
emedio, y eſperabamos am-
contra las ſuertes, que hacia
ieſtras infelices vidas, nueſ-
ontraria eſtrella. Manifeſtò-
ue noſotros eramos los que
mos eſtado en el paſſado
eto, advertido de que no nos
icia, ni eſto era mucho en una
lad tan grande, y Univerſidad
opuloſa, ſiendo ella una don-
recogida, y que ſolo atendia
ydado de ſu aſſeo, y al adorno
hermoſura. Tambien le ſu-
ecir Don Carlos ſus obliga-
s à ampararnos, y nueſtra
ſidad: tan fuertemente mo-
ver con razones, y tan cuerdo obligar con la dulzura de ſus palabras, que no ſupo Marcela por entonces reſponder, antes poniendo en èl los ojos, dixo: Eſte es ſin duda el original de aquel retrato, que formò mi penſamiento. No lo entendimos por entonces, haſta que deſpues de muchos dias nos explicò, que lo avia dicho en orden à ſus paſſadas imaginaciones.

Lleguè yo en eſte tiempo, advertido de lo que debia hacer, y pueſto à ſus plantas, la roguè con todo encarecimiento, que ſe ſirvieſſe de no deſcubrirnos por el peligro que corrian nueſtras vidas, ſi ſe ſupieſſe donde eſtabamos; à lo qual reſpondiò ella apacible, diciendo: Tan lexos eſtoy de deſcubriros, que porque no eſtais bien en eſta ſala (pues como yo lleguè, otra perſona pudiera averos viſto) quiero poneros en mas ſeguro lugar. Noſotros la obedecimos, y con paſſos hijos de nueſtro temor, y ſu ſilencio, llegamos à una de las quadras que primero, buſcandonos, avia viſitado: cerrò por defuera con la llave, y dexònos al principio conſolados del ſuceſſo, y deſpues peſaroſos de avernos fiado, de quien no teniamos ſegura confianza, ni baſt- experiencia.

Bolviòle à dàr ſu llave à Victoria, ſin decirle nada de avia ſucedido. Recogiòſe y puſoſe à imaginar en la d.

relacion de Don Carlos, la dulzura de su eloquencia, y la blandura de su natural. Pesabale de que nadie llegasse à hablarla, por no divertirse en la alegre memoria de su nuevo pensamiento: divertiase en lo que le decian, y tal vez bolvia à preguntar lo que sabia, ignorando lo que muchas veces preguntaba. Quien à buena luz mirára estos efectos en Doña Marcela, claramente conociera la causa, y descubriera el nuevo accidente con que la inquietaban su memoria, y su idèa.

Acabòse con el dia la visita que avia tenido Doña Vitoria; y assi pudo acudir cuydadosa adonde nos avia dexado, para que bolviessemos al lugar en que primero nos tenia. Admiròse de no hallarnos, y pensativa baxò à vèr, si nos haviamos ido à alguna de las salas, que como diximos, estaban desocupadas. De todas nos hallaba ausentes, menos la que Doña Marcela avia cerrado, la qual no pudo visitar por esta causa; temiendo algun grave daño, comenzò à temblar pesarosa, y à no saber determinarse confusa; no obstante, que nosotros sentiamos los passos que ella daba, no sabiendo quien fuesse, antes nos estuvimos quete, y procuramos, que nuestro side o, y quietud afirmassen, que el pr avia persona humana. Ultiinfer nte Doña Victoria se reco-*plead ser tarde, y sin atreverse à distinada à Marcela, lloraba tristen*

te, y se ocultaba temerosa d no viesse su llanto, y sus esti No se le encubrian à la d dama los pesares que su he tenia; y assi deseosa de qu los, y de grangear el gusto tenia con la presencia de Dc los, se llegò à ella, y la Agravio hace à su sangre, amistad quien del hermano, go se guarda en las cosas portancia, y se recata en los sos de grande peligro. Po hermana mia, no puedo de manifestarte el enojo que aviendo visto que me en los que son de tanto peso porque veas quan diferent nuestras condiciones, quier te un secreto que tengo, ñarte lo que debes hacer d adelànte, yà que lo has igr hasta aora. Yo tengo incli à un hombre, cuyas prend rece q̃ formò la naturaleza, do consultadò à mi deseo. hecho por èl quantas dili han sido possibles en orde libertad, y finalmente le dentro de casa. En manif este empleo vengo à cor muchas cosas, pues te ob que me guardes secreto; con quien comunicar los quien me ayude en los pelig quien me escuse con su pre alguna resuelta determir que èl atrevido, y ocasiona diera emprender; y yo, con ger, y enamorada, consent

lumia Doña Victoria al fin
: encaminaban estas razones,
:ra su reprehension, y assi
onsolada, viendo que Do-
arcela no daba lugar à que
pondiesse, comenzò à seguir
assos. Llegaron de esta suerte à
e Don Carlos, y yo estaba-
y tal vez temiendo nuestra
ida, y tal esperando su vista.
primero Doña Marcela, y
endose à Victoria, la dixo:
aqui mi secreto, guardale,
le yo te le encargo; y si co-
:res capacidad en alguna per-
, no le ocultes los tuyos, pues
festandoselos, grangeas quien
ade en ellos, y encubriendo-
, fuera de tener de quien
larte, tienes quien, si por otra
: lo sabe, no tenga obliga-
à encubrirlos. Yo quedo en-
la de lo que debiera aver he-
respondiò Victoria) y no quie-
tentar disculpas, porque son
iles, quando el yerro es tan
cierto. Hicieronnos varias pre-
guntas, à las quales Don Carlos
respondiò cortès, y yo tan aman-
te, que quando Doña Victoria no
estuviera satisfecha de mi amor,
lo pudiera quedar desde enton-
ces. Sentaronse, y sacando algu-
nos regalos que Doña Marcela
llevaba, favorecido declaradamen-
te à mi amigo. El agradecido esti-
maba su favor, y discreto los de-
seaba mayores. O quanto puede la
comunicacion, y quanta es la fuer-
za del trato! Pues à pocos dias
nos vierades (ò nobles amigos!)
tan amantes de Doña Victoria, y
Marcela, y tan igualmente cor-
respondidos, que à porfia parece
que cobraba fuerzas nuestro amor
no aviendo quien en tal compe-
tencia confessasse, que el suyo era
mas corto. Hizo la siguiente no-
che Don Carlos un epigrama en-
careciendo el suyo. Bolvieron las
dos nobles hermanas, y oyeron,
que decia assi.

De suerte està mi corazon rendido,
Marcela ilustre, à tu hermosura rara,
Que por ti el alma vive, en ti repara
De sentimiento ageno mi sentido.
Si acaso mi discurso divertido
En diverso sugeto se ocupàra,
Por traydor à mi amor le castigàra,
Como à injusto, inconstante, y atrevido.
Mas yà mi sèr del sèr de amor depende,
Tanto, que el mismo amor mi sèr informa.
Y assi es mi sèr de amor confuso abismo.
Amor al fin me alienta, amor me enciende,
Y de suerte en sì mismo me transforma,
Que ha dudado si soy el amor mismo.

Tanto alienta la competencia, y tanto puede la emulacion, que viendo à D. Carlos alegre de aver manifestado su amor, y à Marcela gloriosa, de que su amante le huviesse encarecido con el hiperbole de su epigrama, me determinè yo à hacer el siguiente para la futura noche, con los mismos consonantes. No intento, que juzgueis, qual quedò mas encarecido, sino que le oigais, para daros mas vivos indicios del amor que entonces tenia, y oy persevera dichosamente en mi pecho.

Rendirse un nuevo amor à otro rendido,
A ser viene de amor prueba mas rara;
Y assi (ò Carlos!) tendrà, si se repara,
Mi pecho mas amor, que tu has sentido.
Es impossible en mi, que divertido
Mi necio pensamiento, se ocupàra
En otro amor, sin que este castigàra
Pensamiento tan torpe, y atrevido.
Y aunque del sèr de amor mi sèr depende,
De mi puede sacar amor su forma,
Que del fuego de amor soy nuevo abismo.
Halle el amor en mi lo que me enciende,
Y pues èl en mi mismo se transforma,
Mucho mas vengo à ser, que el amor mismo.

De esta manera passabamos algunos ratos, teniendo muchos de conversacion, assi porque ellas se ayudaban à buscarlos, como porque nosotros no teniamos ocupacion, que los estorvasse, ni dicha, que tan cumplidas glorias nos diesse. Estabamos como pudieran pedir nuestras imaginaciones, ò yà porque la facilidad de comunicarnos era poco peligrosa, ò yà porque sus discursos eran tales, que el mas presumido pudiera quedar de sus ingenios, ò avergonzado, ò mas satisfecho. En todo el tiempo que estuvimos de esta suerte, que fue distancia de cinco meses, jamàs passò nuestro deseo de los limites, que à la veneracion de sus personas, ni à la correspondencia de sus beneficios se debia; ni esto os parecerà mucho, si advertìs à que nosotros las teniamos amor bien ordenado, por dirigirse à casamiento; demàs, de que quien sabe amar con perfeccion, antes ha de mirar el bien de lo que ama, que los interesses de su gusto. Y finalmente, tendreis esto por facil, si atendeis à la diferencia que ay entre las mugeres principales, y las vulgares, que son viles; y à que lo que estas tienen por frialdad, boberia, cortedad, ò desprecio, llaman aquellas recato, virtuosa verguenza, mo-

, atencion, y cordura.

Pocas veces quien està en la re de las dichas mira à los ndos baxìos, donde por as' mal el pie, suele caer quien o dichoso. Manifiesto exemlà esta verdad, fue nuestro su-, pues en medio de estos plase levantò la mas peligrosa estad de desvelos, que nos ra venir tràs las passadas chas

i os dixe como Bernarda, la a de Victoria, avia comenun necio amor, que enton- amor necio, quando à los ipios no mide el valor de le tiene con los merecimienl objeto à que aspira; de donce, que tengo de ordinarios ces fines; porque si bien de-s confessar, que tiene fuere igualar distantes estados, odo esso siempre es la dificulin grande, como la distancia. à nuestro parecer dexado oseguirle Bernarda: mas coor tener noticia de nuestros los; no se guardaban de ella eños, y veìa que su empleo a en peor estado, por ser tan tajado competidor Marcetendiendo à que divertir à Carlos era dificultoso, y rele à que la tuviesse à ella imposible, la sucediò aque- Propercio, quando dice, que igo es licito hacerle consor*la vida*, dueño en los bienes, *de las riquezas*: pero que en el amor à Jupiter se puede admitir por compañero; y tratò, yà que no pudiesse conseguir su deseo, imposibilitar à los dos de que se correspondiessen tan igual, y se viessen tan facil, y continuamente. Bien se infieren de aquellos desatinos que acomete un zeloso, lo poco que advierte à inconvenientes, y que es enfermedad donde suele aver poco remedio, por ser quien padece la razon, y quien obra un apassionado furor, ò una precipitada locura. No culpo yo à los zelosos, aunque mas temeridades intenten, ni tampoco me atrevo à disculparlos, supuesto que la mayor culpa està en dexarse llevar de las passiones, de suerte, que lleguen à pensar divertidos, y obrar furiosos.

Finalmente, por no dilatar mas mi discurso, y porque llegue à vuestra noticia el cuydado con que se debe prevenir la venganza de una muger despreciada, y amante, digo, que esta tratò de dàr cuenta al padre, y parientes de Valerio, de que sabìa adonde estabamos ocultos, yo, y Don Carlos. Què es vèr à algunas personas tan inclinadas à lo peor, que para hacer un bien, reparan, lo consultan, y diversas veces lo miran? Mas aviendo de obrar mal, què es verlas arrojar sin atencion à hacerle? No reparò Bernarda en que la podrian echar menos, si faltaba de casa, ni en que era novedad salir fuera della sin sus do-

ños, pues sin pedirles licencia con sola la memoria de su imaginada venganza, puso en olvido todas las demàs obligaciones. Viòla cubrir Doña Victoria, y preguntòla la causa que la obligaba à semejante determinacion: mas ella no respondiò cosa alguna, antes enmudeciendo con la verguenza de la traycion que intentaba, cubriò con purpura el rostro, la cabeza con el manto, y se partiò de su presencia.

Atenta à tan estraña novedad Victoria, embiò un criado que disfrazado la siguiesse, y cuerdo se informasse de la ocasion que avia obligado à aquella muger para que tan impensadamente emprehendiesse tan nuevo atrevimiento. Hizo quanto se le avia mandado cuydadosamente Eusebio (que assi se llamaba este criado) y viò, que entraba en casa de Octavio (que era el padre de Valerio) hombre principal, y conocido por el credito de su riqueza en toda la Ciudad. Viles sospechas concibiò el advertido mozo, de que Bernarda entrasse en semejante lugar, atribuyendo à algun oculto amor, lo que era infame, y diabolica malicia; parte por la obediencia que debia à Doña Victoria, y parte por la curiosidad, que en semejante sucesso avia adquirido, determinò saber el fin con que avia ido tan resuelta. Tenia singular amistad con un criado de Octavio, y quando le pareciò, que aunque

Bernarda le viesse, no presu[…] que iba en su seguimiento, [...] gò à èl, llamòle aparte, y co[…] do secreto, y encarecimient[…] rogò, que le dixesse à lo que [...] ido aquella criada de su casa. [...]pondiòle su amigo, que solar[...] te sabia estaba hablando sola [...] Octavio su señor. Aqui se co[...] mò mas la presumpcion de E[...] bio, y casi se reduxo à bolver, y [...] cir à Doña Victoria, que no s[...] viesse mas de criada, à qui[...] avia averiguado tan claram[...] el ser deshonesta: mas viendo [...] amigo pensativo, y creyendo [...] sus admiraciones eran zelos, l[...] xo, que si le importaba sab[...] que Bernarda queria, èl se disp[...] dria à ponerle donde lo supi[...] porque no era razon que viv[...] engañado, principalmente, [...] queria para esposa. Quando E[...] bio atendiò à que su amigo sal[...] lo que èl deseaba, y à lo que [...] avia pedido, temiendo que [...] dificultoso, mostrò que ten[...] grande interès, y no pequeño [...] to. Cogiò el amigo unas llaves [...] que abriò dos puertas, y acom[...] ñados del mudo silencio, que [...] queria el caso, entraron à una [...] la, de la qual tenia un pequ[...] postigo. Fuele advertido à E[...] bio, que llegasse, y pusiesse el [...] en la cerradura, si queria oir [...] facilidad lo que comunicaba [...] señor, y Bernarda, ò para dese[...] ñarse de su agravio, ò para sat[...] cerse. Pusolo en execucion à[...]

oyò, que la vil criada decia: ie me dispongo,ò nobleOcta- descubrir este secreto , vos de ampararme , pues es cosa sima que en negocio de tan- portancia podrà tener gran- sgo mi vida. Prometiò des- go darsele el anciano Octa- y assegurada de que luego se iria en su casa,le dixo de esta :. Con tal amparo poco im- tà que se sepa,que yo he des- rto el secreto : levantò algo a voz , y assi pudo oìr , que guia : Nunca la abundancia zones sobra donde un animo onado se alimenta, y assi es- do las que no pueden ser ne- ias, quiero que sepais breve- e, que los q̃ mataron à vues- jo, estàn dentro de la Ciu- yo puedo ponerlos en vues- der muy facilmente. Duda- tavio esta verdad,parecien- que aviamos perecido den- aquel prolixo retraimiento; zo à su duda , y le refiriò el o que aviamos tenido de es- nos. Apenas oyò esta nove- nsebio , quando parte aficio- al valor de dos hombres , que salido de tan graves peli- n ombros de su misma teso- r , y parte cuydadoso de el que podria venir à Doña ria , à quien la vil Bernarda a en averles dado favor, pa- e se determinassen ; se partiò a priessa , y sin atender à lo en que proseguia , atendiò

solo à dàr cuenta à Doña Victoria de todo lo que passaba. Estaba presente Doña Marcela , y assi acudieron entrambas , llenas de turbacion, adonde nos dieron noticia del daño , que con brevedad nos vendria , por la maldad de aquella vil criada. Quedamos oyẽdo semejante traycion , tan inhabiles para el remedio , que se nos cerraron todas las puertas,por dõde podiamos intentarle; que siempre à los delinquentes , ò Dios les quita para que padezcan el discurso , ò su delito ; para que no se quede sin castigo,les impossibilita las acciones; y si les queda alguna, siempre es para elegir lo peor. Por esto hicimos llamar à Eusebio, que subiò adonde estabamos alegre , y quedò de conocernos gozoso. Diximosle , que pues nos avia dado el aviso,tambien le queriamos deber el modo de librarnos de lance tan peligroso ; pues con esto nos confessariamos de todo punto deudores à su lealtad. El despues de avernos agradecido la ocasion en que poniamos à su cuidado , para que tratasse de nuestro remedio , y despues de averlo pensado ; mas libre de tantas passiones , y por esta parte mas cuerdo,nos dixo, que el mejor remedio seria el mas breve , para lo qual procurassemos cada uno tomar algun disfràz ; pues saliendo de alli , y no hallandonos en el lugar que Bernarda avia dicho,no la avian de dàr credito , ni se haria

diligencia para buscarnos, pues antes avian de atribuir aquel aviso à deseo de hacer daño à sus amas por algun enojo que huviesse tenido con ellas, que à la verdad que tenia el caso, y à la buena intencion, que decia tener en descubrir tan importante, y tan oculto secreto. No fue menester mucha diligencia, para que los disfraces nos hiciessen desconocidos, assi porque en opinion de todos estabamos, ò muertos, ò ausentes, como porque en tan larga distancia de tiempo nos avia crecido, sino la barba, porque entonces comenzaba à dorarnos el rostro, el cabello abundantemente.

Quisieran Doña Victoria, y Marcela, viendo que era fuerza dividir con la ausencia las almas, deshacerse todas en llanto, para q̃ deshechas, las pudieramos llevar mas facilmente en nuestra compañia. Afligianse de vèr, que nos despediamos tan lastimados: y tal vez estuvo alguna resuelta à seguirnos, y padecer nuestra misma fortuna; mas detuvola el pesar que tendria su madre; y que aunque fuesse con quien avia de ser su esposo, con todo esso se ha de atender à la pèrdida de la opinion, mas que à los consejos de la voluntad. Salimos con este sobresalto, y el sentimiento de tantas penas en compañia de Eusebio, sin que ninguno reparasse en nosotros maliciosamente; y viendo, que por si nuestros contrarios nos siguies-

sen, seria menester mas pr cion de la que aviamos saca en casa de Doña Victoria, nc mos à la de mi padre, donde temeroso, y parte alegre, nos biò con los brazos. Empezò à me à mi reprehensiones, an condicion de la edad experi tada, y à Don Carlos agra mientos, por la fidelidad, co avia mostrado ser mi verd amigo, y ser ilustre su nacimi Referì brevemente à lo que mos, lo que passa, y lo que cc nia disponer, sin acordarn Aminta, y sin que mis padr ciessen memoria della, pued que por no me ocasionar sentimiento, y mayores pena lo que despues oìreis. Pusose en execucion, ensillaron d mosos cavallos, y llamanc mis queridos padres, me ller de bendiciones. O amor pat à lo que obligas! Mi padre nc tante, que tan cuydadosan guardaba el oro, y plata que por tantos años adquirido, liberalmente los cofres, dond positaba su riqueza, y prodig ofreciò quanto quisiesse, de d yo acabè de averiguar, que ble anciano no era avariento prudente, pues guardaba, n atesorar, como muchos, sinc gastar en la ocasion de impo cia, que es lo que avian de l todos. Tomè lo que me pa bastante, y proponiendo esc le desde donde quiera que

...olvì de nuevo à abrazarle, increìble sentimiento de mi ...a madre, nos despedimos. ...en un cavallo(que como di...iba prevenido) D. Carlos; ...ues de aver dado à Eusebio ...s escudos, me puse yo en ..., y nos partimos, encargan...que cuydasse de el consuelo dueños, de la venganza que nos tomar de Bernarda, y ...rivirnos todo lo que passas...ilàn, donde determinaba... aderezar el viage. Con es...gamos el passo quanto fue ...le, hasta que nos pareciò que ...mos caminar con alguna ...dad.

...que nos sucediò en el viage, ...a mi discurso prolixo, en ...n que os he detenido tanto ...s passados sucessos. Esto se...sa de que sin detenerme en ...cidentes, passe en lo substan... nuestra venida à España, ...e dentro de dos meses co...gamos à Milàn. Alli tuvi...artas de Eusebio, encarecien...amor que Doña Victoria te...y à Don Carlos confessaba ...ela: en la ultima que em...n proprio, nos avisò, de que ...lo caso nos partiessemos de la Ciudad, porque le avian ...o nuestro pliego, y por èl sabido donde estabamos, y ...pachaba quien nos prendies...todo lo qual nos daba aviso ...una prision, donde estaba ...ido de castigar la malicia de aquella vil criada, causa de todo nuestro desassossiego. Respondimos à todo lo demàs de su carta, menos el lugar donde nos partiamos, por no dàr ocasion à que si se las bolviessen à coger, nos siguiessen, haciendo vanas todas sus diligencias, y nuestro cuydado.

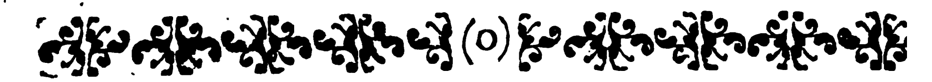
Partimonos aquel mismo dia à Napoles, donde conocimos al noble Hipolito; el medio que diò principio à nuestra amistad, passo en silencio, por dexar à su eloquencia ocasion de divertiros algun rato, quando èl tuviere gusto, de que le tengamos cumplido: y por decir, que desde alli nos partimos à Genova, y luego à Barcelona, donde lleguè apenas, quando recibì un pliego de mi padre, en que me daba cuenta, de que mi hermana Aminta avia faltado de su amparo, y se avia negado à su obediencia, atropellando las obligaciones de muger noble, con las resoluciones de atrevida. Faltarà sin duda à los Cielos luz, al Sol resplandor, y à los elementos guerra, primero que se pueda explicar la pena que recibì con estas nuevas. Dexarè, pues, de manifestarla aora, por decir, que entonces me llegò otro pliego, en que Don Gregorio mi padre me mandaba, que no bolviesse à aquella tierra; porque supuesto que mi madre, y su esposa avian rendido la vida al dilatado sueño de la muerte, queria bolverse al lugar donde avia tenido la primera, y siempre no

ble luz en su nacimiento.

Encargòme que no perdiesse el tiempo, sino que mis estudios de Bolonia los prosiguiesse en esta Universidad, dando por razon, que los hijos de los nobles, y à que tienen la sangre heroicamente heredada, y la riqueza dichosamente adquirida, es bien que adquieran lucidamente alguna ciencia. O yà porque como aconseja San Geronimo, el ingenio no ha de conocer al ocio, ocupado siempre en cosas honestas, ò yà por el parecer de Seneca, quando afirma, que la ociosidad es madre de los vicios, y madrastra de las virtudes. Libròme para esto nueva cantidad de dinero; y despues de aver sabido el recogimiento, y recato con que Doña Vitoria vivia, esperando el cumplimiento de nuestros deseos (de todo lo qual tuve noticia por cartas de Eusebio) me vine à esta Ciudad, pareciendome, que en ella es la doctrina de todas ciencias ilustre. Comencè à proseguir la Jurisprudencia con el cuidado que pudiera quien no tuviera otro medio con que vivir, y llegar à tener felicidad; assi porque el ocio desacredita vilmente al ingenio, como por el parecer del Principe de la eloquẽcia, quando dice, que la ciencia mejora lo q̃ es bueno, y corrige lo que merece nombre de malo. Embiamos cartas à mi padre, y Don Carlos vn poder para que dispusiesse de su hacienda (que no era corta) y se la traxesse con la suya. En este tiempo me comunicaba por cartas. Doña Vitoria, tuvo ocasion mi [...]dre de coger algunas, con q[...] satisfizo de mi amor. No le p[...]ciò la eleccion imprudente, v[...]do las virtudes de mi dueño, [...] deudas en que me avia puest[...] liberalidad; y assi me escriviò, [...] gustaria del casamiento, fingie[...] que no avia sabido nada, y qu[...] de su voluntad, por estarme [...] bien, lo avia tratado. Vltimam[...] (ò nobles amigos!) yo le espero [...] mi esposa, con mi hacienda, y [...] la de Don Carlos, à quien h[...] acompañar tambien Marcela, [...]ra que siendo igual el conte[...] sea mas comun el regocijo. [...] es el estado que tienen nues[...] sucessos; este ha sido el princi[...] de nuestras fortunas; este el ter[...]no de nuestras desdichas; y e[...] nuestros passados accidentes. S[...] como en lo demàs dichoso, si [...]viere merecido teneros este [...] divertidos.

Agradecieronle todos la na[...]cion, y el deseo, en particular [...]polito, como quien avia gran[...]do mas noticia de la noblez[...] Aminta. Alegròse de vèr, [...] fuesse tan grande la amistad [...] con su hermano tenia, pareci[...]dole, que en qualquiera oca[...] le podria ser de importancia; [...]sieronse despedir Alexandro [...] Don Carlos, y acompañarlos I[...]nardo, y Hipolito; mas la cort[...] destos se dexò vencer de las e[...]

las de aquellos, con que dexandolos alegres en compañia de Feliciana, los dos nobles mancebos se ausentaron, cuydando de que el sueño pusiesse en quietud à l[os] sentidos, à quien divierte, y atormenta el cuydado, la hermosa variedad, y el desvelo.



HISTORIA
DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO TERCERO.

SIEMPRE dà la esperanza cuerdo alivio al animo que la tiene, y siempre ordenada à la possession de el bien entretiene, aunque dilata el conseguirle. No estaba sin ella Hipolito de hallar al nuevo empleo de su voluntad, y el noble objeto de su amor en la hermosissima Aminta, à quien estaba rendido, y à quien perdiò casi al mismo punto que llegò à conocer antigua pension de los bienes humanos, y manifiesta experiencia de la inconstancia de el siglo. Assistia en aquella Ciudad mas de lo que sus ocupaciones le pedian, por no desviarse de el lugar en que le parecia, que podria hallar tan dichosa prenda. Visitaba à sus amigos Alexandro, y Carlos, teniendo con ellos, y Leonardo muchos *ratos apacibles*, con *que tal vez se divertia* en sus penas, y tal se consolaba en sus passiones, dos noches despues qu[e] Alexandro avia referido sus accidentes por el estilo, que en el passado discurso quedan dichos, [se] hallò à deshora en su compañia, en su casa. Despidiòse para bolve[r] à la suya; diò brevemente buelta [a] una esquina, y oyò diferencia d[e] instrumentos, que suavement[e] templados, eran desvanecido ador[no] del viento, y blanda lisonja d[e] el oìdo. Paròse un poco, deseoso d[e] vèr si à tan acorde musica acom[pa]ñaban algunas voces, y viend[o] que su imaginacion no era vari[a] acercandose mas, escuchò repe[ti]r con dulces quiebros estas deci[mas]; por ellas se advierte, que [el] sugeto à que se ordenaban, era una dama, que decia mal de[l] galan, à quien queria bien.

Viendo que Lisi desprecia
Las mismas prendas que estim[a]
Con justa causa se anima
Mi amor à pensar que es n[...]

Mas como atenta se precia
De vèr, que soy su trofeo;
Mas dice: Si en este empleo
Te cansa la lengua enojos,
Atiende, ò Marcio, à mis ojos,
Que son lenguas de el deseo.
Presume, que en decir mal,
Consiste el quererte bien,
Y que mi proprio desden
Hace à mi amor mas leal:
Tiene con empeño igual
Mi lengua en varios desvelos,
De mis mismos ojos zelos
Quiere vengarse; y assi
Tòma la venganza en ti,
Ya que no puede en dos cielos.
Advierte, que quando el oro
Se apura, el metal se ausenta,
Que primero fue su afrenta,
Y le quitaba el decoro:
Esto mismo en el tesoro
De mi pecho, y mi hermosura,
Imitar mi amor procura,
Son las injurias metal;
Què importa que diga mal,
Si es oro amor, que se apura?
Antes se vendaba amor
Los ojos, siendo disfraz,
Para matar en la paz
Con mas oculto rigor:
Yà su discurso es mejor
O Marcio, pues he advertido,
Que en la boca la ha traido,
Y que quiere que se entienda,
Que las injurias son venda,
Para andar desconocido.

Entretenido Hipolito con tan *suave musica*, estaba discurriendo en las cosas, que los hombres han inventado para el regalo de los sentidos. Consideraba par ojos, como mas principales, ta diversidad de telas, broca labores, oro, pinceles, escu ras, y adornos. Para el oìdo ta diversidad de instrume tanta diferencia de consonan tantos mixtos de olor para el fato, tanta sazon de manjare ra el gusto, y tanta adulacio blandos objetos para el t Veìa la vida del hombre tan tualmente servida de regalo tan variamente acechada de migos; y que siendo ella sola taba numero para contar las fermedades, que procuraban truirla. Llevado, pues, de esta sideracion, decia: O vida pre sa, ò joya amada, quan mani tamente se descubre tu val que todos procuran conse tan atentos, que apenas nos pa otro exercicio. La Rep bien ordenada, solamente de su conservacion; el Re la que es necessaria à sus va estos la de su natural seño amado Principe; el deseo de tinuar esto bien, introduxo riores en los Reynos; gavi en las Monarquias, y Jue las Ciudades; pero con esta dad, que los que tienen, zon de su oficio, cuydado servar el bien comun, deb siempre velando en el tuiento de su obligacion. dexa llevar de el discurso ras en lo que piensa, diod

'e introduze en lo que no le ;y assi Hypolito, llevado de su ginacion, considerava mil co- jue no pertenecian à su estado, :an de sus obligaciones, don- o es bien, que por comodidad ia, ò interès ageno se prosiga, no ay ignorancia tan grande, o es grangear de valde ene- os, ò comprar à costa de una tad mal pensada, el menos- io, y injusto agravio de algu- el enojo de muchos, y con èl :usables daños.

he visto algunos de estos hō-, que por dilatarse mas de lo fuera razon en hablar libre- te, ò yà dando inutiles arbi-, ò yà metiendo vanos memo- s, vienen à ser risa de quantos yen, sirven solamente de gas- el tiempo à las personas publi- y hazen clara su inclinacion la cautela de su animo. De tiene principio el saberse su ;e, ò sus costumbres; pues es :a, que los interessados se de- lan, y hablen en grave des- jro de quien les procuraba e perjuizio, con que ellos lan conocidos, y el mundo i de su primero engaño. No erren estos, sin duda, que re- arle despues de cinco mil de su edad, es dificultoso: y aun en sus mesmos princi- no fuera facil, pues se intro- n à reformadores. Trate ca- so de *su negocio*, *si no* quiere *reprehension* de Apeles, y piense, que es necedad sin discul- pa, por tomar al mundo cuenta de lo que no le toca, darsela à Dios de lo que no le encarga. Go- vierne el Principe, reze el Sacer- dote, juzgue el Juez, execute el ministro, pelee el soldado, imite à sus mayores el Cavallero, traba- je el oficial, rompa la tierra con tardo buey el tosco labrador, y honre à todos el docto en sus escri- tos, porque andar siempre siendo Coronistas unos de otros, suele muy ordinariamente estarles mal à muchos: demàs, de que lo que trae à infelize estado las Repu- blicas, es trocarse los estados, y que el juez sea ministro, el minis- tro, juez; el labrador, soldado; el soldado, labrador; el señor, merca- der; el mercader, Cavallero: en lo qual no se repara demasiado al- gunas vezes, para entregarles ne- gocios de importancia, ni se atien- de, à que es impossible, que el li- cor vil, aunque estè en vaso pre- cioso, dexe de ser lo que primero ha sido; y que el hombre baxo, aun que se coloque en alto puesto, de- xe de bolver à lo que fue, respon- diendo à la inclinacion, adonde su humilde natural le llama. Larga digression en bien diverso assump- to hemos hecho, y assi serà justo bolver à Hypolito, à quien dexa- mos en medio de sus discursos di- vertido. Dexò de continuarlos, por atender à un Romance joco- so, que dos musicos en competen- cia cantaban, diziendo cada un

para mayor diversidad una copla: fue muy de su gusto, por mostrar el Poeta enfado, y cansancio con los celebrados zelos de Bras, y tenerle no pequeño. Atendiò por esta causa con mayor cuydado, y pudo percebir, que decian de esta suerte.

Despues que de la cabaña
Diste en quererte ausentar;
Yo no sè, Bras, què nos quieres;
Que tanto nos mueles, Bras.
Si Menga te ha dado zelos,
Antes te debes holgar;
Porque quien dà alguna cosa;
Siempre tiene lo que dà.
De que fuesses cosquilloso,
Nunca hice yo novedad;
Porque cosquillas de zelos;
No perdonan el sayal.
Acaba yà de una vez,
Bras aguero, Bras azar,
Bras dedo malo, que todo
Topa en ti, y en todo està.
Eres de casta de azeyte
En lo que cundiendo vàs,
Y en lo que duras un suegro;
Para quien le ha de heredar.
Con quien te diò zelos menga,
No vès, que es temeridad
Hacer los zelos secretos
Agravios de par en par?
Si te ausentaste zeloso,
Pareceme que estaràs
Nunca diciendo de sì,
Siempre acercandote mas:
Zelos son mala semilla,
Pues quien los suele sembrar;
Coge en la frente avellanas
Con la color de nogal,
Bras, quien como tu se ausentà;
Pudiendolo remediar,
Se aparta para ser bravo;
Yà que se ha visto animal,
Aunque puesto à mejor luz,
Nadie negarme podrà,
Que eres discreto, pues tienes
Condicion de no estorvar.
No buelvas mas en tu vida
A acabarnos de matar,
O ruego à Dios, que si buelves;
Todo te suceda mal.
Que si dentro de la Aldea
Te hallares la Navidad,
Llevando à Menga à Maytines;
La enamore el Sacristan.
Si acaso corrieres toros,
Queriendo darla solaz,
Te halles à vista del Pueblo
En el puro cordoban,
Que la noche de la boda
No se cansen de baylar;
Quantos hacen por embidia
Lo que parece amistad.
Que pierdas quando jugares;
Y que ganes sin jugar,
Por hacer bien enemigos;
Y un tanto por meter paz.
Que si alguna vez tuvieres
Rencor con otro zagal,
Le veas querido, y le veas
Enriquecer, y medrar.
Que nunca mires contenta
De Menga la hermosa faz;
Que estè con Anton risueña;
Y lo sepa tu lugar.

Con esto se acabò la sonora musica, y quedò Hipolito ale[gre] con el gusto que le avia adqui[ri]do el romance, y desembara[zado]

podèr proseguir su viage con
ısencia de los musicos. Bol-
à pocos passos la esquina de
calle, à tiempo que salia de
ıas propinqua casa una mu-
presurosa; las señas que enton-
pudo advertir Hipolito en su
ona, ayudado de la luz que
us comunicaba escasamente
estas. El cuerpo crecido, y
ıso, el rostro se le ocultaba el
to, cuya parte inferior del ne-
velo llevaba recogida sobre
quierdo brazo: à èl juntaba
edazo de la ropa, cuyo res-
dor unas veces lucia, otras
ımbraba, y todas acreditaban
queza de su dueño. Sobre el
ado manto llevaba puesta la
a de la saya, y descubria en su
ncia un faldellin, con tantas
niciones de plata, que se ha-
ludoso el conocimiento de la
sobre que estaban puestas: à
esta riqueza quitaban su lu-
credito las hermosas manos
ı dama, pues demàs de ser
cas, se adornaban de buen nu-
ɔ de brilladores diamantes,
ras à quien estimamos, no sè
r la virtud de su naturaleza, ò
a lisonja con que siempre se
an de la vista, yà negando, y
conçediendo entre sus visos
nstantes luces. Llegò à èl lle-
e turbacion, y cortès, si bien
lentada, le dixo: Cavallero, si
ɔ lo sois, y os puede obligar
ego de una muger, necessita-
e vuestro amparo, encareci-
damente os pido me librèis de un
hombre, à quien aborrezco ne-
cio, y me persigue atrevido. Con
el sobresalto no se detuvo à espe-
rar la respuesta, antes por adelan-
tarse mas ligera, se desembaraza-
ron los pies del leve peso de unos
chapines, à quien juntamente de-
fendian, y adornaban, repartidas à
trechos tres cinturas de plata; co-
giòlos Hipolito, y apresurandose
en su seguimiento, la dixo: Seño-
ra, agravio haceis à mi valor, pues
aviendome mandado, que se dis-
ponga à vuestro amparo, os au-
sentais, y le tratais de corto, è in-
util. No penseis, que he podido
atender à tanto, respondiò, pues
demàs de no conocer vuestras
prendas, mi temor es tan grande,
que bastarà à dexaros satisfecho.
Pues desde aora (añadiò Hipoli-
to) serà injusto, que teneis quien os
ampare, y quien no dude perder
por vos la vida. En el tiempo que
gastò en estas cosas tuvo el noble
Cavallero lugar para vèr, que un
hombre salia de la misma casa,
de donde la dama avia salido; el
qual con toda diligencia se acer-
caba à ellos. Quiso bolver à la
noble Señora con violencia; mas
puesto Hipolito enmedio, le ha-
blò con resolucion de esta forma;
Hidalgo, aviendose valido esta
dama de mi, si bien no la conoz-
co (con esto cessarà en vos to-
da sospecha) por quien soy debo
ampararla, y no permitir, que re-
ciba daño alguno, y al que lo inten-
tare

tare, y no procediere muy cortès, mientras à mi me toca el defenderla, la harè que pague su atrevimiento con su sangre, y su inadvertencia con la vida. Detuvòse un poco el desconocido mancebo, y à las razones que la dama decia (que todas eran en orden, à que Hipolito no la desamparasse) respondiò: Yo tengo la culpa de que vos me ayais puesto en estos lances; mas si el Cielo no me niega la vida, en lo futuro enmendarè lo que hasta aora he passado, y cobrarè con vuestro castigo, satisfacion de los pesares que tengo. Antes estoy muy lexos de este parecer, le dixo Hipolito, pues primero que os permita que la tengais à vuestra disposicion, me aveis de referir la causa de este enojo, me aveis de prometer no hacerla agravio, y aun tengo de saber que tiene gusto. Yo no puedo tenerle jamàs, respondiò la afligida señora; y supuesto que vos os determinais à hacer cierta essa promessa, bien sè, que quedarè segura en tantas penas como me atormentan, y libre de este necio, y mis daños. El colerico mancebo hacia diligencias para llegarse à ella, y Hipolito, puesta la mano en la espada, se lo impedia resuelto: èl la decia malas razones, y la injuriaba con renombres de vil, atrevida, è infame, y Hipolito se cansaba de oirle, y esperar, que reportado se detuviesse. La dama le hablaba en el mismo lenguage, y le decia, que el Cielo era testigo de los desvelos, y el cuydado con que avia guardado su honor, y que nadie podia poner la lengua en èl, que no fuesse infame, ò mintiesse. Cansado el noble Hipolito de tan necia porfia, aviendo consultado las palabras que avia de proferir con su entendimiento, para que fuessen cuerdas, le dixo: No puedo acabar de percibir à què titulo tratais à una muger de essa suerte, porque siendo vuestras, quantas infamias la decìs, todas son en vuestro perjuicio, y de todas teneis el mayor daño; y si es agena, cometeis grave injusticia, queriendo tratar mal con las obras, y injuriar con palabras à cosa en que no teneis parte: acabad, pues, de reduciros; creed que tengo de ampararla, y persuadios à que si alguno me huviera conocido, por lo que à mi sangre debo, no huviera esperado tan largos terminos, sino que os huviera castigado el atrevimiento de no tener à mi persona respeto, dando titulo de injuria mia, à lo que bien mirado es ignorancia vuestra.

El hombre no entendia estas razones, ni cuydaba de el enojo de nuestro cavallero, antes como un loco, cuyos pensamientos se dirigen solamente al fin de su aprehension, siempre perseveraba en su intento, y procuraba lo que al principio avia deseado, que era vengar con las manos, y satisfacer con golpes el enojo que traia: mil

ces estuvo determinado el alentado Hipolito à meter mano à su azero, y acabar con su muerte lo que no podia con persuasiones, cordura, y cortesìa; mas viendo, que era mucho empeño por tan leve causa, y que serìa posible hallarse despues arrepentido, dexò de reducirlo à efecto, y de tomar los consejos que ciega dà la colera à un corazon atrevido. Procurò por estas causas tomar otro medio, y el de blandura: comenzò à disponerle con palabras corteses, diciendo: No soy yo tan ignorante, que no aya conocido quantas penas suelen atormentar à un pecho ilustre por medio de una passion, ni ignoro por los efectos que mostrais la que en esta ocasion padeceis. Presumo tambien, que no avràn nacido sino es de grave causa; y assi os suplico, que os aprovecheis mas de la cordura, que de el enojo. Yo no he intentado jamàs cosa distinta, de que me tengais por vuestro, y que advirtais, quando os desapassioneis, que os he servido mucho en reportaros, y que à veces hace cosas la colera, que despues de averlas llorado los ojos, no las puede remediar la prudencia; claro està, que bolverà adonde gustais essa dama, puesto que yo pretendo solamente que passe este rigor en vuestro pecho, porque no os halleis mañana arrepentido de lo que executaredes *aora; llèvaremosla* los dos hasta *en casa de cierto* amigo mio, para que en compañia de una muger anciana, cuydadosa, y prudente passe la distancia de esta noche, en cuyo tiempo vos desenojado la acertareis à tratar con mas respeto, yo satisfecho os la podrè entregar sin temores de su riesgo; y lo que mas es, sin pèrdida de la reputacion en que me ha puesto este empeño. Reduxose el ayrado mancebo à este parecer, que la cortesìa solo no halla lugar en los animos viles, ò ignorantes. Viendo Hipolito, que yà le tenian reducido, se llegò à la bizarra dama, que buen trecho se avia apartado de ellos, y la dixo el medio que se avia tomado; ella se escusaba todo quanto podia, y èl la procuraba persuadir, diciendo, que no pensasse, que intentaria cosa, que fuesse contra su gusto, que hiciesse lo que la rogaba, pues libre por entonces de las manos de aquel hombre, à quien decia aborrecer con tanto estremo por su necio proceder, podria decir, que no queria bolver mas à sus ojos. Mientras Hipolito estaba diciendo estas razones, la noble dama no quitaba de su rostro la vista, procurando averiguar con ella las dudas, en que le ponia de una parte la dicha de verle, y de otra la diferencia de el vestido. Venciòlas toda con preguntarle el nombre; y ya llena de interior regocijo, dixo que el afecto venciesse à la verguenza, y le echò amorosamente los brazos. Acompañò à esta

mostraciones de alegria, con una dulce copia de palabras, diciendo: ¡Yà es piadosa mi fortuna; yà es dichosa la suerte que posseo, pues he hallado à la causa de estas penas para que las remedie. Quiso saber Hipolito quien era, à cuya diligencia le fue respondido, que dexasse por entonces de ser curioso, que tratasse solamente de mirar por quien no le pesaria de aver defendido, y que seguro de esta verdad dispusiesse yà de su persona como le pareciesse mas conveniente. Pues estais conforme (respondiò Hipolito) y dispuesta à quanto yo os ordenare, y no quereis manifestar mas de lo que ha bastado à dexarme lleno de confusiones, y dudas, obedeced este medio por ahora, que el tiempo descubrirà lo que debemos hacer en lo futuro. Con esto, por parecerle, que estaria bien en compañia de Violante la criada de Alexandro, y por estàr mas cerca determinò dexarla con ella. Bolvieron todos juntos, aunque el mancebo siempre desviado, à la casa en que avia de quedar la encubierta dama: llamò Hipolito à la puerta, y saliò à abrirle la referida Violante. Encargòle el cuidado, y buen acogimiento de la prenda que le entregaba. Prometiò hacerlo con todas sus fuerzas la piadosa anciana, y cerrando su puerta, le diò lugar para que bolviesse adonde el desconocido mancebo esperaba: hablòle Hipolito en orden à aplacar su jos; y despues de aver yà cō plos, y yà con razones per dole à ello, parte deseoso ber la causa de aquella nov y parte curioso, por aver en do, que la dama le conocia, y le dicho, que èl era la ca aquellos pesares, le rogò er cidamente, que le dixesse era, y què ocasion se le avia à aquella dama para que s de su casa tan à deshora, p la resolucion que avia tenid parecia su propia muger. A razones tuvo respuesta en guiente forma: Cavallero os acredita el trage que lo caminèmos àzia vuestra que en el camino podrè sati ros en parte de lo que me pr tais: mi nombre es Don En Apenas oyò Hipolito este bre, quando como si desp de un sueño, advirtiò, q duda era la dama Aminta. C ba entre sì mismo su corto co miento, y disculpabase tal ve el recato que ella avia tenid cautela con que se avia guar Veia que Alexādro en su rel avia hecho memoria de èl, tr do de la traycion de Valerio sideraba, que Aminta le avi mado quando llegò èl la pri vez à sus ojos, como queda tido; y ultimamente, que e avian tenido fundamento l zones que le avia dicho, qu le encareciò, que cuidasse

ſa; con cuyos diſcurſos que-
:ierto en ſu imaginacion, y
: con tan dichoſo hallazgo.
añadir mas certidumbre à
erdad en las palabras de D.
ue; y dexando tantas conje-
, atendiò à que proſeguia, di-
o: Fuy en mi patria eſtima-
ſiempre me preciè de bien
o. Rico ſeriades, reſpondiò
lito, porque para la eſtima-
i falta la riqueza, ſuele apro-
r poco la iluſtre ſangre, y
nacimiento. Bien pudieron
adres, añadiò Don Enrique,
credito entre quantos poſ-
abundācia de bienes de for-
Soy en la nacion eſtrange-
:onfieſſo, que en las razones
:uerdo, pues os voy canſan-
n ellas tanto en lo que os im-
tan poco. Daxando, pues, la
lancia con que me pudiera
r para otra ocaſion, dirè ſo-
te lo que fuere neceſſario
eſponder à vueſtra pregun-
ra eſto ſupongo, que no es
oſa, ni aun puedo aſſegurar,
i dama; pues ſi bien la he
rado reducir à mi parecer
diſtancia de un año, en todo
he tenido de ſu mano favor,
o ſea licito, y honeſto. La
de no aver llegado à ſer ſu
, eſcuſo referiros, aſsi por
ga, como porque la prime-
que me oìs, no quiero que-
n vos acreditado de necio:
aora ha dado fundamen-
ueſtros peſares, es averla

viſto retirarſe en mi amor, y vèr
elados ſus fervoroſos afectos. Què
deſatinos no intentarà un amor
primero favorecido, y deſpues
deſpreciado? No permitais, pues,
que traiga à la memoria tan de-
claradas penas, ſino dexad que os
ruegue, que perdoneis mi deslum-
brada furia, y que os ſuplique,
que acepteis en mi un amigo, ſi
por vueſtro medio buelvo al pri-
mer eſtado de mi amor, y de la
correſpondencia de Aminta, eſte
es el nombre de la dama; el qual
no fuera razon ocultaros, quando
intento por vueſtra cordura mi
remedio.

A eſte punto llegaba Don En-
rique, quando viò Hipolito que
venia un hombre por la miſma
calle encubierto, el qual apenas
llegò al eſpacioſo, y obſcuro portal
de una caſa, que cerca dellos avia,
quando ſalieron dos hombres pre-
guntaronle ſi era Laurencio, y reſ-
pondiendo que ſi, le dieron dos
puñaladas, de que cayò en el ſue-
lo mal herido. Huyeron los agreſ-
ſores del alevoſo delito, y llegaron
Hipolito, y Don Enrique, por ſi ſu
chriſtiana piedad le podia ſer de
importancia para que èl ſe laſti-
maſſe de verſe, y eſte conocieſſe à
Laurencio un criado que avia te-
nido en Bolonia, y que como deſ-
pues ſabrèmos, avia ocaſionado
los diſguſtos de Aminta. Comen-
zò à llamarle por ſu nombre; y
el deſdichado mozo, conocien-
do à quien le hablaba, viendo

ser

cerca su muerte, y atendiendo à que era castigo de su delito el permitir Dios, por mano de sus mayores amigos aquella desgracia, deseoso de satisfacer, quanto era de su parte, los daños que se avian causado de su malicia, despues de verse sobre nuestros brazos, y aver puesto el mejor remedio, que fue possible à sus heridas, dixo de aquesta suerte.

Piadoso es Dios, aun con los que mas se apartan del justo termino de sus preceptos; cosa, que entre inumerables exemplos confirma patentemente el mio; pues me ha dado lugar del conocimiento de mis defectos, y de poder manifestar lo que sin esta ocasion tuviera oculto. Bien te acordaràs (ò noble Don Enrique!) de las libertades que te referì de Aminta: en la memoria tienes la aficion que te dixe que me mostraba, y que lo mismo que tu tanto has deseado, huviera yo conseguido à persuasiones suyas, si no atendiera mas à ser fiel criado, que lascivo amante; pues oy conviene que sepas lo contrario, y que yo afirmaba de su amor estas mentiras, no sè si por divertirte del suyo, ò por vengarme de los desprecios, que tan justamẽte hacia à mi vil atrevimiento. Estas heridas que tengo, las recibì de la mano de un amigo mio, por otra falsa relacion de su dama, à quien (por ser leal à su amistad) *no quise corresponder*. De suerte, *que esta inocencia* vengo à tener el castigo de aquella culpa, para que advirtiendo la causa de mi daño, procurarè escusar la noble, y piadosa Aminta el perjuicio que por mi traycion padece.

Oyendo semejantes razones Don Enrique, quiso acabar de matarle, para assegurar mas la venganza de su injuria. Detuvole Hipolito, y dexandole quasi en el ultimo aliento, le apartò à un mismo tiempo de aquel lugar, y del passado proposito. Llegaron con esto à la casa de Leonardo, donde Don Enrique se despidiò, asseguranado, de que no haria à Laurencio mas daño del que avia recibido. Quedòse Hipolito imaginando la novedad de el sucesso, y deseando saber mas dilatadamente los accidẽtes que avian dado ocasion à la confusa relacion de Laurencio. Divertiale de los demàs cuydados el amor de Aminta, entre el qual advirtiò, que segun se debia inferir de lo que refiriò Alexandro, era hermana suya, y que èl avia sabido por las cartas de su padre, que ella se avia ausentado de su casa ocultamente, sin que se tuviesse noticia del Lugar donde avia ido. Atento, pues, à todas estas cosas, y viendo, que Alexandro era hombre de valor, y que si conocia à Aminta, podria executar en ella el castigo que merecia su atrevimiento: bolviò con toda priessa à su casa, para llevarla adonde no tuviesse este riesgo, que era en su misma habitacion; y con

los dicho, casa de el noble
rrdo. Disponia bien esta di-
cia el averse ausentado Don
ue, y ayudaba fuertemente
el amor con que à la hermo-
minta estimaba. Con la pres-
que se debe presumir de un
bre, à quien tan apretadas, y
s razones mueven, llegò à la
a de Alexandro, llamò à
y despues de averle conoci-
brió la misma Violante. Pre-
ndole Hipolito, que adonde
a la dama, que èl poco antes
traido, porque le importaba
rla. Violante viendole tan
roso, respondiò con alguna
cion, que no estaba en casa,
ue su señor Alexandro la
sacado de alli, y la avia lle-
consigo.

Mil pensamientos combatian
polito en tan dudosa respues-
uando èl venia temeroso de
a desdicha. Yà le parecia, que
ida Alexandro por averla co-
lo, la avia sacado de su casa,
acer mas oculto el castigo:
juzgaba muerta, y perdido
ella el justo empeño de su
: Yà se quexaba de la resolu-
con que se avia determinado
acilmente, sin reparar en que
avia llevado, para que la sir-
en, y regalassen en su casa,
ara que su enojo se atreviesse
nderla; y yà se encendia en
la colera, persuadido, que
l agravio era propio, aunque
el daño ageno. Otras veces
se consolaba, y le parecia, que no
avria sido tan cruel, que vertiesse
su misma sangre, sin mas informa-
ciones de culpa. Pusose à esperar
que bolviesse, para saber el fin que
le avia obligado à sacarla à tales
horas de su casa; y aun para ven-
garla, si fuesse cierto, el daño que
en la infeliz Aminta presumia:
Comenzò à hacer diversas pre-
guntas à Violante con animo de
inferir de lo que entre ellos avia
passado, lo que podria aver suce-
dido, y si eran justos sus temores,
en cuya respuesta no hallaba co-
sa que le diesse consuelo. D. Car-
los estaba entonces ausente, con
que Hipolito se desconsolaba mas
pareciendole, que aun hasta quien
le reportasse avia faltado en aque-
lla ocasion, para que de todo pun-
to à la misera Aminta le faltasse
remedio. Cansado finalmente de
esperar, viendo que la buelta de
Alexandro se dilataba tanto, de-
terminò salir à buscarle, à donde
le llevasse su instinto. Anduvo di-
ferentes calles, hasta que mejor
aconsejado de su mismo entendi-
miento, viò que era ignorancia to-
mar tan grande cansancio, sin es-
peranza de algun provecho. Tra-
tò de recogerse à su posada, dexan-
do para la futura Aurora el desen-
gaño, y la manifestacion de aquel
enigma, que le causaba tan grave
desassossiego. Llegò à ella bien
ageno del gusto que le esperaba, y
hallò à la puerta à Alexandro, que
aviendole conocido, dixo: Gran

rato me aveis tenido con pena, ò amigo Hipolito, sin saber à què determinarme, ò yà buscaros cuydadoso, de que no os huviesse sucedido algun disgusto, ò yà à esperaros en compañia desta dama, para cuyo regalo no debiò de ser bastante mi familia, pues yo he sido tan limitadamente dichoso, que no ha querido estàr un punto en ella. Supe que su deseo se ordenaba à venir à veros, y deciros cierto secreto, que ella afirma ser importante. Y porque pareciesse, que he deseado servirla, cumpliendo con las obligaciones que os tengo, la he traìdo à que os vea. En esse portal de vuestra misma habitacion està tan guardada de la luz, y tan escasa de razones, que ni ha tomado resolucion de entrar à una sala, ni se ha atrevido à hablar mas que con voz baxa, ò por señas. Confiesso, que si no los disculpàra el recato, para mi huvieran sido insufribles extremos. Ved, pues, lo que desea, y disponed de mi casa, y de mi à vuestro parecer, seguro de que todos estamos obedientes à vuestras disposiciones. Agradeciòle Hipolito el ofrecimiento, y visto que Aminta se guardaba con tanto cuydado, porque èl no la conociesse, le rogò, que se ausentasse, dando por causa el aver quedado su familia con desassossiego. Fuesse con esto Alexandro, y Hipolito entrò donde *la noble dama estaba, midiendo el tiempo à siglos,* que nunca los que esperan han conocido à los instantes. Hablòle con voz baxa, diciendo: Ay Hipolito, entre què diversidad de penas me ha puesto esta noche mi desdicha! Quanto es possible, encarecidamente os ruego, que despidais à esse Cavallero, que ha venido conmigo; pues en que èl se ausente, consiste la importancia de mis bienes, la felicidad de mi gusto, y aun no sè, si la conservacion de mi vida. Yà tengo adelantada essa diligencia, la respondiò Hipolito, porque de presunciones he inferido lo que yà claramente en vuestro temor contemplo. Sossegad, ò hermosa señora, el pecho: ausentense tantos pesares, pues aveis llegado à estàr libre de quantos miedos os pudieran saltear el gusto, y debaxo del amparo de un hombre, que ni tiene mas dicha, que serviros, ni mas felicidad, que veros, ni aun mas alegria, que estimaros. Por bien empleadas doy todas mis desdichas, respondiò la noble Aminta, pues con ellas he cõprado el contento de hallaros, y la alegria de teneros en mi defensa. Con vos, què puedo temer? Y sin vos, què pudiera esperar, sino es mi perdicion, y mi muerte? Asseguroos, que faltan palabras à la lengua, para explicaros mi alegria: mas què mucho, si yà en su lugar quiere hablar con voz mas viva el corazon. Grande fue el correspondiente regocijo, que en esta ocasion Hipolito, y Aminta tuvieron, qu-

el de nuevo amante de su
ura, y ella declaradamente
rada de su cortesia, su ter-
su bizarria, y sus prendas.
passado en estas cosas no
ia parte de la noche, y assi
l felice galan, y favorecido
de que descansasse su due-
blò à Leonardo, y encare-
le lo que importaba el re-
aquella dama, y el secreto,
ara ella blando lecho, y pa-
egocio mudo, y quieto si-
Rogò à Aminta, despues
rse ausentado los criados,
recogiesse en la sala que se
revenido para su persona.
obedeciò, si bien confes-
que el mayor descanso que
desear era no carecer de su
errò por de dentro la puer-
gradeciò interiormente el
hospedado sola, quitando
sion à la malicia de los que
n visto prevenir posada,
llegan à ser demasiada-
viles las mugeres, que no
an conservar la opinion, la
nza, y el recato. Recogiò-
bien Hipolito à su quarto,
esperò, que diesse su me-
no el Sol, y nos restituyesse
que con su ausencia nos nie-
esperto con su primera cla-
el prudente Cavallero, y
à pensar las cosas que de-
evenir, para quedar bien
con Don Enrique, y no
gracia, y presencia de
Que esto de consultar

las dificultades con la almohada
suele ser tan importante, què, ò
las resuelve facilmente, ò dà me-
dios para dexarlas vencidas. Vis-
tiòse despues de aver hecho va-
rios discursos, y baxò à vèr, si
Aminta estaba entre los brazos de
el sueño. Hallòla, con ser tan de
mañana, vestida; preguntò la cau-
sa, y entre dulces palabras advir-
tiò, que la daba esta respuesta.
Siempre tendreis en la memoria, ò
Hipolito, que quien ama, y sossie-
ga, ò quiere poco, ò lo niega. Es
amor una grave enfermedad del
alma; y si lo reparais, pocas veces
tiene quietud un enfermo. Es amor
una guerra interior, donde hace
oficio de General la voluntad, sir-
ve de espia el entendimiento, son
soldados los deseos, centinela el
cuidado, tambor las sospechas,
enemigos los zelos, polvora el
enojo, lengua, y ojos los tiros, y el
corazon vivo fuego. Imaginad,
pues, como estarà un pecho, sien-
do campaña de exercitos enemi-
gos; y si es possible, que le falten
desvelos. Averiguaba Hipolito en
estas, y en las demàs razones, que
no hablò apassionadamente Ale-
xandro, quando en su discurso
tratò de el entendimiento de su
hermana. Solia tener por segura
opinion, y decia muchas veces
nuestro advertido Cavallero, que
el entendimiento es hermosura
del alma, y que no se enamora por
los oìdos. Conociendo, pues, el que
tenia Aminta, fuerza era, que por
los

instantes le enamorasse de nuevo, y que juntando à la gracia, y donaire corporal, la belleza interior, quedasse de todas suertes pagado de su amor, y rendido à tan hermoso objeto. Pusieronse à tratar varias cosas en este breve rato (nunca à los amantes dexan de pareçerles cortos) donde la discreta dama descubriò parte de los superiores quilates de su ingenio. Estaba cuydadoso Hipolito de que Don Enrique no viniesse à quitarle tan agradables horas, para esto saliò à poner à un criado à la puerta, que le negasse, y embiar à otro que truxesse diferencia de regalos. Hecha esta diligencia, bolviò à lisonjear los ojos con tan apacible vista, por oirla eloquente, la rogò curioso, que continuasse la relacion que èl mismo avia interrumpido, poco antes que le sucediesse la desdicha de perderla, quando aquellos villanos le prendieron, y que en su discurso no ocultasse la causa que la aviâ obligado à salir de su patria con Don Enrique, assi porque gustaria de saberle, como por estàr prevenido de lo que conviniesse responder, quando llegasse à hablarle. Y ultimamente, para que supuesto, que ella tenia yà lugar en su pecho, le tuviessen tambien sus sucessos en su memoria. Avia acabado Aminta de adornarse el tocado: entrò à esta ocasion Leonardo, y tomando un asiento cerca del que tenia Hipolito, llena de verguenza el pecho, de àn[imo el] alma, de eloquencia la lengu[a,] de colores el rostro, dixo de la [ma]nera siguiente.

Yà os referì, sino he perdid[o con] tantos accidentes la memoria [mi] nombre, y patria, aora, pues, [quie]ro, que escucheis mis razone[s ad]vertido, y que esteis à mi[s suces]tos atento, para que à mi, co[mo] quien lo conoce de experie[ncia,] creais en lo que à las mugere[s su]cede, y os enseñeis à comun[icar]las sin riesgo; lo que mas p[uedo] encareceros, es la prudencia [con] que es menester andar para [tener] felices fines en los principio[s que] nosotras ponemos, ò en los [que] que intervenimos.

Crecì hasta la edad, en qu[e con] la razon mejorè mi discurs[o, y] tuvo clarà luz mi entendimi[ento,] brevemente (nunca el tiempo [pas]sado ha parecido largo) lleg[uè à] la adolescencia, con alguna i[ncli]nacion divertida, conociala [pru]dentemente mi madre, ò po[rque] se estendia à tanto su pruden[cia,] porque en la tierna edad, c[omo] en un cristal se descubren l[as in]clinaciones de los niños, hazi[endo] en cosas pequeñas, lo que [des]pues en las mayores executan. [Te]niala cuydadosa todo este t[iem]po, antes que me dimitiesse, y [yo] infiero, que muchas vezes es [ne]cidad no advertir tan atenta[mente] los daños para no comenzar à [sen]tirlos tan presto, si bien suele [im]portar para remediarlos.

ınzàr à conseguirlo, y para es-
ıtò de enseñarme la Philoso-
.tural, la moral, y la Retori-
o qual pudo hacer con facili-
oor aver gastado en el estudio
las Ciencias algunos años, y
n qualquiera de ellas eminen-
'omò este medio mi madre
que otro alguno, pareciendo-
ue la Philosofia me daria co-
miento de las virtudes, que ha-
que las admite perfecto, y
juntamente tendria desenga-
, con que apartarme de los
s, que ella tan cuerdamente
ıi libertad presumia. Puse to-
uydado en estudiarlas, y lle-
conseguirlas con tan felice
edad, que tenia con admira-
à quantos informados de
pocos años me oìan. Consu-
de esta suerte el tiempo, hasta
lleguè à tener diez y seis, y
hasta que lleguè à tener,
ue aunque los que se passan,
ando propriamente, son los
no se tiene, los que se gas-
n los estudios, ò en el exerci-
le las virtudes, solamente no
erden, pues, ò duran eterna-
te en el premio, ò se dilatan
as mismas ciencias à toda la
ncia de la vida. De manera,
olito, que los estudiosos vie-
ì un mismo tiempo, con los
tienen presentes, y con los
dos dias, con aquestos, porque
nservan en lo que saben, lo q̃
ron, y con aquellos, porque
enta lo que supieron, en lo
que de nuevo saben. Como la doctrina, y la ciencia no se puede ocultar, por mas que el recogimiento en unos, y la humildad en otros lo grangeè, dichoso nombre con mis estudios. La hermosura que avia adquirido con la edad, era la que veis, y en opinion de algunos tan grande como el nombre; y assi, ni avia forastero, ni quedaba natural, que por docta no me visitasse; por hermosa me quisiesse, y por uno, y otro me alabasse. Holgabame yo de oirlos, y por verme lisonjeada de estas glorias, y à ellos admirados de mis discursos, tan lexos estaba de escusar las visitas, que muchas veces las deseaba, siendo principio de mi perdicion, lo que se avia ordenado à mi quietud, porque yo os asseguro, ò Hipolito, que pensar con diligencias nuestras, mudar los naturales de los hijos, sin acudir à Dios, es engaño de la providencia humana. Yo me perdì por sabia, si otras por ignorantes, de donde se ha de inferir, que para que una muger cumpla con sus obligaciones honrosamente, ni ha de ser tan necia, que no sepa hablar, ni tan bachillera, que pierda de vista su cortedad, ni tan escasa de discurso, que no entienda lo que toca al govierno de su casa, ni tan entendida, que tenga parte en el de las agenas, ni tan ignorante, que no perciba lo que la hablan, ni tan presumida, que penetre mas de lo q̃ la dicen, y en cal

Dieron aviso à mis padres, y espantados del passado successo de Alexandro, trataron de convertir en violencia, lo que avia sido blandura, y mostrarse, los que primero apacibles, despues excessivamente rigurosos. Consultaron el medio con que me quitarian la comunicacion de Don Enrique, y digo mal, que consultaron, pues el que se executò, no parecia averle prevenido el discurso, sino el enojo, y la passion. Metieronme en el lugar mas ìnfimo que la casa tenia. A tan vil circunstancia, se llegaba el estàr apartado de la comunicacion de la familia, y el ser tan obscuro, que no entraba en èl la luz, sino es quatro horas cada dia, que eran las que el Sol bañaba los umbrales de la puerta que el aposento tenia, por cuyos resquicios entraba. Alli estuve mucho tiempo encerrada, passando la vida mas triste, mas ociosa, y mas infelìz, que jamàs avia llegado à mi imaginacion. No se permitia, que me viesse, sino es una criada, que entraba à cuidar de mi limpieza algunas tardes, quedandose (mientras ella estaba adentro) mi madre à la puerta, para bolver à cerrar, y llevarse las llaves de dos cerraduras, con que la puerta estaba defendida, y yo guardada. Veìame con todas estas prevenciones afligida, con la falta de libertad, pesarosa; y con el rigor de mis padres tan determinada à qualquier empeño, que como huviera ocasion,

no dudàra salia de aquel
aunque fiàra mi vida de
menos la estimàra. Ingenu
te os confiesso, que antes c
de ser la inclinacion que
Don Enrique entretenimi
desde que me comenzò à
tantas penas, no sè si l
amor; porque si se suele
mas, lo que mas costa hos
cierto es, que yo avia de a
mas su amor despues de t
ves pesares, que antes de a
costado las passadas pen
donde advertiràn los padr
el remedio de las hijas no
en tratarlas con aspereza, n
garlas, quando se ha mani
su amor, sino en guardarl
que comience. Quisiera dà
ta de mi afliccion à Don E
mas las dificultades que av
mayaban à mi esperanza
nunca intentaba los med
tambien andaba cuydado
averse informado de el ge
vida q̃ tenia por su causa. C
amor es tan gran arbitrista
den à conseguir sus inter
diò traza para que llegasse
pel à mis manos, y fue hac
un criado suyo, natural de
dad, llamado Laurencio,
à serlo de la casa de mi pad
vo efecto la entrada, y jun
te el darmele por el resq
la puerta; abrile, y despue
rios encarecimientos que
que tenia de no ver
mi penosa prision, des

[...]e lo que pensaba hacer, y si [...]ria, ò podia tener medio en li[...]rme, porque en nada pondria [...]la su amor, sabiendo que era [...]to del mio. Avisòme tambien que podria fiarme de Lauren[...], criado de mi padre, puesto [...] lo avia sido con intento de fa[...]recerme en la ocasion que se [...]eciesse. Pareciòme, que este [...]a de ser el remedio de mis pe[...]idades, y que tendria breve [...]cto, si yo escriviesse à Don [...]rique la traza diabolica que te[...] pensada, para que no obstan[...]el cuydado, las llaves, y encer[...]miento con que mi madre me [...]rdaba, pudiesse hazer de aquel [...]ebroso lugar, y luego de la Ciu[...]l ausencia; mas como pocas ve[...] ay amor necio, ni prision, ò [...]dad, que no sea contemplati[...] junto con esto no ser mi inge[...] limitado, ni mi sutileza me[...], pensè una traza admirable. [...]o, si no se engaña mi imagina[...]n, que os parecerà prodigiosa, [...]unca vista, y que os desenga[...]eis de que muchas mugeres [...]ien cordura, y ingenio para [...]venir, sutileza para discurrir, y [...]steza para determinar lo que [...]ean. Roguè à la criada, que le [...]esse à mi madre, que yà que [...] negaba su comunicacion, no [...] quitasse la compañia de los [...]os, pues eran amigos mudos, [...]ue *no podria recibir* daño, ni *exemplo*, antes bien el pro[...]o de divertir el tiempo, y engañar tan prolixa soledad. No debiò de recibir mal mi noble madre el deseo, pues brevemente bolviò con algunos de los que à ella le parecieron mejores, y una luz con que pudiesse leerlos. Despidiòse la criada, y sacando las tixeras de un estruche, que conmigo traìa, comencè à cortar de uno de ellos las letras, y à irlas juntando sobre otro papel: de suerte, que quando avia menester las AA, buscaba en el libro las dicciones que las tuviessen, y cortadas de alli, las acomodaba adonde eran à mi proposito necessarias. Con los fragmentos de el pan, que me avia sobrado de la comida, las iba juntando, y tal vez unia à las demàs una diccion entera, porque era toda necessaria à mi intento. De esta suerte le respondì sin demasiado trabajo; y por mi industria, si antes tenia Don Enrique, quando me sobraba comodidad, papeles de mi mano, y de mi letra, aora, quando me faltaba recado de escrivir, se los embiaba mejores. Lo que el papel le encarecia, era, que se dispusiesse à sacarme de aquel aprieto, ò que si le parecia se ausentasse al lugar donde avia estado por la muerte de Valerio, para que no le viesse alguna persona de mi casa; y temiendo nuevas determinaciones mias, se hiciesse mi clausura mas estrecha, pues para lo que yo lo avia menester, era, para que me acompañasse; para lo qual bastar

persona de Laurencio. Deziale tambien, que el modo de librarme avia de ser poniendo fuego à la puerta de mi encerramiento, y que esto no seria dificultoso, supuesto que yà me baxaban luz, con que sin dificultad le pondria. Ultimamente le dispuse, que avisasse desto à Laurencio, para que estuviesse prevenido de acompañarme. O quan agena vivia yo de los infames deseos deste vil criado, quando dezia semejantes razones! Mas la malicia de un animo traidor facilmente se oculta à la noble intencion de un corazon leal. Esto, como advertì, era lo que contenia el papel, que por medio de mi diligencia, y del cuydado de Laurencio, llegò à manos de Don Enrique: el qual despues de aver pagado el porte liberalmente, le dixo lo que passaba, y lo que avia de hazer, si queria que le estuviesse siempre reconocido. El infame criado le prometiò hazer quanto pudiesse, con que aquel se bolviò adonde estaba retirado para esperarme, y este à mi casa; diciendo, que para tratar de obedecerle, y servirle. Bien puede el ingenio discurrir en algunas cosas, porque las alcanza; mas prevenirlas todas, es impossible, porque, ò no se les proponen luego, ò no le parecen importantes, ò lo que mas es, dependen de agenas *intenciones, las quales solo à Dios son manifiestas, siendo qualquier de estas causas bastante à hacer*

que no sucedan los casos con desea, y à que se yerren los salien lo à diferente termine que se imaginò, ò se previn esta verdad informò bastan te el mio, pues quando yo es ba dilatada paz en compañ D. Enrique, hallè, como de vereis, aspera, è intratable c cion para que fuesse aborre penosa, è infelize mi vida.

En el tiempo que Laur trataba con su dueño estas è imaginaba las que yo no iba llegando la luz que m ban à aquella parte del ma donde los pestillos de las cer ras entraban; y como la cont cion algunas vezes tiene poder, y otras aun mayor q̃ l lencia, continuando poco à esta diligencia, puede dexar vertidas en cenizas aquella tancias del seco leño, que m pedian la salida. Una noche, mi me pareciò mas apropósit estàr la familia mas quieta fuy al aposento de Laurenci avisè de que todo estaba en d sicion, que podriamos part El se dispuso à obedecerme bien mi mismo atrevimient acobardaba, viendo, que b atràs, y huir la ocasion en q estaba, seria descubrir mi r cion, y quedar de todo punt possibilitada de hacerlo, m puse à todo quanto pudie cederme. O quan necia and quan ciega! O quan ignor

r la casa de mis padres, su
iro, su regalo, y mis aumen-
to quantas veces me he visto
osa de no aver seguido sus cō
. Pensamos los hijos, quando
perimentamos lo que nues-
padres nos dicen, que sus re-
ensiones nacen de su edad, y
l conocimiento de nuestros
os; mas quando por nuestro
hacemos experiencia de sus
ades, no podemos hacer mas
onfessar con el pesar de no
os obedecido, lo mal que hi-
s en no seguir sus pareceres.
mente, me resolvì, y le dixe
dria valor para acompañar-
donde le llevasse, respondiò
i, y gustoso de oìr semejante
esta, añadì, que me siguies-
enia yo llave de la puerta
ipal de la calle, desde el tiem-
que estaba libre, y assi no
nos dificultad en abrirla. Pa-
nos cosa impossible lo que
ò por lo menos dudosa en el
to que merece, mas queda-
as dudas vencidas, si advir-
les à que yo soy muger, y en-
s estaba determinada, y te-
sa.

e pensado algunas veces, que
tienen con amor pruden-
l con temor, ingenio para pre-
atentos los inconvenientes;
e sino me engaño, el temor
a breve locura. Fundase mi
río, en que un loco, mientras
ra el deli.io, no trata de otra
ni percibe mas especies de aquellas que se hallaron en su fantasìa al tiempo que enfermò de el celebro, de donde nace, que èl siēpre repite unas palabras mismas: assi tambien un temeroso, impedido de esta passion, solo piensa lo que teme; solo cree lo que no espera; y sola atiende à lo que el temor le representa. Poniame delante el mio, nueva, y mas estrecha prision; nueva, y mayor indignaciō de mis padres; y nuevas, y mas grandes penas mias; como avia de pensar, sino es en librarme, aunque me pusiesse à otros riesgos à mi parecer menores? Al fin yo salì de la Ciudad con mi desconocida compañia à la siguiente noche, aviendome estado el dia que siguiò à la que me salì de mi casa, encubierta en la de una amiga.

Mi aliento no era bastante à que dexasse de fatigarme, y procurasse descansar algunas veces; y assi por ser el viage à pie, y no aver dado nos mas prevencion el deseo de salir ocultos, como por el temor q̃ llevaba de ser seguida por mandado de mis padres, y muerta à manos de justa indignacion. No me hablò Laurencio en un gran rato, de cuyo silencio empecè à estàr recelosa, porque quien calla demasiado en semejantes ocasiones, ò tiene mala intencion, ò piēsa la execucion de alguna hazaña fea. A estos recelos se siguierō brevemente desconsuelos mios, y atrevimientos suyos, pues empezò à declararme su amor, à [illegible]

tarme su pecho, y aun à amenazarme con alguna violencia, assentir à su voluntad. Ved quan presto comencè à hacer experiencia de los males que avian de nacer de mi passado yerro: mas como, estando de mi parte la razon, eran tantas mis fuerzas, y mi defensa tan justa, comencè à decirle tales razones, y à proponerle la fealdad de su delito, desuerte, que advertido de mi resolucion, no se atreviò à proseguir en su lascivo deseo, antes cuidadoso de que yo no dixesse à Don Enrique lo que passaba, en llegando al Lugar en que nos esperaba cuidadoso, quando le tuvo de poder derramar la ponzoña de su rabiosa lengua, procurò adelantarse, y comenzò à manchar la limpieza de mi honor, diciendo, que me avia visto en el tiempo que avia visto en mi casa, cosas indignas de muger, que avia de ser su esposa, y que mirasse lo que hacia, porque avia llegado mi libertad à declararme con èl, y publicar mis injustos deseos, de los quales avia yo tenido castigo en su reprehension, y su fidelidad; mas que por ningun caso me dixesse, que avia tenido noticia de mi deshonesta resoluciō, pues era fuerza que se supiesse, que èl lo avia dicho, y que yo procurasse la venganza; y ultimamente, que èl le referia todo esto, no para que *lo manifestasse* imprudente, sino *para que* se guardasse cuerdo de *quien tan* mal sabia guardar su ho-

nor, y corresponder à sus obl ciones. Como Don Enrique t hecho de mi concepto, de qu muger, que no escusaba las versaciones vergonzosa, por nifestar mis agudezas vana luego credito à la infame, y al sa informacion de Laurēcio, y menzò à tratarme con difer cortesia que à los principios. vaba yo pesadamente sus at mientos: como ignoraba la c dexaba de aplicar el remedio. el peligro que tēdria si me h: sen en su poder, se determinò carme de aquel Reyno, sino (como despues en los efectos vertì) quisiesse alexarme d patria, para que viendome agena de amparo, sus necedad sus resoluciones estuviessen seguras de castigo. Encomend hacienda, y un razonable m razgo à un hermano suyo, que cobrasse la rēta, y le fuess brando dineros adōde quiera estuviesse, y cō esto nos parti Determinòse nuestro viage pañia, por consejo de Laurenc para conseguirle, me embar el Puerto de Liorna.

Aunque yo veìa en D. Enr algunas asperezas, no tenia mal proceder, ni villano terr suyo, porque se fia poco quien teme violencias en nad de passo quedarà sabido, qu engañan quantas dicen, que de la fuerza, lo que no adm voluntad; porque à quiē tie

nor parā defenderse, mas facil es morir que rendirse. Assi quedarà disculpado mi atrevimiento en seguir à un hombre, que convertia en aspereza la apacible condicion de su amor; principalmente, si se atendiere à que no ay atrevimiēto adonde no ay riesgo, yà que no le ay quando una muger sabe obligar con ruegos, y divertir cōn palabras, para no consentir en las obras. Finalmente, por no cansaros con las circunstancias de mi viaje, ni deteneros con la diversidad de sucessos de menos importancia, que en èl nos acontecieron, llegamos à Madrid, Corte famosa de España, digna de dilatadas alabanzas, por el assiento de su sitio, y la afable condicion de sus habitadores. Alegrème de vèr en sus damas el honesto adorno, la apacible hermosura, y el natural agradable. En los galanes la cortesia, el entendimiento, y la bizarria de los trages, aunque en algunos me parecia superfluo, quando me decian: este tiene un oficio vil en la Republica; y este es oficial, que come del trabajo de sus manos, aviendo yo tenido al uno, y al otro por grandes Principes, segun lo costoso del vestido. Concederè à los Españoles con mucho gusto el valor, el aliento, y la gallardìa, si vos no me negais algo de su vanidad, quando yo me acuerdo (que por *ser aficionada* à esta nacion) he *leido la modestia* de los trajes antiguos; y que erā menester qu fuesse Hijodalgo el que huvies vestir paño fino, y que fuesse di de fiesta para que se le permitie se seda, y veo aora lo que passa, di go: O infelice siglo el nuestro, don de à porfia nos procuramos aven tajar unos à otros en los vanc excessos! He pensado, aunque n parezca de este lugar el discurso que no ay cosa en que se vea l desdicha, y la libertad en materi de costumbres, que ay en nues tros tiempos, como es en la super fluidad de los trages. Quedar probado mi pensamiento, si aten demos à que los vestidos fuero como señales del pecado de nues tro primer Padre, pues antes d la transgression del precepto vi via desnudo, y despues de ella s previno de vestido. Siendo, pues señales del primer pecado, el cui dar tanto de ellos; què puede se sino desdicha, y libertad, ò poco conocimiento de nuestra desdi cha, pues hacemos gala, y ornato de lo mismo que nos avia de cau sar pesares, y verguenza?

No quisiera dilatarme mas en las cosas que notè, porque no pa rezca murmuracion, lo que ha d ser relacion de mis sucessos. An tes os escucho gustoso, dixo Hi polito: proseguid por vuestra vi da, y descubrid mas quilates d vuestro entendimiento, que yo n llamo murmuracion à la que hace sin mal deseo, y sin perju de nadie. Quando no lo supie

otra suerte (respondiò Aminta) conociera que lo és, en que vos escuchais con gusto, y yo prosigo con èl; siendo la murmuracion al principio manjar sabroso, y al fin, tal vez peligroso para la conciencia, si la materia es grave, y para la vida, si es en notable descredito de tercero. No particularizando la doctrina, ni señalando personas (añadiò Hipolito) à ninguno se hace agravio; porque quien dice mal de los avarientos, de los venereos, de los vengativos, y de los demàs viciosos en comun, solamente murmura de la avaricia, de la injusticia, de la destemplanza, de la venganza, y de los demàs vicios. Supuesto esto (respondiò Aminta) digo, que me pareciò mal, entre otras cosas, el ansia de algunos pretendientes, siempre cuidadosos de los cargos, anhelando à los oficios, aspirando à los puestos, hablando à los validos, grangeando à sus criados, procurandolo todo; y tal vez, por justo acuerdo de Dios, no consiguiendo nada. A muchos vì alcanzar lo que no les estuvo bien à sus conciencias; y estos decia yo, que no supieron pedir, ò que ellos mismos se procuraron su castigo, porque muchas veces se nos concede lo que pedimos, no porque lo merecemos, sino porque aviendo de estarnos mal, llevamos en lo *mismo que deseamos*, la pena *que por otras culpas* debemos. Causaronme algunos exercicios por inutiles, y otros por asquerosos. Finalmente, porque largas digresiones son estorvos de la narracion, enfados del odio, que las escucha, y conocidos vicios de las leyes, que para las relaciones propone la Retorica. Bolverè à mi primero intento, y procurarè ayudar el discurso en aquella parte, donde dixe, que llegamos à Madrid; vivì en ella dos meses con el mayor trabajo, con el mayor enfado, y el mayor desconsuelo que puede imaginarse; porque el vil Don Enrique intentò mil veces el hacerme violencia, sin atreverse à determinar lo que primero avia procurado, que era el ser mi esposo. Ausentòse Laurencio de la Corte, por ciertas heridas que diò, y dixonos, que se venia à esta Ciudad, de donde era natural; con esto cessaron parte de mis enfados, pues cessò uno de los que me perseguian. Callaba yo las aflicciones en que me veia cõ este traydor Laurencio, temerosa de que no me levantasse algunos testimonios, como si èl no se huviera yà anticipado; y tal vez me obligò à padecer muda sus atrevimientos, porque procuraba en todas ocasiones defenderme de las tyranas manos de su dueño; y mi amante (que tal vez saben ser piadosos los zelos) de donde despues lleguè à persuadirme, que los males, que le referia de mi persona, eran con animo de que me dexasse. Ausente, pues, Lau-

o, comenzò Don Enrique à
:en mi las manos ; si antes
ajuriaba con palabras , aora
nuaba su aspereza, dandome
os golpes , con que yo que-
deseosa de venganza, y daba
s passos atràs en su amor,
la que antes se pudo llamar
nacion, yà era justo aborreci-
to. No me atrevia , viendo-
lta de amparo à dexarle , y
rocuraba conseguir con pru-
ia , y con blandura de razo-
lo que no avian de alcanzar
esprecios. Un dia de los que
e cansaba con tan enfadoso
der , le roguè me dixesse lo
e obligaba à no querer por
a, à quien tenia merecimien-
ara igualarle , y èl me contò
lo que le avia dicho Lauren-
Quedè tan llena de enojo, no
ae me avia quitado à Don
que , pues aviendo conocido
ndicion, antes le pudiera que-
gradecida , sino por aver lle-
à escurecer los resplande-
es rayos de mi siempre guar-
honor , que determinè des-
de la satisfacion de Don En-
e mi venganza, la qual espero
ir brevemente , sino me falta
la, para que vea quien se atre
las mugeres , que tambien
en ellas tener valor para sa-
erse de sus agravios.

Aunque sea interrumpiendo
tro discurso (dixo Hipolito)
en que merece perdon por
to con que me oireis, quiero
daros noticia de que el Cielo per-
mitiò, que se anticipasse el castigo
del vil Laurencio , à la venganza
que vos pensastes tomar. Refiriòle
todo lo que la noche antes avia
sucedido, y q̃ proximo à su muerte
la avia disculpado, satisfaciendo à
Don Enrique , y bolviendo de la
manera que fue possible , la opi-
nion, que le avia quitado. Alegrò-
se con estas nuevas Aminta , y di-
ciendo, à tiempo se ha desengaña-
do esse vil Cavallero , que el pri-
mer tormento suyo ha de ser este
desengaño ; prosiguiò su discurso
de esta suerte.

Empezò luego à distraerse con
algunas damas de la Corte , cosa
de que yo , como yà le aborrecia,
no sè si me alegraba ; lo que sè,
es , que no sossegaba , persuadida
del odio , que à Laurencio tenia;
y assi procurè con todos los me-
dios possibles venir à esta Ciudad,
y que Don Enrique me acompa-
ñasse. Conseguilo brevemente,
porque ha de passar de dificil, que
una muger si se determina , no al-
cance. Pusimonos en el camino
con ligera prevencion , pues so-
lo dos criados nos acompañaron,
y llegamos à aquel lugar , don-
de comenzò à ser mas feliz mi
fortuna con la presencia de vues-
tra persona. La causa de hallarme
sola , fue el avernos cogido im-
pensadamente la furiosa avenida
de aquel arroyo. Tuve en èl la di-
cha , de que me hallasse en parte
tan alta, que no la cubriò el agua

al tiempo que à Don Enrique, y sus criados, por ir mas adelante, los cogiò toda su fuerza, de suerte, que ni pudieron cuidar de sì, ni de valerme. Suya era la espada, que en vuestra mano fue despues quiẽ nos escusò del rigor de aquella fiera. Aqui sucediò lo demàs que sabeis, hasta que os apartaron de mi aquellos crueles villanos. La causa de no seguiros para procurar con muchas veras vuestra libertad, fue la desdicha de encontrar en el mismo camino à Don Enrique, que libre del passado aprieto, andaba haciendo diligencias para hallarme. No bastaron las mias à hacerle que dexasse de proseguir el viage para negociar vuestra libertad; y asi al siguiente dia entramos en esta Ciudad. Previnose una casa donde pudiessen estàr convenientemente hospedadas nuestras personas, que fue de la que yo salìa tan apriessa, y tan à deshora. Hice diligencias para que llegasse Laurencio à verme; mas no obstante, que èl veìa à Don Enrique por allà fuera, temeroso de que yo huviesse sabido su infamia, y que seria possible, que mi inocencia me hiciesse hacer alguna demostracion justa, aunque fuesse à costa de mi recato, siempre escusò el llegar à mi presencia; y segun yo advertìa por los efectos que veìa en Don Enrique, proseguia sin duda con sus *passadas, y continuas* trayciones, y *falsedades.* Al uno, y otro aborre-

cia entrañablemente; à aque su traydora lengua; y à este, p villano, aspero, è insufrible te no; mas hasta mejor ocasio dilatando la venganza, que dia se alimentaba en mis e ñas, porque no consiste la co ra, el anticipar el fin à los s sos, sino en darsele felìz à lo desea. Tratabale algunas v de mis deudas, y vuestra cor dandole grande pesadumbre tos encarecimientos. Yo, qu entendia sus pesares, piadosa seguia, y agradecida deseaba gar à veros para pagar alguna te de tantos beneficios. Alal vuestro valor, repetia la apa lidad de vuestro termino; pin vuestra persona, y exageraba v tras prendas, con que en èl se aumentando los zelos, y en mal tratamiento, y las penas. sè si anduve cuerda en decirl tas alabanzas, mas bien sè qu anduvo necio en decirme à muchos desatinos, pues alg veces que yo me acordaba d causa, con sus recelos era mi pertador, y vuestro coron Quedaba con su porfia cansa con la memoria de vuestros b ficios, deseosa de que los repi se de nuevo; tanto como esto de el agradecimiento, en quie be ser reconocida. A tan est punto llegò con su ignorancia viendo que un dia no queria r bir cierto regalo, que me daba rogò, que le admitiesse, in

vuestra vida, lo qual hice
mucho gusto:no me acuer-
or la inclinacion que desde
os confiesso, ò si por casti-
manifiesto disparate. Hi-
, todos los zelos son necios;
:os,sobre necios, insufribles,
:o grado, que me determi-
nfessarle lo que èl no se es-
de creer,aun estandole tan
à pedirle que me dexasse.
s veces tienen las muge-
: termino por su liviandad,
nissimas por la culpa de los
:s, que indiscretos las obli-
) que no imaginaban. Cier-
ie mi correspondencia avia
de gratitud à lo que os
nas con el tiempo pudiera
: se olvidàra, si Don Enri-
lo traxera à mi memoria
mentos, de suerte, que de
as que tuviere, èl se ha te-
culpa. Quien duda en al-
razon de dudar à los que le
an, aunque primero lo tu-
por cierto; y quien alaba à
iace reparar en las prendas
iel, à quantos advierten su
za: pues què mucho, si Don
e con sus zelos dudaba en
or, y con vuestra gracia me
eparar en que era justo es-
is, que yo dudasse en èl, y
masse à ellas? Con estas co-
ámos cada dia mas descon-
, hasta que anoche, con el
de sus temeridades, le ha-
o *mas libre* que solia. Qui-
entar, y de hecho puso en
efecto lo que jamàs pensè, que fue
quitarme la vida con una daga:
Viẽdo esta resolucion terrible, me
determinè temerosa à dexar su
compañia; porque en solos dos
casos tiene disculpa el hombre q̃
pone las manos en una muger,
que son, quando es propia, y le tie-
ne gravemente ofendido en el ho-
nor, ò quando siendo agena, por
vil, por infame, y por comun, des-
merece que se la tenga respeto.
Diò la naturaleza à las mugeres,
para que fuessen estimadas, tres
dones; y para que se defendiessen,
tres generos de armas. Los dones
son, hermosura, fecundidad, y ver-
guenza: las armas fueron, la len-
gua, la misma hermosura, y su fla-
queza: què es vèr à una muger
hermosa, á quien todos estiman,
todos amparan, muchos sirven, y
algunos desean? Y por el contra-
rio, quanto es desechada, y aborre-
cida una fea? La fecundidad es tã-
bien superior adorno nuestro, y de
aqui nace, que la vejèz sea en no-
sotras formidable, siendo venera-
ble en los hombres. La verguen-
za es el tercer lustre, y tan impor-
tante à mi parecer, que todos los
demas sin ella, son dignos de abor-
recimiento. Puede imaginarse
hermosura, como la que adquie-
re una muger, quando baxos los
ojos, cubre de carmin las mexi-
llas, y sin responder à lo que fue
causa de su verguenza, provoca
con la honestidad à veneracion, y
con la hermosura à respetos? Por

mi cierto es; que no huviera cosa, que mas grangeàra la estimacion que se les debe. De las armas pudiera hacer largo discurso; pues apenas ha quedado Filosofo, que no aya tomado la pluma para decir los daños, y los provechos, que la lengua ha causado; las vidas que ha hecho perder, y los Reynos q̃ ha sabido adquirir. Quien se atreviò à ofender, sino es barbaro, ò ciego, à una muger hermosa? Qual de ellas no tuvo disculpa, y defensa, para con los animos ilustres, en su flaqueza? Dexando, pues, lo que parece menos de mi proposito, por acudir à lo importante, digo, que viendo, que à las injurias de su lengua se juntaron en Don Enrique, contra mi, las afrentas, y los golpes de sus manos, me salì de la manera que visteis, à aquellas horas de casa, donde me sucediò todo lo demàs que sabeis, donde adquirì el mayor bien, que en este estado pudiera imaginar; donde tuve por dueño de mi amparo à vos (ò Hipolito!) que aviades sido la causa del enojo; y donde (por fin de mi discurso) despues de aver conocido à mi hermano Alexandro, y por esto no me aver querido quedar en compañia de Violante, recelosa de algun riesgo, vine à tener presente à mis ojos, à quien espero que ha de ser el consuelo en mis trabajos.

Aqui acabò su relacion Aminta, y començò Hipolito à ponderar su ingenio, y à aumentar la

amor con la excelente herm[illegible] de el objeto. Asseguròla de[illegible] embidioso estaba de su eloc[illegible] cia, y tornò à significarla el[illegible] que la tenia, desde el instant[illegible] la viò, diciendo, que el amor [illegible] menester largo tiempo par[illegible] grande; y que quando fuera [illegible] cessaria grande distancia, de[illegible] nacen los que se aman, estàn [illegible] ciliando su amor las estrellas [illegible] cuya causa, aunque al parec[illegible] el amor reciennacido, nunc[illegible] ne menos edad, que los am[illegible] En estos discursos ocuparon [illegible] po, mientras Feliciana vino [illegible] sitarla, y Leonardo previno [illegible] dancia de regalos, con que los [illegible] quedaron agradecidos, y los [illegible] obligados à continuar la ca[illegible] que à la hermosa Aminta ha[illegible] viendo la paga de sus dilige[illegible] en su aceptacion, y sus me[illegible] mientos.

Pocas veces à lo que atien[illegible] cuidado muchos dias falta f[illegible] dad, porque la providencia h[illegible] na suele ser en todos los neg[illegible] importante: por lo menos, [illegible] me podrà negar, que quien [illegible] aviendo mirado con atenci[illegible] riesgo, tiene alguna disculp[illegible] èl, pues de su parte manifies[illegible] el cuidado la intencion. Por [illegible] trario, siempre siguen deslun[illegible] das acciones à impensadas [illegible] minaciones. Demetrio du[illegible] dar una batalla à su enemigo [illegible]

debil,diziendo,que adonde no de tener lugar el arrepentinto, es bien que le tenga la beracion prudente, porque es o modo de proceder consul- muchos dias lo que se ha de ter en uno, para que no se yer- n uno lo que no se ha de po- recuperar en muchos. De i se debe inferir, que pensar los ocios no es dilatarlos; sino as- urarlos. He referido esta doc- a, siempre verdadera, y alguna importante, porque se conoz- que no es mucho que à nuestro polito se siguiessen estraños dios, y peligrosos fines, de inad- tidos principios.

Amante de la noble Aminta rimos, correspondido le tene- s, y rendido de nuevo à sus chas prendas le hallarèmos; sos, que en la ciencia de amor pudieran graduar de dichoso; s quien no sabe usar de la for- a, no la culpe à ella, sino à su orancia.

Con el cuydado que suelen dar os zelos, acudiò Don Enrique la tarde, y acompañado de evan, un criado suyo, y otros amigos, se fue à tratar de mas ves medios, que hasta enton- , para recuperar en Aminta el s seguro consuelo de sus penas. sò muchas vezes por la calle nde Alexandro vivia. en cuya a la avia dexado la passada no- ignorãte de que viviesse alli, iesgo que podria tener la no- ble dama, si la conociesse su her- mano. Miraba con atencion à las ventanas, parabase à las puertas, y con passos tardos repetia muchas vezes la calle. Tanta fue la assis- tencia de Don Enrique, tanto su cuydado, y tan porfiado su desve- lo, que comenzaron à tenerle to- dos quantos miraban sus proli- jos deseos. Entre los demas, à quien quando queria baxar la no- che, tenia cansado, el que mas lo estaba era Alexandro, por incli- nar siempre la vista àzia sus ven- tanas. Puso por este enfado en èl cuydadosamente los ojos, y des- pues de aver dudado con su ima- ginacion lo mismo que afirmaba su vista, la diò credito, y se per- suadiò à que sin duda era aquel su enemigo Don Enrique: comen- zò à discurrir un poco en lo que avia de hazer, que los hombres cuerdos primero consultan à la razon, que al enojo. Pensaba, que el passar tantas vezes por su ca- lle, era cõ animo de darle la muer- te, y de assegurarse con ella de los temores con que le desvelaria su memoria, sabiendo que estaba vi- vo su contrario: y juzgaba, que como una vez lo avia intentado en su patria, donde quiera que le hallasse se la procuraria. Otras ve- zes mudaba el parecer, y concer- taba en su fantasia diversos fines para dàr titulo à la curiosidad de Don Enrique. O pensamiento hu- mano como conocerà tu miseria quien te viere de ordinario

dosso en lo que piensas, indeliberado en lo que conoces, indiscreto en lo que juzgas, y ignorante en lo que dispones. Què facilmente padeces naufragio, las dudas te inquietan, la novedad te altera, la presuncion te engaña, y la confusion te anega. Pareciale à Alexandro, que estàr Don Enrique en Salamanca, Ciudad adonde, ni tenia correspondencia, ni negocios à que aver acudido, no podia ser, sino à intentar su daño. Passaba luego à pensar, si se avria traìdo à su hermana, porque aunque avia tenido noticia, que ella se avia ausentado, y que de èl no se avia sabido à un mismo tiempo, con todo esso no tenia certidumbre en que le huviesse sacado de su casa. Del juzgar, que èl era la causa de que Aminta se huviesse atrevido à emprender accion tan poco cuerda, nacia el temer, si la avria muerto, pues tan libre le buscaba, y tan sin embarazos le seguia. En estos pensamientos perdia el sossiego, y enfurecido dentro de sì mismo desterraba la paciencia por dàr lugar à la venganza. No estaba Don Carlos, como diximos, en la Ciudad en aquella ocasion; y assi, ni tuvo con quien aconsejarse, sino es con su enojo, ni tenia quien le ayudasse, sino es su valor. Veìa que Don Enrique andaba acompañado de tres hombres, y no le parecia cordura exponerse à la determinacion de to-[illegible] incipalmente quando sabia, que muchas venganzas han tenido malos sucessos, por aver sido governadas de la ira, y averse desnudado de prudencia. Resuelto, no obstante estos discursos, à tomar satisfacion, se acabò de vestir un vestido de color, con que de noche se desembarazaba del molesto adorno del dia. Llegò adonde su contrario estaba, con animo de impedirle los brazos para assegurar su venganza; mas como èl siempre acompañaba à su temor de rezelo, reparò cuidadoso, y à un mismo tiempo se retiraron, èl de Alexãdro, y la sangre de su rostro. Detuvose tambien el enojado mancebo, viendo el cuidado de su enemigo, y por breve espacio no tuvieron razones para hablarse, que es tan fuerte la passion irascible, que no solo impide al entendimiento, para que no conozca; pero aun yela à las potencias exteriores, para que dexen sus naturales oficios. El que primero moviò los labios despues de esta suspension, fue D. Enrique; quien duda, que neciamente, pues como la lengua es un instrumento que manifiesta los conceptos del alma, padeciendo ella temores fuerza era, que el instrumento obrasse lleno de passion, y de ignorancia: lo que en substancia le dixe, fue lo siguiente. Bien sè, que teneis noticia (ò Alexandro!) de todos mis accidentes, aunque no la tenia yo de que en esta Ciudad podia veros, ni de que fue-

Y

ſtra aquella caſa, de donde ao-
liſteis, y donde anoche dexè
ɔſitada à vueſtra hermana, pa-
que ceſſaſſen entre noſotros
tos viles enojos, y para que te-
yo en ſu muerte la pèrdida de
vida. Quien duda, que la avreis
o el caſtigo, que aora intenta-
en mi perſona? Mas no ha de
aſsi, pues gracias à mi poca ſe-
idad, me veo con fuerzas para
ideros, y aliento para obliga-
à que me deis à vueſtra her-
na: ò en caſo que la ayais muer-
ſatisfacion con la vueſtra de ſu
tida ſangre. Atendiò Alexan-
à ſus palabras, y ſegunda vez
rimiò ſu colera, por fiar ſu ven-
za à ſu cordura. Conociò por
que Don Enrique decia, que la
na à quien la noche antes avia
ado con tanto recato, ſin que-
ſe deſcubrir en caſa de Hipo-
, era ſu hermana Aminta; y
ndo, que por eſta parte ſe le
ia un excelente camino, para
ctuar ſu intento le dixo: que no
no la avia muerto, pero que
es la tenia con deſeo de darſe-
or muger, y que con ſu caſa-
ento ceſſaſſen los paſſados diſ-
tos. Añadiò, que para mayor
oridad de ſu perſona no la avia
erido tener en ſu miſma caſa, ſi-
en la de otro amigo, y que ſi le
ecia, podrian llegarſe los dos
tos à verla. Admitiò el pare-
Don Enrique, y mas ſatisfe-
*(aunque no de todo punto ſe-
) començò à ſeguirle*, y à èl
los demàs, que traia de ſu parte.
Alexandro iba prevenido lo que
avia de hacer, y lleno de honrada
colera, tal vez ſe reſolvia à no di-
latar mas el conſejo de ſu ira; sì
bien ſe oponia à eſta reſolucion la
ventaja que ſu enemigo llevaba:
eſto le pareciò que eſtaria venci-
do, ſi tuvieſſe à ſu amigo Hipolito
à ſu lado, de quien en varias oca-
ſiones ſe avia ſatisfecho. Llevado
deſte penſamiento le previno, que
eſperaſſe, para ſaber, ſi avia algun
inconveniente, que le eſtorvaſſe.
Llegò à la caſa del noble Leonar-
do, y ſin entrar en ella, hizo que le
llamaſſen à Hipolito, y le dixo, que
tomaſſe ſu eſpada, y le ſiguieſſe.
Reparò nueſtro Cavallero en lo
deſcolorido del roſtro, en la turba-
cion de la lengua, y lo formal de
las palabras, manifieſtos indicios
de ſu enojo, y como eſtaba ignorã-
te de lo que avia paſſado con Don
Enrique, y por otra parte tenia à
Aminta, ſi bien con toda venera-
cion, en ſu caſa (ſiendo tan delica-
do el honor) le pareciò, que Alexã-
dro ſe avia ofendido, de que la hu-
vieſſe amparado, y que por ello le
avia venido à ſacar à la campaña.
No era hombre Hipolito, que eſ-
cuſaba los lances, donde ſe arrieſ-
gaſſe ſu credito; y aſsi llevado de
eſte engaño, ſin dàr cuenta dello à
Aminta, ſaliò adonde Alexandro
le eſperaba, que viendole yà cer-
ca de sì, començò à andar ſin de-
cirle palabra. Eſto confirmò e
Hipolito mas fuertemente la

pecha, y proponiendo en su pensamiento, si no se aplacaba con razones, defenderse con las obras, le siguiò à poca distancia. Apenas se viò Alexandro cerca de Don Enrique, y los demàs enemigos, quãdo seguro, de que haria otro tanto Hipolito en su ayuda, sin advertirle su intencion, y las razones de su enojo, metiò mano à su azero. O à quantos accidentes ha dado una falsa presumpcion desdichado origen! pues Hipolito firme en su engaño, y ignorante de que huviesse otros enemigos, pensando que Alexandro lo era, y que reducia à las armas la satisfacion de su colera, desnudò las suyas, y sin que el infelìz mancebo se defendiesse, le diò por el lado una peligrosa herida; que à quien tiene limitada fortuna, los mismos que le han de defender, le destruyen. Quando el vil Don Enrique viò al misero Alexandro en el suelo, aviendole visto venir con deseo de ofenderle, desnudò su espada, y en compañia de sus tres amigos, llegò à darle mas heridas. Hipolito advirtiò lo que intentaba aquella gente, y conociẽdo por sus acciones, que era contra ellos la resolucion con que Alexandro le avia llamado, se dispuso à defenderle animoso, y à vengar el yerro, que èl por su causa avia cometido ignorante. Al primero que *llegò fue à Don Enrique*, à quien *hiriò peligrosamente* en la cabeza. Opusieronsele los demàs à un propio tiempo, y aunque era su ligereza mucha, y su destreza excelente, siendo quatro los contrarios, necessariamente le iba faltando el aliento, no el valor, porque tiene su habitacion en el alma. Engañado està el que piensa, que un hombre puede reñir con muchos, por mas fuerzas que le sobre; pues como dice un docto en esta ciencia (tal nombre merece la verdadera destreza) un movimiento se impide con otro movimiento, à una accion se opone otra accion; un tiempo se proporciona, y mide con otro que sea su igual, y una intencion ocurre à otra intencion tan solamente. Supuestas estas verdades, como quiere el mas alentado valor, que su movimiento impida tres distantes, su accion tres diversas en diversos sugetos, y diversas posiciones, su intencion à tres diferentes, y que un tiempo se mida con muchos desiguales? Passe en los que esto piensan su parecer por temeridad inconsiderada, y dexèmos, que la experiencia los desengañe à su costa, si el sucesso de Hipolito no mereciere credito, en quien no obstante su cansancio, su animo daba muestra de dos quilates de su lucido ardimiento. Ninguno se atrevia à llegar para estorvar la pendencia, yà por vèr à Don Enrique mal herido, y yà por pensar, que Alexandro estaba muerto. Dilatabase tanto la refriega, que Hipolito desalentado, esperaba por in-

ſ el termino de ſu vida, eſcri-
a ſu miſma ſangre en hojas
ero de ſus enemigos: coſa,
uviera breve efecto, ſi el Cie-
lo diſpuſiera de otra ſuerte.
'à queda referido, que Don
os eſtaba auſente, y que por
auſa avia faltado del lado de
andro. Aviendo, pues, acaba-
diligencia à que avia ido, ſe
ò, y entrò en la Ciudad à
oo que pudo conocer à Hipo-
n el preſente peligro. Apeò-
el cavallo que llevaba, y
oſamente ſe puſo en ſu de-
, con que el uno de los con-
os perdiò luego la vida; y fal-
en los demàs las eſperanzas
engarle, ſe determinaron à
itar ſu afrentoſa huida. Por
durado tanto la peſadumbre,
cuenta, y lugar de venir pre-
la Juſticia. Cogiò à los dos
s amigos, que cuidadoſos de
por la vida de Alexandro,
idarõ de ponerle en la guar-
ſus perſonas. Llevaronlos,
iendo ſus prendas, à la car-
blica aquella noche, en cu-
empo otros trataron de lle-
ſu caſa, y curar al deſdicha-
exandro. Llegò à la familia
onardo la noticia deſtas co-
unque à todos les cupo bue-
te de diſguſto, à ninguno
como à Aminta, por tenerla
rande en todas eſtas deſdi-
La que mas deſconſuelo la
era la *paſsion de Hipolito*,
que con ella le faltaba, ſi

Don Enrique bolvia à ſus paſſa-
dos atrevimientos, el amparo; y ſi
Alexandro mejoraba (pues yà ſa-
bia donde ſu perſona eſtaba) quien
le eſtorvaſſe ſu muerte. A eſtas
penas ſe juntaba el temor del da-
ño que la Juſticia la haria, quan-
do ſe averiguaſſe, que avia ſido la
cauſa (aunque inculpable) de tan-
tos alborotos. Por eſtos temores
determinò auſentarſe de la Ciu-
dad, pues ſeria facil aviſar deſde
Madrid (adonde penſaba bolver-
ſe) à Hipolito, para que en nego-
ciando ſu libertad, la fueſſe à buſ-
car. Como lo imaginò lo diſpuſo,
y como lo diſpuſo, lo reduxo con
brevedad à todos, que el temor
jamas conociò à la dilacion, ni
ſupo fiar el remedio à largos pla-
zos. Saliòſe aquella miſma noche
de la caſa de Leonardo, y à otro
dia de aquella iluſtre poblacion,
tan ſola de compañia, como acõ-
pañada de penas. Eſtuvieron Hi-
polito, y Don Carlos, haſta que
amaneciò, cargados de priſiones,
à cuyo tiempo acudiò Leonardo,
dando al Alcayde noticia de quien
eran, y à nueſtro noble Cavallero
de la impẽſada auſencia de Amin-
ta. Aliviaròle los hierros del cuer-
po, mientras ſe le acrecentaban
los dolores del alma, porque para
ella tambien ay priſiones, que
ſon los peſares, que la
afligen, y ator-
mentan.

HISTORIA DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO QVARTO.

NO es possible; que aya visto las miserias, que en la carcel se padecen, quien se atreve à cometer el mas leve delito, ò por lo menos, no es possible, que las tiene en la memoria, porque yo me asseguro de que dexàra de cometerle, si se acordàra de los trabajos à que se pone. Lo primero, padece la verguenza de aver de parecer delante de los Jueces, donde los Ministros le culpen, y ellos le castiguen, ò le reprehendan. Luego ha de estàr sujeto al Alcayde, tratar con afabilidad al que sirve, y vivir cuidadoso entre viles reos; ha de ser cortès con los que no lo merecen, agassàjar à quien le cansa, pagar à quien le ofende, cansar à quien negocia, y persuadir al que se descuida; ha de sollicitar al Procurador, rogar al Letrado, hablar à quien no le atiende, y hacer experiencia de quien mal le desea: quanto vè han de ser lastimas, y quanto oye confusion; quanto huele, es asqueroso; *quanto gusta, amargo*, y quanto *toca horrible*. *El sueño es dificultoso, la habitacion* obscura, los accidentes (que por menudos no refiero) insufribles; y lo que mas debe ponderarse, es, la falta de libertad.

Hallaronse los dos nobles presos enmedio de estas desdichas el dia siguiente, las quales se continuaron por otros muchos, sin que huviesse nuevas de la temerosa Aminta. En ellos estuvo bueno de su herida Alexandro, y se dispuso mejor de lo que pensaban su negocio, con la falta de Don Enrique, que despues de aver curadose el golpe que recibiò en la cabeza, se ausentò, sin que se supiesse donde. Avia en la carcel otro preso, hombre, al parecer, principal, bien apersonado, y entendido, cuyo nombre era Leandro. Entrabase à la sala donde los dos Cavalleros se recogian à conversacion, de lo qual gustabã mucho; era hombre entretenido, sin ser mordàz, porque infelices gracias son aquellas, que han de hacer à unos llorar, para que otros lleguen à reìr. Entraba siempre diciendo versos jocosos, y agradables de nayres, con que los divertia algunas veces de interiores pesares

Acudiò Alexandro à verlos una tarde, en que tuvo Hipolito ocasion de darle disculpa, y satisfacerle de que su inadvertencia, y el modo que tuvo de sacarle, junto con su silencio, aviendo tenido la culpa de su yerro. Llegò Leandro à conocerle por las nuevas que le avian dado de su valor; y despues de averse correspondido corteses, y tratando de otras cosas, en que no tuvieron corto lugar las razones de estado, pagandose cada uno de las trazas de su juicio, que los ociosos siempre goviernan con facilidad, desde una silla, todas las Monarquias del mundo. Entre la diferencia de materias, que la cõversacion les propuso, vinieron à tratar de la causa, porque Leandro estaba preso; èl se escusaba de decirla, afirmando, que era necessario saber no pequeña parte de su vida, para saber con claridad el fundamento de su prision: Esto que à èl le pareciò escusa para ocultarla, diò à todos mayor deseo de oirla. Viendo, pues, que à tantos ruegos no podia dàr escusa, por cumplirles aquel gusto, entretener aquel rato, y pagarles, aunque fuesse à costa suya, las buenas obras, que avian comenzado à hacerle, y las que pensaban continuar en su aumento, se resolviò à obedecerlos. Llegò à esta ocasion Leonardo, dixeronle, que se sentasse; èl lo hizo puntual, y Leandro *comenzò, diciendo*: Muchos *hombres ay (ò señores!)* con propiedades conformes en todo à la exterior modestia que muestran y muchos, que con la apariencia engañan, dorando entre sus razones lo amargo de sus costumbres, pildoras viles, que digerida con el trato, descubren lo mas oculto de su inclinacion. No soy yo de estos ultimos, y assi tengo conocido el peligro à que me he puesto en referiros mi Patria, mis padres, y parte de los sucessos de mi vida, siendo fuerza averos de tratar verdad, yà por esta condicion mia, y yà porque es cordura tratar à cada uno conforme à su calidad, y principalmente à los nobles, y bien intencionados, sin engaño.

Mi Patria es Andalucia, y en ella la Ciudad de Jaèn, quien me diò la primer cuna: mis padres aunque bien nacidos, comunes. En esto comienzo yà à mostrar que refiero la verdad precisamente, pues que pudiendo hacerme con facilidad de ilustre sangre, no oculto la cortedad de mis principios. Creci hasta edad de diez años con inclinacion traviessa dando en ella tan claras muestras de la que avia de tener quando mayor. Era tan aficionado à los naypes, que nunca nos apartabamos, ellos de mi imaginacion ni yo de su compañia; tal vez me sucediò ponerlos de noche junto à mi pobre cama, y levantarme à jugar sin luz, conmigo mismo tã contento, como si estuviera

ñando. Formaba yo en mi idèa otro, que jugasse conmigo, y un dia (mirad que estraña novedad) pareciendome que el contrario me avia ganado la camisa, me la quitè, y anduve sin ella, hasta que sucediendome otro tanto, la tornè à ganar, y me la puse; tan fuerte como esto era mi imaginacion, y mi inclinacion tan estraña. Mis padres no podian sufrir mis travesuras, ni yo el pesado yugo de mi obediencia, y sus reprehensiones; y assi me determinè à mudar tierra, aunque con las mismas costumbres, que como vàn tan dentro de nosotros, no bastan à hacerlas diferentes la diversidad de los lugares, sino la diferencia de las intenciones.

Lo primero con que encontrè en el camino, fue con una esquadra de Gitanos. Mirad què gente para reducirme, y què alivio para enmendarme. Como era muchacho de razonable brio, y de sazonado despejo, me lleguè à ellos, comenzè à hablarlos con mi natural donayre, y gustaron de que caminasse en su compañia, y los siguiesse. Entre los demàs iba un Gitano de buē cuerpo, y algo mas lucido que los otros: agradòse de verme tan apacible entre ellos, y dixome, que si queria servirle. Yo (à quien comenzaba yà à molestar la hambre) como me diesse de comer, no reparàra en otras circunstancias; antes con facilidad acceptè el concierto, ò por mejor decir, el desconcierto de acompañarlos con tanto peligro de imitar sus costūbres. Iba entre la quadrilla una vieja, que hasta oy no acabo de desengañarme, si era demonio, ò Gitana; porque tan fiero rostro, no parece que podia ser humano. Tenia la frente llena de encontradas arrugas; la cabeza vestida de una sucia toca, y desnuda de cabellos; los ojos tan hundidos, que se avecindaban mas al celebro, que à las cejas; solo tenian bueno, que siempre hacian sombra à sus niñas dos nubes de razonable tamaño; la nariz se avia torcido à un lado como tapia vieja, y las mexillas cansadas de tenerla se le avian hundido horriblemente; en la boca avian quedado tres dientes, tan largos, que no servian mas de apūtalar las encìas, y tan limpios, que yo los tuve por de yerro, y otros los juzgaban de alquimia. La barba era del tamaño de la nariz, y à porfia (puede ser que de verguenza) procuraban que no pareciesse la boca, pues tal vez la vì ofenderse, por demasiado vecinas. Bien sè, que no es possible pintarla con toda verdad; y assi os suplico, que passe este retrato por bosquejo de su estraña, y desigual figura. Empezò à inclinarseme de suerte, que siempre la hallaba junto à mi. Advertid (ò señores!) quan otra comenzò mi fortuna. Llamabame hijo, con una voz tan desconforme, que quisiera mas oìr contra mi la de un trompeta

comenzando à aprender, y siendo mi vecino. Compadecianse ella, y mi amo de verme caminar con tanto trabajo à pie, y segun despues advertì, no era virtud su compassion, sino titulo para coger una mula que vieron en un prado, legua y media de Cordova. Apearonse de unos jumentos, que eran las azemilas de su carruage, y sacando unos cordeles, se repartieron de forma, que juntandose despues poco à poco, se hallò la misera mula en prisiones gitanas: Mas dificultoso de lo que pensaban fue el cogerla, porque tal ligereza de pies para enseñar, que no le faltaban erraduras, no se ha visto jamàs en el bolatin mas diestro. Quando la huvieron cogido, me lleguè à mi amo, y le dixe: Señor, mire v. md. que esta mula podrà hacer falta à su dueño. Y respondieronme: No vès, que es piedad el remediar tu cansancio, calla, que los Gitanos tenemos privilegio para prevenirnos de carruage adonde quiera que llegamos. Si, mas no querria (le dixe yo) que le rubricassen à v. md. en las espaldas, quando su dueño la conozca. Bolvieron à mirar con medio rostro, y tã airado le vì, que si èl huviera cogido la mula para mi, infaliblemente la soltàra. Vino la maldita vieja, sossegòle; nunca èl se sossegàra, pues quando pensò que me hacia buena obra, se hallò *tan vengado de* mi malicia, *como si lo deseàra*. Hizome subir en la alentada mula; mas apenas me sintiò encima, quando empezò à hacer tan ligeras cabriolas que me arrojò en alto, de la misma suerte, que si me mantearà sobre su pellejo. Quedè aturdido y injuriado, aturdido del golpe, injuriado de las de mi amo, q̃ culpaba mi flaqueza, y decia, que me dexaba maltratar de cuitado. Yo le dexè de responder por quexarme de mi dolor, y èl dexò de proseguir por pedir à uno de sus compañeros q̃ le ayudasse à subir, que me queria enseñar à no ser miserable. Bolvia à hacer experiencia de su valor, y con todos mis males no pude tener la risa, viendo que avia tenido el mismo sucesso su aliento, que mi cobardìa, con esta diferencia, que à mi como èl la tenia, no hizo mas de derribarme y à èl, como estaba libre, en sintiẽdole en el suelo, bolviò à ablandarle con los dientes el morcillo de un brazo, de manera, que no pudo moverle en muchos dias Los demàs compañeros llegaron à estorvar el fracaso, mas ella estaba tan deseosa de brazos de Gitanas, que comenzò à querer probarlos todos, con que unos la dexaban, otros la tenian, y todos se guardaban, sin que à este tiempo cessasse el menudo movimiento de los pies, tan à compàs, que retirandose àzia el jumento en que iba la fiera vieja, èl, y ella, todaron à un mismo tiempo sobre mullido de un pantano, de

el pollino pareciò à la vieja, y la vieja se consultò en pollino. Quisieron los Gitanos, rendidos de la indomita condicion de aquel demonio, en forma de mula, dexarla que se fuesse; oyòlo la vieja desde el lodo en que estaba, y escupiendo las inmundicias del legano, les dixo, que era baxeza dexarse vencer tan facilmente. Respondiòla uno de ellos: Pues madre, què hemos de hacer con un demonio? En esto yà salia gateando ella, y dixole: Pues à un demonio, otro, y pusose en pies de suerte, que yo entendì que lo era, segun lo parecia. Limpiòla una Gitana moza, que debia de ser su hija, y llegandose à ellos, con una voz, como si hablàra por mascara, les dixo: Què poco sabeis! Què presto rendìs el discurso en las dificultades, siendo en ellas mayor el credito, que consigue el ingenio, y debiendo quien se precia de agudo buscarlas, para vencerlas! Si este fuera un animal apacible, què se os diera à vosotros? Nada por cierto. Aqui, pues, ha de valer la industria, que no tiene lugar la fuerza. Yo estaba esperando, y todos aora esperareis sin duda, lo que esta vieja intentaba; pues asseguroos quanto puedo, que sino es aconsejada con el demonio, no pudiera prevenir el remedio que pensò, y la traza *que diò para* amansarla. Hizo *que del repuesto* de su hija la traxessen *una bota* de vino, y acudiò al suyo, que le avian sacado de el pantano, y de unas caxetillas tomò ciertos polvos, que jamàs pudo saber de lo que fuessen, y llevando una albornia del vino, los echò en èl, y se los diò à beber ella misma. La mula debia de tener mediana sed, y assi bebiò hasta la ultima gota. Dexaronla estàr assi el rato que bastò para que todos se acomodassen; al cabo del qual dixo, que queria llegar à Cordova en lo mismo que nosotros aviamos temido tanto. Unos, y otros se lo contradecian, mas sin que bastassen persuasiones, se puso en ella, y la verdad es, que no se engañò, porque tal mansedumbre no la he visto en animal en mi vida. Fue, pues, el caso, que con la fuerza de los polvos, se le subiò la del vino al celebro, y la dexò de manera, que por no caer, no se atrevia à levantar los pies; antes cuydadosa se movia tan apriessa, que apenas levantaba la mano, quando para tenerse arrojaba la otra, y desta suerte nos dexaba à todos atràs, siendo ligereza en ellas; lo que era peso en la cabeza. Admirème de vèr semejante caso, apartème de aquella compañia, lleno de temor la primera vez que pude, y por ser cerca lleguè con brevedad à Cordova. En lo poco que los comuniquè advertì en su vida de esta gente fidelidad, por la parte que toca a honor de sus mugeres, determinacion en el deseo, corredad en

animo ; riesgo en la conciencia, peligro en la vida, y por razon de su exercicio, poca seguridad en la honra.

Recogime aquella noche lo mejor que pude, y à la mañana sali con el Alva, que lloraba como yo, no sè si de alegria, lo que puedo afirmar es, que mis lagrimas eran de falta de sustento. Lleguè à la Plaza con intento de acomodar la hambre donde no me diesse tanta molestia, y encontrè un hombre de los de la vista al soslayo, sombrero calado, capa cayda, hierro à un lado, balona grande, ropilla herida en harpon, vigotes criminales, y color poco mas claro que aloque. Dixome si queria, ò buscaba dueño; respondi, que deseaba hallarle; y añadiò: Pues por Christo que ha andado usced venturoso en encontrar conmigo, si es honrado. Aunque era muchacho reparè en el modo; y ponderè las frasis de aquella gente, reventando siempre de adelantada. Llevòme à la casa de una muger de razonable porte, cuyo ajuar no montaba tanto, como lo que valian las cintas del cabello. Tenia el rostro limpio: esto es cosa muy digna de alabanza, y de que lo contrario se tuviesse por afrenta comunmente, si bien estaba adornado de algunos lunares que suele fingir el fuego. Hablando en gerigonza Germanica, que para *mi era lo mismo que* Griego, desembolsò *mi* amo cantidad de quatro reales de vellon, y dexo eleccion de mi ama lo que quer que se traxesse para hacer el a muerzo: ella le dispuso à su volu tad, y yo tomè obediente de u casa de gula algunas tajadas c carnero assado. Echaronme bu na cantidad del liquido saynete quiẽ le dà color el azafran, y fue za la pimienta, para que siend primero lisonja del gusto, sea lu go ocasion de la sed. Advierto co tanta puntualidad esta circunstã cia, porque es muy importante donayre del sucesso. Traxe tam bien los otros accidentes, que su len hacer solemne un almuerzo d aquel estado. Recibida la parte, por tal criado me tocaba, me apa tè à un lado con mas que mode rado contento. En este estado e taban las cosas, quando entrò un muger de repente; arrojò de l ombros un manto, y sin habla palabra, llegò adonde mi ama e taba descuidada; cogiòla con l mano izquierda de los enlazad cabellos, y comenzò con la dere cha à darla algunos moxicone Estaba mi ama fuera de pensar t sucesso, y por el sobresalto, ò por que la recien venida le avia co gido de suerte, que no podia de fenderse, ni sabia lo que le avi sucedido, no cuidaba de la de fensa. Levanteme yo de dond estaba por la novedad del caso, vi que metia de quando en qua do la mano en el malogrado s nete, y acudiendo luego à las

xillas de mi ama, la empringaba todo el rostro de amarillo, diciendo: Este castigo merecen las que son infames. Quando pensè, que avia acabado de vengar tan graciosamente sus zelos (aqui no pude tener, aunque con recato, la risa) vì que cogiò una de las referidas tajadas, y comenzando à mosquearle los carrillos, pareciò, que se los aderezaba de achiote. Bien diferente era el parecer de mi amo à esta sazon, pues en lugar de mi alegria cobrò tanto enojo con la vengativa zelosa, que metiendo mano à la daga, mezclò con lo pagizo de el rostro de mi ama, lo leonado de la sangre, que por una herida de la cabeza hizo que saliesse à la otra. Aqui se comenzò la confusion, y se aumentaron las voces; huyò mi amo; la que estaba herida fue en su seguimiento dando gritos; mi ama se ausentò temerosa de que no la cogiesse la Justicia, y yo me quedè solo mirando de la passada tragedia los infaustos despojos. Veia hecho un mapa la mesa, con diversidad de colores sin proporcion, y sin orden. Aqui estaba salpicada de sangre, alli iluminada de azafràn, y con aguadas de escasa limpieza, parecia en una parte hecho pedazos el plato, trastornadas las copas, y de color de esponja la carne: en otra se veia correr prodigamente el licor de Baco, arrugados los manteles, y derribados los bancos. Lo que me detuve à mirar estas menudencias, me pudò costar grande pesadumbre, pues apenas salì de la infeliz habitaciõ, quando vì venir presuroso à un Alguacil, que entrando con atencion en ella, se admirò de lo que veia, y aun de lo que no veia, pues todo lo que embargò no tenia valor de seis reales; con cuyo exemplo queda averiguado, quan poco luce lo que por mal camino se adquiere, y quan poco medra, quien derramada, y deshonestamente procura suplir con el deleyte las molestias de la necessidad.

Avia oìdo decir grandes excelencias de Madrid, en razon de como ampara à los forasteros, y assi libre de la passada refriega, me partì à hacer experiencia de esta verdad, y mejorar de fortuna. Servì tres años de page à un Ginovès, y otros cinco à un Señor, de donde me salì por cierta herida q̃ dì à otro compañero, sobre zelos: aun allì sabe bolver por sì el amor, sin avergonzarse de causar unos mismos efectos en la mayor desigualdad de estados, y sin correrse de obligar, como al mayor, al mas humilde plebeyo. Finalmente me hicieron dexar tal genero de vida este peligro, y verme hombre crecido, cansado, y sin aumentos. Mudè, para assegurarme mas, el barrio, que en la maquina de la Corte fue, como passarme à otra Provincia. Como los dineros eran pocos, tomè una posada de las de à tres en cama, y acertò à ser

do

le se recogian gran cantidad
nendigos. Las primeras no-
; se estrañaban de hablarme,
quando el conocimiento diò
ıcia à nuestra conversacion,
ertad à su lengua, ni se guar-
ın de mi, ni se escusaban de
assistiesse à sus juntas. Avia
Archipobre, que enseñaba por
auto à los novicios pobretos
modos de plegarias, de que
n de usar, para mover à pie-
los animos. Acostabanse tem-
o por no gastar luz, y cada
iba desde alli diciendo lo que
allegado aquel dia. Entre los
ıàs oì decir à uno, que se lla-
a el miserable: Amigos, el
ido està en su postrer estado,
se acaba, y aunque à los Fie-
o les falta caridad, como no-
os somos tantos, no lucen las
osnas, ni un pobre halla el con-
o que solia. Injustamente pro-
eis, le dixo el Archipobre,
s no ha avido para nosotros
jor tiempo, que el presente;
s si antiguamente nos daban
blanca, oy nos dàn de limos-
un quarto; y tal vez, si nos le
en para dàr un quartillo, deci-
s, que no le tenemos, y nos le
todo entero. Traza es essa,
ondiò el miserable, que mu-
s usamos, y que logramos po-
: mas què quereis que diga, si
odo oy no he llegado mas de
ve reales, una talega de pan,
es *pares de zapatos* viejos, que
o *vendi por cinco*? Prome-
tos, que no suele ser vicio quan-
do yo me quexo. Oia yo todas es-
tas cosas, y pareciendome, que no
debia de ser mal trato este, pues
tanto dinero le parecia tan poco
à un cuitado mendigo, me resolvì
à tenerle, y seguir aquel genero
de vida.

Manifestè à uno de los anti-
guos mi vocacion; y por el amor
que me avia cobrado, le pareciò
mi pensamiento cuerdo, y lo co-
municò con el Archimendrugo.
Recibiòse el parecer de todos, y
conformes me dieron la investi-
dura hasta treinta que avia den-
tro de casa, y algunos que se ha-
llaron forasteros por combidados
à la fiesta. El modo es muy gra-
cioso; y pues no os veo cansados,
porque tenga la novedad lugar en
vuestra admiracion, y veais la cõ-
formidad de aquella gente, pues
no sale del curso de mis sucessos,
os lo referirè, sin olvidar ninguna
circunstancia.

Previnose para la siguiente no-
che lo necessario à la celebridad
de la fiesta; vinieron los combida-
dos, y vistiòse de gala mi padrino;
buscaronse para mi unos viles an-
drajos; pusieronme un paño poco
limpio en la cabeza; ataronme una
pierna con un orillo, en tal dispo-
sicion, que parecia avermela cor-
tado. Dieronme unas muletas en
que afirmasse el cuerpo, y orde-
naronme, que pisasse sobre los de-
dos del pie derecho; hicelo pun-
tual, y disfraceme de suerte, que

circunstantes se admiraban, y aun yo mismo me desconocia. Puseme enmedio de todos, junto al Archimendigo, y despues de estàr todo en silencio, el miserable, à quien estaba este cargo repartido, se levantò, y haciendo una cortesia à los presentes en alta voz, hizo platica, diciendo:

Nobles Ministros de la piedad, y hermanos de la miseria, oy llega à las puertas de nuestra preciosa uncion, el Sellado, este serà entre nosotros su nombre, por aquella señal redonda, que se descubre en su frente. No tengo para que encareceros sus prendas, pues con su vista dà credito à su pobreza. A quien no moverà aquella mano tan lastimosamente enferma? aquella cabeza tan llena de dolores? y aquel pie tan inhumanamẽte cortado? Solamente quiero, para que no falte à mi oracion materia, deciros en lugar de las alabanzas, que vosotros veis en nuestro hermano, los privilegios de que gozais, y las exempciones que teneis, para que prosigais tan acreditada profession, y el Sellado se alegre con la prudente eleccion que ha tenido.

Es privilegio, y exempcion de los mendigos, no aver menester à sastres; pues antes deben andar rotos, y quando mucho, remendados de diferentes colores, y es conveniencia, que sea con hilo blanco, aunque no sea mas varato, que el negro; porque assi se vèn mejor las puntadas, para lo qual se han de dàr grandes, y tales veces se les permite sin necessidad.

Es exempcion, y privilegio andar arrimados à un palo, ò sobre dos muletas, para redimirse de el cansancio, y hallarse en quantas bodas llegan à su noticia; pues con echarse à la puerta sabe, què sazon tuvo la olla, y què manjares sirvieron à la gula.

Es privilegio de la pobreza el que suele darse à la hidalguia; esto es, no estàr preso por deudas, no pagar pechos, ni conocer alcavalas.

Es privilegio no aver menester criado, que quando les sirva, los escuche, y en casa del vecino les venda, y junto con lo que suceda, diga lo que malicioso imagina, ò ignorante sospecha.

Es privilegio de los pobres salir al Sol, quedar como nuestro primer Padre, aunque no en el estado de la inocencia; dormir sin cuidado en el Invierno, y despertar à todas las fiestas del Verano; murmurar, si no les dàn, como si se les debiera por emprestito, y negar lo que deben, como si la deuda fuera agena.

Quien con tales exempciones, y privilegios no tiene nuestro genero de exercicio, ò le ha ignorado de todo punto, ò no es amigo de passar vida descansada, ò holgada. Aqui puso fin à nuestra executoria el miserable, y yo, que ya sabia lo que tenia obligaciõ de ha-

. Dispusieronse todos à to-
quel negocio por suyo, acō-
os hasta la casa donde se ce-
ba là boda, que era pared en-
) en nuestra posada; dilos lu-
que entrassen, dieronmele à
olviesse ; cogì la mas va-
mula, y sin esperar el suces-
ausente, y recogì al primer
que pude, temeroso de una
stad, con que comenzò à
rme castigar el Cielo. Parti
esta Ciudad el dia siguiente,
nas huve entrado en ella,
lo sin darme tiempo para
masse donde acomodarme,
esacomodò un Alguacil en
cel, porque en ella nadie tie-
nodidad. Sabido el caso, por-
e truxo (si bien mas lo atri-
à permission Divina, que
que padezca de esta suerte
l que à aquellos miseros hō-
ice) fue porque la mula que
e la avian hurtado à un hō-
tural de aqui, y cō ella otras
quiere que diga quien me la
ara cobrar lo demàs ; yo lo
or ignorancia, y èl me ha-
ener, pensando que es mali-
mas aviendo tenido en tan
s Cavalleros amparo, lla-
à la desdicha de mi prision,
y deseada fortuna.
tentos estuvieron todos à la
on de Leandro, y en particu-
onardo à quien Don Car-
to: Alegre estoy de que sin
ayais sabido quien tuvo la
que à Alexandro, y à mi nos
atribuyan vuestros zelos. Leonar-
do le diò satisfacion, y prometiò,
que (por interponer su ruego Hi-
polito) harìa soltar en la Aldèa à
aquellos hombres, que aun los te-
nian presos, y que tan ignorantes
avian intentado su daño. Con es-
to pidieron à nuestro noble Cava-
llero que les cumpliesse tambien
el deseo con que merecian saber
sus accidentes. El dixo, que no se
escusaba, sino que lo dilataba has-
ta otro dia, debiò de ser por no
mezclar sucessos graves, y hon-
rosos, con los de Leandro, junta-
mente vergonzosos, y humildes.
Agradecieronle la verdad cō que
les avià tratado ; celebraron el
modo de introducirse à mendigo;
rieron los zelos Cordoveses, y
prometieron hacer breve diligen-
cia de su libertad, y soltura. El les
estimò el ofrecimiento, y añadiò:
Bien sè, que el favor que me ha-
ceis le tiene mi afecto merecido,
y lo que aora quisiera grangear
con la noticia de mi vida, es un
desengaño para quien comienza
à vivir sin rienda en sus deseos, sin
govierno en su persona, y sin atē-
cion en sus costumbres; y para que
en lugar de acreditarlas cō la imi-
tacion, las condene con el escar-
miento; y finalmente, para que si
llegare à noticia de algunos, sepan
guardarse de los engaños, que en
un hombre libre, y astuto suele
fabricar una inclinacion perverti-
da. Al dia siguiente le bolvieron à
juntar los que avian estado antes
pre

presentes al discurso de Leandro, y assi por su curiosidad, como por ser la ocasion tan oportuna, de nuevo rogaron à Hipolito, que manifestasse quien era; èl lo aceptò entonces, y ellos prevenidos de silencio, escucharon que decia:

Es Segovia una de las ilustres Ciudades de la antigua Castilla, sus alabanzas no son de este lugar, y assi las dexo, porque la brevedad no la injurie. Huvo en ella, entre los demàs que la hacen noble, un Cavallero, cuyo apellido ocultarè de industria, puesto que no ha de importar à mi discurso: su nombre era D. Pedro, y su edad estaba en su penultimo termino, ò division, que es la senectud. Tuvo por fruto de su felìz casamiento, con una señora, natural de la misma Ciudad, (llamada Doña Maria) dos hijas, y un hijo. El nombre de la mayor era Antonia, y el de la menor Clara, y el del varon Geronimo. He procurado daros tan al principio relacion de los nombres, para hacer la narracion menos confusa. Eran una, y otra el adorno, la gala, y el credito de toda aquella tierra, en la parte que toca à la hermosura. D. Geronimo, hombre de singulares gracias, de ajustada condicion, de gran verdad, y de mucho valor. Era para detenerse, cuerdo; para arrojarse, atrevido; para amigo, leal; para aconsejar, *prudente; para dàr*, liberal; y para *comunicar, entendido*. Amaba el anciano Don Pedro tiernamente à Doña Clara, su hija menor, ò ya porque el serlo le obligaba, ò ya porque su cordura, apacibilidad, y su hermosura, grangeaban justissimamente tanto amor. Publicaronse à este tiempo unas fiestas que Madrid hacia en demonstracion del contento, con que se esperaba aquella preciosissima Margarita, que vino desde Alemania à enriquecer este Reyno, y adornar el pecho de nuestro tercer Filipo el Piadoso; renombre, que mereciò en veinte y dos años, que durò su Monarquia, y de que tendrà premio (assi lo esperamos, quantos fuimos testigos de su vida) para una eternidad de siglos. No quiso Don Pedro perder ocasion de tanta alegria, porque los nobles entonces tienen mayor regocijo, quando se hallan mas cerca de sus Reyes y naturales señores; porque en su presencia, ò con la sumission se reconocen inferiores, ò con la reverencia, y respeto, mas proximos à obedecer, y servir, que es una de las mas seguras calificaciones de la nobleza. Don Geronimo no se determinò à acompañarle, ò porque le estorvaba alguna causa amorosa, ò porque quiso quedarse en compañia de Doña Antonia su hermana, à quien èl mostraba singular afecto. Esto, assi concertado, se partieron Don Pedro, su querida muger, y Doña Clara su hija. Llegaron à otro dia à la Corte, y en ella à la casa de Don Diego, un hermano de Doña Ma-

de les tenian prevenido cui-
so hospedaje. Supuesto todo
esta parte referido (que qui-
oponer para los sucessos ade-
) digo, que yo naci en Ma-
con algunas obligaciones, en
me pusieron dos viejas pare-
una torre, cierto blason anti-
y un espacioso valle en la mō-
. La hacienda de mis padres
te mediana fortuna, aunque
ecto de sus gastos, por la neces-
autoridad que traian (pensiō,
se advierte con la calidad) siē-
recia corta, y limitada. Diò-
el Cielo una hermana de es-
ada hermosura, y un herma-
e superior ingenio, con que se
ieron gastos, y cuidados à mis
es, pues era fuerza de cuidar
a dote, para darla marido
en todo à nuestra sangre;
de acudir à Don Alonso (que
era el nombre de mi herma-
con puntualidad en mis estu-
Vistas todas estas cosas, y sin-
lome yà con razonable alien-
atè de hacer lo que deben cō
sidad los hombres de mis
das, que es procurar con las
s en la guerra, lo que les nie-
a regalada pereza la siempre
la paz. Consultè este pare-
on mis padres, y agradecidos
s honrados respetos, me dixe-
que supuesto que era el uni-
mayorazgo de su casa, no tenia
cuerda determinacion, que
iesse à parte, donde pudiesse
a de un mosquete quitarme,
cō dos onzas de derretido plomo,
el valor, y la vida, sino que supues-
to lo mucho que un hombre gran-
geaba fuera de su patria, quādo no
sea sino padeciendo trabajos, pa-
ra saber hacer despues estimacion
de los bienes, les parecia, q̃ el via-
ge que yo queria hacer à Flandes,
lo hiciesse à Italia, adonde por la
misma ocasion le avia hecho un
tio mio, y donde le avia sucedido
tan bien, segūn avian sabido por
cartas, que tenia todo quanto avia
pedido su deseo. Preguntèles la
Ciudad en que estaba para verle,
y para que me socorriesse en las
necessidades que me hallasse; mas
aqui tuve una reprehension de mi
padre, muy aspera, diciendo, que
por què avia yo de dàr à entender
à nadie mi pobreza, aunque mas
necessitado estuviesse, supuesto,
que los que professan tener opi-
nion, credito, y honra, antes se de-
xàran morir, que se aventuràran à
pedir al estraño, que se escuse, y al
pariente, que les niegue su ayuda,
su favor, y su amparo? El dia que
os determinaredes, prosiguiò, à
salir de vuestra patria, ha de ser
para venir mejorado, y esto no
por medio de la solicitud agena,
sino del trabajo propio. Ved lo q̃
os estarà mejor, y resolved, ò el ir
para medrar, como hijo mio, ò el
quedaros para vivir, como hastà
aora; si antes os pensaba decir el
nombre del Lugar, donde vive
vuestro tio, aora os le encubrite,
para que no tegais lugar de verle

ni ampararos dèl por mas apretada ocasion que se os ofrezca. Mirad por vos, advertid à quien sois, cuidad de vuestra nobleza, pensad que sois solo; y pues teneis aliẽto para querer dexar vuestros padres, y patria, tenedle tãbien para obedecerlos, y cumplir con las obligaciones de noble. Deste modo me dexò reprehendido, y confuso de aver errado en cosa que pudiesse perjudicar à la entereza de mis respetos, aunque bien mirado, no fue demasiado el yerro; pero tenèmos los que vivimos con ilustre sangre una locura tan estraña, que lo venial de otros, es delito mortal en esta materia. Passò mi determinacion adelante, hicieronme dos vestidos de camino, dieron buena cantidad de escudos para el viage, y con un criado, que despues se me quedò en Barcelona, passè todo el Reyno de Cataluña, y de la otra parte de los Pirineos el de Francia. No quièro detenerme en las circunstancias del camino, por no malogtar este rato, y por llegar à lo mas importante de mis sucessos. Entre otras Ciudades que vi de justo credito, como son Milàn, Alexandria, Florencia, y Mantua; me pareciò ilustre Napoles. Estuve en ella algunos dias, y yendo uno de ellos à comprar ciertas sedas, engañò su imaginacion à la *muger de un* Mercader Florentin; *pues pensò* (descubriendome un amor, que ella decia averme tea

nido, desde que me viò en su yo se lo pagaria en correspo cia, como si el amar de vera fuesse la mas apretada dilig para hallar malos terminos, trato. Embiabame cada dia criada suya, à quien yo dese ñaba por instantes, diciendo su dueño era casada, y que me avia de empeñar con qui fuesse, assi porque no era amig que nadie participasse del que à mi se me tenia, como que no avia ido à enamorarm corresponder à Italia, pues esso mejor estuviera entre galo de mis padres, y el ocio Corte, con quien el amor, ne principio, ò se aumenta. perseveraba en su porfia, y mi resistencia, hasta que can de mis desprecios, se determi hacerme matar: no sè si po otra no llegasse à lo que ell avia podido, ò si porque cal su flaqueza, escarmentada d gunos mozos ignorantes, que ciados de lindos, porque se suma; que enamoran à t dicen no solo lo que hacen, si que ninguna del mundo ima Para esto hablò à su mismo d do, y le dixo, que yo la inquie con villetes, y recados. El Fl tin alabò à su muger de hon y se dispuso à quietarme à m ta la resurreccion universal, que no inquietasse à su m Avia cobrado mi aliento al opinion en la Ciudad, con

trevió à buscarme solo, antes
compañò de quatro, ò cinco
u tierra, y cargados de pre-
:iones, de colera, y enojo, me
ıron cierta tarde à la esqui-
e una calle solo, y pensativo.
artieronse para cogerme por
s partes; embebiòse el uno
a puerta de una casa; metiò
o sin que yo le viesse; llegò
escuido, y me tirò una esto-
ı tan fuerte, que à no estàr
nado à la esquina, cayera en
ıelo sin remedio: O como es
s piadoso! Como sabe librar
inocencia! Pues no obstante
ılpe, metì mano à mi espada,
r aver llegado los demàs, co-
cè à defenderme, y ofender-
Pareciame, que no era posi-
exar de estàr herido, por aver
tan recio el primer golpe, y
levar en el cuerpo defensa:
que no me dexaba atrever à
lo que yo quisiera, temeroso
ıe si salia alguna sangre con
ovimiento, no fuesse en tanta
ıdancia, que con ella me fal-
la vida. En esta disposicion
ıa mi persona, quando llegarō
ıombres, y con bizarro valor
sieron à mi lado: quando sen-
e favor cobrè esfuerzo, y ade-
ındome un poco, dì una es-
da al que primero avia llega-
con que cayò en el suelo mal
do, y los demàs huyeron ba-
ente. Retirème con los que
vian dado ayuda; tuve lugar
...erlos, y de quedàr siem-
pre por esclavo del señor Ale-
xandro, y de Don Carlos, los qua-
les, viendo la ventaja de mis con-
trarios, se pusieron (llevados de
superior impulso) en mi defensa.
Atrevome à hablar de esta suerte,
por estàr yo en aquella parte in-
culpable, y porque se avia comen-
zado à manifestàr, que Dios mi-
lagrosamente me avia librado, en
aquel tiempo de mirarme, si te-
nia alguna herida, hallamos, que
la punta de la espada avia topado
en uno de los hierros de mi preti-
na, y alli se avia detenido sin pas-
sar à hacerme daño. Ellos se qui-
sieron ausentar para venir à Es-
paña, y yo quedarme para tomar
venganza de mis contrarios. Par-
tieronse, y hallème tan reconoci-
do à este beneficio, que ninguna
dificultad lo podrà parecer en mi
para servirlos, todo el tiempo que
viviere. Estimaronlo Alexandro,
y Don Carlos, y Hipolito prosi-
guiò en sus fortunas.

Dos meses estuve escondido pa-
ra efectuar mi intento, en que su-
pe la causa de averme querido
matar, y en q̃ no tuve efecto, por-
que mudando de parecer, quise
mas perdonar la injuria prudēte,
que tomar venganza atrevido. Al
cabo de ellos recibì un pliego de
mi hermano, en que me avisaba
de la muerte de un pariēte de mi
padre, por quien me venia un ri-
co mayorazgo. Admirème del
lenguage, pareciendome q̃ mien-
tras viviesse mi padre, èl avia de

 ser

ſer quien le heredaſſe; y de aqui comencè à tener ſoſpechas de ſu muerte. Puſeme al punto en camino, y quando lleguè à Madrid me deſengañè de que no avia ſido vana mi preſumpcion. A eſtas penas ſe añadieron el aver tambien faltado, ocho dias antes que llegaſſe, mi querida madre; ſiguiẽdo, como en la vida, en la muerte à ſu conſorte. Cubiertos mis hermanos, y yo de luto, celebramos con llanto ſus exequias muchos dias. Mejoròſe nueſtra nobleza con el heredado mayorazgo, y procurèla mas credito con el lucimiento. Yà me parece que os veo eſtrañar eſte lenguage, mas no os admire que diga, que mi noblèza ſe mejorò; porque ſi la riqueza es baſtante à darla à quien no la tiene, mejor podrà mejorarla en quien la tenga: demàs, que ſi la nobleza no es otra coſa, que unos merecimientos heredados, que tienen ſu principio en la eſtimacion de los hombres, la mas conocida ſerà mayor, porque ſerà mas eſtimada. Supueſto, pues, que no ay medio para darla à conocer, como la riqueza, no es mucho que diga yo, que con el oro ſe mejora. Finalmente, comencè à lucir, y el que antes ſe guardaba vergonzoſo, yà ſe manifeſtaba bizarro. Preguntaban algunos, viendo los criados, *y libreas*, quien era, como ſi fue*ra foraſtero*, y no ſe engañaban, *porque entonces* viene un hom-

bre, que tiene, y entonces
que luce. O miſeria humar
què vil precio has reducido
timacion! No conoces mas q
oro, ni reparas en mas de el q
tiene. Ultimamente, antigu
la Corte, porque nacido en e
recien venido, porque recie
redado comencè à frequ
los exercicios de cavalleria
que dieſtro, fuerte, y alentad
vez me aventajaba à mis ig
y tal à ninguno por ſuperio
conocia. Era eſte el tiemp
que, como dixe, ſe ofrecia la
ſion de celebrar la entrada
Sereniſsima Reyna de E
Doña Margarita. Cupome
na parte del regocijo, que (p
tan grande la ganancia) fu
tamente comun, y aſsi olv
del luto, veſtì galas, y ador
quanto era neceſſario à mi
ſona. Vivia Don Diego, el
Doña Clara, en la miſma
que yo tenia mi familia, poc
viado de ella. Don Pedro av
nido à las fieſtas, y la avi
do, como tambien referì, en
pañia de Doña Maria ſu m
Ordenò, pues, mi eſtrella, c
ſalir de la puerta de ſu caſa
ſe de Doña Clara la herm
Aqui tuvieron principio los
digios de mi vida, y las no
des, que podràn teneros ur
divertidos, en la diverſion a
rados, y con la admiracio
ma confuſos: ſi dexando
cuidados dais todo el oi

bras; y toda la atencion à mis
:ſſos.
.l amor he penſado yo, que no
tra coſa , que una coſtum-
de los ojos , fundada en cierta
ıral correſpondencia , à noſo-
oculta. Eſto infiero , de que
la auſencia ſe enfria , y con la
:inuacion ſe aumenta. En mi
ıion , ſi un hombre no ſe co-
: aborrecido , la mayor dili-
:ia que puede hacer para lle-
à ſer amado, es ponerſe adon-
iſto muchas veces , la comu-
cion deſcubra los quilates de
ırreſpondencia , que antes eſ-
eſcondida : y al contrario,
n ſe quiſiere vèr libre de eſtas
eſtias , pienſe, que con guar-
e ſe aparta , y con no vèr, deſ-
tumbrando los ojos de lo que
a la voluntad , ella ſe olvida
mente , y ellos ſe eſcuſan las
ıs que con el amor reciben.
:è yo (que no tenia conocidas
ı juego aqueſtas fullerìas) de
ì Doña Clara , de ſeguir ſus
ıs, y ſervirla. Hicelo aſsi con
ado , porque amor ſabe ſer
diligente à los principios,
cuerdo en los medios, y muy
ente en los fines. Quien no
un amante quando comien-
Què cuydadoſo viſita , què
ual ſirve , què deſvelado an-
què cortès ſe acredita , què
do habla , què galàn ſe viſte,
limpio ſe adorna , què liberal
gea , y que vigilante aſsiſte.
Què es verle deſpues de queri-
do , andar deſcuydado en lo que
promete , ſatisfecho en lo que diſ-
curre , contento en lo que poſſee,
zeloſo en lo que ama , y apaci-
ble en quanto ſe ofrece ? Ultima-
mente , deſpues que vè llegar à
amor ſu fin(que quanto en huma-
no, por fuerza ha de tenerle) què
prudente ſe mueſtra , què recata-
do repara , què honeſto ſe diſcul-
pa, què elado ſe mueſtra, y que eſ-
caſo ſe comunica ; ſin atender à
que el enfado es quien le hace
ſer eſcrupuloſo , y ſin acordarſe
dèl deſenfado , que le hizo pare-
cer libre. Claro eſtà , que quien
ſe hallaba en el primer eſtado,
avia de tener ſus propiedades , y
que ſerìa cuydadoſo, puntual, cor-
tès, galàn , cuerdo , limpio , libe-
ral , vigilante , y liſongero. Con
tantas prevenciones (dixo Don
Carlos) yà me parece que veo
rendida à Doña Clara , y à vos
en el ſegundo eſtado de eſſe aran-
cèl de amor. No os engañais(reſ-
pondiò Hipolito) y aſsi, ſupueſ-
to , que no os canſeis , preſto me
vereis en èl , ſin que me pudieſ-
ſe vèr jamàs en ultimo ; bol-
viò Don Carlos à eſcucharle , y
èl proſiguiò ſu diſcurſo, diciendo:
Puſe algunos medios , para que
ſupieſſe mi deſvelo , y moſtrò-
ſe , ſi bien con recato, apacible;
porque univerſalmente hablan-
do, ſin limitar à nadie eſta doctri-
na , à ninguna le peſa de ſer que-

rida , y todas se huelgan de que se lo manifiesten : por esto suelo yo decir , que à la que le pesa , no es de oir , que la quieren , sino de temer , que podràn nacer de aqui algunos inconvenientes. No continuaba sus rexas à cavallo , ni acompañado de pajes , porque los cavallos llevan instrumentos en las plantas , que publican los deseos de sus dueños , y esso es mas tener amor hypocrita, q̃ prudente. Guardabame de los criados , porque en tales ocasiones siempre parece mejor el que los dexa , y escusa testigos , que primero le sigan , luego le murmuren , y finalmente le descubran; pues aunque mas cuerdos sean, porque los demàs entiendan , que son capaces de superiores secretos, y que sus amos les fian, los dicen , à quien despues los publica. Con estas advertencias , que amor que no las tiene , es sospechoso de ignorancia , iba continuando el mio , y el que en Doña Clara nacìa : porque gustassen sus huespedes de todos los regalos, con que Madrid tiene credito de apacible , los tratò de llevar Don Diego cierto dia à una huerta, y jardin , que posseìa un noble amigo suyo. Entre las demàs prevenciones que llevaban , no se le olvidaron los musicos. Supimos à quien tenian prevenidos, con que no fue dificultoso hacer , que *llevassen cōsigo* à un criado mio, *de excelente voz* , y singular destreza en aquel exercicio. In[...] mòse luego mi cuidado del [...] din adonde se disponìan à pa[...] la tarde , y aquella misma ma[...] ña me adelantè , hablè à la pe[...] na que assistìa à cultivarle , [...] manifestè lo que me import[...] sustituirme aquel dia en el ofi[...] Dìle no sè què cantidad de[...] les (que nunca de lo que doy [...] acuerdo , por no ocasionar[...] traér à nadie à la memoria el [...] neficio , y tener en la repetic[...] inutil paga) y con ellos neg[...] quanto avia deseado. Disfrac[...] con un vestido humilde , y es[...] con esta transformacion la v[...] da de mi dueño, y sus padres. [...] liòme sin duda la mudāza del [...] ge, pues me desconociò mi fo[...] na , y quiso concederme jard[...] ro, lo que por Hipolito, por a[...] te, y por noble no avia merec[...] Llegòse el plazo de mi dich[...] llegaron con Doña Clara , y [...] padres Don Diego , mi criad[...] los musicos. Hablaronme e[...] den à que permitiesse que en[...] se à gozar de las flores, puesto [...] traìan permision de su princ[...] dueño. Yo les respondì con la [...] tesia q̃ merecian semejantes [...] sonas, y el agrado que se debe [...] sumir en quien estaba desea[...] su ruego. Mirabame Doña C[...] atentamēte, y en el rostro acr[...] taba lo q̃ en el trage descon[...] Si yo ponia alegre los ojos en [...] quitaba de mi al punto los su[...] tal vez me reprimia en mira[...]

que ella no lo dexasse, y tal llevado de el amor, hacia naturalmente lo que el mismo deseo me impedia. Hablaba yo à sus padres con desenfado, mostrabales las fuentes agradable, de todo lo qual se apartaba temerosa; porque à los principiantes en la ciencia de amor, les parece que todos les conocen la voluntad, y assi se guardan de comunicar à quien comiençan à querer. Quando mi pensamiento reconocia estos efectos, me alegraba con su recato, y yo quedaba consolado enmedio de su mayor encogimiento. Mandò Don Diego à los musicos, que cantassen, que obedecieron con gusto; y despues de aver lisongeado à las aves, enmudecido à las fuentes, y alegrado à las flores, dexaron que mi criado cantasse solo: echò el resto de su destreza, y haciendolos dulces, y suaves, cantò estos versos, que yo avia hecho, à proposito de aver visto pocos dias antes à Doña Clara, con la misma compañia que aora, aunque con diferente ocasion, descalza en Manzanares.

Por margenes de esmeraldas
Tan quedo và Manzanares,
Que quando los pies les besa,
Aun no los sienten los sauces.
Pero una tarde su curso,
Porque à Cloris no faltasse
Cristal, que fuesse su espejo,
Y retratasse su imagen.
Bien parece cortesano,
Pues lisongero, y amante,
Siempre la tratò de hermosa,
Que llegò en èl à mirarse.
De parecer lisongero
Disculpas Cloris le trae
En su belleza, si pueden
Ser lisonjas las verdades.
Tan alegre està de verla,
Que mudò esta vez el trage;
Y a su lecho de esmeraldas
Quiso vestir de diamantes.
Sino es, que viendo que Cloris
Pisaba su hermosa margen,
Por hacer nacar sus pies,
Hizo perlas sus cristales.
Si de humilde tiene el nombre,
Por besar los pies à un Angel,
Quien avrà que no sea humilde,
Si no quiere ser cobarde?
Alegre pagaba en risa
El aplauso à sus donayres;
Tales son ellos en Cloris,
O en èl tan cuerdo el lenguage.
Sol la llamò muchas veces,
Y el Sol de vèr injuriarse,
Con los desprecios de un rio
Hizo mas breve la tarde:
Lleguème, y sentì, que dixo:
Como este Sol no se aparte,
Siendo su ecliptica yo,
Què importa que tu me faltes?
Ausentòse Cloris luego,
Y entre mudas soledades
Corriò lagrimas el rio
Por su rostro venerable.
Llamèla con voces mudas,
Y el rumor, que poco antes
Manifestò su alegria,
La publicò sus pesares.
Advertì entre sus tristezas
Un desengaño importante,

Pues dixo: Què bien ha avido,
Que de otra suerte se acabe?
Amaneciò brevemente,
Y queriendo el Sol vengarse
De las passadas injurias,
Bebiò en vapor sus cristales.
Manzanares desde entonces,
Para que Cloris se alabe,
Vive alegre de ser pobre,
Y padece por constante.

Apartème un poco para coger algunas flores que llevarlos, y alentada Doña Clara con la licencia del lugar, y disfràz de mi persona, haciendo justo titulo el querer tambien cogerlas, se llegò à mi, para que pudiesse (aunque brevemente) darla noticia del estado en que me tenia su amor, y à saber el suyo. Agradeciòme la traza, si bien me riñò el peligro de averme puesto donde su madre me viesse, pues aunque el habito me ocultaba, con todo esso, si despues reparasse en averme visto en aquel habito, podia tener sospechas. No me pesò de vèr à mi dueño tan cuidadosa de encubrir nuestro amor, porque advertì, q̃ comenzaba à importarle, y sin dexar passar la ocasion, la roguè, que procurasse que nos viessemos donde la manifestasse mi sentimiento, sin tanto sobresalto. Ella lo prometiò, y de avisarme el medio que avia de tener, con que se me duplicò el regocijo. Preguntèla, què la avia parecido de los versos? Y respõdiòme de esta suerte: *Los versos me parecieron biẽ;* la voz muy excelente, y solo me pareciò mal, que vos seais de los que enamoran con gracias agenas. Con esto me dexò, sin que pudiesse replicarla, pensando quãta razon tenia, y quanta necedad es para galantear dàr musicas, si son agenas las voces, ò escrivir versos, si es diferente el Poeta; pues aquello no es mostrar proprias prendas, sino hacer obstentacion de que tiene amigos que las tengan, à los quales quien duda, que avrà alguna vez acontecido traerlos para que canten, y ser despues quien logre la correspondencia, y coxa el fruto que el necio que los traxo deseaba, teniendo ellas la disculpa que Doña Clara diò, si bien no con la misma intencion, seguridad, y inocencia? Advertido de lo que debia hacer, pedì à uno de los musicos el instrumento, y tocandole con alguna satisfacion mia, y admiracion de todos, por desdecir tanto aquella destreza de mi trage, cantè este romance, que avia hecho, pintando las prendas de la misma Doña Clara, disfrazada con el nombre de Cloris.

Pastores de Manzanares,
Que entre cantos, y tomillos
Pisais pebetes de flores,
Sobre el ambar de los riscos:
Los exercitos de ovejas
Recoged, llamad con silvos,
Mirad que entraràn à saco,
Toda la plata del rio:
Venid a mirar de Cloris

Corto cuerpo, mucho brio,
Que graves, y hermosos ojos,
Yà los confessàis rendidos.
Venid à vèr de su rostro
Breve espacio, noble hechizo,
Yà que sabeis que su boca
Es un clavel dividido.
Venid à vèr sus mexillas,
Carmin rojo, marfil liso,
Yà que amor para sus dientes
Perlas ensartò en dos hilos.
Venid à vèr de su cuello
Lecho blanco, cristal limpio,
Yà que se anegan los ombros
En el oro de sus rizos.
Venid à dàr de sus manos
Fiel noticia, sabio indicio;
Pues la hizo el Cielo nieve,
Y las bordò de zafiros.
Vereis de passo mi amor,
Yà repetido, yà escrito;
Y que à ser papel los troncos,
Fuera cada sauce un libro.
Podreis aprender en èl,
Yà finezas, yà prodigios,
Que para saber amar
Dà preceptos, aunque es niño.
Yo soy un noble Pastor,
Que obligado, y persuadido,
Mil siglos estuve ausente,
Que la ausencia todo es siglos.
No os acordareis de mi,
Que siempre hallè, siẽpre he visto,
Que ay olvido sin ausencia,
Mas no ausencia, sin olvido.
Yo soy quien de amores muere,
Pastores, zagales mios,
Quien es Cloris, y quien soy,
En esto poco os he dicho.

A la admiracion, que como dixe, tuvieron de verme tocar el instrumento, añadiò no pocos grados la voz; y assi à un mismo tiempo tuvieron lugar de alabarme, y entretenerse. Puesto fin à una regalada, y abundante merienda, y venidas las pardas sombras de la p[illegible]ada noche, se bolvieron todos à su casa, y yo despues de aver ofrecido al jardinero mi favor, en quanto quisiesse valerse dèl, me partì en su seguimiento, vestido de las galas que primero adornaban mi persona, y desnudo de los toscos vestidos. Alcancèlos con brevedad (que buela mucho el deseo) y fuime luego al passo de su coche. La obscuridad no era tanta, que Doña Clara dexasse de conocerme, y estimar todas estas finezas: mas como pocas veces ay gusto humano, sin sobresalto, ni alegria, que no trayga consigo mil pesares, tãpoco le faltò este acibar à la nuestra. Fue el caso, que dando el tiempo ocasion, y el campo lugar, para que nuestros criados se burlassen con los de otro coche, que por ir mas presuroso nos avia alcanzado; travaron una pesadumbre con ellos, y apeandose neciamente; (porque en tales ocasiones las burlas no injurian, ni las injurias ofenden) metieron mano à las espadas, y comenzaron à tirarlos fieramente. A[illegible] es hijo de Marte, y aunque tan delicioso regala, tal animoso pelea. Yo le tenia entonces à [illegible]

querido dueño, y èl estaba presente; què mucho, que un hombre de mis obligaciones anduviesse animoso? Prometoos (ò amigos!) que (hablando con la modestia, que debe tener un hombre cuerdo, quando dice de sì algo, que merece alabanza) en mi vida he andado tan ayroso; y q à aver hecho otro lo q hice, le embidiàra el aliento, y le agradeciera el valor. Saltè ligero de un cavallo en que iba; hallè à dos de los nuestros mal heridos, y à los demàs retirandose cobardes: mas puesto en su defensa, à pocas cuchilladas los dexè vengados, y à los necios contrarios arrepentidos; pues por aver herido al uno, los demàs se ausentaron presurosos. No me espanto de esta accion, porque como despues supe, sobre comunes, eran hombres viles. Apearonse mientras yo andaba en la refriega Don Pedro, y D. Diego, y dexaron solas à Doña Maria, y Doña Clara, la qual, viendo que me avia apeado, comenzò à tener tal inquietud, que avia menester su madre mas cuidado para sossegarla, que para atender al sucesso. Acabada, pues, la pendencia, truxe yo una luz, que por ser el jardin cerca del rio, no fue dificultoso hallarla en un molino. Llegamos al coche con los heridos de nuestra parte, y como para traer... dicha arrimadose à mi el uno, y me la herida en la cabeza, pudo ensangrentarme alguna parte del rostro. Descubrimos el daño para vèr si era notable, y pareciònos que no podia ser mucho; mas como Doña Clara cuydaba mas de mi, q de los otros; viendo en mi la agena sangre, advirtiò à su madre, de que yo tambien estaba herido. Quiso la noble señora, piadosa, y agradecida satisfacerse. Reparò atentamente, y conociò (aunque en diverso trage) que sin duda era el que avia tenido aquella tarde titulo de jardinero, y de aqui comenzò à sospechar, que todas aquellas estratagemas, y disfrazes los causaba el amor de su hija. Callò prudentemente estos recelos y agradeciòme el aver favorecido à los suyos. Doña Clara, satisfecha de que no estaba herido, se sossegò. Yo me despedì, y todos prosiguieron su camino.

Dentro de algunos dias se celebraron las prevenidas fiestas, y dentro de muy pocos se acabarō, dando à todos un claro desengaño, de quan limitadamente llenan el vacìo del deseo las alegrias de el mundo; y manifestando, que despues de acabadas no son mas que unos indicios, que nos advierten, en lo poco que son, lo mucho que esperamos. Partieronse luego Doña Clara, y sus padres, para bolver à su Patria Segovia. Partì yo tambien en su seguimiento, acabando assi de confirmar en su madre las passadas sospechas. En el camino tuve lugar de verla algunas veces, aunque ninguna de hablarla, por su modestia, el cuydado de

Maria, y mi recato. A seis de Madrid encontraron 'allero de linda disposicion, l se detuvo à hablar con de suerte, que pude yo lle- ae los seguia à buen trecho) que Doña Clara le respon- radable. Comencè à sentir e averle visto; y aunque la a delante de sus padres, dô- podria aver cosa que perju- : à mi amor, mi misma ima- on sacaba de aquella fami- id mayor daño, quando me nia, q aquel seria algun ga- ie tuviesse tratado con ellos miento de su hija, y que esta causa de que todos le reci- a tan apacibles. Finalmente, hacia el perjuicio à mi mis- temiendo los males, de ma- os imaginaba, que pudo pa- que los apetecia. O, si un ze- udiera apartarse, yà que no 'oluntad, de su imaginacion! : penas se escusàra, y de què ntos careciera ! No fue- y dificultoso hacer que ces- n mi esta passion, si alguna egàra à mi memoria, que ser su hermano, de quien Clara me avia dado noti- ciendo, que se avia quedado iarda de la familia: mas por- o tuviesse este consuelo, sié- : faltò esta presumpcion à ior, y à mi esperanza. Lle- una pequeña venta, que al- l elado Gigante Guadarra- dò primero la piedad, y aora conserva el interès. Apeème para esperarlos, con titulo de dar alguna refaccion à la naturaleza, y brevemente passaron, aunque yà sin la causa de mi passado des- assossiego. Consolème en su au- sencia, y advertido tal vez, daba los ojos à mi dueño, y tal diverti- do entre las pequeñas matas, ace- chaba la vida de algun descuida- do pajarillo, para quitarsela à ri- gor de una tronadora escopeta. Grangeaba, herido de los acicates, mi velòz cavallo la distancia del camino, que yo por detenerme avia perdido, y hallaba à Doña Cla- ra desdeñosa. Mirabame con eno- jo, y parece, que con la vista me decia: Què te hà hecho, Hipolito, las aves, que tanto daño las pro- curas? Dexa, dexalas la vida, que sola yo la quiero vèr perdida à tus manos. Otras vezes apartaba de mi los ojos triste, y decia yo: Quan justamente llega su castigo, à quiē no sabe estimar el bien; y quan sa- biamente huye la fortuna de aquel, que entre el bien sabe oca- siones de su mismo mal.

Con estas diversiones mias, y enojos suyos, llegamos à la nobi- lissima Ciudad, que era objeto de nuestro viaje; primer cuna del due- ño de mi alegria. Detuveme al en- trar en ella, y mandè al Secreta- rio de estos amores, y criado mio, (que se llamaba Beltràn) que fues- se en su seguimiento, y supiesse la calle, y casa en que vivian. El lo hizo leal, y cuydadosamente;

yo le agradecì la diligencia, y pũtualidad; porque quando los señores hallan criados cuerdos, diligentes, y secretos, no solo los deben estimar, y querer, sino agradecer, y premiar, procurando conservarlos, con atencion, à que supuesto, que no es possible passar sin ellos, es gran felicidad hallarlos medidos al gusto, y conforme à la inclinacion. Tomamos una posada, y recogidos, me puse à pẽsar, si seria possible hablar à Doña Clara aquella noche: mas viendo, que aunque tuviesse lugar, no se le avia de dàr el cansancio del camino, me determinè à no salir por entonces. Los sucessos que hicieron à este amor prodigioso, proseguirè reconocido el gusto con que me escuchais, si aora oìs estos versos, que cansado de no poder dormir, pidiendo una luz, me puse à hacer aquella misma noche, en memoria de aver visto à mi prenda entre las flores del referido jardin.

Saliò Cloris una tarde
De las del risueño Abril;
Mas quien es flor, como pudo
Menos, que en Abril salir?
Saliò à dàr con sus favores
Presunciones à un jardin,
Llevando en labios, y frente,
Yà el clavèl, yà el aleli.
Dichosa es la flor, que sabe
Reconocerse, y rendir
Su hermosura, pues grangea
Nombre de discreta assi.
Quiso necia la azucena
con sus manos competir;
Mas tratòla de grossera
El cortesano jazmin.
Yo vì atravesarse una rosa
A sus labios de carmin,
Mas aunque la vì atrevida;
Tambien vencida la vì.
Iba à nacer otra luego,
Y viendo el caso infeliz
De su hermana, se detuvo;
Y no se atreviò à salir.
Lleguème junto à un Narciso,
Y casi decirle oì,
Yo muero de aquesta vez,
No amante, afrentado sì.
Tal fue de un lirio el temor,
Si yà no fue embidia vil,
Que estando primero alegre;
cuerdo se dexò morir.
Quiso espaciarse el clavel,
Saliò, y yendole à advertir;
Que estaba Cloris presente,
De verguenza fue rubì.
Quien hasta las flores sabe
Enamorar, y rendir,
No os admireis, (ò zagales!)
Que me aya rendido à mi.

Para hacer mas claro este discurso, y los accidentes de mi amor, aveis de suponer al principio, lo que yo despues de varios lances supe; y es, que el Cavallero que hablò à Doña Clara, y à sus padres en el camino, quando yo tuve aquellos necios recelos, era Don Geronymo su hijo, y hermano de mi dueño, el qual llegò en Madrid à la casa de Don Diego su tio, y como la mia estaba tan propinqua à ella, la misma ve-

l, que en mi fue ccasion de
iores de su hermana, lo fue
para que se enamorasse de
. Quando en la verdad de
iso, veo la possibilidad de
ulosas imaginaciones, q̃ de
os libros escucho, las alabo;
l vez las doy credito, quedo
pa lo justamente. Alabolas,
e aun no aviendo sido, son
magen de lo que pudo ser;
emplar de los riesgos à que
ie un amor, ò yà honesto, ò
civo; un despertador de
a inadvertencia para los pe-
; y un diseño para la imita-
e las virtudes; porque quien
e quando se pone à oirlas, no
nga el gusto para saberlas, y
untad para elegir imitable,
rrecer lo formidable, y in-
? Por esto digo, que las ala-
or la verdad destos sucessos
, tengo disculpa en dàr cre-
los agenos. No se descui-
D. Geronymo en solicitar à
Ana (este era de mi her-
el nombre) parece que por
itarse de las diligencias que
cia por la suya. Siempre es-
ios el uno, y otro ignorantes
iestras pretensiones, si bien
à se iba dilatando mas de lo
o quisierà, à causa de que
su madre, en las passadas
nes, se avia satisfecho de
, guardaba con gran cuida-
Doña Clara. Don Gerony-
nia (como despues vereis)
or estado su amor; y assi ol-
vidado de su patria, el que antes
avia ido por solo un mes, se estuvo
quince: mas què me admiro, si
me sucedia à mi lo propio, sino
con menos causa (pues merecia
mi dueño esta fineza) con menos
premio à mis desvelos justos? Na-
da de esto sabia Don Alonso, por
estàr en la Universidad de Alcalà
estudiando, que à saberlo, era tal
su condicion, que sin atender
mas que à su venganza, la tomàra
de Doña Ana, de Don Gerony-
mo, y de todos quantos procurà-
ran impedirsela. Al cabo de este
tiempo le embiò à llamar Don
Pedro su padre, para que con su
presencia cessassen algunas in-
quietudes, que en Doña Clara se
avian advertido, en orden à cor-
responder à mi amor, si bien, nin-
guno sabia, que yo fuesse quien la
galanteaba, y servia, por no me
aver dexado vèr en la Ciudad de
dia, pareciendome, que un foraste-
ro galàn, que assiste muchos dias
en lugares adonde faltan las dis-
culpas de la Corte, es notado de
todos. Salia de noche, veia los bal-
cones, y rexas de mi dama, habla-
bala si avia ocasion, y sino bolvia
con el Aurora à mi posada.

Esta prevencion de no ser co-
nocido, me fue despues de no po-
ca importancia; y sucediò, que
obediente à su padre entrò Don
Geronymo en Segovia, tan tarde,
que por no alborotar su casa à ta-
les horas, le pareciò conveniencia
cia apearse en otra de un amigo

ſuyo. Aunque ſegun yo he entendido, eſta diligencia debiò de ſer para que con la noticia de ſu venida, no ſe guardaſſe ſu hermana, deſeoſo de averiguar ſi era verdad lo que avia ſu padre eſcrito, y en caſo que lo fueſſe, con animo de vengarſe, de quien le intentaba ſu deshonra. Digo, que eſto es preſuncion mia, fundada en lo que entonces hizo, que fue ſalirſe de donde ſe avia apeado, y irſe à reconocer los umbrales de ſu noble caſa. Hallòme cogiendo el fruto de mis deſvelos en los favores que mi prenda podia hacerme, deſde una pequeña rexa; aſsi porque no la permitia mas ſu recato, como porque ni aun queria mas mi amor, viendo que lo primero que un hombre ha de querer, es lo que à quien eſtima no le puede eſtàr mal, que en mi opinion, eſſo es amar, y lo demàs es aborrecer. O ſino, digame el mas entendido amante, què es lo que quita à una muger, quando procura tener de ella prendas mayores? Fuerza es que me reſponda, que el honor, que es la mas precioſa joya de ſu perſona. Pues ſi eſto es aſsi, ſi la quita el honor, què mas pudiera hacer un enemigo? Digaſe, pues, que aborrece, no que ama, quien hace obras quando ama, como ſi aborrecieſſe. Finalmente, viendo Don Geronymo, que un hombre eſtaba arrimado à una rexa de ſu caſa, y que pues le hablaban deſde adentro, eran ciertas las ſoſpechas de ſu padre, y ſu deshonra, ſin hacer mas informacion en eſta cauſa, ſe dexò llevar de ſu enojo, y metiò mano al azero para ofenderme. Què poco ſe vale de la prudencia quien preſto ſe determina! Què facilmente yerra quien no ſe vale del diſcurſo en lo que emprehende! Y què deslumbrado ſe arroja quien dà todas las acciones al apetito, ſin conſultar nada con la razon! Quiſiera yo preguntar en aquella ocaſion à Don Geronymo, ò à otro qualquiera que ſe hallaſſe en aprieto ſemejante; como no ſe acuerdan de lo que hacen, para diſculpar lo que miran? Mas reſponderànme con la miſma pregunta, y diràn, que porque no ſe acuerdan de ſus propios yerros, no hallan para los agenos diſculpa, pues à tener memoria de ellos, viendo lo mal que les eſtá la pèrdida de ſu honor, à nadie ſe atrevieran à quitarle. Venia Don Geronymo de hacer que padecieſſe el mio en Madrid, y muy eſcrupuloſo lleguè à recuperar el ſuyo en Segovia: mas no le ſucediò como penſaba, pues apenas vì, que con la eſpada deſnuda ſe me acercaba un hombre, quando ſaquè la mia para defenderme. Puſoſeme en la imaginacion, que ſeria algun galan, que embidioſo intentaba quitarme la gloria de mi amor, y alentado con eſta preſuncion, ſin que paſſaſſe mucho tiempo, ſe pudo aver arrepentido

de aver intentado mi daño, recibiendole tan grande con dos estocadas, que cayò en el suelo, pidiendo confession, y ayuda. Al ruido de las armas sentì, que comenzaba à inquietarse la vecindad; y assi fue necessario, que me apartasse entonces de la calle, y con el Alva de Segovia.

Aquel mismo dia (aunque tarde) entramos yo, y Beltran en Madrid. Encarguèle los cavallos, para que los llevasse à una posada, ò porque al tiempo de llegar à mi casa, no se sintiesse el ruido, ò porque si despues huviesse indicios, de que era yo quien avia muerto aquel hombre, aviendo oìdo, que lleguè aquella noche, no se confirmasse el delito. Fuime por esta causa solo, y à pie, hasta la casa de mis padres, donde Doña Ana assistia, y en mi opinion guardaba la suya, y me esperaba. Mas al tiempo de llamar à la puerta, vì que la abrieron un poco, y me decian: Señor Don Geronymo, reciba esta prenda, y cuidad de ella, que bien tendrèmos que hacer nosotras en el reparo de su madre. Yo, sin saber lo que me sucedia, ni bien satisfecho de lo que me encomendaban, ni bien dudoso de lo que pudiera temer, hasta dàr mejor informacion à mi deseo, cogì lo que pensaba entregar à Don Geronymo (aunque no sabia quien fuesse) y esperè à que Beltran llegasse. Dixele lo que passaba, y por su consejo nos fuimos aquella noche à la posada, donde èl dexaba los cavallos. Pidiò una sala, traxo una luz, descubrimos lo que me avian entregado, y vimos un hermoso niño, que mal embuelto (culpa de la turbacion de los que assistian à su madre) con el llanto publicaba nuestra miseria, y con la poca limpieza, que era recien nacido. Traìa entre las emboltura un papel: leìle curioso, y con lengua muda me manifestò todo el sucesso: passele tantas veces, que se me quedò en la memoria, y advertì, que decia.

Todo nos sucede felizmente pues yà cessaràn los temores, con que Doña Ana mi señora vivia en ausencia de Hipolito, y de Don Alonso sus hermanos, recelando que qualquiera de ellos viniesse à tiempo, donde fuera impossible encubrirles sus amos, y la licencia que se tomò el vuestro, sì bien debaxo de palabra de su esposo. Recibid esse niño, y cuidad, que con toda prevecion se crie; pues quando no fuera vuestro hijo, era deuda ampararle por vuestro semejante. Testigos essos lunares, que en el lado izquierdo proporcionadamente juntos tiene vuestro rostro, y èl ha sacado en el suyo. Ya ha sabido mi señora, que os ha embiado à llamar desde Segovia D. Pedro vuestro padre, para moderar ciertos desassossiegos de vuestra hermana Doña Clara; mas con todo esso os ruega, que la veais antes de hacer esta ausencia, por

à ella la importarà el consuelo, y à vos un aviso, que quiere daros, con que cessaràn enojos, y se prevendràn regocijos.

Admirado quedè de la novedad del caso, y enseñado del yerro que avia hecho en atender mas à mi amor, que al honor, que yà miraba perdido por el descuido, y libertad de mi hermana. Consolabame el aver sido el caso menos culpable, por ordenarse su voluntad à casamiento, y de suerte estaba rendido à Doña Clara, que yà que huviesse de suceder con alguno, me alegraba de que huviesse sido con su hermano el desacierto de la mia; pues en lugar de discordia, serviria de amistad, y de que pidiendosela yo à sus padres, Don Geronymo se viesse obligado à cumplir à Doña Ana la palabra, q̃ le avia dado. Con esto hizo Beltràn aquella noche diligencia, para que un ama cuidasse de mi nuevo sobrino (que por aver tantas en Madrid, no fue dificultoso) y despues de aver mirado atentamente las señas de los lunares, y la hermosura del niño, bolvì en compañia de mi fiel criado à mi casa. Yà Doña Ana estaba à este tiempo en la cama, donde se fingiò enferma, y yo lleguè apacible. Quexòse de que no la huviesse escrito en tantos dias, ni dado noticia de mi venida, para que el apercibimiento fuesse igual al amor que me tenia. Di satisfacion à su queja, dissimulè lo que me avia sucedido, y recogìme para descansar del viage. Puseme à pensar, quien seria el que en Segovia me avia obligado à dexar las rexas de Doña Clara, y avia tenido à manos de mi rigor, con su muerte el castigo de su atrevimiento? Mas aunq̃ mi discurso procuraba averiguarlo, nunca pude reconocer quien fuesse, por no aver visto que ella dexasse verse, ni aver advertido, que otro, sino es yo, la galantease. Al siguiente dia me levantè muy de mañana, y hice que Beltràn hablasse à Don Geronymo, y le dixesse, que tenia necessidad de verle, para comunicarle ciertas cosas à èl, y à mi de muy grave importancia. Esperè la respuesta, y bolviò diciendo, q̃ avria dos dias que se avia partido à su Patria. Aqui comencè à temer, q̃ èl avia sido quien quedò en el postrer vale de la vida à mis manos. Para desengañarme de la verdad del sucesso, determinè bolver à Segovia; antes de partirme, hablè à Doña Ana, y la dixe: Hermana, à mi me importa vèr esta noche à Doña Clara (no escusè decirla el nombre, porque yà sabia el principio de mi empleo) cuida de tu salud, y de un ama, que vendrà aqui oy con un niño: la ocasion que me ha obligado à encargarte semejante encomienda, no me dexa el tiempo referir; demàs de no ser facil tratar de tal materia con decoro, donde assiste tu recato; haz por tu vida lo q̃

te ruego aora, y piensa, que el niño que traira en los brazos, si no se engaña mi pensamiento, tiene muy grã parte de mi sangre. Respondiòme confusa, que lo haria, y sin esperar à mas, dexando à Beltràn, para que llevasse al ama à casa, me parti à saber, si mi temerosa presuncion era cierta, para que no lo siendo, cumpliesse Don Geronymo gustoso, ò violento, lo que avia prometido enamorado, y libre.

Lleguè à la referida Ciudad tarde, y no obstante que lo era, quise passar por la calle de mi dueño: oi rumor en la familia, y sin poder averiguar la causa, ni detenerme, por estàr à cavallo, me recogi à mi antigua posada, y brevemente rendi la vida al necessario sueño. Todo el siguiente dia estuve escondido para continuar con esta traza mi secreto: mas quando yà las negras sombras comenzaron à poner luto à la tierra, por ausencia del Sol, salì con animo de saber las novedades, que avian tenido origen del passado sucesso. Parecióme, que aun era demasiado temprano, para hacer diligencias de donde podrian nacer recelos de mi culpa, y determinè dàr buelta à algunas calles primero. Iba tratando entre mi mismo lo que debia de hacer en caso que se supiesse, que yo avia dado à aquel hombre la muerte. Tal vez juzgando, que seria Don *Geronymo*, me apassionaba, me lastimaba, y afligia. Quando me acordaba de averle visto caer tan infelizmente en el suelo, parece que se levantaba contra mi una imaginada sombra, y con voz temerosa me decia: Como buelves sin recelo del castigo, donde tu viste atrevimiento para quitar la vida à un hombre, siendo tan grãde su valor? Como no tiemblas de bolverte al lugar, que fue testigo de tu mismo delito? Detẽte, buelve cuerdo, repara prudente, escucha atento, no te resuelvas necio, y te despeñes atrevido. Quando mas me apretò esta imaginacion, fue despues de aver dado las diez, y llegando al cementerio de una Iglesia Parroquial, que tiene alli el apellido de San Estevan, comẽcè à detenerme dudoso, y advertir, que podrian ser aquellos (que à mi me parecian temores) superiores avisos para que me escusasse algun daño, que imprudente no prevenia. Por esto quise bolverme à la posada, y de hecho lo puse en execucion. Empecè à dàr algunos passos, y detuvome el pensar, que era cobardia, y cortedad de animo retirarme de donde no era manifiesto el peligro. Bolvi à proseguir el intento, que primero avia tenido; y ultimamente, me resolvi en no ser cobarde, aunque pareciesse imprudente.

Avia de passar forzosamente, para ir à la casa de Doña Clara arrimado à la misma Iglesia, por la parte donde tiene algunas

pillas, cuyas bobedas son sepulcro, y habitacion perpetua de sus dueños. En una de ellas parecia andar obra, à causa de averse hũdido un pedazo, por donde se le permitia alguna respiracion. Quando lleguè mas cerca, vì, que por el hueco que avia quedado de lo que estaba hundido, se conocia el resplãdor de una luz. Admirème, de que alli la huviesse à tales horas, y revestido de mi siẽpre alentado valor, me esforcè, y lleguè mas cerca. Oì algunos golpes, que se daban dentro, al modo que suele tener el sonido de una tumba, y resurtiendo el eco de cada una en mis entrañas, temiò el alma, elòse el rostro, y se me erizaron los cabellos: mas parece, que desde entonces se movia mi corazon, por disposicion divina, mas que por providencia humana, pues yo mismo, despues de averme determinado, estoy dudoso de como pude emprehender acciones tan atrevidas, sin aver quien me obligasse à ellas. Enmedio de los golpes referidos, y mis turbaciones, atendì, à que desde abaxo subia una voz, à mi parecer diferente de las que suele usar el modo humano, y entre los repetidos ecos de la bobeda, decia: *Baxa*. Pareciòme, que aquello à mi solamente se me podia aver dicho, pues estaba solo en la calle: mas con todo esso, elado del riesgo, impedido del assombro, y atemorizado del peligro, sin responder palabra, esperè un rato para escuchar, con mas temor, que la misma voz segunda vez repetia: *Bien puedes baxar*. Yo os asseguro, amigos, que en mi vida me ha faltado tanto el discurso, para prevenir los daños, como entonces, que por ocupar toda el alma en el conocimiento deste sucesso, me faltaban al entendimiento fuerzas, à los sentidos sus acciones, y al movimiento calor, para levantar las plantas. Tercera vez oì, que referia con voz, por mas alta, mas temerosa: *Acaba yà, què esperas?* A estas ultimas sylabas, bolviendo por mi mismo, y desterrando mi cortedad, me resolvì à obedecer, y respondì: (encomẽdandome à Dios) *Espera*. Con esto puse la espada de suerte, que al caer no me estorvasse: asime con las manos de un madero, que en el hueco mismo avia; y al tiempo de arrojarme, dudè de nuevo si mi atrevimiento tendria tan buena como la entrada, la salida. Con todo esso, sin desistir de mi passado intento, queriendo dexarme caer, oì un doloroso suspiro: Imaginad como se hallaria mi corazon entonces, assi alargue Dios, (ò amigos!) felizmente vuestra vida.

Por la vuestra os ruego yo (dixo Don Carlos) que abrevieis la narracion deste sucesso, y nos digais el fin que tuvo, porque me llevais tan llena de suspension el alma, que por instantes espero que os aveis de hallar desengañado d

fue poca cordura aventuraros
declaradamente, ò en caso,
os ayais de dilatar mas, os pi-
que lo dexeis, porque son ta-
os afectos con que lo pintais,
me ha parecido, que en este
.to os sucede, y aun sino me en-
o, pienso, que he oido la voz,
: tan temerosamente os com-
aba con aquel misero hospe-
e. No os canseis tan facilmen-
respondiò Hipolito) ò noble
n Carlos, que yo procurarè en
ue falta no dilatarme, sino es
lo que fuere de importancia.
;o, pues, que al tiempo de ar-
ırme oì un lastimoso suspiro, y
ıèl un golpe mas crecido que
demàs. Yà no era possible
enerme, y assi lleguè abaxo
:te, y no obstante el golpe, me
intè ligero. Puse la mano en
spada (accion alli mas natu-
que cuerda) y vì, que por una
ılera, que la bobeda tenia,
à toda priessa un hombre,
ıual arrojando la luz, que
nero daba claridad à aque-
ıbscura habitacion, se procu-
ı ausentar de mi presencia.
so mi buena suerte, que aun-
arrojò la luz, no se apagas-
y assi lleguè con facilidad à
erla, yà mas animoso pude
renir, que la voz no avia sido
espantosa, como imaginè,
s avia huido, quien sin duda
ı dado principio à ella, y à mi
esalto; que si bien no me avia
cido humana la diferencia se
podia attribuìr al lugar de donde
salia, y el engaño à mis temores.
Finalmente, alentado con este
discurso, bolvì à vèr lo que ha-
cia, y hallè, que tenia desclavado
un atahud, en que estaba un hom-
bre enterrado, con un rico vesti-
do. Acerquème mas, y vì, que le
tenia comenzado à quitar. Passè
adelante, descubrile el rostro, re-
parè atento, y vì las señas, que
decia el papel, que avia de te-
ner el padre de aquel niño, que
en mi misma casa por yerro me
avian entregado. Confiesso, que
en esta ocasion quedè sin saber à
lo que avia de resolverme. Ad-
vertia, que aquel era el amante
de mi hermano Don Geronimo,
y inferia, que el alboroto que en
su casa avia la noche antes, era
ocasionado de su muerte. Halla-
bame pesaroso de que no pudiesse
cumplir la palabra, que le avia
dado, y entre estas dilaciones co-
nocia, que èl avia sido quien por
verme hablar con su hermana
avia intentado mi muerte, y el
que de mi azero la avia con vio-
lencia recibido: confiriendo esta-
ba todas estas cosas en mi confusa
idèa, quando vì, que Don Gero-
nimo se movia, y con un suspiro
semejante al que oì al tiempo de
caer, se sentaba en el atahud. Aqui
fue donde huve menester mas va-
lor, porque como (segun los indi-
cios, y presunciones mias) me ha-
llaba en un sepulcro lleno de cada-
veres frios, con un hombre, à quie

avia quita lo la vida, pude temer, que el moverse era para mi daño, y que Dios me embiaba para instrumento del castigo, à quien avia padecido mi crueldad, y ocasionado su ofensa. Mas ausentò à este temor el vèr, que mirando à todas partes estrañaba el lugar en que se veia; y aunque mudo con la novedad, publicaba con la admiracion, lo que callaba la lengua.

Despues de aver estado en esta suspension larga distancia, puestos en mi los ojos, rompiò el silencio, que à entrambos nos tenia confusos, diciendo: Ni yo puedo saber quien sois, ni si es sueño, ò locura de la fantasìa, la que me obliga à vèr cosas tan estrañas, y tan nuevas. Por vuestra vida, que pues en el trage pareceis Cavallero, correspondais con las obras à la apariencia del trage, y me digais, què quereis, ò quien os traxo à este lugar, pues de mi yà presumo, que el averme tenido por muerto me tiene en el estado presente. Atento à la cortesìa de sus razones, le preguntè su nombre, para acabar de confirmar mis sospechas. Respondiòme, y quedè satisfecho de que no se avia engañado mi primero pensamiento. Referìle brevemente lo que me avia sucedido en orden à mi entrada en aquel funebre sitio, y exortèle à que esperasse en Dios, y tuviesse por *cierto*, que pues avia ordenado, *que yo entrasse* adonde pudiesse *favorecerle*, despues de aver permitido, que la codicia de otro le huviesse descubierto: serìa tambien servido de darle cumplida salud. Lleguème con esto à èl, y sacandole del atahud, con el mayor cuydado que pude, por no hacerle daño en las heridas, de cuyo dolor se quexaba, le puse sobre mis proprios ombros. El pagaba en agradecimientos el beneficio que yo le hacia, y yo deseaba esforzarle mas, para que siendo mayor la piedad, fuessen los merecimientos mayores. Tomè la luz, y de esta suerte comencè à subir la escalera, que al que huyò sirviò de instrumento de su ausencia. Salì con algun trabajo à la Iglesia, y sin hallar, ni vèr persona alguna, me fuy acercando (siempre con el noble peso, que la piedad me avia hecho tomar) à la puerta de la calle. Temia yo, que avia de estàr cerrada, y que tan falto de regalo, y abrigo, le avia de passar Don Geronymo muy trabajosamente hasta la mañana; mas sucediò de otra suerte, que pensè, pues llegandome à ella, hallè, que estaba abierta. La causa (segun despues se averiguè) fue, que el que estaba abriendo el atahud era el Sacristan, y las voces que daba, y à mi tuvieron tan confuso, fueron llamando à un muchacho, que tuviesse la luz mientras èl quitaba à Don Geronymo el vistido, con que como à noble le avian enterrado. Viendo pues el ruido, que yo al caer avia hecho, y no sabiendo qual pu-

dieſſe ſer la cauſa, pensò que ſe le- vantaban contra èl todos los yer- tos moradores de aquel infauſto domicilio, y comenzò à huìr ſin aliento. Mas como ſe reparaſſe de animo en otra Capilla, y no oyeſ- ſe ruido en la bobeda, bolviò à acercarſe à la boca de ella; deſde alli me viò al tiempo, que llegaba à Don Geronymo, y creyendo que avia baxado por el hueco que ſa- lia à la calle, cō el miſmo intento que èl avia entrado por la Igleſia, ſaliò à dàr cuenta à la juſticia, y mayor la prieſſa, ò turbacion, con que iba, ſe olvido de cerrar las puertas con las llaves, contento de dexarlas juntas.

Salia, pues, (ò amigos!) de la ſuer- te que acabo de decir, quando ſin aver dado muchos paſſos, para lle- var à Don Geronymo à ſu caſa, y poner en ſu remedio todo el cuy- dado, y diligencia poſsible, llega- ron à noſotros gran tropa de hō- bres, prevenidos de diferentes ar- mas, à uno de los quales oì decir eſtas razones: Ay tal atrevimien- to, ni tan infame delito? Què por el interès de un veſtido ſe deter- mine à llevar tan atrevidamente à un muerto! Viendo, que las pa- labras de aquel, y los paſſos de to- dos ſe enderezaban à mì, pidiēdo à Don Geronymo, que me perdo- naſſe, le puſe con piedad en el ſue- lo, y metì mano à la eſpada para defenderme. Dixeronme, el Cor- regidor eſtaba *preſente*; y adver- *tido, de que à la juſticia* ſe debe todo reſpeto, y veneracion, me reportè, y le dixe: Por las razones que he oìdo à uno de los que à v. m. acompañan, conozco que vie- ne mal informado, y que mi ac- cion merece nombre de infamia mas yo le ſuplico, que antes que dè credito à coſa, que ſea en mi perjuicio, ſe informe bien de mi intento, pues para teſtigo dèl, y de mi abono traygo al ſeñor Don Ge- ronymo, perſona en eſta Ciudad baſtantemente conocida. Acercò ſe à èl oyendo mi informe, el no- ble Juez, y por averſe hallado el dia antes en ſu entierro, quedò admirado de mirarle vivo. Pregū- tòle lo que ſabia en aquel caſo, y èl en breves razones le dixo, que deſpues del Autor de ella, ſi cobra- ba ſu deſeada ſalud, la deberìa à mi valor; pues ſu deſaliento, y ſu ſoledad, y el lugar adonde ſe avia viſto, baſtàran à quitarſela de te- mor, ſi al tiēpo que bolviò de un deſmayo no ſe hallàra en mi com pañia: dixo quan bien le avia ſa- bido conſolar, quā bien avia cum- plido con las obligaciones de no- ble, y que yo, ſegun ſe podia infe- rir de mi perſona, lo era: cuya cau- ſa eſtaba tā lexos de merecer caſ- tigo, que èl penſaba dàr en pre- mio ſu caſa, ſu hacienda; y ſi fueſſe neceſſario, ſu vida. Rogaronme que refirieſſe la cauſa de aver en- trado tan à deshora en lugar tan eſtraño, y contè en breve quanto hasta aora, en dilatados periodos parece que os ha ſervido de [illegible]

ja, dixe, que quando lleguè estaba Don Geronymo medio desnudo; y por este indicio, despues de aver cerrado la Iglesia, y llevado preso al Sacristan parte de los Ministros, otra parte cuydò de que llevassemos à su casa al enfermo. Quise, quando le dexaba cerca, partirme yo à la mia; mas nunca fue possible, que èl lo permitiesse, diciendo, que la suya era capàz de hospedarme, y mayor que ella mi beneficio, y su agradecimiento. Obedecì por no malograr sus deseos, y passè adelante en su compañia. Llegò el noble Corregidor, llamò à la puerta, respondiò desde el silencio, y tristeza que dentro avia una criada, y conociò quien era: diò cuenta à Don Pedro su señor, y pidiò licencia para abrirle: pareciòle al anciano Cavallero, que le iria à ayudar à sentir la muerte de su hijo, por la amistad que entre los dos avia; y assi mandò, que baxassen dos criados con luces à recibirles. Quando el Corregidor las viò, hizo que las apartassen, y subiò adonde Don Pedro, Doña Maria, y Doña Antonia (que como dixe era hermana de Doña Clara) estaban entre funebres estrados, y obscuros lutos, celebrando con llanto la mal lograda juventud de su amado Don Geronymo. Quedamos todos afuera mientras ellos hicieron sentar al prudente Juez, que atento à que el subito gozo les podria dàr algun accidente, con que tuviesse riesgo su vida, como se viò en aquella Romana, que refiere Valerio, comenzò à decirles: Mucho me admiro, señor Don Pedro, y señores, de vèr estos lutos, en tiempo que yo vengo à daros mil parabienes, aunque à mi mismo me los puedo dàr, pues tanta parte me toca de vuestros buenos sucessos. Asseguroos, que nada pudiera llegar à mis oìdos, que tan grande regocijo me diesse, como saber, que no es muerto el señor Don Geronymo, y que debo estàr quexoso, de que no se me aya dado aviso, para que participe de las alegrias, quien recibe como yo vuestras penas. Parte les suspendieron el llanto estas razones; mas como à lo que se desea se dà credito dificultosamente, burlaron sus parabienes, y aun comenzaron à sentir, que entrasse con aquellas burlas, en ocasion donde era tan verdadero su sentimiento. Viendo que con esta prevencion yà no les cogeria impensadamente el regocijo, hizo que metiessen à Don Geronymo; no avia querido subir sino en mis brazos, y assi pude entrar con èl, hasta donde la noble familia se afligia, y le lloraba. Quedaron todos tan absortos, y tan subitamente llenos de alegria, que apenas tuvo por donde salir la passada tristeza. Comenzaron los criados à descolgar los lutos, su madre, y Doña Antonia à prevenir regalos, con que alentar à su hermano. Tocabanle muchas

es el rostro para desengañar-
le si era èl, ò alguna imagen
ida con la fuerza de su imagi-
ion. Todos andaban alegres,
lo yo estaba triste de no vèr
su madre, y hermana à la
nosa Doña Clara. Despidiòse
Corregidor, mientras cuida-
de desnudar à Don Gerony-
el qual, entre sus dolores, ad-
iò à sus padres, que no permi-
en que me ausentasse, sino
me hospedassen, y regalas-
omo à su misma persona, ò
o à quien avia sido el medio
u salud, si Dios fuesse servido
larsela. Llamaron al punto à
Cirujanos, que admirados de
ovedad, vinieron à oìr las re-
enfiones de Don Pedro, y à
con sus mismos ojos su enga-
De aqui lleguè yo à presumir,
in duda avian afirmado, que
a muerto, y por esso le avian
rado, no siendo lo que les
ò à creerlo, sino un desmayo,
de la falta de la sangre, que le
de las heridas, le avia puesto
quel punto. Despues de aver-
curado, y averse ellos despe-
, me rogaron sus padres, que
ntasse todo este sucesso, y la
on de averle hallado. Dispu-
à darles gusto con las mejo-
zones que supe, teniendoles
ande rato pendientes de no-
d tan estraña.
n esta alegria trataron de re-
se, y de darme à mi lugar
ue descansasse, como si le
pudiera tener mi corazon, sin vèr
à la causa de todos estos acciden-
tes. Al siguiente dia me informè
de una criada, la qual me dixo,
que temerosos de nuevos daños,
la avian sus padres metido en un
Convento. Como yo avia presu-
mido mayores penas de tan gra-
ve causa, y mas colericos rigores
de el enojo de Don Pedro, tuve
consuelo, y aun juzguè, que aque-
llo antes seria ocasion de que es-
tuviesse recogida, que medio de
dexarla castigada. Dexèlo assi,
por atender à la salud de Don
Geronymo, viendo lo que le im-
portaba à mi hermana, y pusose
tal cuidado en ella, que dentro de
quarenta dias estuvo de todo pun-
to sano. Aqui fue donde se dupli-
cò el gozo, y se aumentaron los
parabienes, no aviendo quien à
mi juntamente no me los diesse,
por el esfuerzo, y determinacion
con que avia procurado su reme-
dio. Yà que le vì en este estado, y
de su convalecencia fuerte, le lla-
mè à un aposento, y entre lo ocul-
to de su silencio, y mi soledad, le
dixe: A los varios agradecimien-
tos que de vuestra boca he oìdo,
por el beneficio que de mi reci-
bistes, nunca he dado la respuesta
que merecen, assi porque mi cor-
tedad me detiene, como porque
no se me debe tanto como pen-
sais, si se atiende à que cumpli mi
obligacion, y juntamente conse-
guì el interès de que no se viesse
se mi hermana con tanta perdido

como tuviera, no pudiendo cumplirle la palabra de esposo, que le disteis, y siendo fuerza que se hallasse vuestro hijo, y mi sobrino sin padre. Confuso me respondiò DonGeronymo, queme declarasse. Yo entonces lo hice, y dixe quien era; referi quanto me avia acontecido, y lo que avia sabido aquella noche por el papel que la criada le embiaba. A toda esta relacion estuvo atento el noble Cavallero, mas quando llegò à saber, q̃ avian dado su hijo à un hõbre, hasta que le dixe quien era, ni podia consolarse, ni conociò al sossiego. Confessòme toda la verdad, y prosiguiò, diciendo, que si yo quedaba satisfecho con que èl se casasse con mi hermana, le pedia lo que èl deseaba, le rogaba lo que pretendia, le persuadia lo que procuraba, y obligaba à lo mismo que admitia. Comunicò luego estas cosas con sus padres, dixoles quien yo era, la nobleza de mi sangre, la calidad de mi persona, y la prosperidad de mi hacienda. Encareciòles la hermosura de Doña Ana, la bondad de sus costumbres, la apacibilidad de su condicion; y ultimamente las obligaciones con que se veìa obligado à efectuar tan dichoso casamiento. Añadiò tambien, que supuesto que no faltaba mas de su gusto para passar, en compañia de su amada esposa, una vida feliz, no le negassen, ni dilatassen lo que el Cielo le avia concedido. D. Pedro le dixo, que atendiesse à que los casamientos de los nobles se han de hacer mas por razon de estado, que por consejo de el amor; y que assi seria bien mirarlo con prudẽtes ojos, y cuerda determinacion. A esto respondiò el apassionado mancebo, que era impossible hallar persona mas igual à sus prendas, ni mas digna del nombre de suya, lo qual no juzgaba despues de rendido à su belleza, pues antes que le tuviesse avia atendido à emplear su amor en quien se hallassen merecimientos para igualarle; y que demàs desto avia entre los dos, sobre palabras firmes de matrimonio, prendas vivas en un hermoso niño. Quando sus padres oyeron estas razones, no replicaron à su resolucion, antes determinaron, que los dos bolviessemos à Madrid, y en nuestra cõpañia el anciano D. Pedro, para disponer las cosas, y avisar à Doña Maria, y sus hijas, quando estuviesse todo prevenido, pues entonces por aver dado un accidente à Doña Clara en el Convẽto en que estaba (si bien leve) no podia acompañarnos. Finalmente, sin que yo me atreviesse à vèr à mi dueño, ni tratar cosa de las que pertenecian à mi sossiego, hasta mejor ocasion, nos partimos. Con brevedad llegamos à la Corte, y en ella à mi casa, para que pudiesse corresponder mi liberalidad à su estimaciõ, y mi diligẽcia en su regalo al cuidado que en el mio avian puesto

Tenia yà Doña Ana noticia de desgracia de su amante, y por verse hallado la persona que se hallò en su entierro, estaba cubierta de luto, esperãdo lo que resultaria de mi enojo; y persuadida que yo le avria quitado la vida, por lo que del papel avia conocido. Nunca dexaba su hijo de los brazos; ò yà porque veia en èl un retrato de su padre, ò yà porque temia no gozarle mas tiempo del que yo tardasse en verla, y satisfacerme de su amoroso atrevimiẽto. Entrè el primero en la sala, donde en la forma referida estaba lastimosamente afligida, y apenas bolviò el rostro para vèr quien era el que se tomaba tanta licencia, quando se levantò, y puesta la mano en los ojos, me dixo: Hipolito mio, yà conozco tu justo enojo, mis yerros, y mi desdicha. Yà sè que despues de aver muerto à mi querido esposo, vienes à executar en mi el mismo castigo, mas quisiera que advirtiesses, que no fui yo la culpada, sino tu, que sabiendo que era mi dueño, le imposibilitaste de que me cumpliesse la promessa, y yo quedasse honrada en su compañia. No tienes para que desnudar el azero para matarme: pues con el gusto que me has quitado, y el amparo que he perdido, presto me faltarà el aliento, y la vida: y en caso que no te satisfagas de esta suerte, tenga yo la pena que merezco, no este inocente, que en nada ha tenido culpa. Perdonale, sino porque es hijo mio, porque tiene sangre tuya, que con esto partirè contenta, que tu quedaràs bastantemente vengado. El dolor, el ansia, y pesares con que Doña Ana decia estas lastimosas razones, me tenian deseoso de quitarle la causa de donde procedian. Entrò Don Geronymo à este tiempo en la sala, y como à quien le importaba desvanecer estos pesares, por los que èl participaba, se llegò à ella (que aun se tenia cubiertos con la mano los ojos, esperando la satisfacion de mi afrenta) y la dixo: Dexad, señora mia, el llãto, que vuestro sello se huelga de vivir para pagaros estos afectos en el amor que hasta aora os ha tenido, y tendrà, mientras le durare el conocimiento del vuestro. Quando Doña Ana conociò la voz, y descubriendose, viò à su querido amante, sin poder hospedar en el pecho tan subita alegria, ni tener fuerza en los brazos, cayò desmayada en los de Don Geronymo. Iba por el accidente de su madre, à caerse el delicado, y hermoso niño, mas à este tiempo llegò Don Pedro su abuelo à darle lugar en los suyos, y luego à su tierno rostro en sus mexillas, con tanto gusto, que se olvidaba del desmayo de su madre con el contento del nieto. En este tiempo hizo Don Geronymo, que dos criadas sacassen à Doña Ana del tormento, con que suele traer los pechos de las da-

mas su cuidadoso asseo, y juntamente, que le quitassen el luto, que traìa por su muerte. Pusieronle un vestido lucidamente costoso, y al cabo de media hora, bolviò en su primero acuerdo; de suerte, q̃ quando se pensò sin esposo, se hallò en sus brazos; quando herida de mi azero, lisongeada de mis razones; quãdo cubierta de luto, adornada de costosas telas; y ultimamente en alegre talamo, quando pensò ocupar funebre tũba. Tal es nuestra ignorancia, aun en las mismas cosas que tratamos! Y tan diversos los pensamientos humanos de las disposiciones divinas! Previnose en breve tiempo todo lo necessario. Hicieronse las diligencias comunes, y embiamos à llamar à Doña Maria, y à sus hermosas hijas, la qual respondiò, que Doña Clara estaba apretada de la enfermedad con que la dexamos, y por esta causa no serìa possible hallarse à celebrar la boda con su presencia, y alegria. Quando yo oì esta respuesta, mudado el color, perdido con el gusto el silencio, comencè à manifestàr mis penas, y mi amor. Admiròse Don Pedro de mis estremos, y para satisfacerle, contè los desvelos que me avia costado, y el intento, que siempre avia tenido de ser, como su amante, su esposo. Don Geronymo daba priessa à sus bodas, *y assi se efectuaron*, con mucha *alegria de su parte*, y limitada de la mia, que siempre andaba con la memoria en el peligro de mi dueño. Bolvìmos (dexando en este estado las cosas) à Segovia el noble Don Pedro, y yo. El cuidado que llevamos puede imaginarse, no referirse; por cuya causa passarè à decir, que quando llegamos, nos dixeron, què la enferma estaba en el ultimo aliento de la vida, causado de la melancolìa, y desconsuelo, que le avia dado pensar, que yà me avrìa perdido. O amor, què mal conoces al sufrimiento! què necio te dexas llevar de la impaciencia! què indiscreto te apresuras! què barbaro te resuelves à dàr la muerte al pecho, adonde habitas! Si esto haces con quien te dà hospedage, dime, como te puedes escusàr de ingrato? Por presto que quisimos hablarla, hallamos, que la muerte avia malogrado su juventud, y trocado en insensible cadaver su embidiada hermosura. Llorè su desgracia, ò por mejor decir, la mia, con tantas lagrimas, que de industria parece que salìan à manifestar mi amor, ò à anegar mis mexillas. Dixeronme, que me dexaba encargado entre otras cosas, que en su nombre (por averlo prometido assi, quando quedò herido su hermano) visitasse el Templo de la Peña de Francia; y despues de averla depositado en el mismo lugar, que Don Geronymo estuvo, bolvì à Madrid, mi amada Patria; allì la inconstanci

de las cosas, el tiempo, y mi cordura (que cordura es tomar consuelo en los males, quando no se remedian con las penas) me hicieron olvidar parte de tan lastimosa desdicha.

Passado poco menos de un año, me dispuse à cumplir el ruego de Doña Clara, que nunca como en la muerte se logran las demonstraciones de amor. Mudè el trage de luto, con que hasta entonces avia celebrado mi tristeza, por el de peregrino, y dexando dos criados, para que dẽtro de quince dias me aguardassen en esta Ciudad, cumplì cõ el fervor, que pude su obligacion, y la mia. Las cosas que en el viage me sucedierõ, parte sabeis, por averme sucedido en vuestra compañia, y parte remito para ocasion en que yo me vea menos cansado de referir sucessos, y vosotros de oirlos. Si han sido los passados prodigiosos, podrà juzgar vuestro juicio, q̃ à mi me falta justamente quantas veces los traygo à la memoria, por ser (si bien en los principios agradables) tan infelizes en los fines.

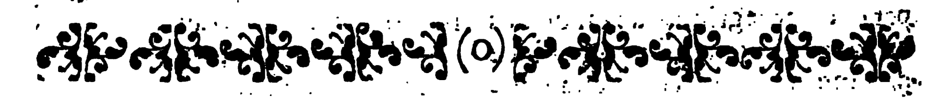
En la primera ocasion que huvo, contò Hipolito todos los demàs sucessos, que dexamos referidos hasta este punto; callando siẽpre (por estàr presente Alexandro) el amor que à Aminta le debia, y la igualdad de su correspondẽcia. Quedaron todos con estas novedades satisfechos en su deseo; y despues de aver celebrado unos sus glorias con aplauso, y otros sus pesares, con tristeza, deseosos de divertirla, rogaron à Don Carlos, que les dixesse algunos versos. El se escusò al principio, y finalmente se reduxo à cantarlos, yà que huviesse de decirlos, animando à su humildad, cõ el adorno de la musica. Asseguratonle de que seria el gusto doblado, si los quisiesse lisongear de aquella suerte: Diòles el Alcayde un instrumento, à cuyas consonancias acomodò la voz, y dixo assi.

Decidme ojos graves,
De color morena,
Como siendo luces,
Pareceis tinieblas?
Como siendo rayos,
Son niñas las vuestras?
Y si fuisteis niñas,
Como sois estrellas?
He visto en vosotros,
Què cosa tan nueva!
De obscuros diamantes,
Nacer blancas perlas.
Teneis, siendo alegres,
Color de tristeza;
Mas es, que mostrais
Lo que veros cuesta.
Si no es, que tal vez
Se disfraza, y llega
Amor encubierto;
Porque no le vean.
Pastores del valle,
Yo sè de experiencia,
Que no valen armas,
Contra sus cautelas.
Guardaos de sus tiros,
O tener por cierta

Una muerte dulce,
Una alegre pena.
Pues quando pensais
Hallar su belleza,
Hallareis dos rayos,
Fuego, amor, y flechas.

Celebrôse la voz de Don Carlos, de suerte, que èl comenzò à persuadirse, que era injusta su desconfianza, y que hace mal quien la tiene; pues si el mismo dueño desacredita sus cosas, ni le queda que esperar, ni aun merece oir las alabanzas en las bocas agenas.

Otras muchas letras, y epygramas se dixeron, y cantaron à diversos propositos, que yo oculto; por no gastar en ellas demasiado tiempo, por no ser de nuestro proposito, y porque este discurso tenga fin; dandonos para las novedades futuras yà pacifico descanso, ò yà mejorado aliento.



HISTORIA DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO QUINTO.

NUnca descubre los quilates de su valor la fortaleza de un animo invencible, hasta que llega à tocar la piedra de los trabajos, y acrisolarse en el fuego de los peligros; porque como esta virtud se ordena à tolerar los males, entonces parece mas, quando ellos son mayores. Por medio de las demàs virtudes se hace un hombre digno de alabanza (assi lo siente el Filosofo.) Mas por esta se hace digno de alabanza, y de memoria de aquella con los presentes, y desta con los futuros siglos. De aqui infiero, que la fortaleza es mayor, que otras virtudes adquiridas, si se toma su grandeza, por la parte que se dilata mas su conocimiento. Otras virtudes adquieren inclinacion para el sugeto que las tiene: mas la fortaleza, inclinacion, y respeto, acompañada del amor de la patria, hizo en los antiguos Romanos increibles acciones; y imperada de la caridad, ha hecho en los Christianos prodigiosos Martyres. Es la fortaleza en la paz embidiada, en la guerra temida; es el brazo de la prudencia humana la seguridad de lo

os, y el assombro de los ene-
s. Pocas veces se ha visto ser
un animo fuerte, porque es-
tud sabe adquirir riquezas;
onsta de muchos lugares, q
ltando la brevedad, no refie-
lla à hecho Reyes, confer-
Ciudades, y defendido Re-
cas. Finalmente es uno de
lornos del alma, y uno de los
mentos de la felicidad del
o. No faltaba esta heroyca
d al noble Hipolito, hasta el
nte estado de su fortuna; des-
iendose mas, quanto mas
ados eran los lances de sus
chas. Estaba yà cerca de re-
r à possession las esperanzas
libertad, y soltura, y por esta
muy alegre: mas si bien se
ra, la alegria era injusta; por-
quando un hombre se cono-
esgraciado, entonces lo llega
superiormente, que tiene al-
prospero sucesso; pues este se
na muchas veces à mayores
es de su estrella. Esto se veri-
à en el presēte discurso, pues-
ue enmedio de las esperan-
le un bien; se iban previnien-
s principios del mal, que le
de suceder. Por instantes mu-
à varias partes el pensamiē-
yà le acometian las memorias
minta; yà los deseos de ver-
à el desconsuelo de averla per-
s y yà la dificultad de hallar-
i le dexaban los afectos amo-
s, comenzaba à procurarle la
Acordabase de Don Enrique,

veia el estado, à que le avia redu-
cido por tantos dias; y entre tan-
tos conceptos, unas veces se ha-
llaba con mas amor à su dueño, y
otras con mas odio à su competi-
dor. Llegòle despues de tantas pe-
nas el dia de su libertad, y de la de
su amigo Don Carlos: fueronse à
celebrarla en casa de Leonardo,
con un sazonado combite, donde
Hipolito manifestò, que trataba
de bolverse à Madrid, por los cui-
dados con que su familia le llama-
ba. Aquella misma tarde se par-
tiò, despedido de sus amigos, y à
la siguiente llegò à Don Carlos
pliego de Italia, en que se le daba
cuenta de algunas novedades, en
orden à la disposicion de su haciē-
dà. Venian cartas de Doña Vito-
ria para Alexandro, sin hacer me-
moria de su hermana Doña Mar-
cela. Faltòle carta de su herma-
no, y como no avia sucedido cosa
semejante, desde que se apartò de
su presencia, comenzò à temer
alguna desdicha. Deste temor na-
ciò la resolucion de partirse à sa-
ber lo que passaba, y cobrar parte
de su hacienda, no obstante, que
para esto yà avia embiado poder
à Don Gregorio, como diximos,
padre de Alexandro. Con pare-
cer de su amigo lo puso en execu-
cion, llegò à Barcelona, y embar-
còse, para hacer (si bien à costa de
mayor peligro) mas breve su via-
ge.

Entrò Hipolito en Madrid den-
tro de tres dias, para ser recibido
cor

con el gusto que puede imaginarse en quien tanto deseaba, como Don Geronymo, y Doña Ana. Estuvo con sosiego algunos meses, al cabo de los quales tuvo nuevas de que en Alcalà se hacian unas grandes fiestas, en memoria de el regocijo con q̃ otro tiempo recibieron los dichosos cuerpos de sus gloriosos Patrones, Justo, y Pastor, niños, que puso Dios en tan superior estado, ò para exemplo de constancia, ò para afrenta de varones crecidos.

Tenia nuestro Heroe (como yà dexamos advertido) en aquella Universidad à Don Alonso su hermano, hombre de grande ingenio, aunque en los estudios poco lucido, porque era de los que se fian de su agudeza, sin atender à que ella sirve para alcanzar las ciencias con mas perfeccion en menos vigilias, no sin algunos desvelos. Trataba del adorno de su persona de dia, y de la braveza de sus armas de noche. Vestia muy de ordinario, sobre un fuerte coleto, diferencia de galas, que para este efecto tenia, en todo iguales à la calidad de su persona, porque si bien era segundo en su casa, la liberalidad de Hipolito no daba lugar à que se pensasse, que ay leyes, que por conservar el nombre de la familia, disponen, que de dos, ò tres hijos de unos mismos *padres*, el primero nazca mayo-*razgo dichoso, los* demàs infelices; *el primero sea rico*, los demàs pobres; el primero viva señor, los demàs, sino miseros criados humildes escuderos. Era finalmente Don Alonso hombre de grande aliento, y de superior destreza. Raras veces se acompañaba mas que de una rodela, haciendose con ella, y su temeridad, lugar en todas partes, de manera, que sus amigos embidiaban su opinion, y sus enemigos su suerte. Ponia de ordinario con sus resoluciones temor, y con su valor escarmiento à quantos intentaban hacer dudoso su aplauso, y cierto su peligro; siendo por esta causa yà amado de algunos, y yà aborrecido de muchos.

Llegò Hipolito à su casa, que era cerca de la Universidad, esperò que Don Alonso se recogiesse, por ser al principio de la noche; y en el tiempo que se dilatò su venida, comenzo à discurrir por los accidentes de su amor, antes mal logrado en Doña Clara con su muerte, y yà infeliz en Aminta; con tan diversas fortunas, ordenadas à apartarla de sus ojos. Disculpabala (aunque le avia estado tan mal su ausencia) por el peligro que tenia, y porque el amante, que sabe serlo de veras, primero ha de buscar disculpas à los defectos de lo que ama, que defectos à sus disculpas. En estos discursos estaba, ò en este tormento, donde eran cuerdas las memorias de sus desdichas, y verdugo su mismo pensamiento, quando llegò D. Alon

compañia de otro amigo, y añero suyo (llamado Don natural tambien deMadrid, de ricos, y nobles padres. ronlos, que Hipolito espera- su quarto, y obligados de a de estas nuevas, entraron à los brazos, y hacer ostenta- de sus afectos. Cuidò Don lo de que se previniesse la, y el lugar en que su herma. scansasse, con animo de de- acostado, y bolver à cierta ncia, que D. Juan tenia apla- para aquella noche. Nunca de manifestarse en las pa- s, ò en las acciones los mas os deseos, si no se miden con lar cuidado; y assi se viò cla- nte en las de Don Juan, y Alonso su intento, y que tra- de bolver à salir de casa en ndo à Hipolito rendido al co- sossiego. Mas èl, ò porque la tud le ocasionaba, ò por te- le que su hermano no tuvies- un peligro, se determinò à les, que supuesto que huvies- e salir, les queria acompañar, lo qual se persuadiessen à los hombres cuerdos nunca van, y muchas veces ayudan. eron negarlo al principio; ultimamente confessaron su on, y todos tres salieron jun- as luminarias, que por la re- a fiesta se pusieron, dexaron noche con presuncion de dia. despues una mascara à ca- que con diferentes disfra- ces, à un tiempo provocaban à risa por el donayre, y admiracion con el asseo. Corrian de dos en dos con blancas hachas en las manos, despertando en algunas piedras el fuego, para que aun ellas tuviessen en tanta fiesta luces, sino es que como dixo Hipolito, quisiessen, por ser tal la causa, alumbrar à los cavallos, para que passassen sin riesgo la carrera. Mas, ò instancia humana! O glorias de el siglo! O bienes de la tierra! Què brevemẽte os apresurais al fin, y què dificultoso en vuestro principio! Què vilmente se emplea, quien os procura, si atiende à vuestra corta duracion, yà que en comenzando estais mas cerca de morir, que de vuestro mismo nacimiento! Acabaronse las fiestas por aquella noche, sobstituyò à las voces el silencio, y à la alegria de las luces, la obscuridad de las tinieblas.

Avia en aquella Villa una dama (llamada Constanza) à quien Don Alonso galanteaba, servia, y visitaba muchas veces, contra el gusto de su madre, y el suyo. Fundabase este odio, en que no era hombre D. Alonso, que permitia, que otros hablassen, adonde èl acudia, y en que era tanto el respeto con que le miraban, que aun alcãzaba à las personas, en quien èl ponia su voluntad: cosa para Constanza tan penosa, que ningun mal le pareciera grave, como se viera libre de quien le guardaba tan cuidadosamẽte, y se hallarà visitada, y regalada.

da de muchos. Por esto (como dixe) aborrecia à Don Alonso, y intentaba quitar este embarazo à su gusto, dando titulo de recogimiento à lo que lleva fin de libertad, y comunicacion deshonesta.

Desta imprudente dama tenia dos primos, grandes enemigos de Don Alonso, ò yà por la presente, ò yà por distintas causas. Avialos hecho llamar algunos dias antes, cõ animo de poner remedio. Consultòse lo que se podria intentar para conseguirlo; y viendo, que los ruegos no avian bastado, trataron de mas aspero remedio. Uno de ellos tuvo parecer, de que lo matassen; y aunque el otro no se opuso à este consejo, con todo esso haciendo con el silencio grave la dificultad, despues de aver estado un rato pensativo, les dixo: El matar à Don Alonso es cosa, en que tendrè tanta alegria, que no la podrà igualar ningun encarecimiento; mas siendo con nuestras manos, y estando èl de suerte, que se pueda poner en su defensa, ha de ser mas cierto que su muerte nuestro peligro, assi por su valor, como porque aun teniendo felìz sucesso, no podrèmos escusar el escandalo de la Villa, el desassossiego de nuestras casas, la pèrdida de la hacienda; y puede ser, que de la vida, por ser el contrario tan poderoso, y tener de su parte tan valientes amigos. Supuestos estos inconvenientes, *me parece*, que se reduzga à *la industria*, lo que no puede concluìr nuestra violencia. A [...] agradò su prevencion, y dici[...] le, que pues avia admitidos l[...] ños, diesse tambien la traza [...] que se avia de hacer: prosigu[...] esta forma. Yà es fuerza qu[...] pais, que los balcones que se p[...] de madera, con las aguas, y l[...] medad de la tierra, se pudrẽ a[...] llas partes, que para su segu[...] entran en el hiesso, con que s[...] tienen, y afirman. Pues esto [...] mi pensamiento, para medi[...] nuestra determinacion, y ven[...] za. Assi que el uno de los q̃ C[...] tanza tiene en su casa, se ha de [...] poner de suerte, que con el [...] de una persona se cayga, lo [...] serà facil, afferrando los mad[...] y dexando solamente lo que [...] tare à conservarle, hasta que [...] to en èl nuestro enemigo (q̃ [...] acude à vèr tantas veces à C[...] tanza, no serà dificultoso, que [...] lo negocie) se desprenda, y da [...] con èl en el suelo, le acabe l[...] da, ò le dexe impossibilitad[...] defenderse. Estarèmos noso[...] prevenidos con otros dos am[...] para entonces; cogeremosle, [...] candole con brevedad al ca[...] èl quedarà en su espaciosa sole[...] muerto à nuestras manos, C[...] tanza sin tan molesto estorv[...] su virtud, y nosotros vengado[...] contentos.

Puso aqui fin à su industri[...] cobarde primo de la libre Con[...] za (que siempre son las trazas [...] rosas, hijas de animos cobard[...]

cidos al suyo los demàs pare-
;, fueron poniendo muchos
antes los medios necessarios,
que se efectuasse su intencion
isma noche de esta alegria,re-
jo,y fiesta. Al cabo de ella,por
r tiempo para el negocio de
ian, los llevò à èl, y à Hipoli-
l descuidado Don Alonso, en
de Constanza. Subieron al
ier quarto, sin que huviesse
los estorvasse,y hallaron, que
ba una de las principales salas
a de huespedes,q̃ avian ido de
drid à las fiestas. Entre los de-
avia dos damas bizarramente
idas. Las ropas, y los caputi-
eran de tela;los sombreros lle-
an muchas plumas, y los ros-
iban cubiertos con delgadas
is de plata; mas por aumentar-
a hermosura, que por defen-
os de las injurias del aire. Ve-
con ellas otra, si bien no tan
rnada de galas, no de inferior
o: y aunque encubierto el ros-
al parecer, de mucho mayor
nosura. Quando Don Alonso
tan alentada gente, llevado de
ovedad, preguntò à Constan-
quien eran. Ella le respondiò,
las dos eran parientas suyas, y
que las acompañaban sus ma-
ridos,y hermanos. Passò su curiosi-
dad à saber quien era la que esta-
ba cō ellas;mas no tuvo noticia de
quien fuesse, y assi lo dexò, como
cosa que no importaba demasiado
à su intento,ò à su deseo. A la pas-
sada respuesta añadiò la engañosa
Constanza, que no se fuesse tan
presto, porque tenia que decirle.
Esto decia, deseosa de efectuar la
disposiciō de sus primos. El la obe-
deciò,y entretanto hizo, que Don
Juan,y Hipolito se saliessen à otra
quadra,que estaba mas afuera, pa-
ra tener lugar de saber lo q̃ Cons-
tanza le queria,tan fuera de sus or-
dinarios desprecios. Sentaronse las
forasteras damas en un estrado, y
los demàs ocuparon las sillas, que
al rededor avia, à tiempo, que,
echando menos à Constanza, la
hicieron venir con ellas, y impos-
sibilitaron de conseguir la inten-
cion que tenia. Mientras se preve-
nia la cena, pusieron à uno de los
forasteros un instrumento en las
manos, para que cantasse. El puso
conformes las cuerdas, y acompa-
ñado de sus consonancias,dixo es-
te epigrama à la imprudencia de
un Almendro, que se adelantò à
tener flores,para experimentar los
rigores de Febrero.

Apenas de la dulce Primavera
Tu imprudente verdor los labios toca,
Quando hecho blanca lengua de su boca
Te vi,instrumento de su voz primera,
Pronunciar vanamente lisongera
Conceptos, flores tu esperanza loca,

Y à risa de otras plantas se provoca
Tu leve adorno, y presuncion grossera.
Mas quando vès, que del Invierno elado
El fiero aliento es de tu error testigo,
Son lagrimas tus ojos engañado.
La yerva esmaltas, quedas sin abrigo;
Y mirando tu flor risa del prado,
Lo que antes era risa, es yà castigo.

Siguieronle con aplauso, y aceptacion de todos estas decimas, probando, que en las penas de amor, la mayor de todas es, no poder gozar los favores de la cosa amada, quando de entrambas partes es igual el deseo.

Ninguna pena, ò rigor
En mi opinion ha igualado
Al corresponder amado,
Si es impossible el favor:
Ser olvidado, es menor,
Pues de no tener vitoria,
Es causa agena memoria;
Mas aqui es mal tan grave,
Que aunque en la gloria no cabe,
Es pena de amor su gloria.
El aborrecido tiene
Tambien piadoso consuelo;
Pues entre pena, y desvelo,
Su dicha, y su amor previene:
Presume, que se detiene
Su bien, porque no ha podido
Ser su amor correspondido:
Que tal vez en caso igual
Trae consigo el mismo mal,
Disculpa de averlo sido.
Menos mal en el zeloso
Es la embidia que le aflige;
Pues sus afectos corrige
Un desengaño forzoso:
Aqui, el estàr temeroso;
Tanto el amor atormenta;
Que con los zelos se ausenta:
Pero à quien se vè estimar
El bien, que no ha de gozar;
Su amor, y su pena aumenta.
Tal fin, ni el que està olvidado,
Aborrecido, ò zeloso,
Tiene rigor tan penoso,
Ni tan infeliz estado:
Solo el querido, el amado;
Que à costa de sus desvelos;
No puede vèr sus dos cielos.
Digno de lastima ha sido,
Entre quien padece olvido,
Aborrecimiento, y zelos.

Alabaron todos el assumpto, y algunos debieron de ser los aficionados al Poeta (ò los que desearon parecer discretos) celebraron los versos; con esto dieron de nuevo licencia al musico, y èl prosiguiò despues en otras diferencias de tonos, y versos, hasta que una de las recien venidas damas, dando licencia el silencio, dixo: Aunque la musica es lisonja de los oidos, y pudieramos quedar satisfechos con la dulzura de tan suave voz con todo esto, porque las ciencias son adulaciones del entendimien-

acorde harmonìa del alma,
:iamos tener en la discrecion
señora Aminta algo, que
olmasse el deseo, para que
los presentes, que no se li-
la sabiduria solo al discurso
; hombres, y que se apropian
:amente los estudios, por no
r excedidos de nosotras. Yà
lito estaba donde pudo oìr
razones, por averse acerca-
la sala para escuchar la mu-
r llevado de la novedad, y del
ote de su prenda, puso en èl
os ojos, y comenzò à confir-
us dichas. La discreta dama
à entender, que era mejor
arse con humildad, que no
erse con sobervia: mas unos,
os la porfiaron tanto, que ella
:ò vencer cortesmente. Po-
:es avia querido descubrirse
lito, y entonces se detuvo,
o interrumpir el silencio en
cunstantes, y perder un ra-
que tal gusto esperaba, oyen-
r medio de la voz de Amin-
:xcelencia de su entendimiẽ
tento, pues, en esta accion, y
o en su alegria, diò toda el
à la bellissima dama, que
plauso comun, aunque con
enza propria, ponìa à su dis-
este principio.

ichas veces parecen mas las
por estrañas, que por gran-
quitando la novedad el cre-
la grandeza. Esto es lo que
gustin dice del milagro de
o en el desierto, sustentan-
do tan excessivo numero de hom
bres, y mugeres, como si no fuesse
mayor alimentar à todo el mun-
do cada dia de nada, que à aque-
lla gente uno solo, aunque con tan
limitado alimento. Digo, pues, que
si bien lo que con mis estudios
he adquirido merece alguna ala-
banza; cõ todo esso, por ser muger,
y estraña esta novedad en noso-
tras, parece en mi mucho mayor,
y mas dignos de aplauso mis des-
velos. Bien quisiera poder escusar-
lo, mas porque no parezca cobar-
dìa, lo que fuera justo encogimien
to, cuidadosa de satisfacer à vues-
tro deseo, aunque sea descubrien-
do mi ignorancia, tratarè alguna
materia, que bien dispuesta, no
serà desagradable; porque los que
enseñan, sino se valen de la clari-
dad, siempre proceden con en-
fado, y se deslucen con la afec-
tacion. Es la ciencia manjar sa-
brosissimo, mas depende del
gusto con que se sazona; de don-
de nace, que muchos no la ape-
tecen, teniendo culpa, no la cor-
ta capacidad suya, sino la vana
obscuridad de sus maestros. Ja-
màs he pensado yo, que puedo ser
lo; mas valgome de palabras co-
munes, para hacer mas universal
la doctrina; y para que esteis cier-
tos, que procurarè claridad en
lo que aora dixere. Tanto ha de
ser mi cuidado en esta parte, que
no quiero que falte, aun en el mis-
mo sugeto; y assi, pues esta no-
che nos han dado ocasion tantas

luminarias, serà mi assumpto tratar de la luz, y de su naturaleza. Què indigna cosa es en algunos, que siendo lo primero que vèn, sea lo postrero que saben, y aun no sè si lo que nunca entienden.

Aqui comēzò un dilatado, docto, y gustoso discurso, que yo por no unir tan diversas materias dexo, y por evitar molestias de prolixo, pondrè entre las demàs cosas, que por la misma causa he encomendado al silencio en otras ocasiones. Y despues de aver suspendido los animos de los circunstantes, prosiguiò, diciendo:

De esta tan excelente criatura refiere treinta propiedades S. Dionisio. Es milagrosamente fecunda, como se advierte en la liberalidad con que à todos se ofrece, sin exceptuar à nadie, sin escusarse al pobre, ni anticiparse al rico, sin lisōgearse en lo precioso, ni asquear lo mas inmundo: de dōde algunos tomaron ocasion para decir, que no avia sido criada en peso, y medida, como las demàs cosas, si bien esto se ha de entender con la limitacion que dice Santo Thomàs, no absolutamente, porque esso fuera darla titulo de infinita, sino respetivamente, y en comparacion de otras cosas materiales, à quien excede su virtud superiormente. Es la luz el instrumento, con que se comunica la influencia de los Astros. Añade fuerza à los cuerpos, *y tal dixo,* que es causa de la vida, *fundado*, en que de la luz se causa el calor, y que este, no solo alie los espiritus vitales en el homb sino que los produce, y cria, de de nace hallarse mejor los enf mos con la claridad del dia, con las tinieblas de la noche. increible su celeridad, pues n mueve poco à poco; antes ilu na en un instante toda la dist cia, à que puede estenderse. esto se manifiesta tambien no cuerpo, pues à serlo, se movi despacio. Tenèmos por la luz diferencia, con que se disting los dias, y las noches, dando al po, segun està por ella reparti el lugar de nuestras acciones trabajando en su presencia, y descansando quando sentimo ausencia. Es la mas agradable sa, que tienen los sentidos, sup to que lo viste todo con un res dor, y color de oro. Què pu aver mas hermoso que la pues no teniendo color, parece se le dà à todo lo visible? Estàı demàs cosas sin ella en un piel de fealdad, y confusion, y con en un abismo de distincion, y h mosura.

Ay dificultad, acerca de si todas las luces de una misma pecie, particularmente la nue y la que tienen los Bienavent dos, en cuya controversia es probable la afirmativa, por se tencia del Doctor Angelico porque assi se entienden con propiedad algunos lugares d Divina Escritura. Si esta cla

: ser en ellos propria, ò estra-
ı disputo, por no ir eslabonã-
ficultades, donde sea la ma-
l vèrme libre. Esto es lo que
mente he podido decir del
ıpto que tomè, si bien me ha
lo muchas cosas, ò porque
facil su inteligencia, ò por-
.o os sirviesse de molestia lo
procurasteis para lisonja. El
ɔ mirare à buen resplandor,
:à, que yo he mostrado algo
que en mayores materias,
lgunas vigilias he adquirido,
ıe pareciò escoger por mas
sa, si me huviere declarado
ıecho oficio de luz; y si no,
:àme aver cumplido con la
ıcion en que me pusieron
rtesìa, mi obediencia, y vues-
ıegos.

ımirados quedaron quantos
dieron la propriedad de las
iones de Aminta, la promp-
de los lugares, y la lec-
de Autores, y mucho mas
ıe no lo entendieron, por-
ı admiracion algunos se la
jan à la ignorancia. Enmu:
ron todos, no sè si ocupa-
e la verguenza de oìr hablar
muger desta suerte, ò si por
ocas veces es eloquente en
ria de una cosa, quien està
:o en la grandeza de ella. El
ɔn mayor atencion escuchò
lipolito; ni esto es mucho,
ıos demàs solo ocupaban el
ıdimiento en lo que Aminta
:mas èl con el entendimien-
to entendìa sus razones, y con la voluntad amaba sus prendas, y su hermosura.

Gustàra Don Alonso, que su hermano hiciera alguna demonstracion de sus gracias; y assi, levantandose del lugar en que estaba, pidiò el instrumento à quien le tenia, y se le puso en las manos. Hipolito deseaba la ocasion, que su hermano le ofrecia, y recibiendole con singular regocijo, descubriendo un poco el rostro, y pidiẽdo, que bolviessen la luz, de suerte que no fuesse conocido; recorriò los trastes, tocò las cuerdas, y cantò dos tonos graves, con tanta suavidad, y dulzura, que ninguno de los circunstantes quisiera perder tan apacible rato. Pidiòle Don Alonso, que dexando las veras en que tan diestramente avia procedido, pusiesse alegre fin con algunas burlas à la fiesta. Hipolito lo puso en execucion, y descubriendo la calle Mayor de Madrid en el dia de su Feria de San Miguèl, cantò estos versos.

En el golfo de Madrid,
Que la Calle Mayor es,
Navega todo Piloto
El dia de San Miguèl.
Andan en coches cosarios
Pyratas de seis en seis,
Que tambien en estos dias
Ay para el bellon Argèl.
Quando abordan dos navios,
Es cosa notable vèr
Los conceptos que se gastan,
Si yà no ay mas, què han de hacer?

Son las lisonjas las armas,
Quien las tira el interès,
Mal huviesse el Cavallero,
Que alli espera, si es nobèl.
Navega con tal donayre
Todo ligero baxèl,
Que entre las ondas de enaguas
Tomen naufragio los pies.
Cabo de buena esperanza
Parece qualquier muger;
Mas si es tal la possession,
Como puede estarnos bien?
Vi bolarse los escudos
De un preciado Bachiller,
De suerte, que pareciò
Desesperacion de Inglès.
Y no es mucho, que tuviessen
Fin tan estraño, y cruel,
Si al calor de cierta niña
Polvora una anciana es.
Por barros de Portugal
Suelen comenzar tal vez,
De amores, con tal princio,
Que fragil serà la fe èl.
Quien pesca con menos trapo,
Busca mas humilde pez;
Porque como es mar Madrid,
Para todo pez ay red.
Yo vi seguir à un galàn,
Y le vì dàr al travès,
Porque quisò recogerse
Al puerto de un mercader:
Es cada tienda un baxìo,
Un peligro que temer
Cada joya, y un escollo
Cada hermoso parecer.
Este riesgo ay en Madrid,
Quien ha de guardarse dèl,
No navegue en tales dias,
Ni se descuide despues.

Descuidada estaba Aminta d
lo que le avia de suceder, y detec
sa de vèr al que cantaba, no po
que ella huviesse imaginado qu
era, pues nunca avia oido cant
à Hipolito, sino porque avia tr
tado de encubrirle, que para qu
una muger desee una cosa, n
es menester mas de que se
oculten, ò que no le parezca faci
Llamaron à los huespedes, pa
que se sentassen à la mesa; levan
tòse con ellos Aminta, y parecien
dole buena ocasion de conocer l
persona del encubierto musico,
llegò cerca. El, que no quitaba d
su beldad los ojos, atendiendo
que tenia lugar à proposito pa
darse à conocer, dexò caer el re
bozo del ferreruelo. Apenas Ami
ta reparò en èl con cuidado, qua
do sin hablarle palabra, ni da
le tiempo, para que pudiesse l
sonjearla con sus razones, l
echò afectuosamente los brazo
Què poco eloquente es amo
Què de yerros hace inadvert
do! Y à que de cosas se atreve an
moso! Poco antes discurria la di
creta dama, y hablaba con emb
dia de quantos la oìan, y aora e
lla con verguenza de quien l
adora. Poco antes dudaba que l
viessen el rostro, y le cubria co
un delgado velo, y aora estienc
los brazos, para celebrar el al
gria de su pecho. O amor, por q
te pintan con venda en los ojos,
no en los labios, si tambien enm
deces, como ciegas? Mas respo

derâsme, que fue cordura pintarte de essa suerte, porque en los amantes siempre son las mas discretas razones las que dicen los ojos. Estuvieron en esta conforme union de los deseos, dandose mil parabienes de su dicha, hasta que llamaron de nuevo à Aminta, y consultando à su recato, fue forzoso ausentarse.

En el tiempo que sucedian estas cosas à los dos alegres amantes, advirtiò Constanza, que entonces no se podria executar su intento, y asi hizo avisar à sus primos de que no avia podido aquella noche, mas que à la siguiente acudiessen puntuales, para que cessasse yà de una vez su enfado, y su cansancio. Dixo tambien à Don Alonso, que lo que le queria decir era, que no dexasse de venir à otro dia, en ausentandose la luz del Sol, por si acaso le avia menester en algo. El noble Cavallero se lo prometiò, y llegandose à Hipolito, le dixo, que yà era tiempo de recogerse. Todos lo hicieron despues de averse despedido de Aminta, y de aver concertado verse en los toros, que à otro dia se avian de correr para mayor alegria de aquella comun fiesta. Passaronse de camino por la calle adonde D. Juan avia de hablar à su dama, y viendo que por ser tarde no podria tener efecto, llegaron à su casa, Hipolito celebrando interiormente su dicha; Don Alonso alentado con los favores de su engañosa Constanza; Don Juan contento de vèr el qu tenian sus amigos.

Ocuparon con brevedad en di ferentes salas blandos lechos, nuestro Cavallero gran distanci de tiempo en celebrar con la me moria de su dueño el dichoso ha llazgo de sus prendas. Decia (ha blando consigo mismo:) O como se descubren en su condicion, qu la fortuna es muger! O què ma hace quien la busca, pues siempr se esconde! Y què bien quien l dexa, pues siempre se le ofrece O quan vil es en la mudanza, y quan breve en la permanencia Dichoso llega à ser el hombre que no conoce sus bienes; y di chosissimo el que padece sus ma les. Fundò esta paradoxa en que su rueda està en un comun movi miento, y asi es fuerza, que para subir à los que estàn en el grado infimo, baxe à los que estàn en l cumbre. De aqui se sigue, que el prospero debe temer su caida, y e misero esperar que llegue su pros peridad; pues como es mejor te ner esperanza, que temor, consi guiente tengo por mejor estado e que tiene algunos males, supuesto que espera alegres bienes, que e que tiene prosperos bienes, supuesto que teme llegar à padecer terribles males.

Hacia contra la fortuna todos estos discursos, no obstante que se alegraba con la que avia tenido entonces. Admitiò con esto el sueño, hasta q̃ la luz del siguien

dia le despertò, sin que bastassen los desvelos de la passada noche à ocasionar su quietud por la mañana. Vistiòse, y adornado de sus galas, saliò à disponer las cosas, y prevenir lugares en las fiestas. Informòse de el que avia de tener Aminta, y tomò el balcon mas propinquo, para que la vecindad le hiciesse facil el verla, y comunicarla. No se engañò en esto su imaginacion, pues llegada la tarde, se puso de suerte la discreta dama, que solos unos yerros la dividian de su amante. Bien perdonàran los dos la fiesta de los toros, por ocupar el tiempo en tratar de su amor. Mas siendo fuerza en ella aver de assistir al cumplimiento de sus obligaciones, fue voluntaria en èl la assistencia con que siempre estaba à sus ojos, contentandose con el lugar que les diò lo que tardaron en soltar la primera fiera. Alli supo Hipolito la causa que la avia obligado à salir de Salamanca, y advirtiò, que el no averle escrito desde Madrid, avia sido temor de que no llegasse alguna carta à su hermano (que yà avia sabido que estaba bueno de la herida) con que se pusiesse en peor termino su seguridad, y en mas infelice riesgo su temor. Conociò tambien la calidad de las personas, à quien acompañaba, y que avia tenido su amistad por medio de su agrado, su donayre, y *entendimiento*. Alli quedò de *todo punto* cierto del amor que Aminta le tenia, viendo q̃ la causa de aver oìdo aquellas fiestas en ocasion que significaba aver estado tan triste, q aun hasta en el vestido lo mostraba, era parecerle q̃ serìa (por ser la fiesta comun) possible verle en ella. Mirabala muchas veces, y siempre le parecia mas hermosa. Si la escuchaba, parecia mayor que todo lo demàs su eloquencia; y finalmente, su belleza, su eloquencia, y su asseo, le dexaban mas enamorado, mas rendido, y mas alegre.

Comenzaronse à este tiempo los toros: fiesta, que si bien parece tener su origen en la antiguedad Romana, la continuacion se debe à la nacion Española; pienso yo, que debe de ser la causa de que en sola ella se conserve el ser los Españoles de animos tan superiores, y de alientos tan crecidos, que no se saben holgar, ni les parece que puede aver fiesta, donde no se exercita el valor, y faltan los peligros. Entraron en la plaza algunos Hijosdalgo forasteros, mas tan poco experimentados, que la valentia de los toros, les hacia tal vez risa del pueblo, y tal, lastima de sus amigos, y deudos; y à esmaltando con la sangre de los cavallos la rubia guedexa de los feroces animales; y yà midiendo con el cuerpo la arena. Vistas, pues, estas desgracias por Hipolito, parece deseoso de vengarlas, y parte cuidadoso de grangear con el aplauso comun mas fuerte amor en su da

ma, hizo à un criado que ensillasse su cavallo, y prevenido de rejones, que algunos amigos le avian prometido, se le traxesse. Brevemente le avisaron de que en todo estaba obedecido, y quando le pareciò, que Aminta por bolver à hablar à una de sus amigas, no podria verle, se quitò del balcon, y puesto à cavallo entrò en la plaza con gusto de quantos tenian noticia de su resolucion, y destreza. Solo à su cuerda dama la pesò de verle en ella, por el riesgo à que se aventuraba tan imprudentemente, y comenzò en lo descolorido del rostro à dàr algunas muestras del disgusto con que la inquietaba su pena. Todos estos efectos advertia Don Alonso, que por ausencia de su hermano avia ocupado su lugar; y conociendo por ellos el amor que Aminta le tenia, quiso, sino reducirle à que se saliesse de la plaza (porque esso no podia es[illegible] à su reputacion, sin aver probado algunas veces la suerte.) hallarse cerca para ampararle, si acaso se ofreciesse. Estaba vestido de color, para lucir aquel dia entre los demàs forasteros, y assi pudo baxarse, y esperar à pie ocasion, en que manifestar sus intentos.

Sucedia tan dichosamente à Hipolito, quantas veces se aventuraba, que negando à todos lugar de tenerle lastima, se le daba à muchos de embidia, y à Aminta, para que perdiesse los temores de alguna inescusable desdicha. Quebraba tan airoso los rejones, y tantos en un mismo lugar, que ta[l] vez se impedian unos à otros, los hierros de los passados defen[d]ian la cerviz del fiero animal, d[e] los futuros. Corrido avrian seis [ratos de] tiempo, que soltaron un toro ta[n] valiente, que solo el temor de s[u] fiereza bastò à desembarazar l[a] plaza de toda la gente mas co[m]mun; quedando solamente algunos de los que mas atrevidos, y mas diestros, ò se fiaron en su valor, ò los alentò su destreza. Buscòle nuestro gallardo Cavallero y esperò sossegado, que le acometiesse furioso; no se descuidò e[l] bruto en procurar su ofensa, pue[s] le embistiò enojado. Pusole Hipolito el rejon en el principio d[e] aquel nervio, donde està su mayo[r] fuerza, y fue la suerte tan dichosa, que sin que el alentado tor[o] diesse adelante un passo, qued[ò] postrada su sobervia à los pies de[l] cavallo, que glorioso de verle rendido, hiriendo con las manos l[a] arena, parece que llamaba con lo[s] golpes à la celebridad, y aplaus[o] de tan deseada fortuna. Eran lo[s] parabienes comunes, el gusto universal, el regocijo grande, el amo[r] de Aminta increible, la embidia de algunos necia, y el odio de uno solo imprudente. Este era Don Enrique, aquel Cavallero, que como dexamos referido, tuvo con Alexandro la reñida pendencia, de donde à manos de nuestro H[ipolito]

polito salió herido en Salamanca despues de averle Aminta dexado, como tambien queda advertido. No sabia Don Enrique, que ella estuviesse en aquellas fiestas, pues solamente le avia llevado lo que à los demàs, que era el deseo de entretenerse, y divertirse de los pesares, con que le tenia su ausencia. Pues como por todas estas causas aborreciesse con estremo à Hipolito, y le huviesse en otras ocasiones buscado para vengarse, y entonces le conociesse, determinò no bolver à Madrid, sin tomar satisfacion de tantos daños, como dèl avia recibido. Esta digression ha importado hacer aqui para inteligencia de los sucessos prodigiosamente estraños de aquella noche.

Bolviendo, pues, à la continuació de los presentes, digo: Que aconsejaron à Hipolito sus amigos, que se saliesse de la plaza, y no aventurasse la gloria adquirida, con alguna suerte adversa, ò que embiasse con un criado el cavallo, y se quedasse con ellos. Escogiò este medio ultimo, y dandole lugar subiò à vèr lo que faltaba en su compañia. Lo mismo hizo tambien Don Alonso, esperando assi los demàs sucessos, que hicieron el regocijo mayor, sino mas gustoso.

Acabadas de esta suerte las fiestas, se despidiò Hipolito de sus amigos, y en compañia de Don Alonso se fue à esperar, que Aminta, y las demàs señoras bolviessen à su posada. Procurò no perderlos de vista Don Enrique, para saber su casa, y reducir à efecto la intencion, que aconsejado de su enojo avia concebido. Fueles siguiendo desviado, y encubierto, hasta que los viò entrar en casa de Constanza. Pareciòle, que aquella era sin duda su posada, pues aunque aguardò un rato, no salian, y dando buelta à la suya, previno algunos de sus amigos, para que le acompañassen.

Pocas veces ay en los mozos prudencia para preguntar si es justo lo que el amigo intenta, y siempre ay temeridad para acompañarlos, aunque las acciones sean feas. Por esto, sin que ninguno preguntasse adonde los llevaba, todos se dispusieron à seguirle, y esperar la ocasion que le pareciesse aproposito. En el tiempo que se determinaba esta imprudente quadrilla, llegaron à su casa Constanza, y sus nobles huespedes. Apartaronse para no ser conocidos Hipolito, y Don Alonso, y dieronlos lugar para tratar solos de las suertes de aquel dia, y otras materias à que la conversacion se estendiò en à quel breue rato. Pusieronse luego las mesas, y cenaron con alegria comun. Puesto fin à la curiosa, limpia, y bien sazonada cena, con el cuydado que Aminta tenia de vèr, y hablar à su amante, se apartò de los demàs, y entrò à una sala, en que estaba solo Hipolito, por aver ve-

nido

hido Don Juan, y llevadole consigo à Don Alonso. Comenzò la noble dama à reñirle el peligro en que se avia puesto, diciendo: Señor Hipolito, con semejante accion se merece, ò desmerece, y assi se debe consultar el tiempo en que se hace. Al principio del amor, yo confiesso que obliga, porque el atrevimiento agrada, el valor grangea, la suerte dà gusto, y la resolucion enamora; mas en amor que està yà tan crecido, aunque el atrevimiento agrada, la duda del sucesso atormenta, y asusta à la que ama; aunque el valor grangea, el peligro dà terribles penas; aunque la suerte dà gusto, el temor le quita; y aunque la resolucion enamora, el aventurarse ofende. Por esto quisiera rogarle, que no tratasse de obligarme, agradarme, ni enamorarme de essa suerte, pues si lo advierte bien; no està tan en los principios mi amor, q̃ essa no sea atormentarme, quitarme el gusto, y darme temor. El diò su disculpa, y la desenojò, prometiendo serla en todo obediente, y ella la admitiò, porque facilmente se admite lo que se desea. Continuaron entonces estas dichas, si bien les durarõ poco, teniẽdo en ellas la misma duracion q̃ las flores, que nacẽ cõ el Alva, viven con el dia, y mueren con las tinieblas de la noche.

Como avia prevenido à sus primos Constanza para que su traycion se efectuasse entonces, acudieron acompañados de otros dos amigos à la calle. Dilatabase la diligencia que le tocaba à ella por averse ausentado Don Alonso, con cuya tardanza tuvieron ellos ocasion de cansarse de esperar, y aun de disponerse à matarle de la suerte que pudiessen. Fingieron con este animo unas cuchilladas las quales oyò Hipolito apenas quando por desengañarse de si eran con Don Juan, y su hermano (que poco antes aviã salido) abriò una ventana, que à la misma calle salia, y quiso assomarse por ella; era la misma en que estaba el engañoso balcon prevenido para la desdicha de Don Alonso, y por esta causa, al punto que Hipolito puso en èl los pies, desprendiendose con el peso de su persona, dexò el facil assiento que tenia, y diò con èl, y su maquina en el suelo. Al ruido que para caer hizo, dexaron la pendencia los que antes parecia tenerla, y se llegaron, pensando hallar à su enemigo muerto, ò impossibilitado de ponerse en defensa. Con la obscuridad que hacia, no atendieron à mas de que se estaba vivo, y que seria bien llevarle de alli antes que la gente de la familia saliesse, para poder acabar de quitarle la vida en la muda soledad del campo, y darle sepulcro entre las ondas del cristalino rio. Vista la infeliz caida de su amante, sin aguardar à nadie, baxò Aminta con toda priessa, mas quã do saliò à la calle, no hallò mas que las ruinas del deshecho balcon

Admiròse de esta novedad, y descuidada, de que venia gente, no atendiò à mas, que mirar una, y muchas veces, si veia à Hipolito, deseosa de saber, si era mucho el daño que se avia hecho. Los que acertaron à passar en este tiempo, fueron Don Enrique, y sus amigos, con animo de tomar satisfacion de sus passados enojos. Viendo à una muger de aquella suerte se llegaron curiosos à saber lo què passaba. Conociòla al punto Don Enrique, y pusose à dudar brevemente lo que harìa, ò yà para tomar venganza de sus desprecios, ò yà para perdonar sus desaciertos, por el amor que la tenia. Resolviòse à no castigarla por entonces, sino à cogerla, ayudado de sus compañeros, y llevarla violentamente à parte, en que la ocasiõ, y la fuerza la hiciessen conceder en una hora, lo que en tantos años le avia negado amante, regalada, y libre. Diò aviso à los demàs desta determinacion, y cogiendola entre los dos, la vendaron los ojos, y la boca, y todos juntos la llevaron à la posada, donde Don Enrique acudia. Baxaron quantos se hallaron en la casa de Constanza al ruido del golpe que el balcon avia hecho en su caìda, y viendo, que nadie parecia aver recibido daño, se bolvieron adentro, sin echar menos por entonces à la infelìz Aminta.

Estaban en otra calle, no muy lexos, Don Alonso, y Don Juan, quando todo esto sucedia; y vieron, que unos hombres llevaban à otro, que segun se pudo inferir, iba mal herido, ò muerto; mas no previniendo, que à ellos podria importarles, los dexaron passar, y se quedaron, para efectuar su intento. Hablò Don Juan à su dama, esperòle aparte D. Alonso, y junto se bolvieron en casa de Constanza, para irse con Hipolito à la suya. No se hallaron por la passada desdicha en ella, y assi fue forzoso, que preguntassen, si se avia ido, ò donde estaba. Constanza les respondiò, que saliendo de alli le avian herido, y que los agressores (segun avia oido decir) le llevaban al campo, para deslumbrar con la distancia del lugar en que fuesse hallado, à la justicia, quando quisiesse averiguar su delito. Decia esto la impia muger, por disculparse en su engaño, ò pesarosa, de que se huviesse trocado la suerte; ò finalmente deseosa, de que yendo à buscar à su hermano, encontrassen sus primos à Don Alonso, y acabassen yà con su muerte sus deseos.

Quando oyò esta nueva el noble Cavallero, y advirtiò, q̃ aquel à quien llevaban en los brazos, y à quien èl avia tenido tanta lastima, sin conocerle, era su hermano: comenzaron à temblarle las manos de enojo, y romperseles las entrañas de dolor. No pudo detener con el sentimiento las lagrimas, cosa que admirò mucho à

Constanza; por el cruel natural, que conocia en èl; y aun casi lastimada de verle, culpaba en su malicia el consejo, con que se avia ocasionado tanto daño: los demás que se hallaron presentes, no tuvieron admiracion de lo q̃ veìan, porque en cosas grandes debe ser grande el dolor, y como es el dolor, el sentimiento. En mi opinion, el llorar un hombre, antes es argumento de valor, que indicio de cobardia; porque pienso, que en semejante ocasion le sucede lo que à un pedernal herido del azero. Es aqui la lumbre que sale, credito de la hidalguia de la piedra; y alli las lagrimas, centellas del corazon, que herido de las penas, muestra la piedad con que se acredita de noble. El llanto es de naturaleza blanda, liquida, y suave; y assi se debe temer mas à un corazon que arroja lagrimas, que à una lengua, que multiplica amenazas; porque esta avisa con las injurias, y aquel con la piedad assegura, y engaña. Demàs, de que si lo advertimos cuerdamente, corazon que desecha lo que pudiera ablandarle, unas veces lo hace lastimado, y otras para quedar endurecido. Assi le sucediò à Don Alonso, pues sin hablar palabra, y sin hacer escrupulo de que le viessen, regò lastimosamente las mexillas con el agua de sus ojos. Sacò despues un lienzo para enjugarlos, de donde presumo yo, que *el llanto fue acaso*, antes haciendo papel del blanco lino, y viendo que faltaba la tinta, quiso firmar con el llanto de los ojos la venganza que proponia tomar enconociendo los autores de su injuria. Pierdese muchas veces el tiempo neciamente con el sentimiento de los males, quando, ò no son de todo punto ciertos, no se puede prevenir algún remedio en ellos: de lo qual advertido el animoso Cavallero, se saliò en compañia de Don Juan, que como en lo demas se le hacia, tambien en el dolor, y la pena, y siguiendo las calles por donde avian visto llevar à Hipolito, llegaron à un portillo que en la cerca avia hecho su noble antiguedad, por donde era fuerza aver salido al campo, en consequencia de lo que Constanza avia dicho. Comenzaron à hacer varias diligencias para hallarlos, yà andando à todas partes presurosos, y yà poniendo en la tierra los oìdos: traza con que avian persuadidose, à que se oìa mejor de noche en el campo; mas ni unas, ni otras bastaban à dexarles con satisfacion el deseo. Llegaron con estas cuidadosas ansias à Henares, y el sacro Rio, entre su dudoso rumor, y el ruido de sus confusas voces, parece que murmuraba el sucesso de que avia sido aquella misma noche testigo.

Divide la industria humana con una pressa sus corrientes, para que con menos abundancia de agua sea mayor el provecho

un molino, que possee en aquel distrito el Colegio Mayor de la Universidad, cuya fundacion se debe à aquel gran Principe, para cuya memoria seràn instantes los siglos: aquel que supo juntar à la Religion el Govierno, la Razon de Estados, el Capelo, la Santidad, y la Milicia, Don Fray Francisco Ximenez de Cisneros, à quien ninguno nombra sin respeto, y toda Europa està reconocida. De suerte, que entre la mayor del rio, y este brazo, que como digo, para el beneficio comun se divide, queda una Isleta, aunque pequeña, tan cubierta de blancos alamos, y otras diferencias de arboles incultos, que facilmente se perderà por ella quien no tuviere noticia de las sendas, por donde concediendo passo el molino, se suele andar todo el distrito. Llegaron, pues, à la margen deste brazo del rio los dos nobles mancebos con el cuidado, y la pena que dexo referida. Daba muchas veces Don Alonso, para aliviar el pecho, algunos suspiros, y entre ellos repetia, lastima lo de perderle, el nombre de su hermano. Una de las veces que le sucediò en aquel lugar esto mismo, oyò una voz, que si bien parecia estàr lexos, le respōdia. Acercaronse mas por la margen abaxo del rio, y tornando à llamarle, oyeron, que el misero Hipolito respondia; y que por aver conocido en la voz à Don Alonso, forzaba estas razones; Hermano, y amigo mio, este es tiempo de acudir con todo cuidado à favorecerme, ò yà por el estado en que me veo, ò por el peligro, que en mayor tardanza puede tener mi vida. Viendo el piadoso, y alentado mancebo, que su hermano estaba de la otra parte de el brazo del cristalino rio, y que si reparaba en la profundidad, y acudia à passar por el molino, podria ser, por lo que de su hermano sabia, que no llegasse su favor à ocasion, que pudiesse serle de provecho, determinò arrojarse al agua, y librarle del q̃ le amenazaba, à costa de su proprio peligro. Puso la espada en la boca, la rodela sobre los ombros, y de esta suerte, sin esperar à mas, se echò atrevidamente en el rio. Viendo Don Juan las obligaciones que à Don Alonso tenia, y juntando à ellas la de su valor, y su sangre, se determinò à lo mismo, aunque con menos riesgo, por aver oìdo à su amigo, que no estaba tan hondo, como avian presumido, y que solamente le llegaba el agua à los pechos. Con esta confianza se arrojò, sin levantar sus armas: cosa, que le pudo reducir à demasiado aprieto, pues haciendo el agua fuerza en un broquel que llevaba, por dos veces le tuvo en estado, que huvo menester toda la pujanza del cuerpo para resistirle. Finalmente, vencido este riesgo, salieron de la otra parte, y procuraron aliviarse de el peso, apretando los vestidos. Llegaron

luego adonde Hipolito estaba, y hallaronle entre unas ramas descompuestamente tendido. Cogiòle por los brazos Don Alonso, para que incorporado les contasse, quien le avia puesto en tan infelice fortuna, y hallò, que tambien sus vestidos estaban mojados. Esto diò mayor confusion à su pensamiento, y obligò à rogarle, que les dixesse si estaba herido, y què le avia movido à pedirles con tantas muestras de temor amparo, supuesto, que no veìan à quien entonces pudiesse hacerle ofensa alguna. Hipolito les rogò, que le sacassen de entre aquellas ramas, y le pusiessen sobre la blanda yerva, que à trechos hace al espacio mas vistoso, y apacible. Ellos lo pusieron en execucion al punto, y èl prosiguiò diciendo.

Querido hermano Don Alonso, y noble Don Juan, amigo, desde oy estarè mas reconocido à vuestro valor, y desde oy me hallareis mas prompto à la obediencia de vuestro gusto, que hasta aora lo he estado; al uno por amistad, y al otro por parentesco. Ni esto serà mucho, despues de tan superior beneficio, como es escusarme la muerte, que esperaba por instantes. No son heridas las que me amenazan con ella, si bien no puedo levantarme del daño que en este lado izquierdo, la pierna, y corazon han padecido con el rigor de un golpe. Lo que me amenazaba con su crueldad, era una traycion que oìreis aora, y que yà no temo, supuesto que el Cielo os ha traìdo en mi ayuda,

Despues que los dos salisteis de aquella casa, en que hallè con la presencia de Aminta el mayor bien, que pude desear (no he querido encubriros mi amor, pues yà teneis noticia de quan justamente me pierdo) oì un ruido de armas en la calle: como avia poco que os aviades apartado de mi, quise salir à vèr si era la pesadumbre con vosotros (quien duda, que deseoso de acudir à pagaros adelantadamente lo mismo que aora haceis conmigo?) Puseme en un balcon, que en la misma casa avia, y sentì, que sin poderme remediar baxaba violentamente al suelo; del golpe quedè sin poder menearme, y estuve grā rato esperando, que saliesse alguien de la familia à ayudarme Llegaron en esta ocasion quatro hombres, y el uno de ellos, que se puso mas cerca, bolviò à los demàs, y les dixo, que estaba vivo: Temì de estas razones alguna novedad, y por acabar de satisfacerme, dexè que prosiguiessen su intento. No me dexaron averiguar lo que procuraban en las palabras que decian. Antes me cogieron entre todos, y despues de aver dado buelta à algunas calles me sacaron à la soledad, à quien en estos campos acompaña con mucha voz al rio. Callaba yo

principio; porque comencè à oìrles decir. Cuerdamente lo dispuso Constanza, noble fue la traza del balcon, pues por su medio pagarà aora este infame los disgustos, y pesares con que nos tiene ofendidos. Bien sabia yo, que no podian decirse por mi aquellas razones, y que si hablàra, conocieran que no era quien ellos pensaban; mas si al principio callaba curioso para oìrles, despues dissimulaba temeroso de que me darìan la muerte, porque no descubriesse estos secretos. Persuadìme à que me sacaban al campo, para solo dexarme en èl; y assi antes ayudè à mi silencio con un desmayo fingido. Traxeronme à esta espaciosa margen, y al ponerme en el suelo, repararon en su engaño, y en que no era yo à quien buscaban. Dexàranme sin duda libre, sino advirtieran à que podria averles oìdo algunas cosas, que manifestadas à la justicia, ò puestas en las bocas del vulgo, les darian notas de infamia. Atentos à este riesgo de su honor, consultaron lo que se avia de hacer de mi vida. Huvo entre quatro hombres quatro mil pareceres: tal es la ignorancia, y la fragilidad humana! Yo, hermano, y amigo, esperando la sentencia de mi muerte, haciendo à Dios testigo de mi inocencia, y pidiendole con singular fervor me librasse de tan notable aprieto, ponia la esperanza en su misericordia, y por intercessora à su gloriosa Madre, con que fue (como lue go vereis) dichoso el sucesso: ma quien se llegò à su piedad, que n hallasse consuelo? Y quien se fi de su amparo, que no viesse des mentido el peligro, prevenido los daños, y deshechos los riesgos Aunque entonces quisiera trata de defenderme, no pudiera aun que quisiera; assi porque me falta ban las fuerzas, y no tenia arma (por avermelas quitado) com por ser tan desigual el numero d los enemigos. O amigos mios quan fea, y quan horrible es l muerte! pues aun sin verla me obl gaba à tan fuerte dolor esperarla Finalmente, olvidando todo l demàs que me avia sucedido hasta el presente instante; puse l atencion en sus razones, y oì, qu el uno decia, que yo sin duda estaba muerto, y que era escusado e temor que tenian. A este parecer en mi favor, daba yo mil alabanzas, y rendìa varios agradecimientos, à sazon, que otro se l opuso, diciendo, que serìa muy possible estàr vivo; y assi serìa cordura para quitar estas dudas, darme algunas heridas, y enterrarme e medio de aquella espaciosa campaña. Con el voto deste cruel contrario mio, se me cubriò de elad sudor el rostro, y tornè à hacer d nuevo consideraciones de mi passada vida, y à tener pesares de n aver procedido cuerda, y atentamente en el discurso della. El tercero se conformò, en que se m

dies

n las heridas, mas que el en-
me era pensamiento necio,
podria (con menos cansan-
yo)darme sepulcro entre sus
el caudaloso rio. Antes que
e pusiesse à ponderar,que es-
mi negocio en infelicissimo
o, pues avia yà dos pareceres
ormes en que se me diesse la
te, oì que decia el quarto de
il consulta, que lo que se de-
acer en semejante caso, era
rme sin heridas en el rio,
supuesto que estaba desma-
, yo mismo me ahogaria,con
medio cessaban sus temores,
otra parte no llevando heri-
quando despues pareciess-
ogado, se atribuiria mi muer-
ni desgracia, y no à su mali-
Conformaronse todos en esta
na traza, y trataron de redu-
à efecto. Quando oì su de-
inacion,cobrè un poco de es-
o,y previne,que sabiendo yo
r, podrìa en echandome en
ua passar de estotra parte, y
làr libre de aquel aprieto, y
ueldad A este tiẽpo llegaron,
tre todos me arrojaron al cur-
las aguas.Vìme en ellas ape-
quando como si despertàra de
esado sueño, comencè à ale-
me con la libertad deseada, y
nadando à esta margen.
ndo la impìa esquadra viò mi
a dicha,y su yerro,reprehen-
isperamente à su amigo. El
arimo de remediar lo passa-
s aconsejò que fuessen, pues

yo no podia huìr,y passassen à es-
te lugar por un molino, que sig-
nificaron estàr algo mas arriba;
con que aviendo escapado de uno,
empecè à temer otro nuevo, y
mayor riesgo. Lo mas presto que
pude, si bien arrastrando por el
suelo, me procurè meter entre es-
tas ramas,para que no me hallan-
do, dexassen de executar los pesa-
res, que tenian por su yà referida
piedad. Esto esperaba, quando
oì la voz de D. Alonso,con cuyos
ecos animado,y mejorado de alie-
to, esforcè la mia para llamarle, y
pedir el favor que de sus manos
tengo. Instrumento sin duda de
las divinas, que en la mayor ne-
cessidad socorren al misero,al ne-
cessitado, y afligido. Lo que de
estos trabajos he sacado, aunque
tan à mi costa, con singular ale-
gria, es aver hecho experiencia
del amor, que como hermano me
tiene, y de quan nobles, y honra-
dos amigos se acompaña: pues
por èl, por mì,y por su honor tan
alentadamente se aventuran;à cu-
yo amparo,y à cuya accion,hecha
en defensa mia, como oy me veo
obligado, toda mi vida estarè re-
conocido.

Viendo Don Juan que Hipoli-
to avia callado,y que decia por èl
estas razones ultimas, le pagò en
otras discretas corteses, y adverti-
das, los ofrecimientos que le ha-
cia. Mientras ellos estaban cor-
respondiendose de esta suerte, se
puso Don Alonso à discurrir por

lo que ſu hermano avia dicho, quien ſerian los que avian dado lugar à tan alevoſo intento; mas à los unos ſu corteſia, y al otro ſus diſcurſos, atajò el ruido de alguna gente, que ſe les acercaba, diciendo: Què rebeldes han eſtado en abrirnos en el molino! Otro reſpondiò: yo lo conficſſo, mas debe traernos muy alegres el vèr, que no han conocido à ninguno. Por eſta converſacion ſe advirtiò, que los que venian eran los que primero avian intentado la muerte de Hipolito crueles, y yà llegaban à darſela atrevidos. Puſieronſe en pie Don Juan, y Don Alonſo, previnieron ſus armas, y eſperaron que ſe acercaſſen. Ellos lo hicieron cuidadoſos, mas ſaliendo por un lado los dos valientes amigos, empezaron à tirarlos tan fuertes heridas, que los dos de ellos quedaron luego en la campaña muertos, y los otros dos ſe arrojaron al rio, haciendo aora la fuerza, lo que para matar à Hipolito les avia querido hacer emprender la malicia. No ſe echaron tràs ellos, por bolver à coger en los brazos à ſu noble hermano, y amigo, al qual traxeron à la Villa con no poco trabajo; y por ſi acaſo les buſcaban en ſu caſa, le llevaron en caſa de otro amigo ſuyo. Cuidaron aquella noche del remedio de Hipolito, y luego de ſu deſcanſo, eſperando, que algunas de eſtas novedades ſe deſcubrieſſen con el dia.

Deſde eſte punto, no pudo ocultarſe à Don Alonſo, que era el miſmo à quien buſcaban, para hacerle tanto daño, por aver conocido, que uno de los que quedaron muertos en el campo, era ſu competidor en los amores de Conſtanza. Atendìa à que ella tambien avia ayudado à la traza, ſegun lo que Hipolito avia referido, y confirmaba eſte penſamiento el enfado, con que ſiempre le avia tratado; pues tal vez le avia dicho, que era eſtorvo de ſu guſto. Veìa que avia querido quitarſele à ſu libertad con medio tan aſpero, como ſu muerte, y en lugar del paſſado amor que la tenìa, grangeaba nuevo aborrecimiento, con que proponia la venganza.

Eſtabaſe Don Juan, y Don Alonſo en caſa todo el dia, y à la noche ſalìan à informarſe de lo que paſſaba, y à buſcar à los otros dos ſus contrarios, para hacer ſu ſuerte conforme à la de ſus yà muertos amigos; mas es tan cuidadoſo el temor, y ſabe guardar tambien à los que le tienen, que no baſtaron diligencias para hallarlos. La ſegunda, que los buſcaron deſpues de los referidos ſuceſſos, bolvieronſe deſcuydados à ſu caſa, oyeron junto à la puerta de una poſada grande alboroto de gente. Llegaron à ſaber la cauſa, y hallaron miſerablemente muerto à uno de ſus miſmos enemigos: Eſtaba à ſu lado una muger bañada en ſu miſma ſangre, y caſi e

ultimos terminos de la vida. ercòse Don Alonso para reco- :erla, y viò que era Constanza: s le admirò este, que los passa- sucessos; y si bien èl la avia cado, para executar semejante or en ella, con todo esso, ò la dad, ò la nobleza, que hace à hombre, que facilmente per- ıe las injurias, le obligò à que astimasse de verla en tan mise- le estado, y à que mientras se ıia remedio en la salud corpo- , le procurasse algunos medios la eterna, llamando à quien la ıfessasse, que essa, en todos los os en que se vè á riesgo la vi- ha de ser la primera diligencia. adiò à esto con Christiano fer- un Sacerdote, y mientras èl se paba en tan piadoso, y tan san- xercicio, quiso saber D. Alon- uien avia sido el que se avia lantado à lo mismo q̃ su eno- rocuraba. Entrò con este in- :o en la posada, donde apenas conocido de la huespeda, quan llena de turbacion, y miedo, le o: Señor Don Alonso, por el or que siempre he tenido à stras buenas prendas, debeis ararme en la ocasion presen- El cuerdo Cavallero la respon- , que mirasse lo que deseaba hiciesse por ella. A estas razo- dixo la afligida muger, que entonces no queria mas de la sacasse de alli, y la pusiesse alvo, antes que la Justicia vi- le, Parte por saber despacio el origen de tan impensada novedad, y parte, porque à qualquier mu- ger (por serlo) debe un hombre bien nacido, amparo, y venera- cion, la llevò consigo, dexando à Don Juan, para que bolviesse con el Sacerdote hasta su casa; pues quando no fuera deuda precisa, era obligacion cortès acompañar- le, y dexarle seguro en ella. Poco despues, que la referida muger avia salido amparada de Don Alonso, y yà que Don Juan avia cumplido con lo que su amigo le dexò encargado, llegò el Corre- gidor, à quien se avia dado noticia deste caso, hizo que llevassen à Constanza à los ojos de su madre, que la recibiò llorosa, y afligida. Viò, que el otro estaba de todo punto muerto, y comenzò à ha- cer inquisicion de quien eran los homicidas. Entrò para esto en la posada, y hallò al dueño della, que acababa de venir del campo, por cuya causa no podia saber cosa de lo que le preguntaban. Llamaron à las criadas, para que dixessen lo q̃ sabian; mas ellas se disculparon, di- ciendo, que solamente su señora podia saber lo que passaba, por- que atendiendo ellas al cuidado de su obligacion, no se avian diver- tido à vèr lo que no les importa- ba. La huespeda estaba, como dixi- mos, ausente, y assi lo que enton- ces se averiguò, fue de poca, ò nin- guna importancia.

A la casa donde Hipolito, para mayor seguridad, estaba oculto,

llevò D. Alonso à la afligida muger. Bolviò tambien brevemente Don Juan, y puesto cuidado en que nadie abriesse la puerta de la calle, sin conocer à quien llamaba; ella se sossegò, y cobrò parte del color perdido· rogòla Hipolito, que entrasse adonde èl estaba, y no temiesse, que le avia de faltar amparo; ella le obedeciò, y entrò en su sala, para que viesse una muger de razonable t..za, y ayroso despejo. Serian las nueve à este tiempo, y assi tratò Don Juan de que la cena se previniesse. Traxose tan puntual, como sazonadamente, porfiaron à Justa (assi se llamaba la desconsolada muger) que cenasse, y perdiò cortès, y vencida de tantas porfias el recato, que le aconsejaba, ò su afliccion, ò su verguenza. Despues de aver levantado la mesa, manifestò Don Alonso, como el que estaba muerto era uno de los principales agressores de el daño que su hermano padecia: añadiò, que era un primo de Constanza, y que à ella tambien la avia hallado casi en el estado mismo. Esto obligò mas à la curiosidad de Hipolito, para que desease saber esta novedad de la boca de Justa, como quien tenia mas cierta noticia de ella. La yà cuidadosa muger, viendo la cortesìa de tan nobles mancebos, y el deseo de el piadoso enfermo, por desengañarle, de que no era *èl solo à quien* sucedian cosas *estrañas, y por* divertirle sus penas, (aunque en lenguage mas hum[ilde]) empezò à decir lo que contie[nen] estas razones.

Al principio de las passad[as] fiestas, à quien la ocasion ha he[cho] dos veces grandes, y el co[n]curso de la gente, sino mayore[s] mas comunes, llegò à mi casa u[n] Cavallero, acompañado de otr[os] quatro, entre criados, y amigo[s]. Eran en el trage personas ilustr[es] aunque las obras desdecian de [el] trage, que no es toda una co[sa] misma ser, y parecer, ni juzga bi[en] quien de la apariencia infiere [la] nobleza, ò la virtud, pues vem[os] cada dia, que blandas sedas e[n]bren à muchos hombres viles, [y] que asperos sayales ocultan co[s]tumbres imitables, y generosa[s]. Digo esto, porque la misma no[]che de los toros saliò este (à qui[en] yo oìa llamar Don Enrique) [en] compañia de los demàs, y brev[e]mente bolvieron con una mug[er] en los brazos. Prevenidos, de q[ue] ninguno de mi casa los viesse, [la] metieron en obscuro, y retirad[o] aposento baxo, que mi marid[o] obligado de el interès, les ofreci[ò] tan aproposito de su intento, q[ue] aunque diera voces, por ningu[na] parte pudiera ser la misera dam[a] ni remediada, ni oìda. Desta fue[r]te la dexaron, y salieron segun[da] vez de casa; presumo yo, que à [sa]ber si se sentia la falta de ella en [el] lugar de donde la avian sacad[o]. Viendo, pues, que parecia ven[ir] violèta, y entendiendo por la ...

za con que arrojaba el aliento, que traìa tapada la boca, comencè à cuidar con mas atencion del sucesso. Vereis en mi lo que puede en las mugeres la curiosidad con que nacemos, si oìs, que me determinè à saber quien era, mientras ellos estaban ausentes. Puselo en execucion, y como por aver llevadose la llave de otro aposento, que avia antes, no pudiesse hablarla, como deseaba. Tratè de subir à otra sala, que estaba desocupada, para mayor secreto, à ruego de Don Enrique, la qual caìa sobre la que aquella pobre, y desconsolada dama acogìa. Quitè con facilidad una tabla que vino à ser de su techo, y con todo recato para no ser sentida; vì una muger de linda presencia, hermoso rostro, grave compostura, y curioso asèo. Si bien profetizando sus desdichas, todo su adorno se cifraba en un vestido negro, en que mas parecia averse atendido à la tristeza, que à la costa. Torcìa algunas vezes sus manos, y regandolas con parte del llanto, que sobraba à las mexillas, hacia que naciessen perlas en ellas. Quexabase lastimada, lastimabase afligida, afligiase confusa, y entre quexas, lastimas, aflicciones, y confusiones, ni dexaba de derramar lagrimas, ni parecia tener su mal cõsuelo. El tocado, à quien las consultas del espejo avian hecho vistoso, el adorno de las cintas curioso, y el rubio color de los cabellos rico, estaba con el passado sobre salto descompuesto. Empezò luego à deshacerle desesperadamente, y quando soltaba sobre el cuello los rizos, asiendole de ello el oro de las sortijas, estorvaba que no se apartassen dèl, ò porque de avergonzado quisiera esconderse, ò porque viendolos de su misma color, y mas hermosos, los detenìa para quedàr mas honrado. Lastimabame yo de vèr sus ansias; porque à quien no lastimarà vèr à una muger tan hermosa, tan infelizmente afligida? Veìame llena de compassion, y aunque entonces me admiraba de mi misma, aora me espanto, que os veò tan lastimados de oirlo.

Yà por las señas avia conocido Hipolito à su dueño, y por el nombre, à quien la avia llevado à la posada, donde Justa la avia visto de esta suerte, y con el dolor de imaginarla en tanto aprieto, solìa mostrar en las acciones exteriores el sentimiento del pecho. Veìa, que Justa estrañaba el miratle algunas veces, con tan varios afectos; y assi la dixo: No os diviertan mis passiones, porque la blandura de mi natural, y la fuerza de la imaginacion me suelen arrebatar de manera, que me olvido de lo que soy, y me transformo en lo que pienso.

Ella entonces, sin atender mas lo que Hipolito sentìa, prosiguiò diciendo: Despues de averse deshecho el tocado, y maltratado

cabello, empezò la hermosa dama à decir con voz baxa, triste, y llorosa. O quanto mejor fuera, à quien nace con tantas desdichas, tener el sepulcro en la cuna, y que limitàra una mortaja el termino de una vida larga, penosa, y infelice! Apenàs gozò del bien mi afligido pecho un instante, quando tuvo mil siglos de tormẽto? O cruel estrella mia, tan opuesta à mis bienes, y tan proxima à mis males! Como es possible, que no te cansas de perseguirme, no aviendome yo cansado de vèr executados en mi tan varios sucessos, y tan graves pesares, como desde que sali de mi patria he padecido? Mas què mucho que no te canses, si soy yo quien los tiene, y tu insensible. De los brazos de mi alegria me hallè en un punto en los de mi muerte, pues aquella me daba Hipolito, que yà sin duda estarà impossibilitado de valerme, y esta me dà un traydor, cuyo nombre no repito, porque aun no toque mis labios al salir del alma entre el aliento. Mas si en todo esto es causa mi hermosura, y yà Hipolito no ha de verla, si yà solo ha de dàr à mi enemigo alegria, para què la guarde? Para què la quiero? ò por què razon la estimo? Sobstituya, pues, su lugar la fealdad, y sean el instrumento mis manos. Quede yo *de manera*, que en lugar de amor, *grangee aborrecimiento*; y en *lugar de desèo*, provoque à horror, à admiracion, y espanto. Sean los que primero pierdan su belleza estos viles cabellos. Carezcan del alma con que viven, aunque nunca tienen sentimiento; y pues que yo me abraso, no sea en ellos diferente la pena. Levantòse, cogiò la luz, que en el aposento avia. Y què hizo? (dixo con levantada voz Hipolito) Quemòlos? Fundiò el oro de su color? Perdieronse los quilates de su belleza? Decid presto mis pesares, para que comience à sentir tan grave pèrdida, pues menos mal es saber los males para sentirlos, que dudarlos, para padecerlos. Vos mismo (respondiò Justa) os dilatais lo mismo que apeteceis, pues cortando el curso à mis razones, me divertis, y no dexais que prosiga. Digo, que tomò la luz para llegarla à los cabellos: mas yo entonces, viendo tan apretada accion, determinacion tan fuerte, y resolucion tan estraña, no pude detener mas el silencio, y llevada de un afecto natural, la dixe: Señora, esperad un instante, oìdme que aunque soy muger, con todo esso podrà ser, que se remedien tantos daños, à menos costa vuestra. Bolviò la dama los ojos adonde yo estaba, y suspensa, estrañè la novedad de que huviesse quien la hablasse piadosamente, quando todo lo que veìa eran assombros, y rigores de su infelice estrella. Quitè de todo punto la tabla quedè mas descubierta, y an

di estas razones. No ay estado de desdicha, en que à la esperanza no quede alguna puerta, y al deseo alguna, si bien leve, esperanza. Tanto es esto verdad, que porque sea sin excepcion esta regla, aora que os parecia estàr destituida de todo, os ha venido, sino la libertad, el consuelo que puede daros quien se dispone à defenderos, ò yà con la industria, ò si esta no bastare, con la violencia. Lo que os importa aora, es tener esfuerzo para executàr, que à mi no me faltaràn trazas que emprehender. Decidme brevemente el daño que os amenaza, pàra que no erremos el remedio, pues aunque yo le he imaginado, por las razones que aveis dicho, y yo os he oìdo, quiero hacer cierto con vuestra informacion, lo que mi presuncion ha dexado dudoso. No es posible encarecer la mudanza, que en là hermosa Aminta (assi me dixo que se llamaba) hizo mi consuelo, y no es mucho que la hiciesse, que à grandes males, es de grande importancia qualquier remedio, y mas quando dificultosamente se espera. Respondiòme: O como el Cielo à nadie desampàra! O como de ninguno se olvida! Callò con estas admiraciones, y apartando de el rostro los cabellos (por libres) los prendiò con una cinta. Desembarazado el rostro de aquel hermoso estorvo, bolviò à mi unos ojos, tales, que luego disculpè à quien se perdia por ellos. Y no os admireis de esto, que siempre trae la belleza consigo, agrado, para quien la mira; fuego, para quien la desea, y disculpa, para quien la procura. Dixome: Amiga, yà que tengo de referirte mis desdichas, no escuses el decirme quien eres. Yo la satisfice, y ella prosiguiò de esta suerte: Soy una infelice, aunque noble muger (que no basta dàr buena fortuna la nobleza) amo à un Cavallero, que me corresponde, aborrezco à otro que me cansa. Aquel pienso que està yà en las manos de la muerte, por una desgracia suya, y mia; y este baxando de la casa en que estaba aposentada mi persona, para desengañarme de si era su daño cierto (como si un desdichado no tuviera la seguridad de sus males en su misma estrella, que le inclina à ellos) me traxo à este lugar, donde temo alguna violencia. Estas son brevemente las causas de mi llanto, ved si es justo, y ponderad, quan grandes son, aunque se limitan à tan cortas razones.

Poco avrà merecido mi deseo (la dixe) sino adquiris con la ayuda que os propongo esperanzas de mejor sucesso, que hasta este punto el temor os proponia. Mas porque no se pierda el tiempo, yà que no sabèmos el que se dilatarà la buelta de esse vuestro aborrecible amante, lo que aveis de hacer por esta noche, supuesto que yà es tarde, y q̃ yo por obedecer à mi m

rido, à quien èl debe aver cerrado la boca con algunos dineros, no me atreverè à dàr cuenta à la Justicia, es tomar essa llave, (diciendo esto le arrojè una de las que traìa conmigo, que me pareciò apropòsito) que si bien no es de essa puerta, con todo esso, dando un poco la buelta, despues de averla metido en la cerradura, servirà de estorvar, que entre la otra que èl traxere, y consiguientemente quedarà imposibilitado de veros esta noche, y vos de su violencia segura, que quando nazca el dia, con otro remedio harèmos contradicion à las trazas que èl imagináre en vuestro perjuicio. Efectuò lo que le dispuse; diòme las gracias por el referido consejo, y aceptò la promesa, que para adelante le hacia. Despedime con esto, y bolviendo à poner la tabla, que cortesmẽte daba lugar à nuestra conversacion, baxè à esperar el sucesso, que mi industria tendria. Puseme à hablar con mi marido, el qual con secreto, y recató me encargò que dissimulasse aquel negocio, porque D. Enrique era buen Cavallero, y nosotros aventuramos mucho en callar, dissimular, y servirle. Mas hice en no le descubrir nuestro secreto, que avia hecho en favorecer à Aminta; pero como à mi misma me importaba, por aver emprehendido su defensa, calle temerosa lo que *puede ser que no* callàra cuerda.

Finalmente, despues de un largo rato, vino con sus amigos Don Enrique. Ellos se recogieron à otra sala, y èl viẽdo que estaba en quieto silencio toda la demàs gente de la posada, se fue adonde avia dexado à Aminta. Bien diferente intento llevaba, que fue despues sucesso; pues por diligencias que previno, jamàs pudo hacer que la llave entrasse, para abrir la puerta, ni dàr lugar à su deseo. Llegòse adonde nosotros estabamos con esta novedad, aunque para mi no lo era; mas respondiòle mi marido, que no era hora de alborotar la familia, ni dàr golpes para descerrajar la puerta, por cuya causa podria acomodarse con alguno de sus amigos, hasta que con el dia esta dificultad se venciesse, y todo lo demàs se remediasse. O como nunca faltaron compañeros para el mal, y quan pocas veces se hallan para la virtud! Què inclinados, què dispuestos viò Don Enrique à unos para que le ayudassen, y à otros para que le ocultassen el rapto de aquella miserable dama! que afligida, y sola, por falta de su querido amante (à quien, ò yà por ausente, ò yà por muerto lloraba) se veìa sin amparo, y con penas, sin favor, y con pesares; y ultimamente, con temor, y sin alegria. Huvo de conformarse el necio Cavallero con este parecer, y aunque enojado, tuvo en la de sus amigos diversa compañia que tuviera, à no ser mi industria estorvo de sus intentos. Passò (segun despues me

dixo Aminta) toda la noche en un continuo desvelo, ò por no saber lo que al siguiente dia avia de sucederle, ò por pensar en los casos, que en tan poca distancia de tiempo le avian ocontecido. Amaneciò el Alva, para dàr nuevas del Sol à otro dia, y Don Enrique se levantò, para disponer los medios de conseguir su deseo. Llegò à la puerta, y bolviendo à tentar la llave, unas veces con ella, y otras con las razones, procuraba que Aminta le diesse lugar para que abriesse. Ella estaba tan lexos de obedecerle, como de amarle, y asi no le respondìa mas, de que la dexasse, y se fuesse, porque no avia de mirarle jamàs el rostro, ni era digno de ser visto de nadie rostro de hombre tan atrevido, y imprudente. El porfiaba necio, y amante, y ella respondìa cuerda, y libre, diciendo: Mucho yerra, quien intenta hacer fuerza, lo que ha de ser por voluntad; porque el modo de adquirir correspondencia, y grangear à la persona de quien se procura el amor, no ha de ser por medios asperos; pues quien padece algun agravio, tan lexos està de querer à quien se le ha hecho, que si antes le tenia alguna inclinacion, toda se convierte en odio; y si algun amor, en fiero, y terrible aborrecimiento. Esto os tengo yo con justa causa, por las razones dichas; y asi parece imposible (ò Don Enrique!) que podais reducir vuestra intencion à efecto. Dexadme, como encarecidamente os ruego porque querer passar adelāte, publicarè mi injuria à los hombres, y al Cielo; y quando todos dilaten vuestro castigo, antes que llegueis à mis brazos, me avrè quitado la vida, para que de esta suerte os halleis arrepentido, ignorante, y burlado, y yo quede, aunque barbaramente muerta, honrada, firme, y libre de vuestras manos, vuestro poder, y deseos.

Si essa es vuestra resolucion postrera (respondiò Don Enrique) yo la tengo tambien de llevar hasta esse punto mi intento, aunque se aventure mi vida. Oìa yo las razones deste hōbre, llena de verguenza, y ponderaba, no que huviesse quien à tal maldad diesse principio, sino que se hallasse lengua, q̃ tan libremente la dixesse. Y la razon de esto es, porque la q̃ se hace en oculto, solamente la sabe quien es complice, mas la q̃ se dice à voces, llega à los oìdos de quien no tiene parte en ella. Alli la participacion del delito, à unos con otros los disculpa; mas aqui la inocencia de los q̃ escuchan, hace mas fea la libertad del q̃ habla sin recato, ni verguenza. Ultimamente, èl reduxo à obras, las q̃ entonces parecieron palabras, poniendo tantos medios, q̃ aun para referidos son dificultosos. Todos se comunicaban conmigo, y asi tenian en su mismo nacimiento su fin, pues ò los remediaba, ò los divertia. Por donde

hablè à Aminta la primera vez; nos comunicamos quantas veces fue necessario, llevandole con puntualidad la comida. Passòse en estas cosas aquel dia, y la futura noche. Acaboronse las fiestas, bolvieronse los que avian venido à verlas à sus casas, desembarazòse la posada de los que avia forasteros; y viendo Don Enrique, que nosotros, que eramos dueños de la familia, y que à su parecer deseabamos su negocio, juntamente con sus amigos, quedando solos, determinò romper una gruessa pared, que del lugar en que estaba Aminta salìa à otro aposento. Aqui yà faltaron las fuerzas al ingenio, para prevenir remedio; mas porque no la hallasse descuidada, fui à darla cuenta de este nuevo aprieto. Quedòse la noble señora confusa, y dando con los ojos buelta à aquel espacio, como para buscar alguna cosa, bolviò à suspenderse de nuevo. Largo tiempo estuvo sin responderme, mas rompiendo con el dolor la suspension, y con un suspiro el silencio, me dixo. Amiga Justa, yà es esse el ultimo lance à que me puede reducir la fortuna; si èl ha de entrar de essa suerte, mejor serà que evitèmos el escandalo, y que entre por la puerta. Tendrème andada esta permission, para que me la pague en cortesìa.

Pesabame de verla tan blanda, mas por obedecerla, y porque como ella afirmaba, no tenia otro remedio, me fui à Don Enrique, y diciendo, que la avia hablado por el resquicio de la puerta, le asseguré, de que se mostraba mas apacible, y q̃ estaba reducida à abrir voluntariamente. Alegròse el porfiado amante, y dexando que viniesse la noche, por ser la obscuridad mas apropolito, entrò, y cerrò luego por de dẽtro la puerta. Subime yo al lugar que otras veces, apartè (para no ser sentida) menos q̃ solìa la tabla: pero lo que bastò para vèr, y oìr, que Aminta le decia, q̃ se sentasse un poco para sossegar el pecho del enojo que traìa. El la obedeciò por entonces, y ella pagò con mil agradecimientos su obediencia. Viendo mudada en apacible rostro su primera aspereza, comenzò à dudar, si era una misma la q̃ avia oìdo dos noches antes, y la q̃ estaba oyendo D. Enrique algo mas consolado, limitaba su determinacion con la nueva afabilidad de su dama, que no ay en el mundo hõbre tan barbaro à quien una razon cuerda no detenga. Apacible, pues, Aminta. O quã apacible la pintas, dixo, dando un doloroso suspiro Hipolito! Acaba yà de decirme lo que resultò de essa apacibilidad, pues nos parece, sino que en esto te detienes, para irme dando los pesares poco à poco, como si no fuera mas penosa una bebida amarga, quanto mas despacio la recibe el enfermo.

Nunca he pensado yo, dixo Justa, que à vosos daba cuidado la

idad de Aminta; mas pues
is señales que veo, conozco,
os sois el enfermo de esta be
y de su amor, y à quiẽ ella ha
do tantas veces muerto; oìd
orevedad lo que falta, seguro
ie ha saber lo que aora me su
, huviera puesto diferẽte cui-
en favorecerla, y mejor fin à
ligro, dãdola nuevas de vues-
ida, y de que podia llegar con
idad à vuestra presencia. Di-
ues, que en esto estaba Amin-
quando Don Enrique la dixo:
pienses, que la cortesìa que
a aora me has debido, me has
eber de aqui adelante; que si
a el punto que lleguè contigo
lamanca la mereciste, desde
nces has sido digna de estos, y
de mas injustos terminos. Yà
que en esta casa, nadie ha de
recerte, nadie ha de ampa-
, y nadie es posible que te es-
ie. Mira sin dilatar mas pla-
lo que determinas. Ella enton-
atenta al resuelto animo de
el hombre vil en las palabras,
fame en las obras, que desea-
educir à execucion, llena de
or, y ossadìa, le respondiò: Què
orta, que nadie me oyga, si el
lo à todos escucha? Assi que
me determino, ò tray dor Don
ique (diciendo esto, sacò un
hillo de la manga, que era el
yo le avia echado, para que
tiesse la comida; el qual busca-
sin duda, quando miraba, como
da dicho, cuidadosa el aposen-
to) à castigarte, y defenderme;
Como èl estaba tan cerca de
Aminta, y sin prevencion, de que
intentarìa tal temeridad, antes
que se pudiesse valer, se hallò con
una herida en los pechos. Asse-
gundò con otro la valerosa da-
ma, tan presto, que el que se pen-
sò vèr en regalada cama, se viò
en castigo de su mala intencion,
sobre su sangre en la tierra. En el
tiẽpo que avia estado sola, se avia
puesto debaxo del habito de mu-
ger un vestido, que el primer dia
de las fiestas vì à uno de los ami-
gos de Don Enrique, el qual, muy
preciado de galàn, aunque peque-
ño, le avia dexado por vestirse
otro mas rico, con cuya preven-
cion pudo quitarse brevemente
la basquiña, y quedar en habito
de hombre. Abriò la puerta, y sa-
liòse presurosamente.

Yo, que avia estado mirando to
do este sucesso, aunque no me pe-
saba del castigo de aquel hombre,
à quien con estremo aborrecia,
por su desverguenza, temerosa,
de que à mi marido, y à mi, nos
corriesse de sus heridas algun ries-
go, baxè de adonde estaba, dando
voces, y diciendo, que mataban à
Don Enrique. Con ellas se albo-
rotaron sus amigos, y cogiendo las
armas à que les pudo dàr lugar el
tiempo, acudieron al lugar donde
estaba. Levantoronle, bañado en
su lasciva sangre del suelo, y aten-
diendo, à que solamente Hipolito,
como galàn de Aminta, ò alguno
pe

por èl podia aver ocudido à sacarla de aquel aprieto, para lo qual no era muy dificil, que ella le huviesse avisado, y juntamente considerando, que no podrìan ir muy lexos, dexandola los dos el cargo de llevarle adonde le curassen, los demàs salieron en su seguimiento. Acertò à passar entonces, acompañada de un primo suyo cierta dama, bien celebrada en este lugar (como sabe el señor Don Alonso) cuyo nombre es Constanza. Iba de manera presurosa, que pudieron los amigos de Don Enrique pensar que era Aminta, y el que iba con ella, quien le dexaba tan peligrosamente herido. Engañados con la fuerza de esta presumpcion, sin atender à informarse para hacer la venganza cierta, metieron mano à las espadas, y escusando con la brevedad, que el otro se pusiesse en defensa, le dieron dos estocadas, de que luego cayò muerto. Tampoco dexaron sin castigo à la misera Constanza, pues dandole otra herida cayò à su lado, pidiendo à los hombres favor, y à Dios clemencia. Yà avian sacado los demàs à Don Enrique, con que sin bolver adentro, unos, y otros se ausentaron. Yo no supe mas de que llegò en esta ocasion el señor Don Alonso, persona à quien por su valor, y su nobleza, respetan quantos no son, ò mal intencionados, ò embidiosos. Pareciòme, que si se averiguaba la verdad, que pocas, ò ninguna vez dexa de hacerse patente, yo avia de padecer en la carcel, como quien tan buena parte tiene en esta desdicha; y fiada en su cortesìa, quise valerme de su persona, y de ella. Roguèle que me sacasse de entre tantas confusiones; pùsolo en execucion, y ausentème, hasta que me pueda manifestar con menos riesgo. Esta es la causa que me tiene triste, la que me traxo à vuestra presencia, la que le obligò à mi amparo, y la que me ocasionò à mi temor, para que determinada me atreviesse, ò atrevida me determinasse à dexar la quietud de mi familia. Mas puesto que he tenido la dicha de averos servido en favorecer à la hermosa Aminta, quisiera que aquellos beneficios, si entonces sirvieron de guardarla, oy sirvan de obligaros à que continueis los que de vuestra afabilidad recibo. Serviránme juntamente de averiguar con la certidumbre que suele tener la experiencia, que nunca se dexa de lograr el bien que se hace, como ni se queda sin castigo el mal que se procura, ò se intenta.

Aqui acabò de contar Justa el sucesso, en que Hipolito tenia tanta parte. Quedò el piadoso Cavallero alegre de saber el valor de Aminta, la firmeza de su amor, y la seguridad de su correspondencia, si bien à esta alegria ponia limite el pesar de que se huviesse ausentado, pues assi era forzoso

goviern o de ſu hacienda, la cobranza de ſus mayorazgos, el regalo de Doña Ana, y la puntualidad de acudir con lo neceſſario à Don Alonſo. Procurò ſu hermana reducirle, diciendo, que la guerra ſe hizo para los ſegundos, no para los primogenitos, y ſucceſſores de las caſas, y familias nobles. A cuyas perſuaſiones no diò mas reſpueſta Hipolito, que decir: Los ſegundos, y los primeros hijos todos tienen una ſangre; y los primeros, como mas ricos, mas obligaciones. Tomò lo que le pareciò neceſſario para el camino, y ſin aver ſabido en diſtancia de cinco meſes coſa alguna de Aminta, ſe partiò con animo de tomar puerto en Malta, y hacer demonſtracion de ſu valor en las galeras que trae en la mar la Religion, para terror de los enemigos de la Fè. Embarcòſe en Barcelona en un navio que avia de llegar à Sicilia, y con viento favorable navegaron algunos dias, haſta que la mañana de el ultimo de eſta dicha, deſcubrieron quatro galeras de Biſerta, las quales llevaban à Conſtantinopla el feudo, que ella, y las demàs Ciudades de aquella coſta tributan al Gran Turco. Llegaronſe à tiro de cañon al baxèl, en que Hipolito iba, y conociendo, que era de Catolicos, ſin que por ſer cortas ſus fuerzas pudieſſe el alentado Cavallero hacer que ſe defendieſſen los que le acompañaban, los rindieron miſerablemente, ſino vergonzoſamente. De todos los que iban en el referido navio, à ninguno paſſaron à ſus galeras, ſino es à Hipolito, pareciendoles, que à los demàs llevarian ſeguros, ſi les quitaſſen el que avia moſtrado tan cuydadoſo valor: con eſto, ſin hacer mudanza en las mercadurias que el navio llevaba, por no cargar mas las galeras, llevandole conſigo, proſiguieron ſu viage, y ſu intento. Al ſiguiente dia (que pocas veces preſta por mas tiempo ſus bienes la fortuna) deſcubrieron las galeras de Napoles à razonable trecho. Viendo, pues, los Turcos, que por ir eſtas menos cargadas que las ſuyas, ſe les acercaban demaſiado, que ſu fin no avia ſido ſalir para pelear, y que el baxèl no podia navegar con la ligereza que ellos quiſieran, por no ſer propicio el viento, ſe determinaron à dexarle, por no ponerſe, y poner lo que llevaban à peligro de perderſe. O los caminos que ſe deſcubren, quando ſe han de apartar los dichoſos de los que nacieron con eſtrella infelice! Ayer navegaba Hipolito, acompañado de diverſas perſonas, y oy llegan ellos al puerto deſeado, y èl ſe mira entre barbaros cautivo. Llegò de eſta manera à Conſtantinopla, Ciudad antigua, populoſa, è inſigne Corte de quantos, ò por ſuceſsion, ò por tyrania, tienen indignamente el titulo de Gran Señor. Sus grandes, ſiempre piden gran

admiraciones; assi nuestro Cavallero, aunque primero afligido, se hallaba despues mas consolado con las novedades que veìa. Pareciale que el dinero negociarìa cõ brevedad su rescate, y que à costa de ser poco menos poderoso, avrìa visto aquellas Provincias, y de sus habitadores las costumbres, y los ritos. Como si las cuentas que los hombres hacen con su limitada providencia, no tuviessen menos caminos de efectuarse, que de impedirse.

Entre otros cautivos que presentaron à un Turco poderoso, y noble, y aunque criado entre barbaros, bien entendido, fue Hipolito el que mas encarecieron en orden al rescate, y de quiẽ mayor estimacion se hizo. Aqui començò à manifestarle parte de su rostro la felicidad, pues à quatro veces que hablò con èl, conociò que le agradaba su modo. Sabìa el Turco nuestra lengua vulgar, cosa à que sino le obligò la necessidad, pudo persuadirle la curiosidad, ò la malicia. Con esto, aunque Hipolito ignoraba à los principios la suya, no sentìa falta en atender lo que le ordenaba, ni la hacìa en quanto se ordenasse à servirle. Solìa llamarle algunas veces, para comunicar lo que pertenecìa al govierno de su casa: y en las respuestas que el noble cautivo le daba, advertìa claramente el talento con que la naturaleza le avia enriquecido. Passaban desde este govierno Monastico al Politico, desde el que ellos tienen al que nosotros tenemos en España. Alababa à este Hipolito, y aunque tal vez se le contradecìa, se alegraba el Turco de verle enojar sobre la defensa de su patria, diciendo: En nada me agradas, como en defender tu Ley, tu Rey, tu tierra, y su govierno; y de aì infiero, que eres bien nacido, porque los que lo son, como defienden à su patria cõ las armas, saben honrarla con la lengua. Prosigue, defiendela, que quien hace lo contrario, nada dexa para mi, que soy vuestro enemigo. A pocos dias que Hipolito estuvo en aquella tierra, supo su lengua con toda propiedad, procurando (aunque barbara) enriquecerla con algunas exornaciones, grangeando con ellas mayor apacibilidad, y benevolencia con su dueño; mas seguro amor con los de su familia; y mas crecido aplauso con los que tenian conocimiento de sus prendas. Acudìa à visitar à Rezuan (assi se llamaba el Moro, en cuyo servicio estaba nuestro cautivo) muy ordinariamente un Alfaqui, ò Sacerdote, à quien todos miraban con grande veneracion. Las ceremonias que al entrar hacìan, y el cuidado con que era servido comunmente de todos, passarè en silencio, por ir abreviando en cosas menores, y no sè si por escusar la verguenza que deben tener algunas Naciones, viendo que aunque

ſon los Sacerdotes tan diferentes de aquellos, ni ſe veneran como es juſto, ni ſe hace mas eſtimacion de ellos, que de la gente comun, y aun eſto ſe pudiera diſsimular, ſi los deſcuidos no ſe paſsàran à deſprecios, olvidandoſe de que quien los menoſprecia, menoſprecia à Chriſto, y quien à èl, à ſu Padre, como èl miſmo en cierta ocaſion afirma. O como ſe olvida de lo que ſe debe à eſta Dignidad, quien no los reſpeta! Y como ignora lo que Dios eſtima eſte miniſterio, quien los deshonra! Cierto eſtoy yo, de que ſi todos ſupieran que en la Divina Eſcritura tienen tan diverſos nombres, parece que moſtrando, que no baſtaba uno ſolo à explicar tan ſuperior exercicio, ſe les diera debida eſtimaciō. Llamalos en diverſas partes, yà Reyes, yà Miniſtros, yà Angeles de Paz, yà Doctores, yà Medicos, Jueces, Eſtrellas, Cielos, Heredad del Señor, Guardas, Mediadores, Santos, Conſagrados, Ungidos, Padres de las gentes, Luces, y Ciudades, pueſtas en lugar eminente. Todo eſto ſon los Sacerdotes en la boca de el miſmo Dios. Permitaſe, pues, que me laſtime de vèr, que parezcan nada en la preſencia de los hombres, y perdoneſeme la digreſsion, que tal vez rige el ſentimiento, como à la lengua la pluma.

A eſte Alfaqui, venerado por el oficio, y eſtimado por ſabio, la *amiſtad*, que con Rezuan profeſſaba, diò lugar à que le viſitaſſe un dia, que Hipolito eſtaba tratando con èl varias coſas de las que pertenecian à la familia. Quiſo dexarlos ſolos el noble eſclavo, mas ſu dueño le advirtiò, que no ſe fueſſe. Obedeciò Hipolito, y oyò que el Alfaqui comenzaba à tratar de la Aſtrologia, à quien era muy inclinado, y por quien avia grangeado entre aquella gente credito injuſto de docto.

Tenia Rezuan una hija de edad de quince años, tan guardada, que deſde el dia de ſu nacimiento, apenas avia quien huvieſſe viſto ſu hermoſura. Eſto avia tenido fundamento en un juicio que el Alfaqui avia hecho, diciendo, que un Moro avia de enamorarſe de ella, y que por no querer la noble Mora aſſentir à ſu voluntad, avia de quitarla la vida. Vino eſta ſuperſticion à noticia de Hipolito, y avia andado con deſeo de ſacar à ſu dueño de eſte engaño. Pareciòle buena ocaſion la preſente, y quando eſtaban en lo fino de la converſacion, empezò à torcer el roſtro, y regar con las acciones, quanto el ignorante Aſtrologo encarecia de la fuerza de las Eſtrellas. Viendo Rezuan, que no aſſentia à aquel parecer, le rogò que les dixeſſe el ſuyo. Entonces el cuerdo eſclavo, componiendo el roſtro, y limitando la voz, dixo: Siempre he deſeado ſatisfacer à quantos dàn credito à tales coſas, del engaño en que viven

pues tu (ò señor!) gustas de lo mismo que yo procuro, escucha atentamente, y verás, que cumpliendo con lo que me mandas, te dexo à un mismo tiempo gustoso, y advertido.

A los que tratan desta ciencia llaman en España, la gente comun, Adivinos, y la mas entendida, Astrologos, Judiciarios, ò Contelias; esto es, Juez de nacimientos. Todos los quales, fuera de que ellos, y quien los cree son dignos de castigo, por la mayor parte son ignorantes, y gente, que llevada del aplauso del vulgo, desde uno se despeña à infinitos errores, teniendo despues el escarmiento de su mismo engaño. Bolviò à mirar à Rezuan, y viendo por las señales del rostro, que no le pesaria de que prosiguiesse, añadiò: Y si quieres vèr como esto es verdad, escuchame atentamente, que por no verte cansado, yo procurarè ser breve.

Lo primero, faltarà nuestra libertad, pues reducidas mis acciones à lo que disponen las Estrellas, no pudiera obrar, ni executar lo contrario: cosa, que à mi Fè contradice, y à la razon natural, que muestra en todos eleccion para escoger, y indiferencia para conseguir. Puesta esta verdad à una parte, atended os ruego à este discurso. Juzgar las acciones por los nacimientos, ò tienen su firmeza en las Estrellas, ò en algun pacto oculto, ò manifiesto con el demonio. Si es esto ultimo, bien vès quan peligroso es comunicar con quien desea engañarnos. Demàs de que assentada cosa es, que èl no puede saber los futuros con certidumbre, sino por presuncion, y conjeturas. Pues como quieres tu que se tenga por cierto lo que el mayor enemigo nuestro afirma, si despues de procurar engañarnos, no puede conocerlo? Si eliges el segundo medio, y dices, que por las Estrellas se conocen los futuros, porque de las calidades que tienen, se infiere ajustadamente las que tendràn los que nacen debaxo de su influxo; por què (dime) juzgaràs mas de las que influyen al nacimiento, que de las que dominan al tiempo de la animacion del hombre? Y si por estas, como sabràs quando fue, si ay en este caso tanta variedad de sentencias? Quiero, pues, darte lo que tu deseas, y confessar, que se ha de atender à solo el nacimiento. Dime, (te ruego yo) como se puede saber precisamente la Estrella en que cada uno nace? Diràsme, que es facil, sabiendo el dia, y la hora en que vè la primera luz, para començar à sentir sus mayores miserias, y si es la que yo he referido tu respuesta, convencido quedaràs de tu engaño, si atiendes que el Cielo, adonde estàn las Estrellas, que es el octavo, sigue rapidamente al movimiento del primer movil, y à que segun es assentada doctrina de los Astronomos, en la cente-

sima parte de una hora, se mueve trecientas mil millas. De suerte, que si tu juzgasses de uno, como si naciesse al principio de una hora, y huviesse sido al fin de ella su nacimiento, juzgarias sus inclinaciones por Estrella, que del punto de su nacimiento dista tãto numero de leguas, que casi faltan à la memoria terminos para explicarlo, y numeros para contarlas à la Aritmetica. Mas apretadamente quedarà patente la verdad, si advirtiereis, que aun sabiendo el instante en que un hombre nace, no es possible conocer su inclinacion, pues no se gasta uno solo en nacer, antes muchos, y muy dilatado tiempo. Siendo esto assi, como sabràs qual de ellos has de escoger para hacer el juicio? Y como al principio dixe, aunque esto fuera possible, quien me quitarà à mi, que sabido el instante, la Estrella, la inclinacion, y el influxo, no lo venza todo, y obre mi voluntad libremente?

Quedò Rezuan muy alegre de vèr confuso al docto Alfaqui, y para mayor seguridad, le dixo: Pues si estos no lo saben, como dicen muchas veces lo mismo que despues sucede? Facil es la respuesta, añadiò Hipolito, si atiendes à que quando acontece lo que previnieron, es acaso; y si alguna vez lo saben por pacto que con el demonio tienen, no es porque èl pueda assegurarselo, ni conocerlo, sino porque gustoso de que se le attribuya la gloria, que solo se debe à Dios por grangear con una verdad à mil mentiras credito, procura que tenga execucion lo que predixo y hace diligencias para que acontezca, y los ignorantes crean, que en lo demàs no les engaña.

Acabò aqui Hipolito su discurso, dexando algunas autoridades, que pudiera traerles, ò porque para ellos no la tendrian los Autores, ò por no gastarles mas el tiempo. Confuso el Alfaqui, le dixo, que era grande la fuerza de sus razones, pues sin hallar que responder à ellas, se avia obligado à confessar, que avia gastado inutilmente los ratos que se avia dado à la contemplacion de las Estrellas, y que solo valen para pronosticar la mudanza de los temporales, la venida de los ayres, la abũdancia de las lluvias, y lo demàs que à ellas pertenece. Quedò con esto acreditado Hipolito, su dueño servido, y el Alfaqui à un mismo punto corrido, y desengañado. Comenzaron à tratarle desde entonces con mayor respeto, porque no sè què excelencia trae consigo la ciencia, que aun los Barbaros veneran al que la tiene. Hallò tambien particular gracia en los ojos de un hijo de Rezuan, llamado Ali, con cuyo amor iban sus dichas creciendo: mas duraronle poco, para que comenzasse desde luego lo rigoroso de su fortuna, y lo prodigioso de sus accidentes.

El caso fue, que aunque pareciò, que el Alfaqui avia llevado bien su desengaño, mas fue por hallarse falto de respuesta, que por sentirse gustoso de verse convencido, y su opinion perdida. Persuadido deste aborrecimiento, comenzò à poner los ojos en las acciones de Hipolito, para calumniarlas, y destruirle. Como el piadoso cautivo tenia tanta familiaridad con Ali, pudo, entre las demàs cosas de que trataban, proponerle algunas de nuestra Sagrada Religion, con animo de que se inclinasse à ellas, y de grangearle à Dios un alma, por quien se diò à sì mismo en precio. Era Ali mozo de lindas gracias, de blando natural, cortès, bien quisto, de hermosa disposicion, y sobre veinte y un años de edad, de grandes fuerzas. A todas estas prendas juntaba una singular aficion à libros, para cuyo efecto tenia de ordinario dos Moros, que le trasladassen varias cosas, porque allì su ignorancia les hace carecer del curioso ingenio, è importante Arte de la Imprenta, à quien se debe, como à instrumento, la memoria de las cosas passadas, y el aver en todas facultades tan eminentes Maestros; lo qual si nos faltàra, totalmente faltàra, con la comodidad, el descanso, y la abundancia que se tiene. No se apartaba Ali un *punto de la compañia de su esclavo, y amigo*, ò yà porque llegasse *à noticia del* Alfaqui (que tiene muy largos los oìdos la embidia) ò yà porque presumiesse su deseo, dixo à Rezuan un dia lo que avia entendido, y el peligro que su hijo tenia en la comunicacion de su esclavo. Quiso certificarse el cuerdo Moro, y como la verdad no desdecia de lo que el Alfaqui le afirmaba, ayrado, colerico, y pesaroso de averle consentido tal amistad à su hijo, comenzò à convertir en odio el amor, que hasta allì avia mostrado al noble cautivo.

Tenia Rezuan una casa de placer, rica, vistosa, y fuerte, fuera de la Ciudad, y en ella à Lidora su hija, por las supersticiones, y parecer de aquel vil Astrologo. Guardabala con vigilante cuidado una tia suya, hermana de su madre, aspera de condicion, observante en su Ley, y anciana en edad. La disposicion que esta casa tenia, serà fuerza conocer para mayor claridad de los futuros accidentes de Hipolito, y el decredito de tan estraños sucessos. En su fabrica, y assiento era maravillosa, porque demàs de tener grande capacidad, hermosas salas, y otras piezas necessarias, ò à la comodidad de su dueño, ò à la abundancia de la familia. Estaba fundada sobre el aspero brazo de una peña: por la parte principal deleytaba el arte à la vista con diferencia de labores; por la que miraba à Occidente, tenia una cerca, cuyas paredes, por estàr mas hondo el e-

pacio de un pequeño bosque, se igualaban, un repecho que hacia el camino, por donde iba à la Ciudad. Esta cerca tenia una puerta, de la qual guardaba Rezuan la llàve, porque Ali no matasse la caza, que en ella se criaba. Algunas ventanas de la espaciosa habitacion salian à este inculto distrito, para vèr los animales que en èl se alimentabā. Al otro lado opuesto avia una puerta pequeña, por dōde se entraba à cierta mazmorra, ò calabozo, en que dormian los cautivos, quando habitaba Rezuan en aquella espaciosa morada, que eran tres meses de los mas rigorosos del Verano.

A esto hizo llevar à Hipolito; metieronle en un espacio corto, que al principio avia con una pequeña ventana, donde pensò limitar su desconsuelo; mas viendo que abrian una puerta, que avia en èl, advirtiò, que no era tan piadosa su fortuna, principalmente, quando le hicieron que entrasse, y cerrando por defuera, se viò acompañar de sola la obscuridad de aquella mazmorra, y sus desdichas. Pusose à considerar su estado, y dando buelta con la memoria à los prodigios de su vida, unas veces se alegraba, y otras se entristecia, vistiendo el animo de los afectos, que la imaginacion le dictaba. Si llegaba à considerarse en el tiempo que fue correspondido de Aminta, se olvidaba de los males presentes; y advirtiendo, que la avia perdido, doblaba con las penas que avia tenido por su causa, las que entonces padecia. Ali llevaba pesadamente su ausencia, con que crecia en su padre el dolor de imaginarle perdido, y aborrecimiento del que le avia causado (à su parecer) tanto daño. Daban al infelìz Hipolito la comida, que precisamente era necessaria para vivir, y muchas veces se la quitaban todo un dia, para si la obscuridad, la soledad, la hābre, la dureza de la tierra, el desconsuelo, los malos tratamientos, y la misèria, le acabassen la vida. Dos meses estuvo desta suerte, donde la ociosidad traìa à su pensamiento variamente afligido, si bien consolado, en que todos aquellos pesares que recibia eran por causa piadosa; de los quales, aunque dudaba el remedio, esperaba premio copiosissimo. Al cabo de esta distancia, que sin vèr la luz del Sol, con tal crueldad le hacian passar la vida (por la misma parte que otras veces) le dieron para sustentarse un panecillo. La novedad provocò à su admiraciō, y la hambre hizo que le partiesse luego, y hallasse por èl tacto un papel, que venia dentro. No supo lo que contenia, por no tener luz con que leerle, si bien la novedad le ponia agudas espuelas al deseo. Advirtiò, que supuesto que le embiaban aquel papel, para que [illegible] à la soledad de aquel campo, manifest-

dola sus males, que es lo que de ordinario hace quien carece de remedio. Deseoso, pues, no sè si de consolar sus daños con la noticia de los agenos, ò si de consolar los agenos con la noticia de sus propios daños, comenzò à llamarle con altas voces, diciendo: Amigo, qualquiera que aora hacias testigos à estas soledades del sentimiẽto de tu pecho, llega à esta pequeña rexa, para que con la noticia de mayor desdicha, dès gracias al piadoso Cielo, que ha andado tan liberal contigo, que no te ha querido dàr toda la que pudo. Al sonido de la voz se fue llegando el cautivo à la rexa, donde Hipolito estaba; y despues de averle saludado cortesmente, le dixo: Si no me engaño, tu eres à quien Rezuan mi señor guarda con tanto cuidado, y à quien yo traygo cada dia de comer tan limitadamente. Con quanto encarecimiento es possible te ruego, q̃ me digas què delito has cometido, ò què causa puede aver sido bastante à prision tan rigorosa? Holgòse Hipolito de saber quien era quien cuidaba de llevarle el alimento, para que compadecido de su miseria, se le aumẽtasse adelante. Quiso moverle mas, y para esto le diò cuenta de lo que passaba, del amor que Ali le tenia, y de que el procurar que fuesse Christiano, le avia traido à *tan estrecho encerramento.*

Aunque en esta relacion cuidaba de la propiedad de la lengua, con todo esso, la natural le hacia, que muchas veces dixesse en nuestro idioma lo que queria significar, y no podia, por el poco uso que tenia del ageno. Quando el cautivo advirtiò por esta causa, que era Español el preso, hablandole en su natural lengua, le preguntò su patria, y tierra. Dixole Hipolito, que avia nacido en la Corte de España, y antes de referir su nombre, sintiò que el cautivo avia hecho mudanza en rostro, y cuerpo. Reparò mas en lo que hacia, y viò que derramaba algunas lagrimas, recogiendo parte dellas, à falta de lienzo, en el cabo de una tunicela, con que andaban sus ombros adornados, y cubiertos. Dexò el llanto, por preguntarle como se llamaba, y Hipolito le respondia tan à medida del deseo, que le hizo convertir las piadosas lagrimas en dichosa alegria. O inconstante naturaleza la nuestra, pues casi à un mismo tiempo lloras, y ries, padeces, y descansas, te atormentas, y te alegras! Despues de la breve suspension, que bastò à manifestar sus afectos, arrancando un suspiro del pecho, le dixo: Ay Hipolito, quantos pesares, y quantas penas me debeis! mas ignorante soy, pues llamo penas à las que han sido medios de mi dicha, y causa de los bienes que con veros posseo. Admirado el noble preso de estas razones, esperaba la soluciõ de sus dudas; mas à este tiempo oyò, que

desde una ventana de el quarto de Lidora, llamaban à la persona, que avia llegado à dàr principio à la novedad passada, y le decian: Amigo, espera, no te ausentes, hasta que yo te avise.

Si las razones que avia oìdo tenian admirado à Hipolito, no lo quedò menos el esclavo, viendo, que à tales horas le hablaban, desde el lugar, que se guardaba con tanto recato, y aun tuvo pesar de que le huviessen visto de aquella suerte; mas como si le avia hecho llegar la piedad, yà le detenia el amor, por responder à Hipolito, que por instantes le preguntaba quien era; obedeciò à quien le avia rogado que esperasse, y con cautela le preguntò, si se acordaba de un amor, que avia tenido en Salamanca, y avia nacido entre el peligro de un arroyo, y la vecindad de una Aldèa. No tenia el lastimado preso en la memoria cosa, que tan dichosamente divirtiesse su pensamiento; y assi con facilidad conociò, que era Aminta el que con tal disfràz hasta entonces avia desconocido. Dexòse llevar de los encarecimientos por esta causa, de manera, que satisfecha, de que se podria declarar, prosiguiò gustosa lo que avia comenzado, obligada de la fuerza de su afecto. El uno, y otro ignoraban el modo de celebrar esta fortuna, y llenos de alegria, quitò su oficio el corazon à la lengua. *Nadie en el aprieto* mas fuerte pierda de todo punto la esperanza de consuelo; pues en la ocasion presente, quando le parecia imposible à Hipolito, de que huviesse cosa, que le diesse contento, halló el mayor, que le pudieran dàr humanos bienes. Al fin de esta conforme suspension de entrambos, rompiendo Aminta el silencio, le dixo: yà que he visto claramente vuestro amor, razon serà daros cuenta del mio, y de mi correspondencia, para que en ella, y los demàs accidentes, que me han traido à este lugar, conozcais, que hicisteis buen empleo de vuestra voluntad, quando tratò de corresponder à la mia, y veais, que es una misma nuestra suerte. Quiso comenzar sus sucessos, mas bolvieron à abrir la ventana, y echando por ella un blanco lienzo, la dixeron, que se le diesse à Hipolito, y se fuesse, pues sabia el peligro en que estaba, y la pena que tenia quien llegaba à aquel lugar, demàs de que Ali queria yà partirse. Quando el alegre preso oyò, que alli podia tener grave peligro, la rogò, que se ausentasse, y que buscasse ocasion en que pudiessen comunicarse mas de espacio. Ella lo prometiò hacer lo uno, y lo otro: esto por el interès que grangeaba, y aquello, porque aunque no tuviera riesgo, era forzoso acudir al servicio de Ali con puntualidad. De aqui coligiò Hipolito, que era aquel noble Moro su dueño, y dandola uno de los papeles, que el

avia embiado, la rogò, que se le diesse, y juntamente le afirmasse, que en qualquier negocio se podria fiar de su secreto. Esto hizo el cuerdo Cavallero, assi porque tuviesse mas ocasion de hablarle, dando lugar Alì, como porque tratasse mas apaciblemente à Aminta, à quien ellos conocian por Otavio. No se engañò en esta traza, como verà despues quien atendiere aora à que en aviendole dado el lienzo, y despedidose, saliò la piadosa dama, aunque no con poco trabajo, por la parte que le pareciò en la cerca, mas facil à sus dèbiles fuerzas, y mas apropòsito de su penoso cansancio.

Quedò Hipolito à este tiempo lleno de temor, por el peligro en que se hallaba; de amor, por la correspondencia de Aminta; de alegria, por averla visto; de deseo, por saber quien la avia traìdo à tan estraña parte; de esperanza, por el cuidado que Alì tenia; y de curiosidad, por saber lo que aquel lienzo llevaba. Cerrò la pequeña ventana, que avia sido instrumento de su passada felidad; porque si Rezuan visitasse aquella casa por defuera, no la viesse abierta, y le quitasse aquel breve consuelo. Entròse en el otro aposento, que como diximos, era el primero en que estuvo. Sentòse sobre su pobre cama, que era de un poco de seca yerva, y empezò à desembolver el lienzo: hallò en èl una pequeña caxa, un blanco panecillo, y dos trozos de madera, no muy gruessos. En todo iba reparando atentamiente, sin saber el fin para que le avian embiado cosas tan diferentes. No sabia quien se compadecia de èl, y assi tampoco sabia à què parte acudir con su discurso, para poner en efecto la intencion de quien avia avisado à Aminta tan piadosamente, que se guardasse, si bien colegia de este aviso, que lo que le avia echado, se ordenaba à su provecho. Vinose al pensamiento la industria de Filomena, quando con la verdad, y dibujo de sus mudos matices, publicò lo que se le negaba à la lengua, y pareciòle, que si era Lidora, supuesta la guarda, y el recato que tenia, no avria podido escrivirle, y por esto le embiaba con enigmaticas labores dibujado en el lienzo algun remedio de su desdicha. Mas como la obscuridad era tan grande, se hallaba impossibilitado de vèr, si eran sus presunciones ciertas. Abriò la caxa, para saber lo que venia dentro, y lo primero con que encontrò, fue con el pedazo de una vela. Llegò mas abaxo, y averiguò con el tacto, que avia algunos fragmentos de yerva blanda, y seca: hizose capàz de todo lo que avia, y sin demasiada dificultad advirtiò, que eran de laurèl los dos pequeños trozos de madera, y que lo demàs era para que encendida luz viesse lo que se contenia en el lien

ıſolo en execucion junto el o laurèl, y llegando en debi. ›porcion la yerva, comen. lotarlos, de ſuerte, que con dad la hallò encendida. Fal. el metal, con que noſotros nos levantar la llama à las las, que el pedernal arroja la yeſca; y mientras mirò o de la caxa, ſi venia eſta ncion, ſin la qual eran inuti. demàs inſtrumentos, co. ò à arder entre sì la miſma ; porque como deſpues re. venia por ſus miſmos rema. evenida de eſte medio; en. ò la vela, con que quedò gre, y todo aquel eſpacio ieſto. Llevòle luego la cu. ad à vèr el lienzo, diòle al. bueltas, y hallò, que ſe ngañado en la paſſada ima. ion. No ſe deſconſolò por ntes le pareciò, que no avian do mas de darle luz, y aquel on que ſe alentaſſe, ſirvien. de ſuſtento. Al tiempo de le, le hallò con el alma, que veces; eſto es, con un pa. ıbriòle, y deſconociendo la de Alì, quedò de nuevo con. Paſsò de eſta confuſion à, y viò, que decia de eſta a.

n las ocaſiones que hemos lo de vos, me ha dicho mi iano Ali tantos bienes de ra perſona, que eſtoy deſeo. veros, y de comunicar con uè camino es eſte ſeguro, en que comenzaſtes à ponerle, y que èl procura conſeguir con tantas veras. Si por ſer vos Chriſtiano, es eſſe el que le enſeñabais, y el que oculta temeroſo, decidle, ſi alguna vez le veis, que no ſe guar. de de mi; porque deſde que lle. guè à tenèr alguna luz en la ra. zon, uno con el miſmo intento, que yo no me atrevo à manifeſtar. ſele, temeroſa de que no ſea enga. ñò para ſaber mi inclinacion, y pa. rà que quede mas impoſsibilitado mi deſeo.

Aqui acabò de leer Hipolito, y ſe puſo à diſcurrir en la providen. te miſericordia de Dios, y à pen. ſar, quan ineſcrutables ſon ſus ſe. cretos; pues hijos de padres bar. baros, criados con tanto regalo, con eſperanza de tantas riquezas, con dominio de tantas poſſeſsio. nes, y eſtimacion de tantas per. ſonas, poſponian todo eſto al ſer Chriſtianos, con tã manifieſto pe. ligro de perderlo; y juntamente lo que mas ſe ſuele eſtimar, que es la vida. Daba à la Divina Mageſ. tad muchas gracias, por averle querido hacer à èl inſtrumento de la reducion de dos almas, y con eſ. te penſamiento quedaba tan glo. rioſo, que tenia por deſcanſo las priſiones; por ſeguro, y hermoſo palacio aquel calabozo, y por re. galada, y blanda cama aquella ſe. ca yerva. Para darle de comer, ſin que ſe abrieſſe la ſegunda puerta, de dos, que como dixe, hacian aquel tenebroſo lugar mas fuerte,

te

tenian esta traza. Abrian un postigo de la primera, y entraban al corto espacio, que antes de la otra prevenimos, que avia junto à ella: avia en la pared un hueco quadrado, que se llenaba con una fuerte, y ancha caxa de madera; por defuera tenia su llave, y por dedentro un hierro largo, cuyo cabo se dividia en dos partes, haciendo unos anillos en forma de tixera: este instrumento era para dàr la comida à los esclavos, quando Rezuan se retiraba à aquella espaciosa habitacion, el qual por ser muchos los que de ordinario tenia era muy capàz. El hierro servia de que aunque le tirassen por defuera, quando echaban el alimento, no pudiesse salir de todo punto, dexando el hueco donde estaba sin defensa. Los anillos eran, para que ellos tirassen por dedentro, y tomassen lo que se les daba, y para que bolviendo à igualarse con la pared de afuera, pudiesse cerrar el que cuydaba de su guarda, dexandolos como primero seguros.

No sin causa, como despues veremos, se ha hecho memoria de tan menudas circunstancias, como tenia este artificio, à quien muchas veces en España ha dado ocasion el recato, y alli avia imaginado el temor, que siempre fue gran arbitrista. En este, pues, daban à Hipolito la comida con tantas *prevenciones* de cuydado, que *venia un Moro* en compañia de Aminta, para abrir la pri puerta, y en entrando cerra defuera. Ella se llegaba al re instrumento, abria con la que llevaba, y dando en èl para llamarle, venia el noble cogia el sustento que le dab bolviendo à cerrar Aminta lia, para que el Moro hicies tanto con la puerta que ten cargo.

Prevenido esto, serà bien prosigamos adelante, unien los passados accidentes de es curso. Diò Aminta à Ali el que Hipolito la avia dado, xole, que era de su tierra, y m yor amigo; cosa con que gr en èl tanta benevolencia, qu de aquel dia, y punto mand se le escusassen todas las co que el demasiado trabajo p ra hacer insufrible el cauti Quando desde la passada iba à llevarle la comida, mi se descuydaba la molesta gu le decia lo que Ali avia man que le dixesse, y comunicab go de su amor. El la decia, q viesse en tantos trabajos pa cia, y ella estaba tan alegre decia, que no trocàra la lib mas amada, por aquella di esclavitud. Solia abrir enmed esta correspondencia el cuy so portero, y dividiendo su se quedaban à medio profer cuerdas razones. Trocabanla telosamente en otras dife en grangeaban con estos sobr

mas gusto, mas copioso de-
: buscar modo de continuar-

a tan grande el peligro que
ita tenia hablando à Hipoli-
or donde la primera vez se
n, que con desearlo la roga-
ie lo escusasse, y era tan gran-
amor que ella le tenia, que
ender à sus temores, se aven-
a algunas veces, baxando la
por un lugar tan escabroso,
l ruido que oyò el piadoso
vo, quando la llamò sin co-
la aquella noche de su di-
fue por aver dado una terri-
ida, ò yà obligada de la es-
ad, ò yà de la ignorancia del
o. Llegaba tal vez maltra-
le aquel riesgo, y con todo
o dexaba de acudir à verle,
a, que à èl dexaba mas satis-
de su amor; principalmente.
es que le confirmò con la
de una herida, que al baxar
o en la cabeza. Rogabala Hi-
, que yà que perdia la san-
grangeasse escarmientos para
lver, y respondiale: Yo lo hi-
con gusto, si sintiera, que se
taba el amor, quando se ver-
sangre.
agamos aqui un descanso à
iscurso, servirà de cobrar
o para passar adelante, y ad-
lo que puede un grande
, aunque el pecho donde es-
flaco, dèbil, y cobarde. Juz-
os lo que podia en el de
a, y pensèmos la variedad
de confusiones, en que Hipolito se hallaba. Yà rezelaba, que no cogiessen à su querida prenda en aquel lance: yà dudaba, si se sabria que le escrivia Lidora, pues casi todas las veces que Aminta le comunicaba, tenia papeles suyos: yà cuydaba, si se conoceria el intento de Ali: yà temia, si llegaria à execucion el rigor de su padre; y imagine qualquiera, como se hallaria su corazon à tiempo, que sin vèr la salida estaba entre tales cuydados, tan pesados temores, tantos desvelos, y importunas dudas.

Una de las noches que Aminta le hablò por aquella rexa, llegò diciendo, que no era yà tan grande como hasta allì su peligro, porque à Rezuan le avia dado una enfermedad, de que estaba rigurosamente apretado, cosa, que à ella la hacia estàr segura de que por entonces no la veria. Oyendo Hipolito estas nuevas, y viendo, que se ofrecia la ocasion que tanto deseaba, la rogò, que no ocultasse el modo por donde avia venido à aquella tierra, disponiendolo assi para el bien de entrambos su fortuna. Ella por darle gusto, y satisfacer à su ruego, discreta, y brevemente le dixo:

Despues que para desconsuelo, y pena mi[a] os apartò aquella desgracia de mis ojos, y yo visto en mi vida, pues aunque me he hallado algunas à peligro de perderla, nunca con tan manifiesto ries-

go del honor, en cuya comparacion, sino es la del alma, son todas inferiores pèrdidas. Aqui contò todo el sucesso que dexamos referido en el discurso passado, hasta dexar por muerto à Don Enrique, y luego prosiguiò, diciendo: En habito de varon bien digno, en quien avia tenido tan alentado esfuerzo, me partì de aquella insigne Villa. Estuve, por si acaso me buscaban, retirada en una Aldèa algunos dias, donde daba todo el sentimiento al llanto de vuestra muerte, la qual tuve por tan cierta, que no me dexò lugar la duda para que tuviesse consuelo con la esperanza de que serìa lo contrario possible. Veìame sola, sin alivio en mis pesares, sin aliento en mis temores, y sin fuerza para estàr en España, donde avia perdido con vuestro valor el amparo, con vuestra cortesìa la seguridad, con vuestro amor mi alegria, y con vuestra persona el gusto, el amparo, la seguridad, y el consuelo. Por esto tomè resolucion de bolver à mi patria, echarme à los pies de mi querido padre, ablandarle con lagrimas el pecho, y reducirle à que se mostrasse piadoso, y acogiendome en su compañia, perdonasse mis pesados delitos. Puse en execucion aqueste pensamiento, y partìme de aquella Aldèa, en que por tan conocido aprieto me avia recogido. Embarquème en Barcelona, y sin que tuviessemos dos dias sin peligro, yà del alterado mar, y furiosos enemigos, nos hall una tarde presos de dos galer Turcos. Traxeronnos à est ta, y por pequeño precio nos dieron à diferentes dueños: e mero que yo tuve, queria un zo de fuerza, y como por m bil naturaleza fuessen cort mias, me sacò à la plaza, par un pregonero publicasse el trato de mi venta, ayudando passadas desdichas con n instrumentos de afrentas, inj y golpes, como si la dilacion deseo, ò su necessidad, tuvier pa mi inocencia.

Llegò acaso Rezuan à este po, para que no fuesse en tod versa mi suerte; y como por ros puesto en prision, necess su casa de un esclavo, que se à vuestro mismo exercicio reciendole mi persona apro to, porque aùn oculta con la rencia del trage, no sè què a so grangea la hermosura. Di mi todo el precio que le pe que pocas veces se descon el interès, adonde intervie agrado, y se hà pagado el g Acudia con puntualidad à s vicio, y descuidabame de da comida, con que tanto ocasio vuestro sentimiento. No fue pable en mi este descuido, atiende al pesar que tengo d averos conocido antes, para derar con vuestra vista el dañ mi cautiverio, y para limit

ia ocasion de tenerle. Ella
atenta à mirarle, y le ref-
: Antes estoy quexosa, ò
),de que no le tengais,por-
uesto que yo le he adqui-
o con verme en vuestra
ia, el estàr sin èl me dice,
me teneis amor. Y claro
ndamento que me mueve
esta verdad, aunque sea
erjuicio, si considero, que
en vuestro pecho los afec-
sejantes, si vuestro amor
a al que yo os tengo. An-
espondiò Hipolito, en te-
s penas, y insensibles estas
s; porque si yo tengo pesa-
por el temor de perderos,
ara mi tan grande, que con
tanto vuestra vista, aun no
limitar el dolor de esta pèr-
Animosamente le replicò
a: Mal haceis (ò querido
to!)en temer con tãta fuer-
os desalenteis tanto, ni pa-
ossession de un bien os acor-
l futuro mal, porque aun
mayores dichas, no serà
e tener, sino es tristeza.
e yo, que mañana, quando
y de mi!)aya corrido la mi-
su curso han de estàr estos
oros elados, esta lengua sin
alientos,estas manos sin fuer-
es brazos sin acciones, es-
ios cardenos,este rostro des-
lo, y este cuerpo insensi-
alto de el alma, què alienta.
e tiempo se le caìa à peda-
orazon por los ojos deshe-
cho en cristalinas lagrimas.) Mas
para què tengo de sentir desde ao-
ra esta desdicha?Basta que despues
no pueda vèr lo que deseo, sin
que este corto espacio, que llego
à gozar de su vista, le ocupe tam-
bien en llantos, de manera, que
mañana pierda por su causa la vi-
da, y oy por mi culpa la alegria,el
contento que mi pecho adquiere
en su presencia.

De hombre, que en tan tierna,
tan precisa, y tan lastimosa oca-
sion no lloràra, hiciera yo juicio,
que, ò no tenia amor, ò que à na-
tural desabrido, juntaba una con-
dicion barbara, y necia. No fue
assi en Hipolito, pues llegandose
mas cerca, y juzgandola perdida,
procuraba anegarse en sus lagri-
mas,para què se anticipassen à ha-
cer ellas lo que à otro dia avia de
hacer en entrambos el cordèl, ò
el cuchillo. Eran los suspiros que
daban tristes ecos, pues Aminta
imitaba el acento de los que oìa, y
èl seguia por instantes el dolor de
los agenos. Unian tal vez los bra-
zos aquellos nobles pechos, à
quien embidiosa avia de dividir
tan brevemente la fortuna, siendo
para sus almas tan cruel verdugo
la imaginacion, que no les dexa-
ba tener el consuelo que pudieran
adquirir con la vista. Apartaban-
se otro rato para disponer sus con-
ciencias, y prevenirse al suplicio,
y ofrecer à Dios aquella muerte;
porque es cuerda traza de pruden-
tes discursos, hacer voluntario lo
que

que ha de ser forzoso, y dàr libres lo mismo que hemos de dexar violentos.

No encarezco la tristeza, el pesar, y el dolor que los miseros amantes tenian à este punto, porque adonde sobran los afectos, y es tan conocido el daño, es escusada la eloquencia, y inutiles los encarecimientos. Quedese, pues, al silencio, que sin lengua èl solo ha sabido explicar cosas grandes, y passemos à decir, que brevemente oyeron, que abrian la principal, y primera puerta. Creyeron que no avia querido Rezuan esperar à la mañana (como avia dicho) para que se executassen sus rigores; y advertidos desta presuncion, tornaron à despedirse, y à dàr, entre los ultimos abrazos, principio à mas fuerte sentimiento. Quedòse, ò yà por la fuerza de èl, ò yà por la flaqueza de su animo, desmayada Aminta: quien duda, que para no vèr llegar à la muerte, cuyo palido aspecto à un mismo tiempo temia, y esperaba? Mas como à Dios no ay pensamiento que se oculte, ni pesar que se escóda, ni afliccion que no estè patente, y manifiesta, viendo en ellos por una parte la intencion piadosa, y que el deseo de Hipolito no le ofendia, por ser siempre tan honesto, y que la principal causa de aquellos temores le avia venido por procurar servirle con la enseñanza de Ali, y traerle à la Catholica Religion, quiso en ocasion

de tan fuerte aprieto socorr
y atender mas à su infinit
dad, que à la miseria de sus
tos, pues en lugar del temid
migo de sus vidas, oyò el tris
so, que llegaba el mas fuerte
dio de su salud, el qual en
baxas decia: Hipolito a
acercate un poco, y escuch
soy, que acompañado de
que es quien ha tenido el c
do de guardar esta primera
ta, vengo à procurar que sea
el intento de mi padre, aunq
jurado de quitarte à la pri
luz del Sol la vida, juntan
con Octavio, à quiẽ para este
to èl mismo dexò en la p
contigo. Yà està vencido
de dos estorvos, que podrà
bertad, pues tenemos de nu
parte, à persuasion, y ruegos
à Celin: à estotra puerta la
cerà, ò la fuerza, ò la industria
esperanza, cobra esfuerzo, y
tu me has dicho que eres
no desmaye corazon que s
menta de tan ilustre sangre,
ocasion al alma, para que l
de habitar en cuerpo tan
que pierde el brio, y aventur
gocio tan importante. Oyen
mejantes razones, se llegò H
lito mas cerca; diòle las gr
que debia à su cuidado, y pro
despues, diciendo: Señor mi
be el Cielo como estimo tu
mo, mas no querria mi lib
con tu riesgo. Mira que serà
zoso el tenerle tu persona,

s de aver salido yo de aqui, se
e q̃ tu has dado à nuestro atre-
iento principio. Que se aya
descubrir es necessario, sino
donde podamos estàr escon-
os yo, y Octavio, por cuya cau-
e encargo, que atiendas à lo
haces, y prevengas esto ulti-
, porque de no hacerlo, ni se
rà remediar nuestro daño, ni
i se lograrà tu intento, ni te
guro el enojo de tu padre,
s olvidado de que eres su hi-
tomarà tambien de ti la ven-
za que procuraba en nosotros.
io estàs (le respondiò Ali) tan
rudente me juzgas, que no
e visto inconvenientes, que en
caso tan facilmente ocurren?
tratemos mas que de tu li-
ad, y de la de tu amigo, que
aliendo desta prision, yo ten-
dõde ocultaros, de suerte, que
s nos comuniquemos, y viva-
seguros. Sin que se replicasse
de una, ni de otra parte, se
ò Hipolito à la puerta con la
que tenia, y comenzò à mirar
itamente, si ella podria dàr cõ
aqueza ocasion à la salida. Ha
tan fuerte, que desesperò de
er por ella ausencia, y apreta-
a imaginacion con el peligro,
sò lo que sin èl fuera dificil.
uè discretos suelen ser los que
en en tan apretados lances! Y
r distinto es el ingenio en la
esidad, que fuera de ella! Alli
cuidadoso trabaja, y aqui, què
zoso discurre. Passò desde la
invencible puerta al lugar por don
de le daban la comida, y viendole
tan capàz, advirtiò, que metien-
dose en èl, y ajustandose quãto pu-
diesse, si tirassen Ali, y Celin desde
fuera, podrian sacarle facilmente.
Diòles cuenta desta traza, y pare-
ciòle aproposito; mas al tiempo
de llegar Ali al referido lugar,
viò que estaba con llave el instru-
mento de su dicha, y que assi era
fuerza intentar otra traza. Dixo-
le à Hipolito un inconveniente
que avia, cosa, que le entristeciò
pesadamente, por vèr que no era
possible un medio, donde ni eran
necessarios golpes, ni escandalizar
la familia de Lidora; y que siendo
al contrario, era fuerza que lo su-
piesse su anciana tia, con q̃ se po-
nia en peor estado su negocio. En
el tiempo que se tardaron en bus-
car otra industria, le vino à Celin
à la memoria, que si no le avia qui
tado la llave à Aminta (à quien èl
llamaba Octavio) la avia de tener,
como persona, à cuyo cargo esta-
ba el darle à Hipolito el alimento:
Advirtiendole de esta novedad, el
noble esclavo se puso à esperar,
que la insensible dama bolviesse
del desmayo. Estuvo assi buen es-
pacio, mas viendo que el tiempo
se passaba, y la ocasion se perdia,
puso por medio de su felicidad à
su diligencia, y hallò en la llave la
de su importante deseo. Diòsela à
Ali por el estrecho lugar que per-
mitia la puerta. Abriò el piado-
so Moro, y tirando Hipolito de el

espacioso hueco, començò à lograr el fruto de su industria.

Reparò el alegre preso, en que si entraba primero para hacer la experiencia en sì mismo, no avria despues quien acomodasse à Aminta, ni aun sabia si ella querria aventurarse à tan estraño medio de libertad, por el peligro que avia de detenerse el instrumento, à tiempo que embebido en la pared, faltando lugar à la respiracion, quedasse ahogado, siendo su ataud el que se ordenaba à su remedio. Por esto se determinò à cogerla antes que bolviesse del desmayo, y no poner su resolucion en duda. Metiòla dentro de el capaz espacio, y sin mucha dificultad, por ser mas delicados sus miembros, tirando Celin, y Ali, la sacaron à la parte donde estaba. Grande fue el gozo, que el piadoso esclavo sintiò en su coraçon, viendo que yà por lo menos Aminta se libraria, aunque èl quedasse à pagar la pena de quantas culpas le impusiessen: mas Dios nunca dà tan limitados los beneficios, que no llenen colmadamente el vacio de la necessidad, pues aviendo avisado à Ali, porque no pensasse que estaba muerta, que era un desmayo que la avia dado, y aviendola puesto Celin con piedad en el suelo, sintiò que bolvian à darle lugar, para que hiciesse *otro tanto*. Pidiò à Dios felicidad en este sucesso, y hecha la señal de nuestra redempcion sobre el rostro, y pechos, entrò; previno algunos inconvenientes; se acomodò lo mas ajustadamente que pudo, para no impedir con su vestido el movimiento; rogò à sus bienhechores, que tirassen velozmente; mas como la fuerza de Ali, que tiraba de una parte, era mayor que la de Celin, que estaba de la otra, se torciò la espaciosa, y fuerte caxa, y quando yà estaba dentro de la pared, se detuvo, sin que bastasse su fuerza à acabar de proseguir con su intento. Ali se afligia de que estuviesse su amigo de aquella suerte, y èl temiò mil veces, que el querer remediarse avia sido anticiparse la muerte. No advertian en lo que estaba el daño, y assi trabajaban vanamente, hasta que trocando Celin, y Ali los puestos, este tirò con tanto aliento, q̃ igualandole de entrambas partes, sacaron al noble esclavo de la prision, y del riesgo.

Echòse à sus pies, para pagarle con agradecimientos tal beneficio, yà que no podia corresponder con las obras. Levantaronle apaciblemente, y abrazandole Ali, rogò à Celin, que cerrasse, y lo dexasse todo como estaba primero. Cogiò Hipolito à Aminta en los brazos, y alentado con tan dulce peso, lo mismo que avia de cansarle le aliviaba, para que caminasse mas velòz. Adelantòse Ali, para prevenir el lugar donde tenia pensado tenerlos, dexando à Celin

cargo de comunicarle à la puerta principal de aquella misma habitacion. Llegaron à ella apenas, quando el piadoso Moro le dixo, que èl no podia entrar dentro, pues si bien por servir à Alì se avia aventurado à lo que queda dicho, con todo esso en cosa que no era necessaria su persona, no queria empeñarse tan declaradamente. De aqui infiriò Hipolito el cuidado con que se guardaba à Lidora, pues aun à Celìn, de quien en cierto modo fiaba Rezuan la guarda de su persona, y como èl decia, la importancia de su hijo, aun no daba licencia para que pisasse aquellas puertas. Nuestro Cavallero no podia tener mayor riesgo, que el que le amenazaba, si le cogiessen; y assi no reparaba en estos escrupulos, antes disponia entrar animoso. Propuso esto en tan dichoso tiempo, y en tan feliz ocasion, que Alì salia à decirle, que subiesse, porque yá estaban todos recogidos. No supo mas por entonces, de que siguiendo sus passos, entrò en unas salas llenas de curiosas labores. Viò en la ultima una cama ricamente adornada. Puso en ella à Aminta, y por obedecer à Alì, que le dixo, que aguardasse, se previno à esperar lo que disponia.

Al cabo de largo rato saliò el piadoso mancebo, y sacò à su hermana en su compañia. Era Lidora de quince años en la edad, de apacible bondad en la condicion, y el rostro de singular hermosura. Hizola Hipolito una grande cortesìa, y ella, ò por quitarle el temor, ò por mostrar su contento, llegò à darle los brazos. Encareciòla Hipolito en su mismo idioma lo que la debia, el agradecimiento que pensaba tener siempre, y la correspondencia que era justa à tanto beneficio. Con esto, despues de aver rogado à Alì, que traxesse un poco de agua, para que Aminta bebiesse, y averlo èl puesto en execucion, ocupò una almohada del estrado, que en la sala avia. Sentòse Lidora junto à èl, y dixole de esta suerte: Amigo, no pagues tan adelantadamente lo que he deseado hacer por tì porque serà dexarme con tu paga deudora, sino es que yà pretendas con las gracias que me dàs por lo que yo no he hecho enseñarme, para que sepa lo que debo hacer de aqui adelante. Si alguno merece estos agradecimientos, es Alì, à cuyo amor se debe el cuidado de tu libertad. El me ha dicho quien eres, y me ha rogado que te escuche algunos ratos. Yo, si he de manifestar mi sentimiento, deseaba verte, para lo qual, desde luego cònfiesso lo que tu sabes por aquel papel, que te escrivì, que es la inclinacion que tengo à los Christianos, y el deseo de saber la Ley que professan, para recibirla. Por esto me determinè à juntar à su di[illegible] cia de sacarte de la prision [illegible] gro de guardarte en [illegible]

ta que se dispongan las cosas de otra suerte. Esto he podido esperar de su valor, y de tu industria, porque te asseguro, que la molesta clausura con que vivo me tiene llena de cansancio, y determinada à qualquier atrevimiento; si bien, limitandole siempre con la prudencia, y obligaciones, que à hija de tan noble padre corren, y atendiendo à lo que la razon me dispone; que es no ponerme en ocasion de perder el honor. Esperò Hipolito à que Lidora acabasse, y entonces la dixo: Señora mia, responder à todo quanto me aveis propuesto, serà gastar el tiempo en cantaros; y assi, mas facil serà asseguraros, de que estoy determinado à obedecer quanto por vos, ò por Alì se me ordenare. Yo espero, que pues Dios se sirve de mi para accion tan de su gusto, como es vuestra enseñanza, y en vosotros ha dado principio al deseo de conocerle por mi medio, os le premiarà, disponiendo las cosas de manera, que llegueis à ser muy sus amigos.

En el espacio que ellos se correspondian con estas razones, bolviò Alì con el agua, y Aminta del desmayo con un suspiro, diciendo: Ay amado Hipolito, què de pesares me cuestas, y què infeliz ha sido mi fortuna! Apenas me vì en tus brazos, quando à ti dellos, y à mi el alma deste desdichado pecho me dividen. Abriò luego los ojos, bolviò à mirar à todas partes, y tocando à las pestañas con los dedos, deshacia el credito de lo que esperaban sus ojos con la novedad de lo que veìa. Hallabase en una sala, cuyo techo estaba por una parte matizado de flores, y por otra de estrellas, uniendose tan agradablemente, que parecia aver se baxado el firmamento à un prado, ò averse subido un prado al firmamento. Atendia à la cama en que estaba, y veìala cubierta de encarnada, y rica tela. Si bolvia à otras partes la vista, miraba en espacioso estrado de diversos rayos vestido. Reparaba, en que se pensò vèr en un obscuro calabozo, donde el techo estaba cubierto de funebres reliquias del humo, q̃ para expeler el frio solian encender los esclavos, donde avia una cama de yerva, y unas colgaduras, que fueron en su principio veneno. Contemplaba la distancia del lugar en que se hallaba al que poco antes avia visto, y la misma diferencia engendraba en su fantasìa dudas, de si era verdad lo que por ella passaba, ò si era sueño, que la engañaba con los pareceres fingidos. Bolviò los ojos, adonde los tres estabã, y llevada del afecto, repitiò dos veces: Ay Hipolito, si durasse este engaño de mi imaginacion muchos dias. Oyendo estas razones, y las q̃ poco antes avia dicho confirmò Alì algunas sospechas que tenia, à las quales avia dado fundamento la hermosura, y delicado cuerpo de Aminta. Rogòles, que le man-

tassen la verdad de su presuncion, pues yà la hallaba mas cierta, y Hipolito lo hizo para obligarlos, y lastimarlos, juntamente con el discurso de su vida. Compadecidos de tan penosos trabajos, Ali le cōsolò, y Lidora abrazò con grande amor à Aminta. Quiso que desde entonces bolviesse à su primero habito, para que estuviesse mas decente en su compañia, y desde luego, porque ellos pudiessen descansar, la llevò à la sala, que para dormir Lidora tenian prevenida.

Descāsaron un rato Hipolito, y Ali, y dexaron luego la quietud, por trazar el modo q̃ se avia de tener para continuar aquella vida. No fue esto muy dificultoso, porque como no entraban à vèr à Lidora, sino era su hermano, su padre, ò su tia, guardados dellos, estaban de todos los demàs seguros. Al siguiente dia, que era en el que avia de mostrar sus rigores Rezuā (porque no les faltasse sobresalto en ocasion ninguna) entrò Ali presuroso à esconderlos, diciendo, que avia embiado su padre con orden de que en el mismo calabozo les cortassen los cuellos, y q̃ por averle avisado de que no estaban en èl, venia lleno de furor, y enojo à buscarlos, y à saber por donde avian salido, y à castigar à Celin, si huviesse tenido algun descuido; para lo qual, no obstante su enfermedad, le avia dado aliento su rigor, y su furia. Escondiòlos Lidora en el espacio de un retrete, solo à su persona reservado, y con fingido descuido se saliò à la sala, par[a] esperar lo que sucedia. Llegò Re[-]zuan à las prisiones, donde èl mis[-]mo avia dexado à los cautivos; como se avia llevado la llave d[e] una puerta, y viò que por ningun[a] parte avia indicios de averse sali[-]do, quedò confuso, sin atreverse [a] culpar à nadie en cosa que èl mismo avia guardado, y bolviò disculpado con su confusion del de[-]lito que en Celin estaba oculto. Despues de aver imaginado varias cosas, subiò al quarto, en que Lidora estaba. Comenzaron lo[s] temerosos amantes à dudar si serian descubiertos, y llenos de sobresalto oyeron, que enojad[o] decia: Este traydor de tu herma[no] me tiene en el estado que me veo, pues por querer otra ley me hace vivir con tantas penas, y me ha hecho emprehender mil co[-]sas en que no ha tenido efecto. Mas pues los esclavos se han ido sin castigo, yo mostrarè con èl el rigor que pensaba executar en ellos, haciendole que muera en el mismo lugar de donde se han salido. Lidora le ablandò con razones, y deseosa de que no passasse adelante, le persuadiò à que pensasse, que Ali no tenia culpa de q̃ los esclavos huviessen hecho ausencia: añadiò, que si su sentimiento avia sido procurar que le faltasse la comunicacion del uno dellos, aviendo huido, conseguia lo mismo que si le huviera muerto

que antes era su parecer, que no los buscassen, para que assi èl quedasse libre de sus temores, y su hermano, sin la ocasion de executar su intento, demàs de que buscarlos era en vano, supuesto que como ella avia oìdo decir de la ciencia q̃ el esclavo tenia, le avria sido muy facil hacer alguna traza con que burlar las prisiones, y sus esperanzas. Poco ha menester que le rueguen, quien desea desenojarse, pues tan facilmente se persuadiò Rezuan à lo que su hija le decia. Bolviò luego en blandos consejos los que Ali temiò crueles castigos. Exortòle à q̃ no hiciesse mudanza de la ley que avian professado sus padres, y se despidiò, para bolver à la Ciudad mas alegre, si bien de la enfermedad apretado, y por la passada novedad confuso.

Quedaron con su ausencia Lidora segura, Ali animoso, Aminta alegre, Hipolito contento, y todos dichosos. Gastaba el piadoso esclavo algunos ratos en explicarles los Mysterios de nuestra Sagrada Religion, con que ellos quedaban tan satisfechos, y tan gozosos, que se manifestaba claramente quan superior era la vocacion, quan cierto el fervor, quan vivo el deseo, y quan verdadero el impulso con que Dios los avia tocado, para hacerlos de su Gremio. Enseñaba Aminta à su nueva amiga tantas cosas, y tan à medida de la disposicion que hallaba en ella, que juntamente se advertia en Lidora se adelantaba su buena inclinacion, la del ingenio de su maestra, y que para enseñar se requiere la prudencia que la naturaleza procura en el alimento, que es acomodarle, y ajustarla à la edad, calor, capacidad del que le recibe.

Vida era esta, que los tenia à todos alegres; mas durò poco tiempo, accidente tan natural, como antiguo, en las alegrias, y prosperidad humana. O quanto se ciega, quien no vè quan limitados son estos caducos bienes! Y quan poco atiende à su instabilidad, quien los sigue! No huviera, si nosotros abriessemos los ojos, quien mas eficazmente nos predicasse, que el mundo; pues en lo mismo que nos dà, nos niega lo que recibimos, nos avisa de lo poco que puede, y nos desengaña de lo poco que dura. Quien no ha visto caerse un edificio, primero admiracion de la vista, y luego fundamento de un ilustre mayorazgo? Este, pues, que fue apacible à su dueño, y agradable al mas noble sentido, llegando à destruirle el tiempo, què hace sino publicar nuestra ignorancia, en pensar, que ha de durar el bien, aunque sea mas fuerte el fundamento? Què es cada persona anciana, que vemos, sino un desengaño, que nos dice: Passòse la mocedad, acabòse la hermosura, elaronse las fuerzas, y perdiòse el brio, que como todas estas eran prendas nacidas para acabarse, tuvieron su fin, casa al mismo pun-

que nacieron? Esto le sucedia à Hipolito por instantes, de donde infiero, que si reparamos en su vista atentamente, serà de importancia, para tener un exemplar de la mudanza de las cosas, y de la instabilidad à que se pone, quien quando tiene muchos bienes, no los desestima, para que si los perdiere, no los sienta. Como en los accidentes passados tuvo el sucesso en este, pues un dia de los q̃ todos quatro estaban tratando de los aumentos, y enseñanza de Alì, y Lidora, entrò su anciana tia, atendiò à lo que se comunicaba entre ellos; y viendo, que era lo que su hermano temia, acudiò à darle aviso, por medio de un papel de todo lo q̃ passaba. Avia visto Lidora, que al entrar se avia detenido, para oìr lo que hablaban, y que luego se avia retirado, para que no la viessen, y de este recato naciò en ella una sospecha de lo mismo q̃ trazaba su imprudente tia. Fuese à la sala, donde estaba escriviendo; acercòse con lentos passos, y viendo, que no serìa possible acabar con ruegos, que dexasse de avisar à su padre, cogiò la puerta, traxola àzia sì, torciò la llave, y dexandola encerrada, bolviò à dàr cuenta à todos del passado sucesso. Fuerte era este peligro, y como èl fuerte, la salida dificultosa: mas hallando Hipolito, enmedio de su rigor, ocasion para descubrirles su intento, *les dixo*, q̃ convenia ausentarse; *pues* de otra suerte era impossible escapar con las vidas. Prometiòles en España comodidad, regalo, y buen acogimiento; y como siempre es amada la patria, dudaron al principio confusos, sin saber si se determinarìã. Exortòles Aminta, acreditando lo que Hipolito prometìa. Propusoles el riesgo, y vistas por ellos las razones de conveniencia que avia, se ofrecieron à obedecer todo quanto Hipolito dispusiesse. Yà que nuestro cuerdo Cavallero tenia su beneplacito en esto, advirtiò à Alì de que solo lo que les podia faltar era un baxèl en hacer segura su fuga. Facilitòle el cumplimiento deste deseo el alentado mozo, de manera, que yà le pareciò, que se veìa sobre la espalda del mar, ausente de aquella tierra, y entre la amada libertad de la suya. No fue el efecto contrario à este parecer pues aquella mismà noche se fueron los dos solos al puerto, y hallaron uno de los vasos, que Rezuan traìa por la mar robando; que esta aun en los mas poderosos Turcos suele ser la grangerìa, y el oficio. Entraron en èl, y Alì hablò al Arraez, diciendo, que su padre avia perdido entre el rigor de una enfermedad la vida, por cuya causa le convenia tomàr possession de las heredades que tenia cerca de la costa, antes que el que las administraba supiesse su muerte, y se apoderasse tyranicamente de lo que por justo titulo era suyo. Arraez avia sabido el aprieto

Rezuan estaba; y assi le diò credito facilmente. Alì le encargò, que apercibiesse la gente para que alli à dos horas, y Hipolito hablò á los esclavos que avia al remo, diciendoles lo que passaba, y lo que importarìa, que juntassen al valor que mostraban, cuerdo secreto en esperar su dichosa libertad. Bolvieron con esto adonde Aminta, y Lidora los esperaban confusas, assi por la ignorancia que tenian de la dicha que se les prevenia, como por el desassossiego con que las inquietaba su encerrada vida, yà dando voces, para que la abriessen las criadas, y yà procurando con golpes abrir la puerta. Cogieron ellas todas las joyas que pudieron, y ellos todos los esclavos, que à aquellas horas hallaron, de los por particulares interesses de sus dueños, aun no estaban recogidos. Dieronles armas de las que en una sala de la misma casa avia (que no eran de baxa estimacion) y hicieron que se disfrazassen lo mejor que pudiessen en orden à parecer Turcos en el vestido. De esta suerte se acercaron, adonde el baxèl esperaba. Entrò en èl Alì, diciendo, que toda aquella gente llevaba para mas certidumbre de su designio, y para que si alguno quisiesse defenderse, le ayudassen à quitarle la possession injusta de la que à èl le pertenecìa. El Arraez le alabò sus prevenciones, y le diò luego el baston, ò insignia de dueño de quanto el baxèl tenia. Recibiòle, y despues de aver entrado todos los que le acompañaban, viendo que sus fuerzas estaban superiores à las del Arraez, y los demàs Turcos, les dixo, que èl avia sabido, que algunos de los que estaban presentes, tenian inclinacion al que administraba aquella hacienda, y que por esta razon convenia que saltassen en tierra. El Arraez los escusaba; mas viendo la resignacion de Alì, y que decia, que pues èl los disculpaba, debia de ser de los comprehendidos, por cuya causa avia de ser el primero que saliesse; quiso grangearle obediente, y no indignarle porfiado, dexando la satisfaccion para quando bolviesse. Fueron saliendo todos los que estaban antes en el baxèl, menos los cautivos que estaban al remo, y los Turcos que cuidaban del marinage. Tendieron las velas, y haciendose à la mar, se hallaron al amanecer tanta distancia de Constantinopla, que pareciera impossible à quien no atendiera, que en casos tan importantes suele prestar ligeras alas la diligencia. Llegaron à los Dardanelos, castillos que difiden la boca del canal, descubriòse Alì, manifestò la causa, que le obligaba à hacer aquel viage; y assi no huvo quien le estorvasse la salida. Passarõ luego por junto adõde tenia sus possessiones, lo qual le decia muchas veces uno de los Marineros; mas èl le divertia, respondiendo

a

avia de efectuar primero otro negocio, y que à la buelta pensaba conseguir el intento con que avia salido de su tierra. Como el Marinero viò, que antes iban todos presurosos por llegar, y despues cuidadosos de passar adelante, concibiò algunas sospechas, y fiado en la necessidad que tenian de su persona, se resolviò à no querer proseguir, sino es diciendole el termino de su viage. Llevaban todos pesadamente este parecer, y aun temieron alguna desdicha, que sin duda les sucediera en estos lances, si uno de los esclavos, de los que avian dado libertad, no supiera las obligaciones de aquel oficio. Comenzò à exercerse con gusto de quantos veian, que les importaba la vida el ausentarse à toda priessa, para que no los alcanzassen, aunque fuessen seguidos. Iba entre los demàs cautivos un mozo de valeroso aliento, el qual le avia mostrado, assi en animar à los demàs cautivos, como en querer que el Moro cuidasse, como antes hacia, del marinage, aunque fuesse con violencia. Por su traza, y su cortesìa se le aficionaron Hipolito, y Alì, desearon saber su nombre, y buscando ocasion para ello, supieron que se llamaba Fulgencio, que era natural de Barcelona, hermano de Feliciana, y homicida de Don Luis, como en el primer discurso queda referido. Por satisfacer à los ruegos de Hipolito, no se escusò de repetir todo el sucesso; grangeando con la verdad, la eloquencia, y los afectos de su sentimiento, en Alì admiraciones, en Aminta, y Lidora aplauso, en Jacinto (un mancebo de quien despues se harà mas expressa memoria) apacible diversion, en los demàs credito de su valor, temor de su temeridad, gusto de su discurso, y en todos admiraciones, aplauso, y gusto. Finalmẽte, como ninguno avia que no estuviesse gustoso, y el alegria tiene tantos caminos de manifestarse, cada uno declaraba la suya diferentemente.

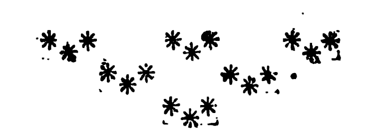
Solo el Moro, que poco antes hacia contradicion al intento de passar adelante, venia tan melancolico, y pensativo, que no comunicaba con nadie. Algunos daban à Dios muchas gracias por el beneficio de su libertad, mientras Hipolito, y Aminta trataban de la salud espiritual de Alì, y Lidora. Esperabase solamente comodidad, para darles el sagrado Bautismo, con el aplauso, que tales personas merecian, por estàr yà bastantemente instruìdos en las cosas que pertenecen à nuestra santa Fè. Al cabo de quatro dias que huvieron navegado, se descubriò la causa, q̃ traìa al Moro confuso, aunque con harta costa de Alì, pues se llegò à èl irritado de un furor diabolico, à que le obligò el parecerle, que èl avia sido engañado, mas q̃ todos los que hizo desembarcar en el puerto, y le diò con un

chillo que llevaba dos heridas. Acudieron Hipolito, y Fulgencio, antes que acabasse de matarle, consiguieronlo en ocasion, que metiendo Fulgencio mano á un alfange, que el mismo Alì llevaba, diò al desdichado Moro una tan cruel herida en la cabeza, que cayò en el suelo sin aliento, y sin alma. Alli le assegundò con tantas heridas, que à aver muchas muertes para una vida, muriera muchas veces aquel traydor, y desdichado barbaro.

Cuidadosas del daño de Alì, acudieron à vèr si era notable, y hallaron, que eran penetrantes las heridas. El pedia fervorosamente el Bautismo, sin acordarse de las medicinas humanas. Lloraban Lidora, y Aminta lastimosamente. Todos andaban pesarosos, sino es Fulgencio, que en cierto modo estaba consolado de aver sido quiẽ tomasse tan junto al delito de la venganza. Por la necessidad trataron de anticipar el Bautismo de Alì, siendo Ministro un Sacerdote, llamado Ignacio (que tambien avia estado cautivo) à quien como à persona mas digna, no solo fue razon, sino obligacion anteponerle à los circunstantes para tan santo, y piadoso oficio. Recibiòle con grande afecto el noble mancebo, y con particular gusto suyo fue el nombre que le pusieron *Antonio*. Notable era el desconsuelo de Lidora en esta ocasion, viendo tan peligroso à su hermano, y hallandose á su parecer sin amparo fuera de su tierra, y entre gente, de cuya fidelidad, hasta entonces no tenia hecha experiencia. Aminta la consolaba, y prometia no apartarla de su compañia, como ella quisiesse seguirla en quanto viviesse. Hipolito la animaba, diciẽdo, que su sangre, y su nobleza, no le dexarian desistir de su amparo, y su regalo, quando èl quisiesse hacerlo; y que dexasse el llanto, y la aflicion con que lastimaba los animos de quantos la oìan. Estas promessas hacia el piadoso Cavallero: mas quien no sabe no puede prevenir lo futuro, tal vez yerra en prometer, y tal se halla engañado en lo que promete. Sucediò, pues, que el Patron, que sobstituyò al Moro, que antes governaba el baxèl, se enamorò de Lidora, y teniendo por cierto, que mientras tuviesse el amparo de Hipolito, no avia de poder conseguir su deseo, llegò à una pequeña Isla con animo de hacer agua. Entre los demàs, no se escusò nuestro cuerdo mancebo de salir à remediar aquel defecto, que en las necessidades, usar de la autoridad, es insufrible genero de ignorancia. No desembarcò Fulgencio, ni Ignacio, este por la veneracion que se debia à su persona, y aquel por no dexar de todo punto à las dos hermosas damas. Quando el vil Patron advirtiò que era tiempo aproposito, y viò que todos sus amigos estaban dentro del baxèl

liendo à que solos Hipolito,y
ito eran los que faltaban, y à
Don Antonio, si bien por el
ado de Fulgencio, y la pie-
de Ignacio estaba mejor, con
esso se hallaba impedido de
var su deseo: tendiò las ve-
con toda priessa se desviò de
la, en que los dos à grandes
s los llamaban. Fulgencio le
ba que bolviesse, mas èl se dis-
aba, diciendo, que hacia dili-
cias, y que no podia, por mas
lo procuraba. Aminta le per-
ia afligida, que no se alexas-
Lidora juntaba à las lagrimas
herido hermano, el descon-
de esta pèrdida; y Ignacio in-
aba reducirle à que no pagas-
n mal, ni dexasse en un lugar
inhabitable, y tan solo à quien
sido la ocasion de su libertad,
dicha. A todo esto el esclavo,
de tanta miseria avia venido
Patron dè aquel baxèl, daba
incipio disculpas, y despues
las respuestas, hijas todas de
nimo mal nacido. Baxò la no-
y cubierto de la obscuridad, se
iò grande distancia adentro,
que al siguiente dia se halla-
donde no se alcanzaba à vèr la
. Culpaban su poco cuidado
que sentian perder la compa-
de Hipolito, y los que se avian
ho sus parciales, y amigos, le
saban, atribuyendo à rigor de
vientos, lo que avia sido mali-
a industria suya.
levaba Fulgencio persuadida
su colera à matar al impìo Patron,
y de hecho lo executàra, si no te-
miera, que los demàs se bolvieran
contra èl, como à quien avia es-
torvado el feliz fin de su viage,
quitandoles quien governaba el
instrumento de su libertad. Vien-
do, pues, el vil marinero la neces-
sidad que tenian de su persona, y
que la mayor parte de los que iban
en el baxèl eran sus amigos, se re-
solviò à manifestar el amor que
tenia à Lidora, con tanta dissolu-
cion, que le pareciò facil llegar
luego à sus brazos. Todo esto era
justificar mas las razones de eno-
jo, que iban encendiendo à Ful-
gencio, para que hiciesse uno mis-
mo el castigo de tan diferentes
culpas. Lidora se recatò honesta, y
se guardò virtuosa, atendiendo à
los nuevos deseos de aquel infa-
me esclavo. Mas ni su honestidad,
ni su cuidado bastò para que una
noche no intentasse llegar à co-
ger con violencia el fruto de su
recogimiento. Aqui yà no pudo
dilatar su indignacion Fulgencio,
antes llegàndose à èl le diò dos
puñaladas, con que le privò de su
lascivo amor, y de su vida. Quien
no advierte quanta mas fuerza
tiene la razon, que la inclinacion,
aunque sea depravada, y cruel?
Pues este, que de su natural [illegible]
mo era [illegible] de
quando dud[illegible] quezas se
tron, se dete[illegible] fuerzas cor-
atrevimie[illegible] de despues traen inuri-
veniente, los peligros; mas con la
pe

daño ageno ; aunque fuesse con peligro propio. Quisieron algunos vengar à su amigo, à titulo de que les avia quitado el remedio de su passada desgracia; mas el esforzado mozo se puso à un lado, y con determinacion fuerte les dixo, que el que se le acercasse avia de imitar à su parcial en la muerte. Yà le avian cobrado temor por las passadas acciones, y se detuvieron, assi por èl, como por aver visto, q̃ avia tenido ocasion bastante para quitar la vida à un hombre, à quiẽ tan barbaramente le avia faltado la verguenza. Representòles Ignacio la infamia de averse atrevido à persona que todos debian estimar, yà por su ilustre nacimiento yà por aver dexado à sus padres, y yà por su hermosura, y yà por aver abrazado tan cuerda, y tan fervorosamente nuestra Sagrada Fè, y Catholica Religion. Con esto se aplacaron, y haciendo lo que era fuerza con gusto, esperaron que continuasse su comenzada piedad el Cielo. Quien espera en su auxilio, y se acoge à pedirle favor, nunca se vè defraudado en sus esperanzas, ni en sus ruegos desconsuelo. Desta verdad hicieron experiencia el nuevo D. Antonio, y antiguo Ali, pues del riguroso peligro, en que tuvo tantas bo, y cozas de la muerte, saliò al el nombre qable tapiano de la fa- *nio.* Notable erad cenas Fulgencio, *Lidora en esta ocasion*, vi tan cer- peligroso à su hermano ; pudieron informarse de que eràn Mercaderes Venecianos, y manifestar su necessidad, para que la socorriessen. Supliò la liberalidad d tos, la falta que tenian aquellos por estàr muy lexos de la Isla que avia quedado Hipolito, y querer sus bienhechores and tan grande distancia, huvieron conformarse con su parecer. De tro de pocos dias llegaron al pu to de Sicilia, desde donde ca uno tomò el viage que le pa ciò conveniente. Don Anton convaleciò de sus passadas he das, y en compañia de su caris ma prenda, y querida hermana de la hermosa Aminta, partiò Bolonia en cumplimiento de deseo. Fulgencio hizo lo mism siguiendolos, si bien con animo bolver à Barcelona su patria, pe suadido, à que yà se avrian acab do los antiguos vandos, y pass das enemistades, como si el od que nace en la voluntad, no v viesse en la memoria, y tuvie tanta vida, como el corazo donde apassionado permanec provocado habita, y ocasionado se alimenta.



(o)

HISTORIA
DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO SEPTIMO.

OS daños, que suelen nacer de la demasiada riqueza, quando el uso de no es prudente, quedàran intemente conocidos, si dimos algunas alabanzas de la 'eza, pues en opinion del sofo, de los contrarios, siemes la razon una misma. La iera grandeza que hace à la :eza ilustre, es la seguridad que vive quien la tiene; por la llamò Secundo Filosofo, peridad sin riesgo; y Seneca anso del animo. Llamòla tamremedio del temor, quando :re aver hallado el fin de los os, y la medicina de los tumon la miseria, porque quien ni e, ni ha esperado tener, no puever tenido. O quan feliz es la 'eza, que entre enemigos và ra! O quan dichosa cosa es no :lar por bienes, y quan grande rico de pobreza, pues sola no ha menester lisonjear, ni pendiente de la fortuna! O desembarazado anda de cria quan libre de recelos, y quan le obligaciones, que tal vez hacen à un hombre peregrinar Provincias, peligrar en los mares, y exponerse à varias desdichas! La segunda gloria que tiene la pobreza, es el desengaño que adquiere para el pobre. Por esto dice el mismo Seneca, que lo que no se consigue con el mismo beneficio, se adquiere con el misero estado; pues con aquel todos parecen amigos, y con este, solos quedan los verdaderos. Pues porquè no amarèmos la pobreza, supuesto que por ella sabemos de quien somos amados? El tercer lustre, con que es (este bien aborrecido) estimable, es, porque jamàs ha conocido à la lisonja, por lo qual prosigue el mismo Filosofo, diciendo: O mil veces dichoso estado, que has conocido el bien, que nadie mienta para honrarte! Tiene el pobre muy de ordinario el rostro alegre; y como dice Quintiliano el animo siempre libre. Es gran compañero de la agudeza. Con las riquezas se ablandan de suerte las fuerzas corporales, que despues traen inutilidad para los peligros; mas con la

pobreza se aumentan, para que nada nos parezca dificultoso. Con ella es menos formidable el rostro de la muerte, pues tal vez porque es descanso de los trabajos, se desea; y tal, porque no ay regalos, que dexar, no se teme.

Antes bien pudieran las riquezas hacer que nuestro Hipolito sintiesse qualquier desdicha, mas yà estaba tan acostumbrado à ellas, que para todas tenia aliento, y en ninguna le faltaba su antiguo valor. En esta ultima, que le dexamos, por culpa del Patron, cuyo lascivo amor atajò Fulgencio con su muerte, mostrò particular esfuerzo, dandole tambien à Jacinto (assi, como dixe, se llamaba el otro mancebo, que quedò en su compañia.) No avia cosa que igualasse à la pèrdida de Aminta, de suerte, que el quedar sin mantenimiento, y en lugar donde no avia poblacion, todo le parecia menos. Durmieron aquella noche sobre los duros ombros de una peña, que siendo freno del mar, les diò espaciosa cama. Al dia siguiente miraron à todas partes, y no hallaron por unas mas que levantados montes de salada espuma, y por otras dilatados llanos de diferentes yervas. Comenzò à molestarles la hambre, y temieron el mayor daño, que es nuestra propria miseria, y con causa justa, porque de los demàs se puede un hombre apartar, mas este à todas partes nos sigue. Por esta causa son siempre mas fuertes los enemigos familiares, y por estas razones es la hambre de los mas prolixos. Fueronse entrando la Isla adentro, para vèr si avia algun modo de remediar su necessidad. Iban notando las circunstancias del inhabitado sitio, y llegaron à la falda de una levantada peña; dieron buelta à toda ella, y vieron que naturalmente tenia huecas las entrañas, y que juntandose por la parte superior las pesadas cabezas de dos piedras, dexaban formada una cueva con dos distintas bocas. La distancia que estaba cubierta era tan grande, que tenia mas de sesenta pies de fondo, y tan alto, que passaban de nueve. Entraron dentro, y hallaron que tenia algunos senos, con que se hacia mas aproposito para habitarla por razon del abrigo. A la entrada avia por la una, y otra puerta un apacible espacio, donde de virtuosas yervas, y deleytosas flores avia hecho la naturaleza un apacible, y porfiado alarde. Lo tajado de las peñas parecia industria del arte, pues hasta la mas aspera cumbre se vestìa de casta salvia, de oloroso tomillo, de fresca hircina, de humeda endivia, y venereo corlandro. Avia algunas aves tan grandes, y tan espantosas, que mas daban temor, que provocaban à deseo de poner medios de cogerlas para sustentarse. No les faltò de todo punto el consuelo en esta soledad, porque

avia guardado el instru-
), con que en el cautiverio,
obscuridad de aquel calabo-
cendia luz. Sacòle, y avien-
:venido algunas de las que
eciò con calor el Verano,
idiò lumbre. Jacinto cortaba
s de algunos arboles incul-
ue la naturaleza nunca ocio-
aba en aquel distrito, con que
:xarle acabar, procuraba con-
ır el fuego. En el marisco,
a creciente dexaba, quando
:ogia la mar, buscaban algu-
pescados, que por negligen-
ò por inutiles se quedaban en
rra, los quales preparados con
:go, y tostando algunas raì-
:e yervas saludables, que Hi-
o conocia, engañaban la ham
y si no se satisfacian, por lo
os se conservaban. Salian al-
ıs veces à vèr si podian des-
ir algun baxèl, ò navìo, donde
:cogidos, para huir de tan in-
e estado, y quanto mas lo de-
an, menos lo conseguian. En-
anse al venir las sombras de
oche en la referida cueva; alen
n con la leña que avian reco-
de dia el encubierto fuego, y
ıstados sobre la tierra, olvida-
el trabajo, y cuidado que les
imia, porque el sueño es desdi-
de los poderosos, pues les im-
: el gozar sus riquezas, y dicha
pobre, pues le hace que olvi-
u miseria.

)uince veces avia dado calor
l à los Antipodas, y quince
iluminado nuestro Emisferio, des-
pues que los dos mancebos que-
daron expuestos à tan enfadosa
soledad, quando siguiendo el or-
den que tenian, se recogieron à
las entrañas de aquella peña, de
donde de cada Aurora nacian pa-
ra buscar su alimento. Acompa-
ñaronse, como solian, de las llamas,
para que el frio hiciesse apacible
el rigor de aquel elemento, y pu-
sieronse à tratar de las cosas que
en tan breve tiempo avian halla-
do en la Isla, y de las novedades,
que en distancia de un año avian
sucedido à Hipolito. Admirabase
Jacinto de oirlas, y tal vez dudàra
su entendimiento el credito de
las cosas que oìa, si no temiera ser
descortès, ponderando la persona
que las contaba, y que las referia
de sì mismo.

Dando el uno cuerdas lisonjas
à la atencion del otro, y pagando
este con el credito la eloquencia
de aquel, estaban, à tiempo q̃ oye-
ron un presuroso ruido por la bo-
ca, que à la parte del mar tenia la
antes inhabitada cueva. Llenaron-
se de sobresalto, y la novedad del
caso les hizo poner en pie, para ha
llarse mas prevenidos, si fuesse ne-
cessario defenderse. Esparciò de
presto Hipolito la lumbre, para
que cessassen las llamas, y para
que con la obscuridad se hiciesse
mas seguro su remedio. Metieron
mano à las armas, con que avian
quedado en la passada desdichas
recogieronse en los senos, que
le

(como diximos) tenia aquel rustico alvergue, y oyeron, que el ruido, que antes avia salteado à su sossiego, era de una muger, que entre desalentados ecos, causados de su cansancio, decia: Detente, espera, no me quites la vida, y como dexes libre mi honor, haz de mi lo que quisieres. A estas lastimadas razones, sintieron que respondia un hombre en Castellana lengua: No vengo à darte la muerte, y assi has hecho mal en huir de mis manos, metiendote entre estas peñas, adonde à mi me traes tan cansado de seguirte, como admirado de que à una muger la aya durado tanto el aliento. El temor, respondiò ella, hace diversos efectos, segun en los sugetos q̃ se hallas en los que acometen, es cobarde, y en los que huyen tan fuerte, que primero faltan las fuerzas corporales, que se confiesse rendido el animo. Con esto quedo disculpada en aver procurado huir, y tu admiracion satisfecha. Aunque quede satisfecha mi admiracion, no lo quedarà mi trabajo (respondiò el hombre en lengua Arabiga) pues me pagaràs el cansancio, de manera, que te pese de aver nacido, y nunca acabes de llorar tu suerte. Estas palabras entendieron Hipolito, y Jacinto, por saber la lengua, y quedaron mas confusos, sin discurrir en lo que podia causar cosa tan nueva. El hombre la decia que se levantasse, y ella, que aviendo descansado un poco, diò lugar à las lagrimas parecia que se anegaba en ellas Tantos eran los suspiros, y sollozos que la triste muger daba, que parecia salirse tràs cada uno el alma, y tanta era en el que la avia seguido la dureza, que se mostraba mas rigoroso, quanto mayor era el llanto: que ay corazones, à quien averguenzan las penas. Crecia en èl la colera, en ella la afliccion, en èl el enojo, en ella la pena, en èl la crueldad, en ella la miseria, en èl el enfado, en ella el pesar; y finalmente, en èl las injurias, y malos tratamientos, y en ella las ansias, las escusas, los encarecimientos, y los ruegos. Hipolito estaba lastimado del temor que la muger tenia, y cansado del rigor que con ella se usaba, por lo qual determinò defenderla, aunque fuesse poniendo à riesgo su persona. Comunicò este intento con su amigo Jacinto, y convenidos en un mismo parecer, trataron de poner remedio. Concertaron el modo que avian de tener para cogerle, sin que pudiesse ponerse en defensa, ni dàr aviso à otros, si acaso traìa compañia. Saliò Jacinto por la otra boca que tenia la cueva, y Hipolito se quedò cuidando de acudir quando sintiesse que su amigo entraba por la parte donde el barbaro porfiada, y cruelmente maltrataba à aquella muger afligida. Presto llegò el alentado mancebo, y entrò diciendole, que proce-

barbaramente en tratar con tal aspereza à una muger, pues quando està sin defensa, entonces debe estàr mas defendida, si es animo noble, y piadoso el que la escucha. Apenas oyò estas razones el desconocido hombre, quando (advirtiendo por el modo con que llegaba Jacinto, que no era de los suyos) metiò mano à un alfange que traìa, para ofenderle. Llegò Hipolito à este tiempo, y cogiendole por los brazos, impidiò su movimiento. Ayudòle Jacinto, y entre los dos le ataron las manos con una liga, que Hipolito avia prevenido. Por el trage, y las razones que le avia oìdo en su lengua, conocieron que era infiel en la profession, y barbaro en la ley. Asseguraronle de nuevo los brazos con una vanda, que el mismo Moro traìa ceñida, y dexaronle atados los pies con el tahalì, de que el alfange venia pendiente. Hipolito acudiò à consolar à la muger, que yá con el nuevo socorro alentada, dexando el llanto, agradecia à sus bienhechores tan piadoso beneficio. Jacinto tratò de encender algunas ramas, tan deseoso de vèr la traza que el Moro tenia, como de saber, què desdicha avia obligado à aquella miserable muger à tan peligroso estado, como era aver venido huyendo de un barbaro à aquella soledad. Consiguiòlo facilmente, y quedò la obscura habitacion llena de alegria, con que la luz aun tiempo consuela, recrea, y alimenta à la vista.

Repararon en el Moro con atencion, y conociò Hipolito, que era el dueño que avia tenido en Constantinopla, y padre de Ali, y Lidora. Con su natural cortesìa se llegò à èl, y le comenzò à quitar las ligaduras con que le tenian atado, diciendo: No permita el Cielo (ò noble Rezuan!) que yo pague con injurias, porque demàs de que mi Religion no permite, que se dè mal por mal, aun en la nobleza de un animo piadoso, no debe perseverar la venganza, principalmente, quando de parte del contrario no puede aver defensa. Tu juntaste à mi cautiverio el rigor de una prision cruelissima, y à ella el deseo de quitarme la vida, y yo opuesto en todo à tus intentos, te quiero dàr por el cautiverio, libertad; por la obscura prision, dilatado lugar, para que consigas tu gusto; y por el deseo de privarme de la vida, no solo la que tienes, y que tan seguramente te pudiera quitar, sino la que tengo, y tan cuidadosamente procuraste destruir. Mira quan poderoso es Dios, y como sabe bolver por los que obedecen su Ley, y Preceptos, pues demàs de averme librado à mi de tus crueles manos, te ha puesto à ti, quando menos lo pensaste, en las mias, para q̃ adviertas, que à las fuerzas mas robustas, al valor mas acreditado, y al poder mas excelente, le sabe dexa-

vencido con la flaqueza mas dèbil el temor mas inutil, y la mas baxa miseria. Yà en este tiempo estaba Rezuan libre, y assi pudo echar los brazos à Hipolito, y dezirle: Bien se conoce en tus acciones, que es ilustre tu sangre. Claramente se muestra en lo que me sucede, que es causa superior la que te ampàra; pues como tu dices, unas veces te libra de mi rigor, y otras me sujeta à tu voluntad; mas puedote afirmar, que no sè qual es mas en mi, ò la embidia que tengo à la hidalga resolucion de tu animo, ò el pesar que me aflige de no aver conocido lo que tenia en ti, para estimarte, y ofrecerte, con el gusto que tu aora, la misma libertad que me ofreces. Cuerdo es (ò Hipolito!) quien sabe hacer libres los cuerpos, para dexar en perpetua esclavitud los animos, donde son fuertes hierros las obligaciones. Tener dominio en las voluntades, es el mas dichoso Imperio; dichoso, pues, mil veces, quien sabe adquirirle, ò yà si es superior en los vassallos, y esclavos, ò yà si es igual en los amigos. La mayor dificultad que yo he conocido jamàs en cosa, que haya procurado, es en saber hacer de los contrarios parciales; y de los enemigos, amigos; y como es la cosa mas dificil, debe ser la mas estimada. Estima, pues (ò Hipolito!) la piedad con *que te enriqueciò* el Cielo, pues à *ti es facil lo* quę à muchos dificultoso. Estima la cordura con què sabes obligar à perpetua servidumbre los animos, y prevente gloriosos parabienes por la dicha de tener imperio en mi voluntad, y consiguientemēte en todas las demàs, que como tu has advertido, dependen de la mia: Haz cuenta, què eres dueño de todas, dispon en mi del modo que quisieres. Hipolito le preguntò la causa, que le avia traìdo à tan remoto lugar, y èl le respondiò, que àverse ausentado sus hijos, y en opinion de algunos en su compañia, le avia sacado de su patria (no obstante su enfermedad, de que yà estaba mejor) para alcanzarlos; mas que yà estaba satisfecho de que avia sido engaño, supuesto que le hallaba sin ellos. No quiso por entonces desengañarle Hipolito de la verdad, sino dexarle proseguir, y que dixesse. Llegando en uno de mis baxeles à la vista de esta pequeña isla, vimos otro vaso, que parecia aver llegado derrotado, y que atento à que se acercaba el nuestro, se procuraba hacer à la mar. Estaba aquella muger en la orilla, y otra, que se llegaba en un esquife à su navio, dando voces, que esperassen; mas ellos cerraban con el temor los oìdos. Bolvieron à este tiempo Hipolito, y Jacinto los ojos à la parte donde la muger estaba, y admiraronse de vèr su trage, y hermosura, prendas, en que conocieron no ser baxo su nacimiento, ò su fortuna, que

s lo mismo que ser infelice.
òla nuestro Cavallero, que
e estrañasse, ni tuviesse te.
, porque todos los que veìa se
iaban de ser muy corteses. A
s razones respondiò la her-
a dama: Tan lexos estoy de
r temor, que si sois el que yo
umo, no solo no me prometo
sucesso, sino dichoso ampa-
Hizo la animosa muger algu-
preguntas, en que conociò
l mismo que avia imaginado;
el fin de la ultima tuvieron
cipio con notable demonstra-
de alegria las razones si-
ntes.

a mayor fineza que puede ha-
la estrella de qualquier hom-
dichoso, es ofrecerle la felici-
, quando estaba mas declara-
a desdicha. Y esto mismo me
de à mi aora, que aviendo
tenido cautiva, triste, y sola,
hallo libre, alegre, y acompa-
, de quien oyendo mi nom-
espero ser acogida, guardada,
irada con respeto, y venera-
. Atentos estaban todos à es-
alabras, y en particular Hi-
to, por no acordarse de aver-
màs visto. Quitòlos la suspen-
con que escuchaban la mis-
lama, que prosiguiendo dixo:
oy (ò noble Hipolito!) Marce-
aquella dama de Don Carlos,
s accidentes os contò Ale-
dro en Salamanca, por ser ne-
rio para explicar sus sucess-
Yo soy hermana de la infeli-
ce Vitoria, à quien llamo infelice, porque como despues sabreis, ella era la que en el esquife se acercaba al navio, quando yo comencè à entrarme por esta tierra adentro, para ser seguida de Rezuan, y amparada de vuestra piedad, y cortesìa. El modo de venir à la mia vuestro nombre, y el medio por donde supe, que aviades tenido relacion de todo, oireis aora, si atendeis à lo que despues de averse los dos ausentado, passè en Bolonia, patria suya, y mia.

Yà llegò à vuestra noticia, que por la traicion de aquella vil criada tuvo nueva su padre de Valerio, de que estaban en nuestra casa los homicidas de su hijo. Ausentes ellos, cessò nuestro temor, y manifestamos toda là espaciosa habitacion à la Justicia, y à un hermano, que el muerto tenia, llamado Horacio, hombre tan parecido al otro en las costumbres, como en la sangre. Cobrò este vil mancebo tal odio à nuestras personas, y à toda la familia, pareciendole, que por nuestra causa se avià librado sus enemigos, que comenzò con todas las diligencias possibles à manifestar el deseo de su venganza, y nuestro daño. Eusebio, que como sabeis, fue el criado que nos diò aviso para que Alexandro, y Don Carlos se guardassen, andaba siempre cuidadoso de ampararnos: siempre nos acompañaba, y con su presencia impedia, que Horacio exe-

cutasse la intencion, à que le avia dado lugar su infame natural, y el injusto aborrecimiento, con que nos perseguia. Mi madre con la edad, con su recogimiento, y con sus devociones, llegò à no cuidar de nosotras, como si no huviesse de ser primero el atender à las obligaciones, que el recogerse, de suerte, que ellas no se cumplan, y corra riesgo el recato de sus hijas, y la familia. Con esto teniamos lugar de salir quando queriamos; y las que antes no eran conocidas de persona alguna en la Ciudad, no avia fiesta donde no nos hallassemos, adornadas de galas, y celebradas (no sè si justamente) por nuestra hermosura. Nunca dimos lugar à otro amor, que al de nuestros esposos; assi los llamo, porque quando se partieron, nos dieron palabra de serlo, con que quedarà dicho, que el salir tantas veces, mas era vanidad de ser vistas, que deseo de ser amadas. Continuabase nuestra correspondencia por cartas, las quales venian en el pliego de su padre de Alexandro, para que nos las remitiesse. El lo hizo assi muchas veces, hasta que la curiosidad le obligò à que las abriesse. Conociò el amor, que su hijo tenia à mi hermana, y el que Don Carlos me tenia, y juntamente se admirò de que huviesse quien permaneciesse tanto en el proposito de corresponder à nuestro amor, y su primer intento. No le pesò de saberlo, ò yà porque veìa, que en nada le eramos inferiores, ò yà porque despues que supo la fineza que hicimos por su hijo, nos tenia agradecida inclinacion, que en los que saben ser nobles, casi es lo mismo ser noble, y agradecido. Diòme à este tiempo una enfermedad tan grave, que no pude responder al pliego de Don Carlos, ni mi hermana, por escusarle la pena que recibiria, quiso hacer memoria de mi en el suyo. Vista esta novedad por el cuidadoso amante, se partiò à saber la causa desde Salamanca, como si fuera el camino de un dia. Yo mejorè de mi accidente, y le escrivi, si bien à tiempo, que no le hallò el pliego en España; cosa, que nos estuvo tan bien, como vereis aora.

Yà quedareis advertido de la barbara inclinacion de Horacio, de sus viles costumbres, y de el odio que nos tenia; pues prevenido desto no os admireis de lo que hizo por satisfacerse en nosotras de sus mayores enemigos. Avia cerca de la Ciudad una recreacion, adonde acudian diferentes veces los Ciudadanos, para descansar de las fatigas del Verano, y divertir los cuidados, à que el comun afan de adquirir hacienda obliga. Para llegar à este apacible sitio, se avia de passar forzosamente à la vista de una casa, que su padre de Horacio tenia media milla de la Ciudad. Aviẽdo advertido todas estas cosas, [illegible]

dificil la inteligencia deste prodigioso sucesso.

Pedimos una tarde licēcia à mi madre, para que nos dexasse ir à gozar de aquella fiesta, con una señora anciana amiga suya. Los ruegos q̃ llevan circunstancias honestas, siempre consiguen lo q̃ intentan; y assi nosotras, viendo que nos acōpañabamos de persona de tanta satisfacion, alcanzamos que se permitiesse la execucion de nuestro intento. No se apartaba Eusebio de nosotras en aviendo de salir fuera, assi porque era gusto de D. Carlos, y para mi su voluntad ley precisa, como porque despues nos dixo, que sabia èl, que su assistēcia nos avia importado otras veces. Estuvimos en el ameno espacio de aquel hermoso sitio con regocijo increible, porq̃ Eusebio cantaba execelentemēte, y yo le avia dado algunos versos, que D. Carlos me avia embiado; los quales, por no ser de importancia, dexarè de referiros. Antes, dixo Hipolito, por ser suyos, recibirè particular gusto, demàs de que yo fio, q̃ seràn tales, q̃ no les pese à Jacinto, y à Rezuan de escucharlos. Si vos le haceis esse favor en profecia (dixo Doña Marcela) no serà justo q̃ yo passe adelante sin pagaroslo, con decirlos, y al principio esta Silva, en alabanza de la vida de la Corte.

Vanamente se ocupa
Quien de la soledad glorias previene,
Si injurias apercive
A las delicias que la Corte tiene.
Aqui se desocupa
Del exercicio el que contento vive;
El cuerdo Cortesano
Busca nobles amigos,
A quien hacer testigos,
Yà de sus dichas, yà de sus contentos;
Y mostrando su rostro mas humano,
Disculpa el ocio vano
Con algun pensamiento,
O algun concepto q̃ explicò su intento;
El donayre, y ocaso,
Provocando el placer, mueve la risa;
Son los gustos mayores
Cessando del cansancio los rigores,
Y con esto es forzoso,
Que corra mas aprisa
El tiempo, que cansado,
A qualquiera en su estado
Le tiene descontento, y desabrido;
Son las horas mas breves,
Los cuidados mas leves,
Pues estando el ingenio divertido;
Porque las penas, y pesares pierda;
Aun de sì no se acuerda,
La vida se le passa divertido,
Y es dicha, porque el mundo està de suerte,
Que ha de venir à ser dicha la muerte.
Comunica à discretos,
Riese de ignorantes,
Junta à los perfectos,
Y atendiendo à negocios importantes;
Su parecer propone,
Quando no ay cosa, que à lo opuesto obligue:
Vè, que el suyo se sigue,
La dama se compone,
Sin que nadie se atreva
A mormurar, si lleva
Galas, q̃ excedan à su humilde estad

El Plebeyo, el Soldado,
El Oficial, el Noble, el Cavallero,
El Propio, el Estrangero,
Si bien son desiguales,
En tanta confusion se desconocen;
Solo al que tiene mas, mas le conocen;
El ser Patria comun los hace iguales:
Dichoso, pues con justa causa llamo
A quien por tantos modos,
Siendo inferior, puede igualarse à todos.

Murmura el atrevido,
Satyras torpes hace,
A nadie satisface,
Y aunque de todos hace tal desprecio,
No le tienen por necio,
Antes por hombre grave,
Que tal vez el temor lisonjas sabe.

Aqui està la riqueza,
Aqui la cortesìa,
Aqui tiene su asiento la belleza,
Aqui la variedad causa alegria,
Aqui la Religion, aqui la ciencia,
Compiten à porfia,
La politica tiene
Aqui lugar lucido,
Las injurias se acuerdan del olvido;
Aqui una novedad otra previene,
Y al fin, quien su quietud aqui codicia.
Ni ley quiere el poder, ni la malicia.

Permitid, que se sigan estas decimas: el sugeto fue, averme visto en el pecho una Fenix, coronada de diamantes.

Marcela, à tu pecho unida,
Aunque de metal formada,
Parece que està animada,
Y tiene essa Fenix vida.
Que es insensible se olvida,
Y yà con razon sospecho,
Que juzgando ardor estrecho
Quanto sin ti puede aver,
Se ha venido à renacer
En el fuego de tu pecho.

Dichosamente se emplea,
Quando en tal rigor se abrasa;
pues de un elemento passa
A un Cielo, que amor desea;
Felìz serà, quando vea,
Que mejorando su suerte,
Es yà su mal menos fuerte;
Si entre funebres desmayos,
De tu claro Sol los rayos
Son las urnas de su muerte.

Bien merece la corona,
Que en tu pecho se previene,
Que Reyno goza, quien tiene
Tal lugar en tu persona,
Yà mi afecto se ocasiona
A embidias, que fueran zelos;
Si mirando tus dos cielos,
No me dixeran aqui:
Tu solo reynas en mi,
Pierde, Carlos, los desvelos.

Desta suerte cantò, dexandome à mi gustosa, y à los demàs entretenidos. Llegòse la noche, y como la licencia no era limitada, ni sabiamos lo que nos estaba esperando, procuramos usar della todo quanto pudimos. Fuesse bolviendo la gente, que avia salido aquel dia, y quedamonos solos, divertidos en el passado regocijo. Advirtiònos Eusebio, que era tarde, y tomando el coche en que aviamos ido, tratamos de bolver à la Ciudad. Al tiempo de lleg

Cerca de la casa, que el padre de Horacio tenia en el camino, salieron à nosotros ocho hombres, los quatro acudieron à detener el coche, y sacarnos dèl, y los demàs à matar à Eusebio, que venia à buena distancia en un cavallo, si bien apresurandose para llegar à defendernos. Apeòse, y puesta mano à su espada, comenzò à cumplir con su obligacion animosamẽte; mas como eran tantos sus contrarios, y los que avian llegado al coche, no tenian resistencia, nos llevaron, despues de aver dado al misero cochero muchas heridas, (para que no dixesse quien avia hecho tal traycion) à aquella casa, que avia de ser funebre teatro de tan miserable tragedia, y infausto sepulcro de nuestras inocentes vidas. Metieronnos en una sala. Aqui me d[illegible]ndrè à pintarosla brevemen[illegible], para que veais de què suerte persevera en algunos animos el rencor, y deseo de venganza, para que las circunstancias de su prevencion hagan mas notable aquel peligro. Estaba toda colgada de negros lutos. Encima dellos avia algunos quadros, donde el pincèl representaba à todas horas con su muda eloquencia los passados sucessos. Uno contenia la muerte de Valerio, en cuyas cruzadas manos juraba su hermano, y padre tomar cumplida satisfacion. En otro el modo que tuvieron de librarse sus cõtrarios, y nuestros esposos, segũ la vil criada les avia referido; en el opuesto lado tenia otro lienzo, dibujada la traycion que avian pensado hacer aquella noche; estaba muerto Eusebio, y nosotras à punto de perder tambien à sus manos las vidas. En el ultimo se mostraban retratados Alexandro, y Don Carlos, tan perfectamente, que lleguè à hablarlos, y hicieron mas en callar, que hicieran en responderme. Tenian sus nobles cuerpos con mil generos de martyrios, hijos de la fiera inclinacion de Horacio, y engendrados del odio con que los aborrecia. O Hipolito! nunca pensàra, que fuera el amor tan poderoso, y nunca pensè, que le tenia tan grande à Don Carlos; pues entre el riesgo que me amenazaba, y el dolor de verle de aquella suerte (que tal vez la imaginacion atormenta) casi me holgaba del sucesso, porque avia sido causa de averle visto. En medio de la espaciosa morada avia un tumulo, cubierto con un paño de brocado, y à las esquinas quatro hachas, que alumbraban el referido espacio. Todo lo avia de estàr desta suerte, hasta aver tomado cumplida satisfacion, para que no se passasse de la memoria el agravio; como si quien tiene el corazon vengativo, no tuviera bastante despertador en la crueldad de su inclinacion, ò en la fiereza de su crueldad.

Quanta lastima tenga yo à quiẽ no sabe perdonar injurias, no

me atreverè à explicar, sin temor de q̃ me falten razones, porque dexando à una parte lo que mas se debe ponderar, que es no cumplir un hombre con las obligaciones de Christiano, aun en las cosas de que el mundo se precia, viene à quedar desacreditado, y deslucido, puesto que se desvia de lo que le puede acreditar de humano, que es la razon, y se llega à lo que le pone entre el numero de las fieras, que es usar tanto de la ira. Ay en el mundo cosa tan agradable como la liberalidad? Entonces, pues, serà un hombre mas liberal, que sea mayor la dadiva, y entonces està mayor, que un hombre dà la cosa que mas estima; de donde infiero, que el que perdona à su enemigo, viene à tener con superior excelencia esta virtud, pues viene à dàr lo que mas estimaba, que es la satisfacion de su injuria. A este modo le vendrèmos à hallar, casi con todas las virtudes que un hombre puede adquirir. Tiene la Templanza, pues se reporta; la Caridad, pues dexa el notable daño de su proximo; la Fortaleza, pues vence sus mismas passiones; la Prudencia, pues sin ella todas las mas no son possibles; y finalmente muchas de las que se contienen debaxo de estas. De suerte, que de accion tan Christiana, tan piadosa, tan virtuosa, y tan noble, se priva, quien atento *al consejo de su passion*, no perdona; y *al contrario* grangea tantos bienes, quien remitiendo la ofensa se hace superior à sì mismo en las fuerzas, y aun se venga loablemente, si atendemos al parecer de Don Carlos, à quien oìa decir muchas veces, que es bastante venganza averla podido tener. No era de esta suerte Horacio, pues en lugar de prevenir diversiones, que le traxessen olvido, tenia prevenidas tantas cosas que le solicitassen la memoria de nuestro daño.

Metieronnos, como dixe, en aquella sala, y dexaronnos solos el tiempo que bastò para reparar en todas estas circunstancias. Al cabo dèl entraron presurosos, el vil Horacio, y otro primo suyo, diciendo: He dilatado vuestra muerte (ò viles mugeres!) hasta que en la presencia de Octavio mi padre (à quien embiè à llamar para este efecto) sea vuestra venganza mas comun; mas supuesto, que èl llega à nuestra presencia, juzgad que ha llegado el termino de vuestra vida. Comenzamos à rogarlos encarecidamente, que no usassen tal crueldad, con quien no les avia intentado daño alguno, y ellos à tratarnos mas asperamente, quanto eran mayores las lastimas, y los ruegos con que los obligabamos. Ataronnos las manos, para hacer mas facil, y mas segura nuestra desdicha. Pusose cada uno à un lado de la puerta de la sala con una de nosotras, para executar, en viendo entrar à su

padre el prevenido rigor. Yo estaba à los pies de Horacio, pidiendole, que no me quitasse la vida; mi hermana à los de su primo, haciendo lenguas los ojos, y razones de piedad las lagrimas, para conseguir lo mismo. Ellos tenian empuñadas las dagas, y nosotras esperabamos con la presencia de Octavio el fin de tantas desdichas (assi han llamado muchos à la muerte.) A este tiempo llegaron dos hombres embozados, y metieron mano à las espadas. Como solo se esperaba la venida de nuestro enemigo, y vì que el que entraba avia desnudado su azero, temì, que sin dàr lugar à su hijo, queria anticiparse à derramar mi elada sangre; mas fue contrario el sucesso; pues dando una estocada à Horacio, que llevado del proprio pensamiento, no se puso en defensa, le derribò casi con el ultimo aliento à sus plantas. Alli le diò otras heridas escusadas, aviendo precedido la primera. Dexòme de esta suerte, y acudiò à ayudar al que avia llegado en su compañia, que yà traia tambien mal herido al primo de Horacio. No parece, sino que superior fuerza governaba el brazo de aquel hombre, segun la resolucion con que andaba, y la poca defensa que para sus armas avia en aquellos desdichados mozos, pues quedaron embueltos en su tirana sangre, y muertos al mismo tiempo que lo aviamos de quedar nosotras à sus

manos, que no se dilata à mas c castigo de Dios, embia à una ver ganza barbara, alevosa, y injust Lleguè à querer agradecer nuestro bienhechor tanto benef cio, y conocì, ò Hipolito, que poc veces es qualquiera persona d chosa de una sola manera; pue como los males se acompañan, tā bien las dichas unas à otras se si guen. Conocì à D. Carlos, mi que rido esposo, y torpe la lengua co el contento, hablè menos con ella que con la vista. Deciame despue mi esposo, q̃ nunca le avia agrada do discreta, como entonces igno rante; porque las ignorancias qu proceden de un grande amor, y d una subita alegria, siempre son ma agradables, que las razones aten tas, y advertidas. Qual se hallò m hermana entonces, dexarè à vue tra imaginacion, y à mi silencio, c es el modo de encarecer mas alto y mas sin riesgo, quando se teme que han de ser los encarecimien tos cortos, y dificil la salida. Con esto, y el cuidado que Don Carlo tenia, de q̃ nos ausentassemos d alli, no reparamos en quien era e que le avia ayudado, hasta que lle gando con aquella anciana seño ra, que iba en nuestra compañia y avia estado en otra sala; mien tras nos sucedia todo esto, conoci mos à Eusebio; agradecimosle la diligencia que avia hecho, y re mitiendo para ocasion de me nos sobresaltos el modo de aver encontrado à mi dueño, y av

entrado à defendernos, salimos de aquella espaciosa habitacion, aunque no sin violencia; porque los dos, que avian ido con Horacio, y su primo, quando nos sacaron del coche, quisieron conocer quien eramos, y por què causa nos dexaban salir libres. Tanto apretaron en esto, que obligaron à Don Carlos, y à Eusebio, à que metiendo mano à sus espadas, los encerrassen en una sala, para que no huviesse estorvo en nuestra ausencia. Cogimos el coche, en que aviamos comenzado à temer el infame termino de Horacio, y puesto en los cavallos Eusebio, porque (como dixe) el cochero estaba impossibilitado de exercer su oficio, nos acercamos à la Ciudad. Encontramos en el camino à Octavio, y un criado suyo, que iban adonde Horacio antes esperaba su venganza en nuestras muertes, y yà avia visto anticipadamente la suya. Quiso Don Carlos apearse, para que tuviesse el mismo castigo que su hijo, pues tenia la misma culpa; mas yo piadosa le roguè que desistiesse de aquel parecer, porque matar un hombre à otro, quando la colera le ciega, y el discurso no puede obrar impedido del enojo, tiene cierto genero de disculpa, mas hacerle tan notable daño, quando el tiempo ha dado lugar à la prudencia, y libertad à la razon; no solo no tiene disculpa, pero hace su culpa notablemente grave. Detuvose Don Carlos, en que acabè de averiguar que me tenia amor, que era discreto, y valiente; porque he visto à muchos cobardes enfurecerse mas, quanto mas los reportan, y à muchos ignorantes, que piensan que con las temeridades enamoran; y assi las emprenden de ordinario delante de mugeres, ò contra ellas, siendo la accion mas vil, que ha podido enseñar la cobardia, atreverseles; en confianza de que lo son, y de que no han de poder defenderse. Por todas estas razones grangeò mi esposo conmigo mayor amor, y mayor credito. Dexè de estimarle, y encarecerle el gusto que me avia dado en admitir mi ruego, por tratar del modo que aviamos de tener en guardarnos, para no ser hallados de la justicia, à quien luego avia de dàr cuenta Octavio, viendo muertos à su hijo, y sobrino. Fue comun parecer, que nos recogiessemos en casa de su padre de Alexandro: hicimoslo assi, y aunque era tarde, fuimos con el mayor secreto possible recibidos, dexando quatro calles antes de llegar el coche, para que el ruido, y señas dèl, no nos descubriesse. Estuvimos alli aquella noche; dimos cuenta à nuestro piadoso huesped de lo que passaba, y despues de averles dado noticia de todo lo que aveis oìdo, llevados del mismo deseo, que en vuestros pechos conozco, que es de saber la causa que entrasse en tan dichosa ocasion Don Carlos, roga-

mos à Eusebio, que refirieſſe lo que ſabia. El entonces, por aver adquirido con ſus buenas obras nueſtro amor, y con la novedad de lo que ſe le preguntaba aplauſo, oìmos con doblado guſto eſtas razones.

Deſpues de aver acudido à defender à mis nobles dueños, aſsi por lo que yo debo eſtimar ſus perſonas, como por cumplir con las obligaciones de buen criado, y deſpues de hallarme impedido de quatro hombres, que ſalieron à eſtorvarme el paſſo, y quitarme ſu defenſa, y mi vida, me apeè del cavallo en que iba, y meti mano à eſte azero, para que ſu violencia, y mi ligereza dieſſen paſſo à mi intento. No lo conſegui como penſaba, pues antes le huve meneſter para auſentarme de ſu rigor, y procurar por otro camino el remedio de tan apretado rieſgo. Aqui acabè de averiguar lo que muchas veces pensè, y es, que debe ſer tenido por ignorante, quien gaſta el tiempo en procurar coſa, que conocidamente es ſuperior à ſus fuerzas. Determinè dàr cuenta à la Juſticia, y para eſto me auſentè con tanta velocidad, que à pocos paſſos dexaron de ſeguirme. Cogiò uno de ellos el cavallo, que yo avia dexado; mas en el tiempo que ſe ocupò en cogerle, y prevenirle, ganè tanta ventaja, que con mucha dificultad me alcanzàra, à no ſucederme mejor que imaginò mi penſamiento. Lleguè al camino Real, que ſe enderezaba à la Ciudad, con la prieſſa que dexo referida, deſnudo el azero, y con tan apreſurado aliento, que una reſpiracion ſe alcanzaba à otra: encontrè un caminante, que viendome con eſtas circunſtancias preguntò, què cauſa me obligaba à tan deſcompueſto, y diligente canſancio. Yo, ò porque el Cielo quiſo librarnos deſta ſuerte, ò porque me pareciò, que ſi ſe reſolvieſſe à darme ayuda, baſtaria para conſeguir mi intento, le contè lo que paſſaba; le exagerè la traycion de Horacio; le previne del peligro de Doña Vitoria, y de la inocencia de Doña Marcela ſu hermana. Apenas oyò eſto el piadoſo caminante (que tambien tiene algunas veces el amor titulo de piedad) quando bolviò las riendas al cavallo, y me dixo, que le ſiguieſſe. Reparò à poca diſtancia de que avia de llegar canſado, y ſin fuerzas para ayudar à ſu intento, y apeandoſe, me rogò que ſubieſſe al lugar donde dexaba à mis dueños con tanto peligro. Yo me eſcuſaba, à tiempo que llegò alentado el que me ſeguia codicioſo; conocile, y llegandome à èl, le dì una eſtocada, con que deſembaracè la ſilla de aquel tyrano eſtorvo, y quitè à mi cavallo el alevoſo peſo. Subimos con brevedad cada uno en el ſuyo, para que pagaſſen con las heridas de los acicates, la libertad del freno, y deſmintiendo à ſu miſma naturaleza

se acreditassen de pajaros ligeros. Llegamos con increible celeridad à la casa donde avia de tener execucion tal delito, sin que viessemos à ninguno de los que me acometieron, despues de averme aquel desdichado seguido. Dexamos los cavallos à una parte, y llegamos à la puerta principal de la referida habitacion. Llamè à ella, y respondieronme de adentro, si era Felix; yo les dixe, que si, de donde infiero, que este Felix avia ido à llamar à Octavio, assi por lo que Doña Marcela mi señora dexa advertido, como por averle despues encontrado en el camino. Abriònos el deslumbrado portero, aunque esta inadvertencia, mas se debe atribuir à permission Divina, que dispuso el remedio de aquella inocencia en mis señoras, y el castigo de Horacio, y su malicia. Entramos, bolviò à cerrar la puerta, y avisò de que Octavio avia llegado. Subiòse tràs èl nuestro desconocido bienhechor, y yo en su seguimiento, hasta que llegamos à la sala, en que la crueldad de tan viles animos avia de ser el verdugo de su injusta venganza; mas ellos tuvieron castigo al mismo punto que pensaban me tecerle, sobstituyẽdo la missma desdicha, con que su rigor à tales vidas amenazaba. Conocimos alli, que el caminante era Don Carlos, para que el contento, y la alegria de verle, excediesse primero à nuestra diligencia, y luego al pesar grave, al dolor justo, y temor fuerte, que à todos atormentaba.

Aqui acabò de referir Eusebio, y comenzò Don Carlos la causa de su camino (que como dixe, fue no aver tenido pliego mio) y todos à darnos mil parabienes de la passada dicha. Recogimonos lo que faltaba de la noche, y à otro dia tratamos de que Don Carlos se bolviesse à España, y que nos llevassen à nosotras à un Monasterio, donde estàr ocultas, y defendidas. Antes de ausentarse dexò poder al padre de Alexandro, para que cobrasse su hacienda, y la llevasse con la suya, que yà estaba en estado de poder embarcarla, para bolverse à su patria; vèr à su hijo (à quien tenia en Salamanca) y buscar à Aminta, de quien tambien avia tenido noticia, con intento de que cessassen con su recogimiento los passados disgustos. No obstante que estaban en este punto las cosas, y que pudiera partirse, estuvo mi esposo algunos dias oculto en la Ciudad, y acudiendo una vez à verme para despedirse, me refiriò parte de vuestros sucessos (ò piadoso Hipolito!) me dixo vuestro nombre, y la apacible nobleza de vuestra condicion, y su amistad: Quien pensàra, que para mi me fuera de tanta importancia el averlos sabido? Dixome juntamente, que de la pesadumbre que mi madre avia tenido con estas novedades, avia caido en una enfer-

l peligrosa, que siempre lo
del cuerpo, quando se cau-
l dolor que ha padecido el
Despidiose de mi parte con
imiento que pudiera tener
azon, q̃ se dividiera para no
à su dueño, y de la suya con
ria que debia de tener, quiẽ
echo tan grande diligencia,
era librar de la muerte al
de su honesto, y firme amor,
prenda de su mayor amigo.
ose finalmente de Bolonia,
tro de quince dias mi noble
de esta vida. Averiguose
dad del caso, que siempre
iertas luces para que la co-
la razon. Visto el dicho del
ro, y la confession de aquel
n dexò herido Eusebio, cu-
la se dilatò à tres dias, à Don
s le dieron por libre, y noso-
quedamos de todas mane-
ra poder irnos à España en
añia del padre de Alexan-
icimos dinero las possessio-
ogimos las joyas que avia, y
le noticia de nuestro pensa-
to, se alegrò por lo mucho
os estimaba, y porque sabia,
i le pesaria, ni le estaria mal
ijo. Embarcamonos dentro
mes, y despues de aver na-
o quatro dias, se levantò una
sca, que mil veces nos tuvo
to de perdernos. Derrotados
nos ya à la vista de esta Isla,
e el Patron determinò llegar
esperar mejor tiempo. Can-
de padecer tan prolixo nau-
fragio, quisimos mi hermana, y
yo besar la deseada tierra en ella.
Pusimoslo en execucion, saltamos
en un esquife, y con èl llegamos
à assegurarnos un rato de los te-
mores con que nos traian la fra-
gilidad de una tabla, y la sober-
via de los Elementos. Estuvimos
assi hasta el principio de la no-
che, y hasta que avisandonos de
que avia mejorado el tiempo, qui-
simos entrar en el referido esqui-
fe. A tan infelice ocasion tuvimos
este intento, que descubrimos un
vergantin de Turcos. Yo me bol-
vì à tierra, no sè si por la turba-
cion, ò pareciendome, que no me
seguirian por ser sola. Mi herma-
na prosiguiò, pensando tener am-
paro en nuestro baxèl; mas aun-
que algunos lo deseaban, no fue
possible que el Patron esperasse,
antes comẽzò à huir à toda priessa.
Esto miraba yo desde la orilla;
quando advertì, que este Moro se
arrojò en el vaso donde estaba mi
hermana, y que aviendola lleva-
do à su vergantin, se acercaba à
mi persona con animo de coger-
me, mientras los demàs seguian à
los nuestros. Metime entre la as-
pereza de estas peñas, y à corto
espacio me vì seguida, y alcanza-
da en el distrito, que tenia en su
principio esta cueva. Alli temi mi
muerte, ò mi cautiverio; alli co-
mencè à llorar mi desdicha, y
alli vì mejorarse mi suerte con
vuestro favor, para que Don Car-
los deba mas à vuestra amistad, y

para que yo quede alegre, amparada, y agradecida.

Puso fin à su relacion doña Marcela, quedando Hipolito contento de averla conocido en tiempo que ella se confessasse servida, y èl la huviesse hecho tan grande beneficio; porque para un hombre piadoso, no ay cosa tan felìz, como averse empleado en hacer algun bien, à quien lo merece, ò aver sacado de algun peligro, à quien necessitaba de su amparo. Jacinto estaba gozoso de vèr à Hipolito tan satisfecho de su valor, y Rezuan pesaroso de no poder pagarle con buenas obras la libertad que cõ èl avia mostrado. Passaron lo mas comodamente que pudieron la noche, y al dia siguiente salieron à buscar doblado alimento, mientras Rezuan esperaba que bolviessen sus amigos. Ausentòse el Sol primero que èl viesse cumplidas sus esperanzas, y asi le fue necessario bolver al referido alvergue. Hallò à los demàs tan alegres, como si no fuera desdicha el aver de tener aquella vida; que es cordura hacer buen rostro à los males, quando por afligirse, no han de tener remedio. Sentaronse entre las yervas, que adornaban la entrada de la cueva, y comenzaron à tratar de varias cosas. Unas veces se comunicaba lo que pertenecia à su estado. Otras de amor, y otras levantando mas el discurso, se trataba de la hermosura del Cielo, de la claridad resplandeciente de las estrellas, harmonìa de los elementos, adorno, y lustre de la tierra, ta versamente vestida de yerva boles, y flores. De aqui passab la grandeza de su Criador (siempre la soledad es conten tiva.) No se disgustando Re de oir à Hipolito, el qual era q mas agudamente discurria. I tadamente se avia estendic prudente mancebo, asi en e mero, compostura, y movim to de los Orbes superiores, c en la naturaleza, y propieda algunas yervas (que yo dexo no divertirme tantas veces assumpto, dando ocasion à q piense, que es fluxo de erudi hablar con alguna noticia en diversas ciencias) quando vi que de la parte del mar se le taban unas ahumadas; pusol pie Rezuan, y por el numerc virtiò, que era su vergantin, y le llamaban los suyos. Manif les esto à Hipolito, y Jacint prosiguiò de esta suerte: Ami à lo que aveis hecho por mi e tan reconocido, que procu descubrir en la paga quan be soy para deudor. Bien quisier que mi viage pudiera ser à p donde vosotros quedarades tentos, y seguros; mas supu que no es posible, para quien ne tanta prudencia, la misma cultad es disculpa; lo que y prometo, es, procurar, que o quen de esta soledad, sin v

,la primera vez que huvie-
fion apropoſito. Agradecie-
el ofrecimiento, y abrazan-
,ſe deſpidiò, y apartò de ſu
ıcia. Aunque las mueſtras
.or, y benevolencia que Re-
ıvia dado, pudieran dexar-
:isfechos, con todo eſſo el
ſiempre propone lo que nos
eſtàr mas mal. Comenzò à
.entarlos la imaginacion de
:, que el Moro avia querido
rarlos, y caſi les peſaba de
: rogado al deſpedirſe, que
:ſſe à Doña Vitoria (por el
elo de ſu hermana) pues los
s avian de ſaber la cauſa de
rla dexar, donde ſerìa poſ-
, que quiſieſſen deſembar-
ıra llevarlos à todos, ſin que
ſſen defenderſe. Quien mas
mente imaginaba tantos
; era Jacinto, y mas quando
nfirmò viendo bolver à Re-
, y que les decia ! Supueſto
ıa de venir Doña Vitoria,
ien que venga eſte mance-
ɔara que deſde el puerto la
pañe. No ſabia el temeroſo
ı què reſponder; ſi ſe eſcuſa-
deſacreditaba de animoſo; ſi
:emia el cautiverio; mas co-
empre es menos eſtimable la
ad, que la honra (eſto vale en
ı es bien nacido ſolamente)
ponerſe al rieſgo de ſu paſ-
:ſclavitud por no moſtrar ſu
roſa flaqueza. Siguiò à Re-
,y quedaron Hipolito, y Mar-
:uidadoſos del fin de aquel

ſuceſſo, y dudoſos de la promeſſa del infiel, que no es mucho que à quien le falta la obſervancia de la Ley de Dios, le falte el cumplimiento de la palabra, y la execucion de la promeſſa. Quanto mayor era el deſeo de que bolvieſſe Jacinto, tanto mayor les parecia la tardanza, que à quien eſpera, nunca le parece breve, y ſiempre le parecen ſiglos los inſtãtes. Oian ruido de armas (porque nunca el fuego ſabe ſalir ſecreto, quando tiene por vecino al plomo, y ſe mira injuriado de la cpreſsion del hierro) y no ſabian què novedad era cauſa de lo que los tenia ſuſpenſos. Tal vez preſumian, que avrian tirado para matar à Jacinto, y tal, que avria ſido aquel inſtrumento de la muerte de Doña Vitoria. O imaginacion! què de coſas diverſas engendras entre ti, y el temor, quando ſe juntan las dudas, la razon ſe ciega.

De eſta ſuerte eſtaban à tiempo, que ſintieron que ſe les acercaba un buen numero de gente, que la noche, y la paſsion de un animo afligido, ſiempre hacen las coſas mayores. Eſcondiòſe Doña Marcela preſuroſa en la cueva, y Hipolito metiendo mano à ſu azero, ſe diſpuſo à perder la vida, antes, que entregarſe, ni rendirſe. Entròſe tambien adonde la temeroſa dama eſtaba, para manifeſtarla ſu determinacion, y conſolarla, como ſi tales deſdichas pudieſſen admitir conſuelo. Bolviòſe luego à

la boca de la cueva para defender la entrada, y fue à tiempo, que sintiò, que tambien por la otra parte avia gente. Hasta aqui pudiera la esperanza de buen sucesso desmentir à la imaginacion, que los atormentaba; mas desde aora tuvierõ disculpa en imaginarse presos, ò muertos, y en culpar à Rezuan, de que assi los huviesse vendido, y engañado, pues para que no huyessen, los avia hecho coger las salidas, como quien las sabia, por aver estado con ellos. Raras veces conoce el valor à la dificultad del peligro, ni la determinacion oye los consejos del miedo; y assi no obstante el que pudiera tener Hipolito con tan ciertas circunstancias de su daño, y tan claros indicios de su muerte, saliò atrevido, y resuelto à bañar su limpio azero en la barbara sangre de Rezuan, y de sus amigos, diciendo: Bien sè, que se ha de mezclar la mia (ò infieles!) entre los matices de estas yervas: bien sè, que han de crecer con su roxo humor, y que lo que aora es causa de mi vida, brevemente les ha de servir de alimento. Bien sè, que ellas me han de servir de tumulo oloroso, y esta obscura habitacion de funebre sepulcro; mas lo que os puedo assegurar, lo que tambien sè, es, que os ha de salir cara mi muerte, y que muchas vuestras han de ser el precio de la mia. Estas razones acabò de proferir à tiempo, que le pudo responder Jacinto las siguientes. Diverso Hipolito amigo, el sucesso, q beis esperar de la imagin que teneis; yà veo, que os pre muerto, y no rendido, y adv que os juzgais cercado de migos, mas ni lo uno, ni lo o cierto, antes bien contraria l tuna, pues desde aora podre menzar à vivir alegre, y s de que todos son vuestros gos, quantos han llegado à c ros tan grande desassosiego fuy quien tracè, que por la boca de la cueva acudiessen nos, porque el peligro no os gasse à ausentaros por ella, co se hiciesse el trabajo de bus mayor, y la desdicha de dexa lo, mas fuerte. Sossegò en par alterado animo Hipolito co da la voz de su amigo; saliò à tificarse de la verdad del su y hallò buen numero de sold con bizarras galas, y Españo ge. Estaba entre ellos Don aquel Cavallero, que en A fue compañero de Don Al hermano de Hipolito. Lle noble mancebo à darle los br aviendole conocido por las que Jacinto le avia dado en l tancia que avia desde el pu hasta la cueva. Hipolito se i mò de quien era, y comen corresponder à su afecto con tas demonstraciones de ale que pudieron igualar à la gra za del beneficio que avia de bir. Llamò à Doña Marcela.

tuviesse parte en esta dicha,) la avia tenido con los paſ- ;temores ; y por decirles Don , que convenia bolver à la , todos juntos ſe apartaron de l natural , aſpero , y ſolo edi- . Llegaron con brevedad al to , que nunca conociò la di- cia à la tardanza , y poco à ſe fueron embarcando en fragata de la Religion de :a , la qual venia à cargo del no Don Juan, por ſer perſona en todas las ocaſiones avia rado ſu heredado valor, y no- ngre.

n eſta felicidad comenzaron egar , haſta que la luz de el , los hizo à todos conocerſe diſtintamente. Aumenta- : las dichas de Doña Marce- endo à ſu hermana Doña Vi- , quando menos lo eſperaba. iò con eſto el regocijo de lito , al paſſo que antes avia lo ſu cautiverio. No fue infe- :l que todos recibieron, quan- Don Juan , moſtrando el alc- le ſu pecho en todas las ac- s que hacia, manifeſtò que la , era aver hallado à Don Ja- , con quien no tenia menos ιteſco, que ſer hijos de un miſ adre. Admiròſe Hipolito de o , y ſi bien ſiempre avia he- ièl juſta eſtimacion, por el va ue avia tenido en tanta deſ- ι , comenzò à moſtrarſele , y nicarle mas familiarmente. ba Doña Marcela (nunca olvidan el ſer curioſas las muge- res) ſaber el modo que avia tenido ſu hermana de llegar à quel lu- gar , à tiempo que ella la lloraba cautiva ; rogò à Don Juan que ſe le refirieſſe, y ſin deſiſtirſe del cui- dado de la navegacion, el noble Cavallero ſe diſpuſo à cumplir ſu obligacion , y obedecer à ſus rue- gos. Puſieronſe Hipolito , y to- dos los demàs en parte adonde pudieſſen oirle ellos , ſin eſcuſar que Rezuan eſtuvieſſe preſente; el qual tambien ſe avia embarca- do en la fragata. Viſta por el no- ble Don Juan ſu prevencion, em- pezò à ſatisfacer ſu deſeo , dicien- do de eſta manera:

Deſpues que me apartè de Hi- polito, por los ſuceſſos que en Al- cala hicieron prodigioſa ſu fortu- na , lleguè , en compañia de Don Alonſo ſu hermano , y mi amigo, à Barcelona. Eſtuvimos en aquella Ciudad algunos dias , donde Don Alonſo comenzò ciertas correſ- pondencias. Determinè yo no de- xar paſſar el tiempo de mi juven- tud , ſin algun exercicio , porque es muy vil la pereza de un hom- bre bien nacido , quando le detie- ne para que no intente coſas gran- des, y procure llegar à ſer tan bue- no con ſus obras , como lo ha ſi- do por ſu ſangre. Eſcriviame Don Jacinto mi hermano deſde Se- govia , y con guſto ſuyo , y de mis padres, que deſde Madrid me ayu- daban con cartas à que proſiguieſ- ſe eſte intento, me parti à Malta; de

deseoso de hallarme en ocasiones en que emplear mi aliento, y fuerzas, y merecer con las armas el blanco adorno de una Cruz, que me ilustrasse los pechos. He estado en ella desde entonces, bien sè que con gran vigilancia, y cuidado de mi parte, aunque no sabrè decir si con satisfacion de mis mayores, y superiores, porque à un Soldado, ò le han de alabar los enemigos, ò sus mismas hazañas, si procura que no sea la alabanza sospechosa. Ultimamente, por venir con brevedad à lo que mas importa, digo: Que avrà catorce dias que la Religion me hizo llamar, y con el secreto que acostumbra, me encomendò el empeño de un grave peligro, y el efecto de un importante negocio. Como quien viene à merecer no tiene otro gusto, que ocuparse en emprehender grandes dificultades, ò yà porque sea mayor la gloria, ò yà por llevar, quando el sucesso es contrario, en la misma dificultad la disculpa, admitì la empressa con alegria, y agradecia, que entre tantos como lo deseaban, se huviesse tenido memoria de mi persona. Cogì luego esta fragata, y en ella los amigos que veis, en cuya compañia lleguè con felicidad à una poblaciō, llamada Potu, que està en la Provincia Benica, que es una parte de *la Grecia*. Si el secreto me diera *licencia* para que os contàra los *peligros* en que nos vimos, el cuidado que nos costò, y los sucessos que tuvimos, hasta conseguir lo que deseabamos, no dudo que os dexàra mi relacion alegres, y que yo os llevàra largo rato divertidos; mas supuesto que no se me permite, lo encomendarè al silencio, por decir, que despues de aver cumplido con lo que se me avia encargado, nos bolvimos à embarcar para bolver à Malta. Dexamos à la mano izquierda à Constantinopla, y à la vista de los Dardanelos (fuertes que guardan todo el canal) passamos junto à Lembro, Isla despoblada. De alli por el mar Egeo venimos à Metelin. Luego por el Archipielago, à Cabeblanco, y Samo. Alegres con la felicidad del sucesso, llegamos ayer al fin del dia à la vista de Maqueria, ò Nicaria, que es la Isla en que tuve la dicha de hallaros. Descubrimos junto à ella un vergantin, que luego se conociò ser de enemigos. Esperamos à que cayesse un poco mas la noche, para passar sin temer con el encuentro, y apartarnos àzia Andri, que es la otra Isla que està enfrente. No escusabamos este lance, porque temiessemos llegar con los contrarios à las manos, sino por no poner à peligro la importancia de nuestra pres[illegible] Diò el vergantin algunas [illegible]madas con animo (à nuestro parecer) de que entendiessemos que no estaba solo, y con esta presuncion nos desviamos mas [illegible]

P

san algunos que es cobardia
e suele ser prudencia, y siem-
rzga assi quien es vil en el
o. Digo esto, porque cobra-
os del vergantin esfuerzo,
lo que nos apartabamos, y se
ron à nosotros con animo de
lernos. Fue el sucesso bien
ario de lo que ellos pensa-
, y bien parecido al que tie-
quantos juzgan ignorante
e del valor de sus contra-
pues desengañados de que
s avia desviado el temor, si-
cordura, à rigor de nuestras
s, se vieron ir irremediable-
e apique.
tre las voces que su desdicha
acia dàr (que pocas veces
abajos son mudos) oìmos las
na muger, que por serlo, y
favor à Dios en lengua co-
la, nos moviò à piedad, y à
de darla algun socorro. Lle-
s cerca de donde los demàs
ban entre las manos de la
te, y ella lastimosamente la
aba por puntos. Echamosla
uerda, y prevenimosla de
asiesse de ella. O temor à lo
obligas! O muerte lo que
s! O què insufrible desdi-
s esperarte! Y quan feo es el
to con que llegas! Digolo, por
apretò la cuerda tan fuerte-
e, que despues de averla re-
o arriba, y aver perdido el
o q̃ antes le amenazaba, aùn
podian abrir las manos,
ue dexasse el instrumento
de su remedio. En este punto es-
tabamos, quando oìmos, que des-
de la Isla nos decian, que llegasse-
mos cerca. Admirònos esta nove-
dad, assi por estrañar la lengua, co-
mo por oìr que estaba gente en lu-
gar que siempre avia sido tenido
por inhabitable. Bolvieron à con-
tinuar las voces, y aunque en len-
gua Arabiga, atendimos à que
eran estas las palabras: Rezuan,
vuestro señor soy, amigo, què du-
dais? Llegad, que pues estoy solo,
sin peligro podreis venir à reco-
germe. Viendo, que aquel Moro
decia que estaba solo, me deter-
minè à cogerle, y informarme, si
andaban por alli otros, de quien
importasse guardarme, Llamè à
algunos de los que tambien lo de-
seaban, y dexando à los demàs
prevenidos de que si huviesse al-
guna novedad avisassen, salta-
mos en la Isla contentos. Rezuan
pensando que eran los suyos, se
nos entregò sin defensa. Pensò lo
mismo Don Jacinto, hasta que
por el modo de comunicarnos,
reconociò que no era tan grande
su desdicha, como avia imagina-
do. Preguntèle su patria, su esta-
do, y nombre, por los quales vine
en conocimiento de que tenia el
premio de mi passada piedad, en
aver sido èl medio de la libertad
de mi querido hermano. Mani-
festèle luego quien avia llegado à
favorecerle (que defrauda mu-
chos gustos, quien dilata las nue-
vas del bien) y pagandome en

abrazos la deuda, que yo cobraba en la suya, y mi alegria, me refiriò que os dexaba en la passada soledad. Por las señas conocì vuestra persona, ò amigo Hipolito, y le roguè que nos guiasse al lugar en q pudiesse veros. El contento con que D. Jacinto cumpliò mi ruego; lo demàs que despues sucediò, no se os oculta, por aver estado à todo presente hasta este punto, en que se ha acrecentado mi regocijo, sabiendo que la noble dama que libramos de las furiosas olas, es hermana de la que traeis en vuestra compañia, y cosa en que todos aveis confessado tener tanto consuelo.

Aqui acabò Don Juan su relacion, para que las dos hermosas damas continuassen los abrazos que la atencion avia dividido en los passados sucessos. Doña Vitoria dixo, como despues de averla cogido en el vergantin trataron los Turcos que iban en èl de seguir al navio donde ellas, y Don Gregorio avian padecido aquel penoso naufragio, mas que no le avian podido alcanzar, por cuya causa se avian buelto donde Rezuan su señor les esperaba, para que sucediesse lo demàs que Don Juan avia referido.

Yà avian passado las Islas de Nixia, Fermenta, y Zicerigo, y dexando à mano derecha à Sapiencia, y *Prodeno*, entraron en el mar Africano, quando pidiò Don Juan à su hermano, que contasse la causa que le avia traido à lugar tan [e]straño, pues solos sus acciden[tes] avian quedado ocultos. Previ[nie]ronse del deseo de oirle, y ocu[pan]do Doña Marcela, y Vitori[a los] mas cercanos assientos, el n[oble] mozo, prometiendo verdad, y [bre]vedad (partes que suelen hac[er] las narraciones gustosas) diò p[rin]cipio à su discurso, diciendo.

Yà tiene Hipolito noticia de [mi] patria, y padres; assi por ave[r] dado yo en el tiempo que la [sole]dad de aquellas Islas nos diò prolixa ocasion, como por ave[r co]nocido que soy hermano de [Don] Juan, cuya nobleza le hizo am[igo] y compañero del suyo, qu[e la] igualdad siempre ha sido ter[cera] de la amistad. Atento à esto, d[exa]rè de decir algunos encarecim[ien]tos (que con toda satisfacion [pu]diera) de mi sangre, y passa[rè à] de mi fortuna. Siempre à los [po]cos años se junta la impruden[cia], como à la vejèz la cordura, de [don]de nacen tan diversos deseos [co]mo se experimentan cada dia [no] solo en distintos sujetos, sin[o en] uno mismo en tan distintas [eda]des. He dicho esto, porque mi [no]ble padre (cuyo nombre es [Flo]rencio) en su juventud fue d[e los] destraidos de su patria, y en [ma]yor edad, de los virtuosos de la [cor]te. Queria, desengañado de los [pe]ligros, à q anda expuesta una [mo]cedad imprudente, que nos [e]comenzassemos por donde èl [aca]baba, sin acordarsele de sus

os,y de que aviendo un hom-
de tener las dos edades, juve-
y decrepita, es menos incon-
iente ser mozo en las costum-
,quando mozo en la edad,que
ue se truequen los tiempos; y
do viejo en la mocedad, sea
o en la senectud. Apretaba-
tanto, por aver conocido en
mal natural, que pareci mas
enemigo, que mi padre; y la
lad es, que à quien èl queria
era à mis perversas inclina-
es; no digo à mis viles, por-
en esta parte me importò mu
el ser bien nacido. Castigaba-
aspera, y continuamente, y
que el castigo suele ser à los
importante, quando excede
imites de la prudencia, es tan
como el descuido; pues lle-
lo los muchachos à acostum-
se à èl, pierden la verguenza,
temor,con que ni se enmien-
,ni les sirve mas que de endu-
rse, ò ausentarse. Iba yo cre-
do con mis passadas costum-
, y con disgusto de mi padre,
veia doblarsele con mi edad
enas,y los cuidados. Yà en es-
empo cessaron los castigos, y
enzò otro genero de aspere-
as cruel, que era no querer
arme, negarme el adorno de-
e à hijo suyo;y lo que en esto
geaba era,que viendome mal
ido,y que no podia andar con
iguales, me acompañaba de
s muchos peores que yo, con
se iban poniendo en peor es-
tado su desconsuelo, y mis vicios.
Viendo, pues, este rigor para con-
migo,y cõsiderando,que de aque-
lla suerte me perdia,bolvì, aunque
muchacho, à considerar mis da-
ños, y determinè mudar de tierra;
cansado de vèr siempre el rostro
de mi padre tan desapacible; co-
gì algunos dineros para el camino;
vestime razonablemente, y sin
dàr à nadie quenta, tomè el via-
ge de Segovia, aunque en tan me-
nudas circunstancias os aya gasta-
do el tiempo, me pareciò no ca-
llarlas; assi porque veais la mode-
racion con que se deben castigar
los hijos, y lo poco que se reme-
dia, quando el rigor es desigual à
lo culpa; pues antes sirve de irri-
tarlos à cosas peores, como porque
tengan disculpa mis yerros en la
temeridad de su condicion. Mos-
traron todos los presentes gusto de
aver oìdo los passados consejos;
y èl, prometiendo en lo demàs
brevedad, prosiguiò. Passè la ne-
vada cumbre, que divide las dos
Castillas, lleguè à la antigua Ciu-
dad, à quien entre otras grande-
zas ha hecho cèlebre el edificio de
su puente, y dentro de quatro dias
tratè de servir, por no divertirme
mas,y por ocupar el tiempo. Aco-
modème en casa de un Cavalle-
ro principal (llamado Don Pedro)
que segun Hipolito despues me
refiriò, y yo advertì, por parecer-
me, que le avia conocido alli, es
el padre de Doña Clara, su pri-
mer malogrado amor, y de D. Ge-

 ro

ronimo, à quien despues de averle llorado muerto restituyò à su casa. Contò aqui Hipolito este sucesso, como en el quarto discurso queda referido, y causando la misma admiracion que entonces, bolviò à dàr lugar para que continuasse sus accidentes Don Jacinto.

A otro dia se sintiò mi ausencia, y dentro de pocos adonde estaba acomodado, ò yà por las diligencias, que para buscarme se hicieron, ò yà porque alguno me conociò, y diò à mi padre noticia. Holgòse de esto en estremo, pareciendole, que assi estimaria el regalo que tenia en Madrid, y reconoceria la verdad de sus consejos. Escriviò de secreto à Don Pedro, diciendole quien era, y la causa que le obligaba à dexarme en el numero de su familia, confiado en que cuidaria de mi desde entonces con mayor atencion. Hizolo assi el noble Don Pedro; y sin que yo supiesse por donde me avia venido el credito, comencè à ser tratado con tan piadoso termino, y à ser estimado de los demàs criados, de suerte, que quanto yo disponia, se executaba sin dilacion alguna. Llegò à saber mi ilustre nacimiento Doña Antonia, que como queda referido, era hermana del gallardo Don Geronymo; y despues de averse puesto fin al llanto, y lutos de la mal lograda hermosura de Doña Clara, comenzò à mostrarse inclinada à mis prendas. Yo, en quien co[...] cuerpo, y con los años avia cr[...] do el aliento, leyendo en sus [...] mi dicha, q̃ en la escuela de a[...] el mirar apacible son las prim[...] letras de su ciencia, me dispu[...] corresponderla. A el amor [...] crece demasiado sin tiempo, l[...] cede lo mismo que à los niño[...] quien se anticipa en tierna ed[...] razon; y es, que teniendo la v[...] en la puericia, raràs veces ll[...] à la juventud. Digo esto por [...] muchos, à quien por aver com[...] zado desde luego à ser grand[...] visto acabar muy presto, y p[...] mio, (que al contrario) com[...] menzò poco à poco, ha perm[...] cido firme, y estarà fuerte m[...] tras me durare la vida. En el ti[...] po que Don Juan mi herman[...] taba en Alcalà, y despues se [...] tiò à Barcelona, le escrivia yo [...] chas cartas, parte encareci[...] mi alegria, y parte deseando [...] de la salud de mis padres, à q[...] porque no me estorvassen el [...] to de vèr, y comunicar à D[...] Antonia, no daba noticia d[...] persona. Durò nuestra corres[...] dencia algunos dias, mas c[...] las desdichas estàn azechan[...] la felicidad para destruirla, y [...] con tanta mas puntualidad, q[...] to el estado es mas gustoso br[...] mente hicimos experiencia d[...] rigor, y su malicia. El caso fue [...] otro Cavallero amigo de Don [Ge]ronymo (que esto adquiere hombre, que no mira de los

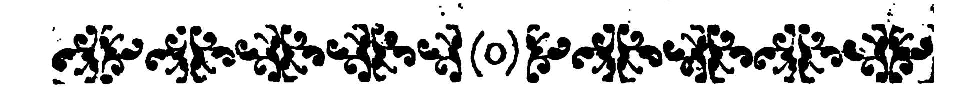
que se acompaña)por aver en-
o con èl en su casa muchas ve-
, se enamorò de su hermana.
se avia escusado de corres-
derle primero, por ser hom-
desigual à sus prendas, y des-
por aver empleado su volun-
en las mias. Viendo este vil hi-
;o la dureza de Doña Anto-
, tomò el mas estraño, y mas
o camino de enamorarla, que
ìs ha llegado à mi noticia, y
amenazarla unas veces, y
s injuriarla cō palabras. Quan-
lego à pensar esta ignorancia,
cura, pierdo juntamente el
io, y la paciencia; porque
connexion tienen las injurias
la voluntad? O què afinidad
amenazas con el amor? No
ban en esto solo los desatinos
ste hombre, sino que contaba,
Doña Antonia le admitia, y
ababa de cosas, que no solo no
verdaderas, pero aun de las
yo sabia ser falsas. O lengua
ratamente vil! O condicion,
ualquiera que te halles, infa-
Si lo que no haces publicas,
o ocultaràs lo que consigues?
no honraràs à quien tal vez
da su honor por tu gusto, y
eña su honestidad por cum-
tu lascivo deseo? Andaba este
bre con estas cosas insufri-
y la misera dama deshonrada.
ando, pues, adelante en su des-
;uenza, un dia, en que yo la iba
mpañando, y ella à su madre,
à decir tales razones, que à
las nobles señoras cubriò el ros-
tro de verguenza; y à mi, y à otro
criado que se hallò presente, nos
obligò à responderle en el mismo
lenguaje, y con sus mismos termi-
nos. No traìa yo entonces espada,
porque se lo avia encargado mi
padre à Don Pedro mi dueño, de-
seoso de que de todas maneras es-
tuviesse con quietud, como si el
demasiado encogimiento no hu-
viesse engendrado mil veces à la
cobardia, y como si esta no de-
biesse estàr tan agena de un ani-
mo noble, como la temeridad de
un pecho religioso. Yendo, por es-
tas prevenciones de mi padre, sin
espada, puede temer la del contra-
rio, que desnuda nos venia ame-
nazando. Poco importàra su re-
solucion, porque mi amigo tam-
bien la llevaba, si con brevedad no
llegàran otros suyos, que desde le-
xos le venian siguiendo; mas co-
mo de nuestra parte estaba la ra-
zon, y de la mia el amor de Doña
Antonia, viendo herido al que es-
taba à mi lado, le quitè la espada
para que se fuesse, y peleè tan va-
lientemente con ellos, que de tres
que eran, el principal agressor
quedò muerto, y los demàs se au-
sentaron heridos, y yo à una Igle-
sia temeroso.

Estuve alli oculto quatro dias,
adonde Doña Antonia me escri-
viò declaradamente lo que me es-
timaba, y que tuviesse por cierto,
que aunque me huviesse de ausē-
tar, por la muerte que aquel necio

tenia tan bien merecida, siempre estaria presente en su memoria. Respondile con mil agradecimientos, y una noche me salì de la Ciudad, con animo de llegar à Barcelona, donde Don Juan estaba. Busquèle en ella, y dixeronme que se avia partido à Malta. Quise seguir su fortuna, y embarquème en un navio, que hacia su viage à Sicilia. Desde alli partì en una fragata, para llegar à aquella inexpugnable Isla. Mas enmedio del camino fue impedido nuestro viage, ò por mejor decir, dilatado contra nuestro gusto, pues à mi, y los demàs que se hallaron conmigo, nos llevaron à Constantinopla. Alli estuve largo tiempo (nunca en la esclavitud parece breve) hasta que una noche impensadamente (siempre suele llegar de esta suerte la fortuna, ò porque parezcan mayores sus bienes, ò porque la brevedad de su mudanza nos acredite la liviandad de su condicion) encontrè à Hipolito, que sin conocerme, informado de que era esclavo, me combidò con la libertad. Quien ay, que no la desee, siendo tan natural, y tan conforme à nuestra naturaleza? Seguile, y llegamos despues de varios lances à aquella Isla, donde la malicia del Patron (segun yo puedo inferir por algunas cosas que vì) nos dexò en tan grave peligro, *Estos son los* medios de aver llegado à este pũto, para que yo quede Hipolito deudor, y à mi hermano agradecido; y para que à la alegria de mi buen sucesso junte, si el Cielo me dexa llegar à España, el contento de vèr à Doña Antonia; y saber si ha cumplido lo que me prometiò, pagando igualmente el afecto, que en mi ha permanecido constante.

Acabò de esta suerte su discurso Don Jacinto, y comenzaron los demàs à agradecerle el castigo que avia dado à aquel deslumbrado necio, que en favor de las mugeres, y de su honor, qualquier hombre bien nacido se apassiona justamente. Yà en esto avian dexado à mano derecha à Sicilia, y escusando el passar por el Faro de Mecina, por no parecerles tan apropósito, llegaron à vista del cabo de Passera, y luego con brevedad à Malta. Don Juan fue recibido de los superiores con mucho gusto; y aunque no se supo lo que avia hecho, por convenir el secreto, se presumiò, que fue accion heroyca, pues en premiò de ella le diò luego la Religion el Hávito. Fue necessario, que se detuviessen alli por esta causa algunos dias, si bien como à Hipolito le llevaba cuydadoso del sucesso de Aminta, y à los demàs sus particulares interesses, lo mas presto que fue possible, dexando à Don Juan tan noblemente premiado, se partieron à España. En los ratos que avian tenido de conversacion, viendo Hipolito à Don Juan mo

inclinado à nuestra Religion, comenzò à exortarle en ella. El discreto Moro, convencido de Hipolito, se determinò de dexar su buena Ley, y bolver à Constantinopla, y traer su hacienda à España, ó por tener que repartir en obras de piedad. Diòle Hipolito señas del lugar donde en Madrid podria hallarle; y quando tuvieron comodidad, el reducido Moro se partiò à efectuar su intento, y Don Juacinto, Doña Vitoria, y su hermana, en compañia de nuestro Heroe, con animo de llegar à Barcelona. Tuvieron en esta navegacion una tormenta, que les obligò à echar en la mar la ropa, de que Don Juan les avia prevenido. Y finalmente, llegaron al puerto de la referida Ciudad con miseria, por la passada desdicha, y con esperanza de que en el fin de tantos males tendria principio su felicidad, y fin sus desdichas.



HISTORIA DE HIPOLITO, Y AMINTA.

DISCURSO OCTAVO.

Terrible monstruo es un avariento. Yo à lo menos mas fiàra de las entrañas de una fiera, que del corazon de un avaro; porque aquellas la necessidad de alimento, les obliga à ser crueles, y satisfechas descansan; mas en este no se aplaca la hambre de riquezas; y assi nunca llega el dia en que se sossiegue su deseo. Seneca dice estas palabras: Ninguno de nosotros es el mismo oy, que fue ayer (esto se debe entender de la edad,) *Todo quanto vemos corre con el tiempo*; solo no sucedè esto al avaro, cuya sed es tan permanente, como si los bienes temporales huvieran de durar siempre, ò su possession huviera de ser eterna. Tulio siente mucho, y se lastima, no solo de los avarientos, pero aun de sus mismas riquezas, quando despues de aver venido à poder de un avaro, dice: Quan odiosa, quan aborrecible cosa es vèr à una casa, y oir à los que passan. O infeliz habitacion, quan diferente dueño te possee! Quan diverso el correspondencia de Di

misera la cortedad del presente? Desdichado de ti, dixe en las Paradoxas, que no solamente eres atormentado del cuydado de adquirir, sino del miedo de perder. Aunque yà no sè como puede perder un avaro, si en sentencia de Quintiliano tanto le falta lo que tiene, como lo que no tiene. Didimo escriviendo à Alexandro, dice de esta manera. Tanto posseemos, quanto no deseamos, porque es una tan fiera enfermedad la avaricia, que à los que enferman della los hace necessitados, nunca halla el fin de adquirir. Quando mas poderosa, es mendiga, y à los que la pobreza hace libres, pone ella en el infelìz estado de esclavos. Epicuro, Filosofo antiguo, referido de Vincencio, dice à este proposito con singular agudeza. Si à alguno no le parece bastante la riqueza que tiene, aun siendo señor del mundo, ha de ser miserable, porque siendo señor de èl, aun no estarà contento. Si quieres, pues, vivir alegre, conforme à la naturaleza tuya, ò à la necessidad de tu estado, no à la opinion agena, y advierte, que allegar muchas riquezas, no es tener fin en la miseria, sin mudarla: esto es, mudar la miseria de pobre, en la necessidad de avariento.

He referido esta variedad de sentencias, ò yà para afear este vicio, ò yà para prevenir lo que en *Barcelona* sucediò à Hipolito, y gado à este pũto, para que comm... ñero. Dexamos dicho, que llegaron al puerto, si bien con necessidad, con esperanza de hallar en la Ciudad algunos que se la socorriessen, ò por el credito de sus personas, ò por el conocimiento de los padres de Don Jacinto. Tomaron una posada, donde Doña Vitoria, y Marcela descansassen, y se reformassen del cansancio de la navegacion. Dexaronlas en ella, por salir cada uno de su parte à buscar quien les diesse algun dinero con que llegar decentemente à Madrid: Llegò Don Jacinto en casa de un Mercader, amigo de su padre; mas como muchos de estos no tienen mas amistad que con el oro, ni mas correspondencia que con el interès (vil costumbre de avarientos) negò juntamente el conocimiento, y las obligaciones que tenia de favorecerle. Hipolito à este tiempo andaba haciendo las mismas diligencias, pero como el trage desacreditaba à su persona; por averse deslucido en tan largo cautiverio, y tan dilatado viage, ni el llegar le servia mas que de avergonzarse, ni la verguenza mas de hacer que se le doblassen las penas. A un mismo punto salieron entrambos, à un mismo tiempo una misma pena padecian, y à una misma hora bolvieron con igual afrenta, y desigual esperanza que avian salido. No se preguntaron el uno al otro la causa de la tristeza con que venian, porque cada uno conocia por los efectos de...

Ve

tos las festejan corresponden, y à quantos las hablan admiten. Parecióle, que le escuchaban cō gusto, y assi comenzò à dilatarse mas de lo que el lugar permitia, diciendo de esta suerte.

Salimos à la campaña mi contrario Don Gaspar (assi se llamaba este Cavallero) y yo. Aviendole provocado à salir, tuvo ocasion de decirme: Señor Don Alonso, yo no escuso llegar à medir mi espada con ninguno, como yà aveis oìdo decir en otras ocasiones; mas siempre procuro saber la causa, porque llegamos à semejante punto, culpando la condicion de muchos, que sin saber por què, facilmente se aventuran. Yo, que reparè en las razones de mi contrario, y vì en ellas su cordura, y la grandeza de su animo, pues estando con un hombre de mi opinion en el campo, hablaba tan ageno de sobresaltarse, ni hacer mudanza en el rostro, me detuve un poco, me sosseguè, y le dixe: Lo que me ha obligado à sacaros à este puesto, es querer tratar sin testigos de un negocio, en que no sè si hemos de tener conveniencia. Yà sabeis, que yo he servido por distancia de un año à Doña Eugenia (heme atrevido à decir que este era el nombre de mi dama, porque aqui no ay quien la conozca, y porque ella no merece mas) los favores que en todo este tiempo he recibido, contàra si tuviera yo menos obligaciones: mas un hombre bien nacido, no ha de sacar en publico lo que el amor le ha grangeado en secreto. Antes (respondiò Don Gaspar) decis mas de esta suerte, porque quien habla con razones dudosas, dice quanto el que las oye puede, ò quiere imaginar. Yo os confiesso, que es justo ocultar los favores que un hombre recibe; mas en llegando à tan apretado lance, referirlos à quien los ha de saber callar, no es descubrirlos, sino traer testigos por su parte, de la razon que ha tenido para intentar venir à este puesto. Por esta causa yo quiero manifestaros los que he recibido de la misma que decis, que os los hace, y quan justificada tengo mi determinacion. Sacò entonces algunos papeles, y entre ellos los mismos que yo la embiaba, leyòmelos, y quedè lleno de admiracion, viendo que Don Gaspar tenia razon de proseguir. No fue menor la confusion que èl tuvo, quando yo le enseñè otros, que ella me avia embiado, y conociò ser los mismos, que èl la escrivia. De suerte, que no hacia mas de recibir del uno, y otro requiebros, y luego trocarlos, embiandome à mi los que Don Gaspar la daba, y dandole à èl los que yo la remitia. Celebramos con mucha risa la traza, y en lugar de reñir, quedamos grandes amigos, y trazamos de vernos en aquella soledad muchas veces, para conferir los suces-

e al uno, y otro nos acontecian con ella, que por averse convertido nuestro amor en este desengaño en gusto de burlar de su condicion, fueron algunos ridiculos. Una de las tardes que teniamos este entretenimiento, vimos entrar en la Ciudad dos hombres, q̃ acompañaban à la señora Aminta, y Lidora. Reparò en el uno de ellos Don Gaspar, y dixome: Amigo, cuidad de corresponder à quiẽ sois, mientras yo trato de dàr la muerte à Fulgencio mi enemigo. Entendierades mejor el caso, si yo tuviera lugar para referiros, que este Fulgencio por la muerte de una hermana suya, avia quitado la vida à cierto Don Luis, que era primo de Don Gaspar. Hipolito le dixo, que prosiguiesse, satisfecho de que à ninguno de los que estaban alli era oculto el sucesso, por aversèles el referido del modo que nosotros hicimos memoria dèl en el primer discurso. Holgòse Don Alonso de que tuviessen esta noticia, por no detenerse, y proseguir, diciendo: Metiò mano Don Gaspar à su azero, y viendole venir àzia sì, hizo Fulgencio lo mismo: yo os asseguro, que tan valiente resolucion como los dos tuvieròn, me pudiera dexar embidioso à no aver menester el cuidado para librarme de Don Antonio, que en defensa de su amigo, y mi ofensa, ligero, y prevenido se dispuso. Llegò la Justicia, y como no tenia noticia del lugar para guardarse, quedò [illegible] expuesto à su rigor, y preso en carcel publica. Fulgencio, y D Gaspar, renovado el passado ab[illegible] recimiento, se salieron à la ca[illegible] paña con sus parientes, y amig[illegible] Y yo, à quien una pequeña he[illegible] da, que de Don Antonio recibì [illegible] ve algunos dias en la cama, me [illegible] vantè con animo de tomar sa[illegible] facion. Dixeronme donde esta[illegible] y llegò mi resolucion à tan fue[illegible] termino, que entrè en la mis[illegible] carcel à executar la vengan[illegible] Hallèle defendido de la her[illegible] sura de su hermana, y donayre[illegible] Aminta: quien se avia de atre[illegible] à èl con tal defensa? Conocil[illegible] instante, y viendo que era à qu[illegible] mi hermano avia llorado tan[illegible] veces muerta, ò por lo menos [illegible] sente, no se puede imaginar el [illegible] zo que bañò mis entrañas. Di[illegible] la quien era; negociè la liber[illegible] de Don Antonio, y todos se [illegible] pusieron à estàr en mi compañ[illegible] diciendo, que yà no tenian que [illegible] mer, pues en ausencia vuestra (Hipolito!) me tenian à mi por [illegible] paro. Bien echaba yo de vèr, q[illegible] faltas en el amante no las pue[illegible] nadie suplir, respecto del que [illegible] veras ama, pues muchas veces l[illegible] llaba à Aminta triste, y lloro[illegible] Consultè su parecer acerca [illegible] lugar donde queria que la llev[illegible] se; y despues de algunos dia[illegible] resolviò en ir à Madrid, porq[illegible] alli, como patria comun, pode[illegible] mos tener mas faciles oper[illegible]

ſtrà perſona. Puſimoslo en to, y por no dexar ſu communi- on Lidora, y D. Antonio, de- on lo miſmo. Todos juntos hi- os haſta aqui nueſtro viage, ı que à las dichas de averlos ido en eſto, junte el contento ıveros viſto (ò noble hermano !) y el que vos teneis, aviendo ado el cumplimiento de vueſ- juſto deſeo.

iolvieron à continuar los para- ıes; hablaronſe Aminta, Vito. y Marcela; celebraron à la her- ſa Lidora; y ella pagò en agra- imiento ſus favores. Tal era Jacinto el afecto con que eſti- ɔa à Don Alonſo, que èl ſe diò bien correſpondido de ſu ɔr, y del que ſe debia por her- ıo de ſu amigo Don Juan.

ᵓocas veces ſiente la alegria à la ɔcidad del tiempo, haſta que te ſu falta; y aſsi la que todos an no advirtiò, que ſe les ha- tarde, haſta que en la auſencia Sol vieron; que ya no era poſ- : paſſar adelante, ſin muy gran- peligro, principalmente deſ- s que ſe avian ſalido à la mon- a, de la una parte Don Gaſpar, e la otra Fulgencio, con los igos que avian podido, y mu- s facinerofos, que cadia ſe :aban à ſus parcialidades; los les, ſiendo neceſſario el buſ- la comida, ò la quitaban à los adores de la comarca, ò à los ágeros del camino. Por eſta ; determinaron quedarſe en la miſma Venta; mas como ſiem- pre ſuceden peſares grandes à grandes alegrias, à la que haſta entonces avian tenido, no fue inferior el preſente peligro, y el futuro deſconſuelo.

En el quinto diſcurſo dexamos advertido, que Don Enrique me- jorò de las heridas, que en caſtigo de ſu infame reſolucion avia reci- bido à las manos, antes piadoſas, y entonces juſtas de Aminta; pues la moviò à tan apretado empeño el temor de perder violentamen- te ſu honor. Eſto prevenido, no ferà dificultoſo ſaber, que deſpues de aver eſtado el miſmo Don En- rique algunos meſes en la Corte, con las propiedades que ſuele en- gendrar el ocio en la juventud po- deroſa, regalada, y libre, que muy ordinariamente ſon, ò diſtraccio- nes por la parte que el apetito ſe inclina à las ocupaciones vene- reas, ò por la que malos amigos, cuidando mas de ſu proprio inte- rès, que de los aumentos agenos, hacen perder ſangrientamente el tiempo, tratando de obedecer me- jor las leyes del duelo, que los Man damientos del Cielo, ſe partiò à Barcelona, ò yà con intento de bolver à ſu Patria, ò yà con cui- dado de ſalir de Lugar, adonde dexaba hechas tantas coſas injuſ- tas.

Notablemente ſe debe conſi- derar una coſa, que por comun ra- ras veces ſe advierte, y es ver quan facilmente ſe hallan, ſe juntan, y une

unen con lazo de amistad estrecha, los que tienen una misma inclinacion; de donde infiero, que para averiguar las costumbres de algunos, ni ay mas segura, ni mas cierta informacion, que saber las que tiene quien professa su amistad. Què presto se conforman los maldiciẽtes para murmurar! Què presto se hallan los tahures para el juego! Què dispuestos los crueles para la venganza! Y què faciles unos, y otros, para seguir los vicios à que su inclinacion les solicita! De todo esto haremos en Don Enrique experiencia, si atendieremos, à que pocos dias que entrò en Barcelona, travò familiar correspondencia con Don Gaspar, que como diximos era el enemigo de Fulgencio. Viendo, que por la causa referida se avia salido à formar aquella vil esquadra, con animo de ofender à su contrario, determinò salir en su compañia, para que no dividiessen los vandos à los que avia unido la paz, si es que la puede tener, quien entre los vicios se hace enemigo de sì mismo. Todos los demàs que siguieron à Don Gaspar, obedecian en su ausencia al injusto Don Enrique, con que sus maldades se ausentaban, y èl se mostraba mas poderoso, que al que es tan declaradamente malo, las fuerzas le sirven de que no llegue maldad à la imaginacion, que no la executen las manos.

No obstante que la amistad, que Don Alonso tenia cõn I Gaspar, avia hecho que Don rique le conociesse, y algunas ces se comunicassen, nunca sido familiarmente, antes te una adversion, tan natural, qu quantas cosas se ofrecian, se n traban opuestos, y aun tal avian llegado à reducir à las o el conocimiento de sus contr voluntades. Previne, que esta mistad entre ellos era natural, que nunca avia sabido Don A so, que este avia causado los gustos, y en cierto modo las dichas de Hipolito, con qu pudiera vèr obligado à desear justo titulo sus daños, ni Don rique avia sabido, que Don A so tenia tan cercano parent con su mayor enemigo.

No ay mas segura lisonja los que tienen mala intenc que avisarlos de el modo que dràn executar su deseo, y assi de los que andaban en la parc dad de Don Gaspar, se llegò a lla tarde à Don Enrique, y l xo como avia encontrado à Alonso, en compañia de dos geres de estremada hermosu los quales no avia llegado, po nir à darle nueva del caso, y que si se queria vengar seri cil, por averse recogido en a lla Venta.

Agradeciòle Don Enriqu aviso; pagòsele con algunos c dos, y suspendiòse un rato par terminar lo que le pareciess

ōpofito. Impedia à fu refolu-
n el penfar , que Don Gafpar
a de fentir mal de efta accion
fer Don Alonfo fu amigo;
s como en los malos tiene tan-
fuerza la malicia ; oyendo la
mofura que las mugeres te-
n en boca de aquel hombre , à
en fin artificio de razones fo-
ba infame eloquencia para per-
dirle , fe refolviò à quitarfelas
tan vivo defeo , que le pefaba
averlo dudado hafta entonces.
blò à algunos de fus parciales
igos. Repartiòles el dinero
configo traìa , y reducidos á
le acompañaffen , fe acercò
ellos,con la prevencion de ar-
, que de ordinario trae la gen-
e fu exercicio à la Venta , en
Hipolito , y los demàs imagi-
on paffar aquella noche fe-
os. Encubriòfe Don Enrique
animo de vèr què perfonas
las que aquel foldado le avìa
recido tanto. Faltaba poco
de dos horas , para que el Sol
ifentaffe al tiempo que entrò,
onociò à Hipolito , y à Don
nfo en compañia de Aminta,
ufa de tantos defvelos fuyos) y
s demàs damas , à quien con
e converfacion entretenia
Jacinto. Admiròfe de efta no-
d , y mas quando advirtiò,
eran Doña Vitoria , y Mar-
, naturales de fu mifma Pa-
, y perfonas con quien tenia
uno parentefco. Si antes fe
dudofo , por el difgufto q
podia tener Don Gafpar, aora eran
penofas , y mas fuertes fus dudas,
pues por una parte quifiera la
muerte de Hipolito ; y Aminta, y
por otra no quifiera el fobrefalto,
con que avia de inquietar à Doña
Vitoria , y Marcela. Lo que por
efta parte le apretaba mas era pen-
far, que fi fus amigos le ayudabā à
confeguir fu intento, avian de que-
rer ufar alguna violencia con ellas,
la qual èl no pudieffe remediar , ò
le pufieffe en demafiado riefgo.
Tanto pefo hizo efto en fu confi-
deracion , que fe bolviò à falir, fin
faber que medio tomar para la li-
bertad de los unos , y la defdicha-
da muerte de los otros.

Apenas fe aufentò , quando el Ventero, hombre en aquel exerci-
cio piadofo. Entrò adonde los no-
bles huefpedes eftaban, y les rogò,
que por ningun cafo falieffen aque-
lla noche , porque uno de los mas
civiles hombres , que avian falido
en muchos años à la montaña avia
llegado, y cautelofamente los avia
reconocido , bolviendo luego las
efpaldas , para prevenir à fus ami-
gos , y efperarlos como à otros
muchos avia fucedido en varias
ocafiones , que por no creerle,
avian amanecido à otro dia muer-
tos. Hipolito le dixo , que antes
defto eftaban de fu parecer, y que
le eftimaban el avifo. Previnieron
todos fus piftolas, por fi fueffen ne-
ceffarias, y olvidando efte peligro,
bolvieron à profeguir en fu paffa-
da comunicacion ; folo Aminta ,

por aver conocido à Don Enrique, no obstante, que entrò encubierto, callaba triste, y no podia dexar la suspension, ni divertir sus temores.

En el tiempo que el Ventero diò à nuestros Cavalleros este aviso, estaba Don Enrique buscando traza con que conseguir su venganza, y la libertad de Doña Vitoria, y Marcela; y mas à quien deseò hacer algun mal, quando le faltaron medios. El que pensò, despues de dilatados discursos, fue tratar de acometer por la puerta principal, para que viendo ocasion Hipolito, y los demàs, se ausentassen por otra pequeña, que la Venta tenia. Puso à buen trecho parte de sus amigos, prevenidos, de que si alguno salia, le esperassen, y cogiessen. El animo con que Don Enrique dispònia todo esto, era patente en su deseo, pues le parecia, que al tiempo de huìr por aquella puerta, podria cogerlos en el campo, dexar libres à Doña Marcela, y Vitoria, y fingir para con sus amigos, que ellas avian huido mientras se ocupò en tomar satisfaccion de los demàs sus contrarios. Los que mandò esconder entre la espesura de unas matas, serìan en numero seis hombres, y los que dexò consigo passarìan de diez. Temerosos de algun daño, cerraron Don Alonso, y Don Jacinto todas las puertas, y no se engañaron; pues apenas cayeron las *duras s*[illegible]ras de la noche, quando llegaron Don Enrique, y [illegible] vil compañia, haciendo demo[illegible] ciones de que procuraban en[illegible] con violencia. Viendo Hip[illegible] tan desigual numero de homb[illegible] cuyo exercicio les hace [illegible] como quien ni teme la form[illegible] ble muerte, ni estima la can[illegible] vida, cogiò su pistola; y llega[illegible] se à la puerta, viò por el hu[illegible] que entre dos tablas avia, que [illegible] dria tener un enemigo m[illegible] No era tiempo este tan poco a[illegible] tado, que se pudiesse perder [illegible] sion ninguna; y assi metien[illegible] boca de la escopeta por ent[illegible] puerta, puesta la mira en un[illegible] ellos, y en que convenìa d[illegible] derse, apretando la llave, di[illegible] gar à que el fuego hiciesse s[illegible] cio, y escupiendo dos balas de[illegible] mo, quitassen una vida. Est[illegible] cayò muerto, era quien lle[illegible] nueva à Don Enrique, y le a[illegible] sejò que viniesse con el inten[illegible] queda referido, cuya circun[illegible] cia me pareciò no escusar, [illegible] que se advierta, que nunca a[illegible] pado le ha faltado castigo, [illegible] tonces mayor, y mas breve, q[illegible] culpa es mas grave.

Puesto este desdichado ent[illegible] que siguen el miserable tr[illegible] de la muerte, comenzaron l[illegible] màs compañeros à irritarse, [illegible] cer en venganza de su ami[illegible] que avian emprendido à rue[illegible] Don Enrique. O quan difer[illegible] mente se pelea, quando ha[illegible] soldados su ya propria [illegible]

defienden, ò con la esperanza del premio, ò con el amor de Principe, ò con el odio del enemigo, que quando pelean sin esperanza de interès, y con violencia! Pues aqui, aunque en accion diversamente honrosa, primero llegaron estos hombres perezosos, y despues procedieron tan barbaramente atrevidos, que muchas veces temieron Hipolito, y sus amigos perder las vidas à sus manos, y algunas à rigor de las llamas, que por un lado de la ventana comenzaron à poner para que todos quedassen convertidos en ceniza. Viendo el Ventero que su hacienda se quemaba, que su familia perecia, y que el fuego le amenazaba con tan estraña violencia, se llegò à Hipolito, y le dixo: la crueldad de las llamas nos cerca, el rigor destos hombres nos amenaza, el temor nos aflige, y todo nos atormẽta: aver de morir aqui, es cosa desdichada, y aun parece que forzosa, si la industria no suple lo que falta à las fuerzas. Atendieron todos à lo que el Ventero decia, y èl prosiguiò desta suerte: Yo no hallo modo de escusar tantos daños, sino es dando quenta à la Justicia de un Lugar, que està de aqui media legua: para esto yo tengo un cavallo, cuya velocidad, unas veces imita al viento, y otras al mas ligero cometa; si la resolucion que aveis mostrado en matar à aquel hombre no os falta para hacer esta diligencia, cessarà nuestro daño, y todos os deberèmos el remedio.

Quisieran los demàs escusarl[e] este peligro, mas como Hipoli[to] jamàs los escusaba, antes bie[n] muchas veces los buscaba, y em[-] prehendia, no quiso permitirle [à] nadie, sino disponer su persona, [y] valor à este empeño. Si quand[o] Aminta conociò à Don Enriqu[e] recibiò desconsuelo, aora que vei[a] ausentar à Hipolito, aumentab[a] su pena. Pareciòla, que ningu[n] riesgo podia ser tan fuerte en s[u] compañia, como en su ausencia y justo que yendo con èl podri[a] librarse de los temores que alli l[a] servian de insufrible tormento. Propuso este parecer, y aunque à los principios Hipolito se escusaba, pareciendole que serìa estorvo de su diligencia, al fin viendo su desconsuelo, atendiendo à las razones de conveniencia que proponia para afirmar que acertaba en llevarla consigo, y oyendo que decia aver conocido al vil Don Enrique; y ultimamente considerando, que sin duda buscaba à los dos solos, y que ausentes ellos, aunque [illegible] la infame compañia, à ninguno de los que quedaban harian daño, fuera de ser tan precisso el que tenian con la violencia del fuego: quisieron fiar mas de la velocidad de un animal, que de la crueldad de una fiera con discurso, que tal nombre merece un hombre agraviado, y imprudente, quando se resuelve à [illegible]

ſatisfacion de una injuria. Con eſto no dudò Hipolito la ſalida, ni los demàs quiſieron eſtorvarſela. Aviaſe paſſado buena parte de la noche, y la Luna hermoſamente comunicaba ſus rayos; haciendo largas las ſombras de los arboles, y claro el eſpacio del camino. Todas eſtas circunſtancias ayudaron con nueſtra fuerza à la determinacion de los dos infelices amantes, à quien por tan varios modos les perſeguian, yà las trayciones de Don Enrique, yà la crueldad de los elementos, y yà el rigor de la auſencia, que es el mas fuerte enemigo del amor, y el mas poderoſo contrario que tiene la voluntad. Puſo à la animoſa Aminta en la ſilla, ſubiò Hipolito à las ancas, y tomando en la mano el freno, que tal vez ſujeta, y tal guia à ſemejante eſpecie de brutos, hizo que el Ventero abrieſſe la pequeña puerta, y deſpedidos de las nobles damas, y de los demàs, ſalieron animoſamente. Don Enrique, y ſus amigos eſtaban à la parte por donde avia comenzado el fuego, para que dando lugar à que ſalieſſen ſus contrarios, le tuvieſſe ſu deſeo; lo qual (como dixe) hizo mas facil en los dos amantes la ſalida. Comenzaron ſu viage, ò ſu fuga à todaprieſſa, mas brevemente vieron lograda la induſtria de ſu enemigo, y pagaron ſu paſſada reſolucion con el preſente arrepentimiento, pues ſalieron à ellos los ſeis hombres que Don Enrique avia prevenido. Sintiò Hipolito el movimiento que hacian en las ramas para ſalir, y advertido ſe detuvo. Importòle tanto eſta prevencion, que fuera muy poſsible no eſcapar de alli con la vida, ſino reparàra, y receloſo ſe detuviera, para bolver al lugar de donde avia ſalido. Tenian eſtos amigos de Don Enrique una ſeña, para que èl, y los demàs acudieſſen en aviendole cogido; mas como le vieron bolver donde los otros eſtaban, hicieron la miſma ſeña, para que unos por una, y otros por otra parte le acometieſſen, y el infelice Cavallero, viendoſe cercado rindieſſe las armas, y entregaſſe el dueño de ſu voluntad en Aminta. Al punto que oyeron la paſſada ſeña, acudieron Don Enrique, y ſus parciales alegres de la preſſa, y prometiendoſe cumplida venganza. El eſtruendo con que iban era tal, que à buen trecho le oyò el noble Hipolito, y viendo declaradamente ſu deſdicha, comenzò à laſtimarſe de tan infelice pèrdida. Conſideraba, aunque brevemente, à la miſera Aminta en manos de ſu mayor enemigo: yà le parecia que la veìa injuriar à ſus ojos, quando èl no avia de poder remediarla: yà la conſideraba muerta, deſpues de aver perdido tiranamente el honor. El ſe imaginaba atado à un tronco, para que fueſſe teſtigo de ſu ultima, y deſdi-

la fortuna. Pareciale; que se
taban, y midiendo la distan-
necessaria, exercitaban su
reza, haciendo blanco de sus
las en el triste pecho, donde
a Aminta afligida, que un
bre desgraciado de nada pue-
ftàr alegre, todo debe vivir
el mismo desconsuelo que èl
. La infeliz dama lloraba,
n por no desmayar à Hipo-
on su flaqueza, reprimia el
o, y descuydadamente per-
lgunas perlas, que adonde
entura la vida, son de corta
acion las riquezas. Final-
e los dos infelices amantes
timaban tristes, y sus enemi-
acercaban presurosos. Bien
era Hipolito tomar à uno, ò
o lado el camino; para des-
e del mal que le amenazaba;
por el lado diestro avia una
a cuesta, por donde se subia
yor, y mas impenetrable es-
a, y por el izquierdo estaba
lle, que con la profundidad
orizaba. En concurso de
os males, siempre la elec-
atiende al menor para se-
; assi Hipolito tuvo por me-
nconveniente subir à la aspe-
de el monte, que esperar el
de sus enemigos. A este pa-
ayudò el vèr una pequeña
, que parecia dàr passo à la
aña por entre dos grandes
. Guiò por ella los passos de
ntado cavallo, y con ligere-
creible, à dos saltos se entrò
en lo mas espeso del peligroso sa-
grado de su desdicha. Comen-
zò à seguir la senda, sin saber
adonde se enderezaba; aunque
temeroso en aquel peligro, se con-
solaba de el passado, por parecer-
le mas fuerte. No se les concediò
mucha distancia de este consue-
lo, pues brevemente perdieron el
camino, y se fueron entrando
en mas prolixa espesura: fueles
forzoso apearse de el cavallo, pa-
ra proseguir adelante: dexaronle
atado à un duro tronco, y metie-
ronse en un lugar tan penoso, que
fuera imposible dàr por èl un pas-
so à no acompañarse de esfuer-
zo, y à no assegurarles su pruden-
cia, que ningun mal es tan fiero
como la muerte. Acabòse antes
que su paciencia este espacio, y sa-
lieron à mas piadoso trecho, pues
aunque conservaba algunos tron-
cos, ni era tanta la aspereza de las
peñas, ni tan copiosa la abundan-
cia de silvestres arboles. Cobra-
ron un rato aliento para bolver à
continuar su incierto viage; y
Aminta, acompañando à su voz
con su eloquencia, consolò al no-
ble Hipolito, y assegurò con sus
razones la excelencia de su alen-
tado valor. El se animò con esto;
y viendo, que su sentimiento avia
sido hasta entonces tan grande,
como la pena que Aminta padec-
cia, y que ella estaba invencible en
tanto numero de desdichas, ocu-
pò todo el discurso en procurar
alguna traza, que se ordenasse à su

remedio. Unas veces se determinaba à esperar en aquel lugar el dia, pareciendole, que con la luz del Sol se descubria, ò el camino que avian dexado, ò alguno, que los sacasse de tanto desconsuelo. Otras veces advertia, que la misma luz les podria descubrir à sus enemigos, con que seria cierta su muerte. Esto ultimo les ponia tanto temor, que sin saber por donde caminaban, sin esperanza de escaparse, huìan, sin atender à què fin se apresuraban, y con ignorancia, cansancio, y desaliento se afligian. Deteniase algunos ratos Aminta para respirar, y luego con la congoja, y sobresalto proseguia. Con qualquier cosa que tropezaba medìa la dura tierra, porque faltaban yà à los delicados pies sus dèbiles fuerzas. Tal vez se holgaba de tropezar, y caer por descansar con buen titulo el rato que tardaba en levantarse. Hipolito iba con mayor cansancio, porque al corporal de caminar à pie, se juntaba el vèr padecer à Aminta por su causa. Tormento era este, que le bastàra à matar, si la prudencia natural suya, no moderàra al dolor, para que no se apoderasse totalmente del corazon, principal asiento de la vida. Ayudabala quanto à sus fuerzas era posible, y ella le permitia; mas todo esto era limitado alivio à tan dilatado trabajo.

Imposibilitada la noble dama de proseguir, se sentò en el espacio que formaba una peña; y apenas huvo comenzado à [...] cansar, quando se le empezò t[...] bien à doblar el tormento. C[...] trella infeliz! Què intentas e[...] tos dos amantes? Por què los [...] vienes tantas? Por què no le[...] cusas tantos daños? Si esto [...] siendo suya, què pensaràs ha[...] ser agena? Sintiò Hipolito, [...] razonable distancia venia al[...] gente. Manifestò à Aminta [...] caso, y uno, y otro ocupa[...] atencion en oir lo que venia[...] ciendo. Quando estuvieron [...] cerca, oyeron, que el uno de[...] decia: Si Don Enrique acu[...] con brevedad, no se huviera [...] grado su deseo, ni nosotros [...] vieramos dado tantos passos [...] peranza de coger à quien ([...] dice) le tiene tan ofendido. [...] tas razones respondiò otr[...] ellos: El trabajo yo os con[...] que serà mayor, mas dexar[...] encontrar impossible, assi p[...] esta montaña à ellos serà di[...] toso, y à nosotros facil, [...] porque aviendo dexado a[...] cavallo, no puede ser otro, si[...] te el lugar adonde han ve[...] Cosa es para mi tan cierta [...] diò el tercero, que no serà n[...] averlos yà encontrado Don [...] que, y los demàs nuestros [...] gos, que fueron por la senda [...] riba. Aqui se doblò en Hipo[...] congoxa; aqui creciò incr[...] aumentos el sobresalto; aqu[...] diò las leves esperanzas; [...]

remedio tenia; y aqui comenzò à dudar lo que avia de hacer, y que el aver de morir era tan cierto. Despediase de Aminta con el dolor à que semejante desdicha le obligaba, y con las razones que el sentimiento le permitia. Aminta, para responder mas eficàz, y ocultamente, hacia de los ojos lenguas, y de las lagrimas razones, que explicassen la pena que avia enmudecido su boca, y impedido la voz en su garganta. Dieronse los ultimos abrazos, à tiempo que el traydor Don Enrique llegò cerca, y reconocido lo que buscaba, hizo seña à los demàs para que llegassen. Brevemente se juntaron quince, ò diez y seis hombres, que para no dexar de hallarlos se avian repartido. Quando Hipolito viò tantos enemigos, se resolviò à morir, sin que le viessen rendido, y tratò de que no les saliesse de valde su vida. Bolviò la pistola que llevaba adonde Don Enrique parecia estàr, segun que por el afecto, y las razones que hablaba, claramente se conocia. Apretò la llave, y escusando el pedernal la lumbre, le faltò à este tiempo, para que fuesse mayor su pena, viendo que quedaba libre, con vida, y con superiores fuerzas su enemigo. Quando sintieron el golpe de la llave, y que à ninguno avia hecho daño, por la causa referida se arrojaron todos à cogerle, sin querer usar de los instrumentos de fuego que traian.

Muchas veces la corta providencia nuestra desea las cosas que nos han de estàr mal, muchas nos quexamos de que nos falte lo mismo que no nos ha de estàr bien. Esto dixo, porque Hipolito se quexaba de que en tal ocasion huviesse faltado à su pistola lumbre, siendo esto lo que le escusò muerte, pues era fuerza que se la diessen con el mismo genero de dolor los q̃ acompañaban à Don Enrique, si le vieran morir tan brevemente à sus ojos, con que no pudiera esperar los plazos, que despues le fueron de tanta importancia.

Ataronle con un cordel las manos, y comenzaron à tratarle con impio rigor, y barbara crueldad, si bolvia à mirar la infeliz Aminta que en otra parte era despojo del infame Don Enrique, le cubrian la vista, para que aun sus mismos daños no mirasse. La misera dama daba algunas lastimosas voces, cuyos ecos repetidos de los montes, doblaban el pesar de Hipolito, pues assi los oìa dos veces si bien algunas se quedaban à medio proferir, de donde inferia, que un lienzo se las impedia. Arrancabansele à nuestro Cavallero las entrañas de pena, y aunque mas fuerza hacia por desatarse, y acudir al remedio de la infeliz Aminta, su cansancio era en vano, y su pesar recibia mayores aumentos.

En tan apretada necessidad, no se viò totalmente destituido del socorro, que nunca falta el Cielo

quando es tal el peligro con el remedio, à quien padece; y con el castigo, á quien tan injustamente prosigue; pues à las voces q̃ Aminta daba, baxaron de entre los corazones de las mas altas peñas una esquadra de mas de treinta hombres, à quien hacia fuertes la presencia de su Capitã, y traìa conforme la seña, que para juntarles hizo. Apenas la oyeron los que tenian al miserable Hipolito de aquella suerte, quando por averla conocido, le dexaron atado al tronco, donde estaba arrimado, y acudieron à sus armas, se apercibieron para defenderse. Lo mismo hizo Don Enrique, dexando à Aminta, sino atada (porque no tuvo lugar) gozosa de averse valerosamente defendido. Los que de nuevo vinieron, comenzaron à ofender à los infames amigos de Don Enrique, con bizarro aliento. El los recogiò detràs de unos troncos, que le servian de amparo, y defensa, y desta suerte estuvieron grande rato tirandose, con animo de que unos, y otros tuviessen en el lugar de su delito, el termino de su injusto exercicio. Acudiò Aminta en este tiempo, y desatando à Hipolito de donde estaba, le rogò, que ayudasse à sus bienhechores, para que el sucesso fuesse mas seguramente dichoso. El lo hizo con doblado aliento, por ser tantas las razones que le *movian*, y con riesgo de la salud, *que poco* antes viò perdida à las

manos de sus contrarios; se traba tan furioso à ofenderlos, trataron de confessar las ve jas que les tenian, y bolviend espaldas, quisieron remitir velocidad, lo que no avia po conseguir el valor. Antes Don Enrique les imitasse en temerosa, y vil determina embidioso de que Hipolito viesse à las glorias que èl avi sado quitarle, se dispuso à i dirselas por el medio mas que pudo imaginar, que fue tar la vida à Aminta. Como de una, y otra parte peleaban muchos en numero, y la cam espaciosa, tuvo lugar de apa se à un lado, y dexando à los hechores de Hipolito que sen en seguimiento de los su y llegò adonde Aminta avia q do, y llevado de su fiereza, piedad, y su embidia, la diò un puñal dos heridas; cayò l feliz dama en el suelo, casi ultimo termino de su vida; c les ansias, y tal inquietud e que por aver sucedido junto orilla de un repecho que la tãña tenia, se sintiò breven caer, y llegar à la profundida un llano, que aquella asperez nia, ò su assiento fertil.

Sintiò Hipolito algunas xas de las que diò à este ti Aminta, si bien ignorante d era ella quien las daba. Persu se à que seria alguno de los y bolviò con gallarda resol

vengarle. El barbaro, y vil Don Enrique, creyendo que venia mas de Hipolito, comenzò à huìr tan apriessa, que à no ser en nuestro Heroe la ligereza excelente, se viera vano su deseo. Alcanzòle al fin, y aviendole conocido, por no dudar en su muerte, disparò una pistola que llevaba, y avia quitado à uno de sus contrarios, y le hiriò tan dichosamente, que ni le diò lugar à quexarse, ni à defenderse. Este infelìz fin tuvo el vicioso D. Enrique, y no me admiro que fuesse tan lastimoso fin de vida tan declaradamente perdida. Llegò despues de un largo espacio el Capitan que avia socorrido à Hipolito, para que viesse mejorada su fortuna con el conocimiento de Fulgencio, que como diximos, era el que tenia los referidos vandos con Don Gaspar. La alegria de los dos fue grande, y mayor quando Hipolito refiriò la desdicha que huviera tenido, si Dios no le huviera embiado tan copioso remedio, para que cessasse la alevosa violencia con que Don Enrique en la passada ocasion les apretaba. Buscaron luego à Aminta, con la atencion que se debe presumir del cuidado de Hipolito, mas ni sus voces negociaban respuesta à su deseo, ni su deseo veìa el efecto de sus diligencias. Por esto se resolvieron à esperar que bolviesse la gente de Fulgencio, y à q̃ diesse su clara luz el dia, pues assi verian manifiesta la causa que les tenia, yà afligidos, yà tristes, y yà con la presente novedad dudosos.

Amaneciò entre càndidos resplandores la deseada Aurora; bolvieron los amigos de Fulgencio pesarosos de no aver podido alcanzar à sus contrarios, y con los despojos de un hombre à quien avian robado en el camino. Conociò Hipolito que eran los vestidos de Don Antonio, y dando cuenta à Fulgencio, hizo que le traxessen. Llegò el noble mancebo temeroso, y consolòse cuerdo, quando aviendo conocido à los dos, viò que tenia amparo en quien avia tenido mas cruel, barbaro, y injusto termino. Refiriò como la causa de averle encontrado alli, avia sido el salir Don Alonso, Don Jacinto, y èl à socorrerle, por aver oìdo, quando saliò el ruido de algunas escopetas y que se avia perdido por la corta noticia del camino. Alegraronse de verle, y todos juntos comenzaron à discurrir por aquel espacioso districto en busca de Aminta. Con el movimiento que al caer herida hizo la hermosa dama, se dexò un delgado lienzo. Conociòle luego el infelice amante, y viendo que cerca dèl avia alguna sangre, confirmò los temores que primero le avian salteado el sossiego. Mirò mas atentamente, y hallò señales de todo el sucesso en los despegos que à trechos se avia ido dexando por la parte que cayò. Llegaron al lugar don-

era fuerza aver parado el maltratado cuerpo, y causòles mayor admiracion, y mayor pena, no vèr mas de los indicios de que avia estado allì largo espacio por la sangre que avia entre las yervas. El sentimiento, y dolor de Hipolito, fue excessivo à quantos encarecimientos son possibles. La pena de Fulgencio fue tal, que sola la de Hipolito pudo parecer mayor. Los demàs seguian el mismo desconsuelo, parte lastimados de vèr los estremos que nuestro piadoso Cavallero hacia, y parte compadecidos de vèr quan infeliz termino avia tenido aquella hermosa dama, cuyo ingenio, amor, y belleza avian oìdo tantas veces de la boca de Fulgencio.

Viendo que las diligencias que hacian para buscarla, no servian mas que de engañar al deseo, dilatando la certidumbre de esta desdicha, determinaron de bolver à la Venta, para vèr si hallaban à Don Alonso, y Don Jacinto, y para que todos con la compañia de Fulgencio, saliessen con seguridad de los peligros de aquella tierra, y del rigor con que los trataria Don Gaspar, y sus amigos, si acaso los saliessen al camino. Pusieronlo en execucion, con el pesar que se debe creer, que llevaria Hipolito, viendo, que quanto mas se alexaba del lugar donde avia perdido à Aminta, mas confirmaba su pèrdida, y mas credicaba la certidumbre de tan lastimosa desgracia. Llegàron à la Venta, mas como Don Alonso, y Don Jacinto estaban ausentes, fue forzoso esperarlos, y que las nobles damas supiessen la pèrdida, y todos los passados sucessos. El llanto que hicieron mostrò claramente el pesar que de su desdicha recibian, en particular Lidora, que ni avia quien se le diesse, ni admitiera su dolor consuelo, que el amor nunca le admite, sin la presencia del bien que pierde. Viendo Hipolito que su hermano, y Don Jacinto no bolvian, y que Aminta no avia parecido, presumiò, que ellos sin duda eran los que por averla encontrado la avrian llevado, para prevenir su remedio en el primer lugar que les pareciesse aproposito. Tuvo mas apariencia de verdad esta imaginacion, atendiendo à que no se avia tenido noticia de ellos, aun que los esperaron algunos dias. Manifestòse este parecer de Hipolito, y conformes todos en èl empezaron à cobrar algunas esperanzas de mejor sucesso. Partieronse de allì por la incomodidad que tenian, dexando prevenido al Ventero, de que si bolviessen Don Alonso, y Don Jacinto, los avisasse del cuidado con que se avian partido, y que hasta Madrid no cessaria su viage, donde los esperarian, deseosos de saber el fin de tan importante nueva.

Fulgencio, y los que le seguian, no quisieron apartarse un por

to de Hipolito, y de las demàs que iban en su compañia; mas en llegando à los Lugares, se apartaban de ellos, y se iban por defuera de la poblacion, por el peligro en que las podria poner la Justicia. Solos dos avian passado de esta suerte, quando entrando los cuydadosos caminantes por la plaza de un Lugar pequeño, oyeron algunos instrumentos, con que se procuraba la piedad de los fieles, para hacer bien por los ajusticiados. Preguntaron, quien eran, y la culpa que avian cometido, para que se executasse tan exemplar, y tan justo castigo? (pregunta, que suele hacer muchas veces la curiosidad) y el que estaba mas cerca respondiò: Que castigaban quitandoles la vida à dos hombres de los que traìan inquietos, y peligrosos aquellos caminos, con robos, y muertes que hacian, ò yà por la parcialidad de ciertos vandos, ò yà por quitar lo que llevaban à los passageros. Parecidles justo castigo, y passando adelante vieron un mancebo bizarramente vestido, pusieron los ojos en èl por la desigualdad con que à los demàs excedia, assi en el trage, como en el modo, y gallardìa de la persona. No escusò èl tambien la vista, antes viendo damas forasteras, y no baxamente adornadas, se llegò con atencion à ellas, obligado de la novedad. Llevaban cubiertos los rostros, y assi no pudo conocer à ninguna; mas Doña Vitoria depuesto su natural recato, (ò amor, què facilmente te atreves!) se arrojò de la cavalgadura en que iba, y llegò llena de alegria à abrazarle. Estrañò al principio la novedad Hipolito mas disculpò su afecto, quando por averse llegado mas cerca, conociò, que era su grande amigo Alexandro, à quien avia dexado en Salamanca, al tiempo que se partiò de ella, para padecer tan estraños accidentes. Descubriòse Doña Vitoria, apeòse Doña Marcela, y una, y otra tuvieron lugar en los brazos del gallardo mozo, si bien con la diferencia que su esposa merecia. Llegò luego Hipolito, y en su correspondencia viò pagado el beneficio de acompañar à Doña Vitoria; conociò, que la amistad verdadera no se permite deshacer del tiempo, ni borrar de la ausencia. Quiso Alexandro que descansassen alli aquel dia, para determinar tambien su partida, y por esta causa saliò Hipolito à avisar à Fulgencio, que se detenian, ò para que estuviesse sin cuydado, ò porque si le parecia largo plazo, se ausentasse con sus parciales, escusando assi, que no tuviesse alguno de ellos el castigo que se executaba en aquellos dos miserables. Fulgencio se lo agradeciò, y le dixo: que para quando huviesse de proseguirle, estaria cerca del camino, procurando en todo su seguridad. Bolviò adonde Alexandro esperaba, que des-

de aver acomodado à las hermosas damas en su misma posada se saliò con Hipolito, para vèr à los que avian de padecer la pena de su delito, y para tener lugar de referirle la causa, de que se huviessen hallado en aquella aldèa, que era aver venido con un Juez muy su amigo, à quien le avian dado comission para buscar, y castigar semejante genero de gente en toda aquella Provincia. En estos, y en la alegria con que celebraban el averse hallado tan impensadamente (si bien Hipolito siempre la limitaba con la memoria de la pèrdida de Aminta) passaron grande rato. Pusieronse à esperar à que passassen los delinquentes, y como el cuydado de bolver adonde Doña Vitoria, y las demàs señoras quedaban, les hacia parecer mas dilatado el tiempo, determinaron verlos en la carcel, por si Hipolito conocia à alguno de los que aquella noche los tuvieron tan apretados, ò por si acaso era Don Gaspar, pareciendole, que tal exercicio como el suyo, ni suele merecer, ni aun tener mas dilatado, ni mas honroso fin; permitiendo Dios, que la justicia sea el instrumento de el castigo de sus injusticias, y que sea breve la vida de quien la quita à otros, teniendo la impiedad por oficio.

En la distancia que hasta la carcel avia fueron tratando de la gravedad del delito, que comete quien tiene tan vil, tan infame, y tan fiero genero de crueldad, que por el vano interès del oro, sale à quitar à los passageros en un camino las vidas. Alexandro discurria con la agudeza de su ingenio; mas conociòse excedido de las razones de Hipolito, oyendo, que decia.

Con toda verdad puedo afirmaros, (ò noble amigo!) que no ay castigo mas justo, que el que se dà à tan crueles hombres; y assi vereis, que en los demàs la piedad Christiana, hace que el pecho se lastime; mas viendo à estos, està tan lexos de compadecerse, que todos se alegran de vèr administrada la justicia. Quando yo considero, que la Republica es un cuerpo, que cõsta de varios miembros, que son los Ciudadanos, que se compone de un Rey, ò superior, que tiene titulo de Cabeza, de los soldados, que son las manos, de los labradores, que son los pies, pues la sustentan, y de los Ministros, que por algunas propiedades merecen el nombre de corazon: suele pensar, que para que este cuerpo tenga vida, son necessarias tres almas, ò una, que tenga el oficio de tres: la vengativa, para su aumento; esta consiste en el premio de los dignos: la sensitiva para su conservacion, que es la Justicia; y la racional, que es Religion. De aqui se deben inferir tres cosas. La primera es, que la Republica, sin la verdadera Religion, es barbara, es fiera, es irra-

l, y sus costumbres en todo à
ropriedad correspondientes.
gunda, que adonde falta el
lo, parece impossible el au-
o, como es impossible que
uerpo crezca sin alma ven-
a. La tercera es, que sin la
ia no siente, pues no reme-
s daños, viviendo despues
a insensibilidad la perdicion.
is (ò Alexandro!) que adonde
ueces atentos, à quien yo sue-
mar Medicos de Republi-
odo anda bien regido, y bien
uesto; y porque no salgamos
Metafora, considerad, que
l cuerpo humano, no son
niembros los que hacen el
, sino los humores, que des-
lados deshacen la harmonia
entre si tenian; y assi causan
nfermedad, que pone al en-
o en tan apretado peligro. El
ente Medico, entonces pur-
humor que hacia daño, pa-
ue los demàs no se inficio-
Con esto el enfermo mejo-
y queda libre del mal que le
nazaba. De esta misma pru-
ia usan los Jueces, pues vien-
ue por la maldad de sus cos-
bres, algunos hombres, no so-
n dañosos à sì mismos, sino à
s los demàs, los castigan, pa-
ue con su muerte quede eva-
la la Republica, y cobre de
punto salud. De manera, que
n necessario el castigo de los
os, que debe tener justissima-
e *su muerte*, qualquiera co-

munidad donde ay descuido en
aplicar esta medicina. Con el fin
de este discurso llegaron à la pri-
sion, de donde los dos miseros
hombres esperaban salir, para el
lugar del suplicio. No los cono-
ciò Hipolito, si bien en la misma
carcel hallò à Don Alonso su
hermano, y à Don Jacinto, y lle-
vado de su afecto, antes que ellos
le huviessen visto, llegò piadoso à
abrazarlos. Repararon los dos
nobles mancebos en la persona
que hacia tales demonstraciones
de amistad, en lugar donde se sue-
len negar ella, el parentesco, y
limitacion el consuelo que tenian
con su presencia. Todos los cir-
cunstantes se admiraron, y mas
que todos Alexandro, oyendo las
razones de su amigo, y que trata-
ba de hermano à uno de los que
èl tenia por delinquentes. Pesa-
bale de que huviessen llegado co-
sas suyas à tan misera prision, y
lo que mas cuidado le daba era,
que Hipolito huviesse declarado
quien era Don Alonso, y tratado-
le de hermano; no porque enton-
ces huviesse perdido nada, sino
porque conocia de la integridad
del Juez, que si estuviesse culpa-
do, no bastaria su nobleza para
que le escusasse el castigo, ador-
nado en esta parte à la justicia
vindicativa, con la propiedad de
la distributiva.

Sin que diesse lugar à otra cosa
su diligencia, se fueron en casa
del Juez Alexandro, y Hipolito.

R

Recibiò à aquel con el amor que su amistad permitia, y à este con la cortesìa à que su persona obligaba. Trataron de la verdad del caso, y de la inocencia de los presos; y como la verdad no tiene mas que un camino, eran en sustancia unas mismas las razones, que Don Alonso, y Don Jacinto avian dicho en sus confessiones, y las que Hipolito referia. El Juez lo dificultaba por los indicios que le avian movido à traerlos presos, que era el averlos hallado solos à pie, entre la aspereza del monte, tan fuera de camino, con escopetas al ombro, y pistolas en la cinta, instrumentos del vil oficio, porque avian de ser castigados; mas à todo daba Hipolito tan eficazes respuestas en la verdad de aver salido à defenderle à èl la noche, que para tantas desgracias saliò de aquella Venta, que el Juez quedaba satisfecho en sus dudas, y cierto, de que su primer juicio, sin esta informacion, pudiera ser errado, è injusto; porque la corta providencia de los hombres, no tiene obligacion à juzgar por lo que es verdad precisamente, si la ignora, sino segun lo que por escrito consta, aunque no lo sea; si bien quando tiene ciencia particular de lo contrario, puede limitar con varios medios el rigor que persuade la noticia, que de lo escrito concibe.

No obstante, que el discreto Juez veia la verdad, para mayor justifi-cacion de la causa, quiso que [illegible] ciesse el descargo, adverti[illegible] que quien està en su lugar, [illegible] que desee el buen sucesso d[illegible] guno, no ha de usar deste des[illegible] las cosas de justicia, sino en a[illegible] llas à que dà lugar la gracia. [illegible] ciò à Hipolito tan bien la re[illegible] cion del Juez, que no pudier[illegible] tan gustosa respuesta el darle[illegible] hermano, y à Don Jacinto li[illegible] como el mandar constasse p[illegible] dicho de muchos su inocenci[illegible] si porque fuesse juridica su l[illegible] tad, como por quitar la sosp[illegible] de algun maldiciente, que [illegible] ser de esta suerte, pudiesse p[illegible] mir, que avia sido verdad el [illegible] to, y la soltura solicitada m[illegible] la amistad, que de la inoce[illegible] Hizose el descargo, en que [illegible] ron Don Antonio, Doña Vi[illegible] y su hermana. Para mayor a[illegible] dancia recibieron los dicho[illegible] Ventero, y un criado suyo, [illegible] cha tan copiosa informacion, [illegible] tò de todo punto, quan inc[illegible] blemente estaban presos, y qu[illegible] das las sospechas que avia da[illegible] hanito en la passada ocasion, [illegible] vanas. Soltaronlos al fin de tr[illegible] dias de prision, en cuyo tie[illegible] Hipolito no podia admitir s[illegible] go, desengañado, de que avi[illegible] falsa la presumpcion con que [illegible] pensado, que Don Alonso, y J[illegible] to tendrian consigo à Am[illegible] Despues de aver hecho vari[illegible] ligencias para hallarla, de[illegible] no ponerse en camino, [illegible]

e Fulgencio avia de espe-
prosleguir su viage con Ale-
, que quiso no apartarse
ompañia, y de la presen-
Doña Vitoria su esposa. An-
nuestro Cavallero tan lleno
lancolìa, que diò motivo à
ndro para que deseasse sa-
causa de ella. Despidieronse
ez, partieronse, y obligado
ruegos (adelantandose los
poco) le diò Hipolito no-
de algunos sucessos suyos,
el ser ocasion dellos Amin-
ermana, ò porque ignoraba
serìa recibido su deseo, ò
e el honor en los nobles,
e suele ser demasiado escru-
.

oco mas de una legua avrian
ado, quando descubrieron
gencio, y à su gente, que pre-
iba en busca de Don Gas-
enemigo. Viendo que no se
ian à hablarlos, alargaron
s nobles Cavalleros el paf-
atendieron à que se aparta-
el real camino, y que breve-
encontraron lo que tan
dosos buscaban. Don Gas-
conocido su contrario) aper-
su gente para ofenderle, y
y otros se dispusieron à to-
angrienta venganza. Mien-
Hipolito, y su amigo atendian
esto, llegaron cerca de ellos
vallero, y una muy bizarra
, seguidos de algunos cria-
Conocieron que era Leonar-
Feliciana su esposa, de quien
Hipolito avia sido huesped en Sa-
lamanca. Celebrò este tan im-
pensada ventura, en ocasion de
que su presencia podria ser de im-
portancia, y corresponderle aquel
hidalgamente. Sin dàr lugar à in-
utiles cumplimientos, le manifes-
tò Hipolito el estado de aquellas
enemistades, y le rogò que por su
causa se conciliassen, pues por su
ocasion se avian inquietado tan
valerosos pechos. Leonardo le af-
segurò de que no le avia sacado
otra cosa de Salamanca, sino el de-
seo, de que no llegassen à rompi-
miento, con cuya respuesta apre-
suraron el passo al Lugar donde
los dos contrarios estaban. Llega-
ron à tiempo, que puestos en me-
dio Feliciana, y Leonardo, fueron
conocidos de todos, y ella acudiò
à la parte de Fulgencio su herma-
no, mientras èl llegò à la de Don
Gaspar su primo. Admiròse Ful-
gencio de vèr viva à quien tantas
veces avia juzgado muerta, y de-
xando las armas acudiò à recibir-
là en los brazos. Acercaronse mas,
aunque con diverso intento que
primero, y oyeron que Leonardo
referìa sus sucessos. Quando dixo
que era esposo de Feliciana, llegò
à abrazarle Fulgencio, para que
hiciesse lo mismo Don Gaspar
con la apacible dama, y luego con
su mayor enemigo. De suerte, que
el que avia de ser campo de bata-
lla, fue lugar de amistad, y concor-
dia. Con este regocijo bolvieron
al camino, y entraron en èl ape-
nas

nas quando conociò Hipolito, que Aminta venia en compañia de Don Carlos. Admiròle esta no imaginada dicha, y casi no daban credito los ojos à lo que asegura-ba la razon, y procuraba el deseo. Doblòse con esto en todos el con-tento, menos en Alexandro, que dudoso de si le tocaba tomar satis-facion de la libertad con que avia hecho de su casa ausencia, comen-zò à manifestar en la suspension el intento. Reprehendiòselo Don Carlos, y todos le persuadieron à que depusiesse tales dudas, su-puesto que Aminta avia procedi-do siempre atenta à sus obligacio-nes, y que quien tenia la culpa, que era Don Enrique, avia paga-do su atrevimiento con la vida. Alexandro dexò la tristeza, y Hi-polito no acababa de celebrar està dicha. Agradecia à Don Carlos el averla amparado, y viendo que llegaban las damas, que èl, y Ale-xandro se avian dexado atràs, quã-do se adelantaron para tratar de sus penas, cuidadoso de pagar es-te beneficio, acudiò à traerle à Doña Marcela. Don Carlos ad-mitiò la paga, ella no sabia como encarecer su alegria, y unos iban excediendo à otros contentos, aña-diendose regocijos à regocijos. No le pesaba à Alexandro de vèr los afectos de Hipolito, conoci-das sus ilustres prendas, y aun de ellos inferia, que tenia su herma-na buena parte en sus passados ac-cidentes. Determinaron que fues-se uno mismo el viagē dē tod prevenidas en el primer lug mulas para Don Gaspar, gencio, llegaron por sus jor à Madrid, Corte de España, eria de nuestro yà dichoso llero.

Si fue grande el alegria passada ocasion, no fue n quando en casa de Hipolit llaron à Don Gregorio, pad Aminta, y Alexandro, que (despues refiriò) aviendo esc del vergantin de Rezuan, con su hacienda, y con la de Carlos prosperamente à Al te, y desde alli à la casa de su mano, si bien con tristeza, pèrdida de Doña Marcela, toria. Advirtiò Hipolito po relacion, que Aminta era su ma; añadiendo à su amor el p tesco, creciò con nuevas fu su gozo. Diòle no pocos au tos la venida de Don Pedro dre de Don Geronymo) con ciana muger, y su hermosa h los quales avia sacado de su P Segovia el deseo de vèr al re venido Don Gregorio. Q participò aqui de mayor re jo, fue Don Jacinto, viendo al ño de su primero amor en I Antonia. Finalmente, no l quien no tuviesse ocasion d gocijo, considerando despue tantas desgracias tan comune grias. Descansaron aquella che, y à otro dia refiriò Hipol persuasion de algunos el

que avia tenido de cobrar libertad para que entre el gusto, y admiracion conociessen, y estimassen à Don Antonio (primero Ali) y à su hermana Lidora, assi por las prendas personales, como por su ilustre nacimiento. Deseaba Hipolito (sin que fuesse solo en este deseo) que Aminta dixesse el sucesso de sus heridas, y el modo de encontrarla Don Carlos. Rogaronselo Doña Vitoria, y Don Alonso, y la discreta dama, ò por cumplir sus ruegos, ò por satisfacer el deseo de su primo, descansando algunas veces por la flaqueza con que el accidente la avia dexado pidiendo justo aplauso su eloquencia, y cuidadosa atencion la novedad, dixo de aquesta forma.

Al tiempo que comenzò à mejorarse nuestra suerte (ò piadaso Hipolito!) con el ayuda de aquellos hombres, à quien si bien no conoci, debo estàr reconocida; y al tiempo que comenzò à declararse por nuestra parte la vitoria, llegò al lugar donde yo estaba Don Enrique, y dandome dos heridas, dexò en mi la pena que merecian mejor sus infames deseos. No escapò sin ella entonces (dixo Hipolito) y assi podreis (ò noble Aminta!) proseguir, satisfecha de q̃ nadie queda sin castigo de sus delitos. Digo, pues, prosiguiò, que caì sin esperanza de la vida, aunque con dolor de mi mal lograda juventud. Sentime despues despeñar por la aspereza de un risco, para que à un tiempo me sirviessen de cama, y de sepulcro las verdes yervas de un llano. Comencè à pedir à Dios ayuda en semejante aprieto, y como la oracion era fervorosa, y para oirla siempre està con atencion el Cielo sin atender à mis culpas por sola su misericordia, quiso el que por excelencia se llama Padre de ellas embiar remedio à mi precisa necessidad, y fue, que viniendo Don Carlos de Barcelona, donde avia estado aguardando à Don Gregorio mi señor, y amado padre, y à su querida esposa Doña Marcela se perdiesse; y à las voces, ò quexas que yo daba, llegasse piadosamente para reçogerme, y llevarme à un lugar, que à poca distancia hallamos. Lo que he debido à su cuydado en esta ocasion, las diligencias que ha hecho para que yo consiguiesse la salud, quedaràn à mi agradecimiento el tiempo que viviere, si es que Don Carlos quiere paga à beneficios, donde el tenerme por deudora, dice que es la que mas desea. Con los dolores de las heridas, el lugar que me ha dado la enfermedad, y la soledad que en ella he tenido algunas veces, he grangeado un desengaño de mi propia miseria, y he pensado lo que aora oireis brevemente: Solo à una persona puede parecer estraña mi resolucion, que es à Hipolito; mas si me escucha atento, yo sè que se verà convencido, y que le pare-

cerà cuerdo mi pensamiento.

Esperaron todos à que la hermosa Aminta prosiguiesse, y ella viendo à Hipolito con mayor atencion, añadiò. Desde el primero instante que vì su persona, le estimè con el mismo amor que aora, porque el que siempre le he tenido, nacia de la sangre que tengo suya (como aora se ha descubierto) y esta siempre ha sido una misma, tambien ha sido uno mismo el amor. Bien sè, que el que me ha tenido ha sido grande, y aunque no tengo de confessar que hace ventaja al mio, con todo esso no puedo negar, que procedia de la misma causa, pues siempre ha estado limitado, y conforme à los preceptos de la razon. Prevenido de esta verdad, y que le he correspondido igualmente, como ha constado de los peligros en que me he puesto, y que à nadie en el mundo estimo, como à su persona, digo: Que aviendo visto la inconstancia de las cosas, los peligros de que Dios me ha sacado por su bondad; aviendome metido en ellos mi malicia. Mirando à que ninguna cosa parece que me ha sucedido prosperamente, puede ser, que por la libertad con que tratè à mis padres, y la temeridad con que despreciè sus consejos. Atendiendo à que Seneca dice: *Que ninguno ay tan temeroso, que no quiera mas caer una vez, que estàr siempre pendiente*; en cuya sentencia entiendo, que es menos riguroso dexar el siglo, que estàr siempre puesta à las dudas de su mudanza, y à los golpes de mi desdicha; he determinado dexarle, y que una Religion sea el sagrado de tantos peligros, y el puerto de tan desiguales naufragios.

O muerte, dice el Principe de la eloquencia Latina, solamente eres horrible à aquellos con quien se acaba su memoria, no para los que perseveran despues de ella la gloria de sus virtudes. Considerava yo, que el camino de hacerse una persona dueño de todo, es despreciarlo todo, porque no ay tan alto modo de posseer los bienes, como es tenerlos de la suerte que sino se tuviessen. De Crates Filosofo se cuenta, que arrojò en la mar sus riquezas, diciendo: Anegueos à vosotras yo, porque vosotras no me aneguèis à mi. Pues si esto decia un hombre Gentil, què mucho que yo dexe el peso de las riquezas, el gusto de mi amor, y el regalo de sus delicias, porque el peso de ellas no me sepulte en el mar deste siglo? Demàs de que yo me persuado à que el amor que à Hipolito he tenido, no puede perjudicar à mis intentos; pues siempre ha sido honesto, y aora lo serà mucho mas que se ha juntado à nuestra inclinacion el conocimiento de tan propinquo parentesco. El amor que es verdadero, es desinteressado, y no cuyda tanto de su propia comodidad

como del deseo de la cosa amada; y assi pienso, que supuesto que el de Hipolito lo ha sido, ha de tener aquestas propiedades, y querer lo mismo que yo quiero. Siendo esto assi, mi resolucion passarà adelante, y en caso que le pese de perderme, si es perderme para èl, lo que para mi es assegurarme, piense que de esta ultima desgracia perdì la vida, y atienda, à que pues Dios milagrosamente me la ha dado, serà bien que la gaste en su servicio, enterrandome viva entre las paredes, y clausuras de un Monasterio, mejorarè de sepulcro, puesto que si su piedad no me socorriera, avia yà de estàr ocupando otro mas espantoso, hasta el ultimo dia. Este es el desengaño que he adquirido entre los dolores, y falta de salud passada. Dexad (ò noble padre, y señores mios!) que haga yo dichosos los males que me han costado tantas penas, con la reducion de mi vida à mas seguro estado, y permitid, que no se malogre por vuestra culpa un deseo tan digno de alabanza.

Acabò de esta manera Aminta, y con el mismo aplauso fue oìda la respuesta de Hipolito, que atento à su cordura, y à la prudente relacion de su querida prima, respondió desta suerte. Quien no tuviera vuestro ingenio (ò piadosa señora!) dificultosamente huviera pensado tan acertado empleo, si bien de todas nuestras mejoras, y la de la claridad desse desengaño; Dios es la luz, y la causa, à quien doy gracias por el beneficio q os ha hecho. Tan lexos està mi amor de contradeciros (ò amada prima mia!) esse parecer, que aora con razones, y despues con las obras ayudarè à la execucion de vuestro intento; y si tengo de confessar verdad, nunca como aora os estimo, que veo quanto mejorais de esposo. Cierta estais de la veneracion con que os he mirado, y que tal vez se passaba mi amor à respeto: pues como avia aora de contradeciros tan piadoso deseo quien siempre os ha venerado tanto? Nunca os he querido mas que por quereros. Y pues en mi mismo amor tengo el premio de averos amado, ni yo busco otra correspondencia, ni pretendo otra paga. Antes os agradezco el que ayais puesto fin à nuestros accidentes, con una determinacion tã piadosa, un intento tan loable. Proseguid, proseguid dichosa mente que en esta parte solo me queda un pesar, que es presumir que vo juzgasteis tan mal de mi amor que pensasteis que os avia de contradecir lo que es justo favorecer y embidiar. Quiso levantarse para abrazarla D. n Gregorio su padre, en señal de que aprobaba su parecer; mas atendiendo Aminta à esta demonstracion de su amor se anticipò à besarle la mano, y regarsela à un mismo tiempo con lagrimas de piedad, y de ale

Alexandro que viò tan conforme à Hipolito, con el cuerdo parecer de Aminta, le estimò la cordura, le agradeciò el aliento; y atendiendo todos à la prudencia de sus razones, dixo: O quan dichosamente acredita la fuerza de su reconocimiento, quien procura dexar los materiales regalos presentes, por la possession de los futuros inmateriales bienes! Y ò quan dichoso debe llamarse quien tampoco se detiene à contemplar su leve bondad, que antes los tiene por estorvos de la verdadera alegria, que por seguros contentos! He dicho estas razones, querida hermana mia, para significar quan gustosos debemos estàr todos en el cumplimiento de tan piadosa resolucion, y quan dispuestos à ayudar, que por nuestra parte no se impida. Bien puede estàr algun tiempo dormida la razon, con la suave harmonìa, con que el mundo lisonjea los sentidos exteriores, y interiores; mas quando llega el desvelo de la prudencia, quando abre los ojos el discurso, y à la clara luz de la contemplacion miràra con propriedad las cosas como son, y sin los fàciles visos que antes tenian vistas, con los antojos de nuestra dèbil naturaleza, ni se puede negar el credito à los verdaderos bienes, ni se puede ocultar la mentirosa apariencia de los humores. Dichosamente has empleado el caudal de tu ingenio, pues ayudada de superiores fuerzas has tenido tan claro, y tan imitable conocimiento, en cuyo exemplo acabo de confirmar quan grande beneficio hace Dios à quien enriquece de entendimiento superior: pues aunque muchas veces vemos, que engañado se distrae, por la mayor parte con la facilidad desengañado se reduce, cuerdo se reconoce, y advertido se mejora. Acabò Alexandro estas razones, para que en Aminta comenzassen los agradecimientos, y en los demàs el aplauso, y la alabanza de su resolucion. Descansaron aquella noche, y otro dia se tratò de el Bautismo de Lidora. Recibiòle con singular devocion, y dentro de un mes tuvo la misma vocacion que Aminta, pues se entrò en un Monasterio. Manifestòsele el amor que Jacinto tenia à Doña Antonia, y con gusto de los padres de uno, y otro se casaron: Don Carlos, y Alexandro tuvieron el mismo estado, en compañia de Doña Marcela, y Vitoria, con increìble gusto suyo. Leonardo, Feliciana, Don Gaspar, y Fulgencio bolvieron à Barcelona, donde por medio de esta union cessaron los antiguos vandos. Dentro de un año llegò Rezuan con gran copia de riquezas, y reducido à la verdad de nuestra Fè, despues de informado de lo que debe creer, quien llega à la Iglesia por la puerta del sagrado Bautismo, le recibiò el dia q professaron

Amin

minta, y su hija Doña Inès (assi quiso llamar Lidora) èl se lla- ò Diego, y prosiguiò el curso de vida loablemente. Don Alon- se partiò à Malta à servir al y con Don Juan su amigo, y ipolito se quedò en compañia Doña Ana, y Don Geronymo esposo en Madrid. Visitaba por udo à su prima Aminta, y à Do- Inès muchas veces, acudien- liberalmente à quanto era ne- ssario, sin perdonar al trabajo, à solicitud, ni à los gastos. Entre demàs veces, fue à visitarlas el primer dia de Mayo, cèlebre en Madrid, por la fiesta que en èl llaman de Santiago el Verde. No la avian visto Aminta, ni Doña Inès, y como la fama de aquel comun regocijo es tan insigne, le rogaron, que se la descubriesse. El lo hizo en estas estancias, que no quise escusar, por parecerme que està pintada con razonables colores. Bolviò al tiempo que la tuvo acabada, y con el papel en la mano, gusto de Doña Inès, y de su querida prima, dixo assi.



DESCRIPCION
DE LA FIESTA
DE SANTIAGO EL VERDE.

A LA ILUSTRISSIMA SEÑORA DOÑA JUANA D Mendoza Portocarrero.

PASSA (ò Apolo!) por tu dulce Lyra;
Mas cuidadosamente el arco de oro,
Divino aliento à mi furor inspira,
Será mio el honor, tuyo el decoro:
Barbara Eutorpe, sin tu ardor respira;
Y yo su Canto, sin tu auxilio ignoro,
No escuses, no, el favor, porque presuma
Dichoso acierto mi dudosa pluma.

Mas pues tan vanamente auxilio invoca;
Quien tiene mejor Lyra, mejor Musa,
Quede injuriada su esperanza loca;
Su vana presumpcion quede confusa:
Vos (ò Juana Ilustrissima!) à quien toca
Partir la luz que à mi ignorancia escusa,
No la negueis aora, pues es cierto,
Con tal puerto, tener seguro el puerto.

Podrà, imitando vuestro dulce acento,
Cantar mi voz con mas dichosa suerte,
Grave ocasion, en que Madrid atento,
Junto se mira, cuerdo se divierte:
Dulce assunto ha de ser de mi instrumento;
Aunque el temor à su peligro acierte,
Celebre el dia, à quien veloz la Fama,
Con voz comun, Santiago el Verde llama.

Adonde Manzanares mas lucido
Sepulcro de cristal dà à sus arenas,
Y Cortesano và con el vestido,
Que Serrano naciò se acuerda apenas;
Donde por tosco roble deslucido,
Trueca à Madrid, galàn de sus almenas;
Y rendido à su adorno, y hermosura,
Aqui enamora, como alli murmura.

Donde veſtido de lucida plata,
 Cobrando las penſiones de unas fuentes;
 Tan eſcondidamente ſe dilata,
 Que parecen hurtadas ſus corrientes:
 Adonde Mercader en criſtal trata,
 Y aumenta ſu caudal con las crecientes;
 Para que el Sol de ſu valor tyrano,
 Le uſurpe en los ardores del Verano.
Donde à Jarama, poderoſo Rio,
 Pidiò favor, y viò que anduvo eſcaſo;
 Pues limitando el curſo en el Eſtio,
 Por no preſtarle apreſuraba el paſſo:
 Tal de un avaro el corazon impìo
 Suele ſer, que preſumo en eſte caſo,
 Mientras al mar furioſo ſe deſcuelga,
 Que por no dàr, de no tener ſe huelga.
Ultimamente, donde fiel vaſſallo
 Del Palacio del Sol las plantas beſa;
 Y hechas ſus puentes dos balanzas, hallo,
 Que lo que entra en Madrid regiſtra, y peſa;
 Donde à varias injurias, que yo callo,
 Mueſtra los pardos dientes de una preſa:
 Y ſiendo voz el ruido algunos dias,
 El agua es lengua, y mimbres las encias.
Yace un eſpacio, cuya margen verde
 Por todas partes en criſtal ſe engaſta,
 Cobrando en eſmeraldas lo que pierde
 En alimentos, que de aljofar gaſta:
 Siempre la embidia venenoſa muerde,
 Pues manſo el Rio, ſu verdor contraſta;
 Y deſpues de apretarle entre los brazos,
 Se divide por verle hacer pedazos.
Alli la verde Juncia, y la Bervena,
 El Maſtranzo oloroſo, y flor de Acanto;
 Miran la yerva, que en ſu aumento ſuena;
 Y à infeſtos animales pone eſpanto:
 Alli la flor, que fue de Adonis pena;
 La Heraclea, cuya fuerza alcanza tanto;
 Que unida à Baco, à Venus hace guerra,
 A Ceres ama, y al Amor deſtierra.

Alli el Eneldo, el Alfaro precioso,
El Maratro, ò Hinojo, y la Borraja
Hacen el ancho espacio mas vistoso;
Y del Jacinto son verde mortaja:
El tomillo florido, y oloroso,
Y la nudosa Grama, que se baxa;
Y siempre al suelo donde nace unida,
Paga en brazos lo que cobra en vida.
Alli el Gamon crecido, y la Artemisa,
Favorable al cansado caminante
El campo llena de fecunda risa,
Siempre dichosa, de Lucina amante:
La Anclusa, flor, que por la mano Elisa
La cutis hiere, que aprisiona el guante,
Y quanto mas con presa se limita,
Con afrenta de pez, purpura imita:
Silvestre alli la caña se amontona,
Cobarde presuncion de quien se exalta;
Sin fuerza en su defensa, pues abona,
Con ageno valor el que le falta:
El Cardo, que se guarda, y se corona;
El Trebol, que se aumenta, y que se esmalta;
Y con su siempre blanca lechuguilla,
Dorada de cervìz la Manzanilla.
La flor de Apolo alli, y la Siempre viva,
Se acompañan del càlido Romero,
Y con las hojas, como verde Oliva,
Batiò en color el Alelì grossero:
Alli el Euforvio, que la vista aviva;
El Napelo à los ojos lisonjero,
Malo para vecino, pues se niega
Aumento à yerva, ò flor, donde se llega.
Nace el Dirapno alli dedicado à Marte,
La Celidonia, que el Pastor desea,
Y el Elitropio con cautela, y arte,
Por mirar siempre al Sol su flor, rodèa:
No ay corto espacio, ni escondida parte,
Donde el Trifolio alegre no se vea;
Bueno para la tèz, y assi segura,
Vèn en Madrid las damas su hermosura.

El Yezgo, Felipendula, y Elecho,
Y la flor del que fue su propicida,
El Sisimbrico sano para el pecho,
La Mandragora al hombre parecida;
A la sed la Espartaria de provecho,
El Melifolio bueno en toda herida,
Y con la Malva el Apio, y Mayorana;
Betonica felìz, Ruda villana.

Por todas partes repartidos miran
Arboles infructiferos los ojos,
Tan variamente unidos, que suspiran
Las yervas, por mirar del Sol despojos:
Gigantes de aquel Prado se conspiran,
Y à Jupiter, tal vez, le dàn enojos,
Pues con rayos de yelo en el Octubre;
No ser lo que otra vez temiò descubre;

Alli el Aliso los peligros quita,
Queda en su mordedura el can rabioso;
El Sauco, à quien oy desacredita
Un barbaro Ministro codicioso:
Alli el Alamo negro, no limita
Su curso, hasta que el fuego luminoso
Sus hojas cuesta, y le maltrata el viento;
Viendo que despreciaba su elemento.

El Fresno, digno assumpto de que Homero
No le ocupasse su alabanza en vano;
Y que le hiciesse, quando mas grossero;
Noble la sangre del mejor Troyano;
El Lentisco oloroso, y lisonjero,
Propiedades de ilustre Cortesano;
Cuya raìz, quando à los dientes toca;
Afirma, y pone candida la boca.

La Yedra al Olmo rustico enlazada;
Tan blandamente le aprisiona, y prende;
Que muere en una carcel regalada,
Y quando mas le injuria, le defiende;
La zarza, que viviendo recatada,
Por todas partes enfadosa ofende;
Y aunque es assi de condicion escasa;
Nos dà la fruta de color de brasa.

Alli la parra, que silvestre nace,
Se arrima al tronco, que mirò vecino;
Y paga en sombra, que à las flores hace
El humor que les bebe cristalino:
Con los Sauces tal vez se satisface;
Y tal le alegra con el verde Espino;
Villana al fin, pues esmeraldas tales
Quiere adornar con sartas de corales.
La Mimbre dèbil, y el Taray pequeño
Se acompañan de arbol, cuya fruta
Del corazon humano es fiel disseño;
Y el vientre aprieta, si se come enjuta:
El Myrto peligroso para el sueño,
Cuyo verdor el tiempo nunca inmuta;
Y como ès ciudad de arboles tan noble;
Solo se escusa de nacer el Roble.
Alli canta suave Filomena
A Iphis endechas, satyra à Tireo;
Publicando à las aves, quanta pena
Suele costar un barbaro deseo:
Resuena el eco por la selva amena;
Y el viento goza de su dulce empleo;
Hasta que en tanta repetida quexa,
Triste tal vez, por suspirar lo dexa.
Alli su hermana, remendada à trechos;
De aquel sucesso viene mal segura,
Que adquiere el escarmiento mil provechos;
A quien no falta para el mal cordura:
Adornado de purpura los pechos,
En los hombres honor, alli hermosura;
Hace garganta el Pardo tan suave,
Que duda quien le oyò, si es hombre, ò ave.
Al son que el viento toca entre las flores
Al Gilguero galàn de la mañana,
Procura, con vestirse sus colores,
Dàr à entender, que sus favores gana:
Al dulce cuello con que dice amores,
Trae adornado de color de grana,
Mostrando assi, que quien à amar comienza;
Pocas veces se atreve sin licencia.

En este sitio; pues, el primer dia
Del mes, que alegre resucita Flora,
De suerte el Prado al Alva desafia,
Que ella de verle tan risueño, llora:
Aumentase en las aves la harmonìa,
Madruga el Sol, que su perjuicio ignora;
Pues entre visos de costosas lamas
Han de afrentarle de Madrid las damas.

En los apriscos que las parras forman,
Toma la Guia dilatados puestos,
Mesas assientan, que de yerva informan
Candida con martyrios tan molestos,
Del cansancio, y camino se reforman;
Y cuyda cada qual de sus repuestos,
Porque llega à saber quien mas ignora,
Que suele ser el hambre cazadora.

Sobre cimientos de molida arena
Ponen estrivos de madera à trechos;
Y pinos dàn à la campaña amena
Edificios caducos, y deshechos.
Con los mas gruessos los espacios llenas
La diligencia de robustos pechos,
Y cortando del Rio las corrientes,
Quedan assi formadas breves puentes.

Cubrenlas luego de diversas flores,
Entre la tierra unida de tal suerte,
Que aquel llama perfume sus olores,
Y este una alfombra en su labor advierte:
Passamanos orlados de colores
Hacen aquesta hermosa, aquella fuerte,
Y tal, que aventajarse mas procura,
Arcos labra en silvestre Arquitectura.

Su medio curso el Sol apenas toca,
Quando exercito vario se descuelga
De juventud, que con risueña boca
Al compañero de burlar se huelga;
Tal vez, quando [illegible] le provoca,
De los hombros del [illegible] otro cuelga;
Cae en el suelo, y mientras no lo quita,
De enojada la yerva se marchita.

Levantaſe, advertido de ſu daño,
  Y tràs quien fue là cauſa ayrado corre;
  El otro, que advirtiò ſu deſengaño,
  De un Tercero ſe ampàra, y ſe ſocorre;
  Detienenle, diciendo, que fue engaño;
  Todos le vàn gritando, y èl ſe corre,
  Mudaſele el color, la capa arroja,
  Y mas le gritan, quanto mas ſe enoja;

Por otra parte, con igual contento,
  En tropas ſalen tantos Corteſanos,
  Que al animal imitan avariento,
  Quando ſàle à encerrar los rubios granos:
  Unos guſtan de vèr tan grande aumento,
  Otros con las mugeres hablan vanos,
  Y à todas canſan, porque los deſprecios,
  Nunca ſon eſcarmientos en los necios.

Al ombro unida de ſu amado eſpoſo
  Sale tambien alegre la caſada,
  O yà adornada de ſu honor precioſo;
  O yà de ſu familia acompañada:
  Llega deſpues con ſu disfràz bullicioſo
  La dama poco honeſta, aunque tapada;
  Siente de ſu conſorte ſus deſvelos,
  Y la que alegre fue, buelve con zelos;

En Apuleyos de diverſas pieles,
  Salen las damas de mediano porte;
  Al rebès que en la Corte los doſeles;
  Mas todo ſuele ſer àſsi en la Corte:
  Procuran los galanes mas nobles,
  Por ſi ay alguno que les pague el porte;
  Llegan, y lo que à muchos ſe reſerva,
  Al apearſe ſuele vèr la porva.

Tantas caſas portatiles de lino,
  Por el camino preſuroſas baxan,
  Que no baſta el eſpacio del camino,
  Y à si miſmas ſe impiden, y ſe atajan;
  Parece que en el margen criſtalino,
  Por fabricar otro lugar trabajan,
  Tanto, que juſtamente ſe podria
  A eſte ſitio llamar Madrid de un dia.

Como de ruedas es el fundamento,
Goza comodidad tan oportuna,
Solo quien junta con lucido aliento
El prosperofavor de la fortuna:
Facil à qualquier parte el movimiento,
(Yo no suelo embidiar dicha ninguna)
Mas aqui no embidiar, es desatino
El poderse mudar de un mal vecino;
Quando el cristal para passar divide
El que antes edificio parecia,
Nave parece, que su espalda mide,
Y que en el puerto descansar porfia:
Es la salva, las valas que despide
De animado cañon la planta fria,
Forzado vil el animal ligero,
Remo el tirante, y comitre el cochero:
Tal vez el passo mas seguro dexa,
Y probando su fuerza, ò su ventura,
Halla confuso quanto mas se alexa,
Que atreverse sin ciencia; no es cordura:
De la arena, y del rio forma quexa,
Y con ser agua su paciencia apura,
Mas adentro se mete, mas se encalla;
Todos le miran, pero nadie calla.
Si un cavallo cansado de hacer fuerza
En el arena à descansar se arroja,
A mayor grita, mas placer se esfuerza;
Y al passo que se rien èl se enoja:
Vè que apearse à levantarle es fuerza;
Mucho le anima, pero mas se moja,
Mucho se moja, y entre varios modos;
Mas es el gusto con que alegra à todos.
Al coche, que alma de bellezas lleva,
Otro de noble juventud se ajusta,
Aquel se cubre, porque assi se deba
De este à los ruegos, lo que el mismo gusta;
Corren los velos, quando alguno prueba,
Que hacèrlos tal favor es cosa justa,
Y aunque ser vista cada qual desea,
Atenta aqui su industria lo escasea;

Si vá alguno preciado de entendido,
Picado de otro amor, busca desquite,
Habla, enamora, muestrase rendido,
Y èl mismo se responde, y se compite;
Si algun concepto no le dàn oìdo,
Hasta que le celebran le repite,
Negocia mas, si prometiò el mas mudo;
Y èl, como herege, sé perdiò de agudo.
Sale à cavallo con ayroso brio,
El que puede preciarse de gallardo,
Y el bizarro animal, al hierro impìo
Muerde, porque es de su lealtad resguardo:
Si el pie le hiere, venga en el rocìo
La ley del freno, y con el passo tardo
El cuello baxa, y con la clin se enreda,
Y en un mismo lugar anda, y se queda.
Otro, que menos cuerdo se corrige,
Se ensurece, se oprime, y se congoxa,
Y quando mas con el furor se aflige,
Con blanca espuma, pecho, y brazos moja:
Si de la rienda alguna vez colige,
Que le darà licencia, si el se arroja,
Corre en el viento, sossegado pàra,
Y los pechos se limpia con la cara.
Quando su dueño con dichoso aliento
Sigue en el coche un Sol en nada esquivo;
Haciendole capàz de aqueste intento,
Parece que và unido al mismo estrivo;
No dirè yo, que à la beldad atento,
Tan quieto està, que no parece vivo,
Pero dirè, que à su quietud se debe,
Tal vez poder trocar al fuego en nieve.
El que no lleva prevencion tan grave,
Se vale de la industria de las puentes,
Paga corto estipendio, porque sabe,
Que nacen de no darle inconvenientes:
Tal gusta de que el dueño no se alabe,
Que le lleva interès, y assi impacientes;
Sobre si ha de pagar, ò si no paga,
Lo que Neptuno enciende, Baco apaga.

En carros yaze aquel licor, precioſo
Que en Yepes nace, ò vive en la Membrilla;
Y de Lillo el mulato tan brioſo,
Que aun viendo ſu color nunca ſe humilla;
Llega el de Manzanares perezoſo,
Porque el credito pierde en eſta orilla;
Mas todos dicen, viendole tan hombre,
Que es diverſo el valor, ſi es uno el nombre;

Si alguno, que ſe precia de deſtreza,
Un poco ſe deſcuyda, y no ſe eſcapa;
Qual dieſtro jugador, en la cabeza
Le dà el del Santo de la media capa:
Cae en el ſuelo à levantarſe empieza;
El celebro de tufo ſe le empapa,
La gente ſe le acerca, y con la riſa,
A los muchachos del fracaſo aviſa.

Paſſa el galàn, y ſi mirò à ſu dama
Con mas deſpejos que permite el dia;
Zelos avivan de ſu amor la llama,
Que con zelos amor nunca ſe enfria;
Ella atendiendo à ſu peſar la llama,
El de lo miſmo que ama ſe deſvìa;
Ella ſe và acercando, ſi èl ſe alexa;
Y èl ſe buelve à llegar, ſi ella le dexa.

Aprietaſe el ſombrero, al Cielo mira,
Ablandaſe la barba, el labio muerde;
Baxa al ſuelo los ojos, y ſuſpira,
A otra ſe llega à hablar, y el tiempo pierde;
Si ella ſe acerca, entonces ſe retira,
Zeloſa llega, èl dice que ſe acuerde
De aquel ſuceſſo en que ſu amor la culpa;
Y la venganza viene à ſer diſculpa.

Como ſi èl fuera menos agraviado,
Los enojos paſſados buelve en ruego;
Dicela de ſu amor, y ſu cuidado,
Tratala de ſu pena, y de ſu fuego:
Ella finge de verſe injuſto enfado,
Llega la amiga à intervenir, y luego
Su amor piadoſamente ſe recibe,
Que es eſtrangero, y de invenciones vive.

Si

Si de alguna el donayre, ò la hermosura
Rindiò en otro la vista, y el deseo,
Segunda vez mirar su luz procura,
Y queda siempre de su amor trofeo:
Con aliento, recato, y compostura,
Principio quiere dàr à aqueste empleo;
Y quando para hablar tiene ocasiones,
La turbacion le quita las razones.
O Amor, no eres el mismo que solias,
Yà has olvidado, Amor, el arco, y flechas;
Yà son mas insufribles tus porfias,
Y de mas fuertes armas te aprovechas;
Con fuego hieres en aquestos dias,
Tu boca aora con la venda estrechas;
La vista dexas libre, y assi dudo,
Si eres yà ciego Amor, ò si eres mudo;
A la razon que mal formada dice,
Ayudan luego à proseguir los ojos;
Ella ni dà favor, ni contradice,
Si de su esposo teme los enojos:
Hace que la verguenza la matice
Las dos mexillas con granates roxos;
Miràla assi, y adquiere el rostro noble
Doblada estimacion, hermoso al doble.
En otra parte, si de Amor se trata,
Que apenas ay quien trate de otra cosa;
En copiosos conceptos se dilata
La juventud alegre, y licenciosa:
Qual varias prendas de un galàn retrata;
Qual dulces gracias de una dama hermosa;
Y qual llega à decir amores vanos,
Menos necio en la lengua, que en las manos;
Quien no puede llegar tan atrevido,
Porque vè que acompañan à su dueño,
La madre, ò la vecina, que ha perdido
Tal vez curiosa para verle el sueño:
Desde lexos la sigue, y advertido
Agradece, y estima el corto empeño;
Que rostro, y ojos à bolver la obliga;
Pues bolviendo su luz, su ardor mitiga.

Si ella interrumpe el movimiento leve;
Cessa tambien en èl el mismo intento;
Que como un alma sus potencias mueve;
Ha de ser uno mismo el movimiento;
Ponerse en parte donde no le lleve
Pension de algun disgusto aquel contento;
Descuydanse las guardas, su amor vela,
Llega, y hace al cuydado centinela.
Habla, presume, rinde, y enamora
Cuerdo, atento, galàn, discreto, afable;
Responde, atiende, nada ignora,
Bizarro, prevenido, honesto, amable;
Encarece, discurre, y se mejora,
Promete, que su amor serà inviolable;
Detienese, importuna, un favor pide,
Con èl se alegra, teme, y se despide.
Al que le llama inclinacion mas dura;
Y de amor la lisonja no le agrada,
Trueca de sus deleytes la dulzura
Por la desterza de la negra espada;
Entra à tomarla, y pierde su cordura;
Si del otro la colera le enfada;
Buelve à partir, esperanse mas diestros;
Y solo paz enseñan los Maestros.
Si el que dexò la espada tiene amigos;
Todos se arrojan juntos à cogerla;
Conoce el otro assi sus enemigos,
Y yà casi le pesa de tenerla:
Mas viendo, que ay de su faccion testigos;
Que podràn ampararle, y defenderla;
Se alienta, y entre colera tan brava,
La negra empieza, mas la blanca acaba;
Los que opinion, y credito reciben
De fuertes, alentados, y ligeros,
En otro espacio alegre se aperciben;
O yà à correr, ò yà à luchar grosseros;
Quando la seña de salir perciben,
Parten furiosos, llegan los primeros;
El premio cogen, pàran prevenidos;
Y los que menos corren vàn corridos.

Luego la barra con la mano aprietan,
El cuerpo buelven, y de sì la arrojan;
Los que miran estorvan, y se quietan;
Los que tiran se cansan, y se enojan:
La mano escupen, y la palma inquietan;
Rostro, y cabello por los poros mojan,
Los brazos, y los miembros se desencaxan;
Y compitiendo, por vencer trabajan.
En cavallos de campo bien dispuestos
Andan algunos, que alegrarse saben;
A varias burlas, y contento expuestos;
Intentando que todos los alaben;
Unos tràs otros corren descompuestos;
De suerte, que en el sitio apenas caben;
Pues por huir donde el bruto huella,
Aquel tropieza, el otro se atropella.
Toda esta fiesta pàra en la sortija,
Que sin costosa prevencion se traza;
Ponenla en una cuerda, que prolija
Las armas de dos arboles abraza;
El que antes puede presurosa aguija,
Y el duro cuento de una lanza embraza;
Ponese en su lugar, y atento espera,
Que passe el que està puesto en la carrera.
A tantas cosas divertido atiende,
Que de poner la lanza se le olvida;
Y aunque todos se rien, no se ofende;
Ni entonces su disculpa es permitida;
Solo alli la paciencia le defiende;
Danle luego una vena, y admitida;
Porque su error à tal rigor le obligue;
Espera que la yerre el que le sigue.
Nò tarda nò, en llegarle su esperanza;
Pues otro al punto con valor se opone;
Afirma bien el brazo con la lanza,
Y en la silla se ajusta, y se compone:
Juzga que està el sucesso en su pujanza;
Y al blando hijar del bruto el hierro pone;
Su mismo aliento estorva à su cuydado,
Con el asta se enreda, y mide el prado.

Passan con mas destreza, ò mas ventura
Los demàs, y sossiegase la gente;
Pero aquesta quietud el tiempo dura,
Que el fracaso de alguno lo consiente:
El que corriò velòz con mas cordura
Felìz el hierro en la sortija siente,
Todos le dàn aplausos, èl se parte,
Y el concurso à otros gustos se reparte.
La gente mas comun lleva instrumentos
Tambien comunes, y à su estado iguales;
Toman entre las yervas sus assientos
Con varia risa, y voces desiguales:
Hacen luego ligeros movimientos,
Imitando las fiestas Baccanales,
Con que à Dionisio celebraba Grecia;
Si bien aqui no es ocasion tan necia.
Alli se escuchan rusticas sonajas,
Llevando à una guitarra el contrapunto;
Y el mas jovial procura hacerse rajas,
Si comenzar le dieron por assumpto;
Desnuda yà la sien, las manos baxas,
Hace una seña, y nunca pierde el punto;
Su consorte lo advierte, y sale luego,
Que en el deseo es escusado el ruego.
Despues que al pulgar tosco preso dexa
Entre prisiones, donde lustre adquiere,
Toca el necio instrumento que se quexa,
Al mismo tiempo que la palma hiere:
Con el sòn las mudanzas aconseja,
Cansase tanto, que dexarlo quiere;
Y elige entre el cansancio, y sufrimiento
Dexar despues el bayle, que el aliento.
En otras partes es mas rudo Orfeo,
Pues con Lyra de pieles estendidas
Dexa cumplido aquel vulgar deseo,
Y sus leves passiones divertidas:
Un arbol cuyda de que el Dios Timbrèo
No ofenda sus personas, y sus vidas,
Que quando el regocijo no es injusto,
Aun las damas tambien cuidan del gusto.

Siempre à los instrumentos de Zamora
Acompaña una esquadra de Galicia;
La que ha valido, un poco se mejora;
Y solo el brio en la que entrò codicia:
Esta con el cansancio se empeora,
Al son otra obediente se desquicia;
Y aunque à los pies les bañan sus humores,
Calla el olfato por algunas flores.

Nieva à trechos el campo blanco lino;
Y saca el gusto sus copiosas tiendas;
Preside en grana à todas el tocino,
Que es el havito yà de las meriendas:
A su presencia traen el rubio vino,
Y por deudas de sed le sacan prendas;
Mas èl por no perder de su decoro,
Como es fiador, à todos paga en oro.

Sale tambien la càndida empanada
De rostro hermosa, y de cintura fea;
A todos juntos su belleza agrada,
Y cada qual la mira, y la desea:
Llegase el tiempo, y como và preñada;
Diligente el que trincha la partea;
Mas afirma en lo poco que descubre,
Que el Figon hace grandes quantos cubre.

Con su tericia vienen los rellenos,
Dilatado el capon, corto el chorizo;
Que forma lo profundo de sus senos,
De negro, y nacar un color mestizo:
Por cuello angosto llueve haciēdo truenos
El licor, que otra vez los satisfizo;
Uno en su ardor la tempestad aclama;
Y por quitarla al otro, la derrama.

Comen à aqueste tiempo dos criados,
Si viene desmandada alguna presa;
Y medran los mendigos porfiados
Si ay algunos piadosos en la mesa:
Cuentanles con embidia los bocados;
Mucho de tanta caridad les pesa,
Y aunq̄ à sus amos tienen por tan buenos;
Ellos son los que dàn, pues lo echan menos.

Tal vez por dàr mas luſtre à tanta fieſta,
Y porque el Sol no aſsiſta en ella ſolo,
De otro Sol la preſencia manifieſta,
Que aun tiene competencia al miſmo Apolo;
Llenaſe de contento la Floreſta,
Y corren todos à mirar el Polo;
Donde iluſtres ſe mueven, donde vienen
Diverſos Cielos, que un origen tienen.

Tiran un coche ſeis hermoſas Pias,
En quien porque el marfil no quede uſano;
Naturaleza ocaſiona algunos dias,
Quiſo mancharle con ſu miſma mano:
Conſultòlas en Tigres nunca impias,
Mas juzgo yo, que no fue intento vano;
Pues como à tal Leon las ordenaba
Tigres ſin fiereza las formaba.

Sin guarda, porque à ſer la mejor guarda;
La lealtad, quiere honor, que ſe anticipe;
Viene el Quarto Felipe, porque aguarda;
Que todo de ſu viſta participe;
Ninguno de mirarla ſe acobarda;
Que aunque ſin ſer Planeta, es Sol Felipe;
Aguila ſiempre el Eſpañol ſuſpira
Por vèr ſu luz, que atentamente admira:

Juntos repiten con alegres voces,
Viendo el Auguſto roſtro de ſu dueño
En paz tranquila, dulce amable, goce
El mundo ſuperior, ſiendo pequeño:
Tus enemigos barbaros, atroces;
Teman tus armas en qualquier empeño;
Y tu vivas dichoſo, dé tal ſuerte;
Que le debas olvidos à la muerte.

Rige, defiende, reyna alegres años,
Conſerva, eſtima, aumenta la Juſticia;
Rompe, deſtruye, auſenta los engaños;
Alienta, premia, esfuerza la Milicia:
Prevèn, advierte, eſcucha deſengaños;
Vence, aparta, caſtiga la malicia,
Juez ſabio, Señor fuerte, Rey atento;
Sin que te falte à tanto peſo aliento.

Y tu, bella Isabèl, otros repiten,
Pues reynas en las almas, y en los ojos;
Pues en ti las virtudes se compiten,
Goza tu amado esposo sin enojos:
Y pues dos à un assiento no se admiten;
Pues tienes yà las almas por despojos,
Dueño del pecho del Monarca Hiberio,
Mas noble Reyno gozas, mas Imperio.
Veas de fuertes hijos tantos nietos,
Que el tiempo no se atreva à tu memoria;
Y à la eloquencia falten epitectos,
Con que poder manifestar su gloria:
Admirante piadosos, y discretos,
Y pues solo es feliz la buena historia;
Su fiel valor ocasionar presuma,
Con siempre noble espada, docta pluma.
Quando à mirar se ponen la hermosura
Del Alva, que en Escocia anochecìera;
Si para nuestro daño su ventura,
Menos que la hermosura en esto fuera;
Con dichosos aplausos se assegura
De la Corona, que en Ungria espera;
Pues quando el viento con las voces lucha;
Felices nuncios del sucesso escucha.
Llegues alegre al talamo, prosigue
El que la mirà con amor discreto,
Que aunque tal vez à la razon persigue;
Siempre fue del amor freno el respeto:
Esto repite, y juntamente sigue
El coche, mas no sè si deste efecto
Es el afecto causa, ò sigue el coche,
Temiendo à falta de su luz la noche.
Miran de Carlos el valor prudente,
Y à sus oìdos la alabanza alcanza,
Pero tanta prudencia justamente
Sus hiperboles logra la alabanza:
O quanto amparo en èl la virtud siente!
O quanta alienta en todos la esperanza!
De que aunque el enemigo mas se assombre;
No ha de ser solo Carlos en el nombre.

Alguno dice: yo verè su espada,
Si la dispone el poderoso Cielo,
De la sangre Otomana mas bañada;
Que la suya mirò su visabuelo;
Y restaurando la Ciudad Sagrada;
Verè un portal, que tuvo un Sol al yelo;
Y otro responde: Pues tambien te empleas;
Dios lo permite assi, y que tu lo veas.
Adornado de purpura à Fernando
Le dàn dilatadas bendiciones,
Que la embidia le fuera murmurando;
Si huviera embidia en tales ocasiones:
Con el havito à todos và mostrando
Su estado, su virtud, y obligaciones;
Dichoso tu, que yà podràs, Toledo,
Con tal Pastor desconocer al miedo.
Y yo me acuerdo, que tambien decia,
Lleno de noble afecto, aqui no es necio;
Ruego à los Cielos que se llegue el dia,
Que la Tyara à tu piedad sea precio:
Y que quando del tiempo la porfia,
Dura te oprima en su fatàl desprecio;
Eterno Reyno adquieras: nunca escaso
Ha sido amor, y aqui detuvo el passo.
A aqueste Cielo, que con soles tantos
Tiene del Sol los rayos embidiosos;
Dando à la admiracion cuerdos espantos;
Otros de Estrellas siguen luminosos:
O quantos ciega su explendor! O quantos,
Aunq advierten su incendio, estàn gloriosos;
Y nobles mariposas de las damas,
Por llegarse à la luz, sienten sus llamas.
Una se ordena, y viste de encarnado,
Otra al color azul el temor pierde,
Tal conforma su gusto al noguerado;
Y tal morena se atreviò à lo verde:
Dà indicios de congoja lo leonado,
Y la que quiere que su amor se acuerde,
Con la flor del romero se eterniza,
Pues à su fuego cubre con ceniza.

Quando el Sol vè à la gente tan contenta,
Siglos hacer quisiera de aquel dia,
Mas comienza à tener su justa afrenta;
Pues qualquiera à sus rayos desafia:
A los cavallos, que con luz alienta,
Corrido que se ausenten los porfia,
Rompen las riendas, en el mar se arrojan;
Y en èl se anegan, aunque no se mojan.

Luego la noche perezosa viene,
Y à desandar comienzan el camino;
El que mas zelos, mas cuydados tiene;
Y el mas amante la ocasion previno;
Este guarda à su dama, y se detiene,
Al otro le acomoda su destino,
Que quando su interès à amor le importa;
Tambien suele mirar con luz mas corta.

Con esto cada qual llega à su casa,
Yà zeloso, yà alegre, yà inconstante;
Yà confuso, yà el pecho buelto en brasa;
El galàn, el esposo, ò el amante:
Su explendor comunica mas escasa
Del Cielo Venus càndido diamante;
Acabase la fiesta, el rumor huye,
Y à su cansancio el sueño sobstituye.

Acabò de esta suerte su descripcion el noble Hipolito. Diero agradecimientos al passo que avia sido el gusto que avian recibi con ella. Continuò despues el visitar, con el recato que era justo, la causa de sus passadas peregrinaciones, y nosotros pondrèmos ellas, y à su Historia fin, deseando, que entre la dulzura, y varied de los sucessos, coja, quien passare por ellos los ojos, el fruto de la i acion en las acciones loables, el gusto de divertirse en las entra y los avisos para escarmentar en las menos imitables. Este es el inte to que he tenido en este assumpto, como verà claramente quien co atencion leyere sus discursos; y advirtiendo al cuydado las sentencias, no se escusàre de observar sus avisos.

